



ALBERT CALDUCH ESTREM

La Carga
De Los
Tres Reyes

Albert Calduch Estrem

Copyright © 2014 Albert Calduch Estrem

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1500432741

ISBN-13: 978-1500432744

Editorial.liber111.com

ÍNDICE

1	Plata Líquida	5
2	Salvatierra	38
3	Jaque	69
4	Hibernando	90
5	Encuentros en Toledo	110
6	La cruzada a Calatrava	146
	Traición	181
7	Choque de ejércitos	211
8	La batalla y el desastre	244

9

Las Navas de Tolosa

287

1

Epílogo

314

I. PLATA LÍQUIDA

2 de Febrero de 1211

Eran malos tiempos para ser cristiano en Marrakech. Las entradas a la medina parecían un campo de ejecución de infieles. Podían verse los ajusticiados, por cientos, en los dos lados del camino, empaladas sus cabezas en largas picas de fresno. Y esa visión despertaba en la multitud una euforia que sólo el fervor religioso podía explicar.

Pero eran buenos tiempos para comerciar en la Ciudad Roja. Volvía a convocarse el mercado, como cada día del último mes. Tal muchedumbre se había congregado en la capital que un pájaro no vería los adoquines, ni aún los de las calles más anchas, sino un mosaico de túnicas de vivos colores.

Un canto de fe recorría los caminos del Norte de África confluyendo en Marrakech como si la medina fuera el corazón capaz de bombearlos contra el infiel de Europa. Desde las mezquitas los

imanes llamaban a la Yihad, la Guerra Santa, y la mayoría de las casas se engalanaban con el estandarte sagrado, para indicar que un miembro de la familia se unía a ella. Los pueblos habían quedado sin jóvenes, los campos sin agricultores, los rebaños sin pastores. Sólo importaba la Yihad. Y por la Guerra Santa todos acudían al Alarde, la revista de tropas, que marcaría el inicio de la campaña militar contra los reinos cristianos.

El califa llevaba ya seis meses purgando enemigos en el Magreb. Restringiendo la entrada primero, impidiéndola después y, al final, tomando la cabeza de todo impío que fuera hallado en tierras africanas. Y allí reposaban los macabros trofeos, recordando a todos que quien prestara auxilio al enemigo correría la misma suerte.

De los miles de ojos que miraron las cabezas, sólo cuatro lo hicieron con un atisbo de piedad por aquellos desdichados. Aunque esas dos personas ni siquiera aminoraron el paso, más bien fingieron una indiferencia que en ningún caso sentían. Al que abría la marcha se le conocía en la ciudad como el Sirio, debido a su acento de los lejanos mercados orientales. El comerciante solía vestir túnicas discretas, sin alhajas ni ostentaciones, aunque el valor de sus negocios podía competir con los más acaudalados tratantes del mundo árabe. Era un individuo de edad madura, aunque enjuto y nervudo, de nariz aguileña y manos marcadas por la vida en los caminos. Quienes trataban con él recordaban su mirada brillante y sus ojos atentos que leían en distintos idiomas, tanto fieles como infieles. Llevaba el pelo rasurado como si fuera un asceta derviche y por lo austero de su atuendo y sus costumbres más de uno lo había confundido con uno de ellos.

El Sirio salía de la ciudad de Marrakech guiando de la rienda, con mano experta, la mula de los fardos, inquieta por el aroma de la muerte y los roces de la multitud en la que se abrían paso. Acompañaba al Sirio un joven alto y fuerte que hubiera sacado a todos una cabeza de no andar encorvado como si cargara un gran peso en la espalda. Vestía también con túnica de camino de colores discretos y acercaba cada poco la mano a las ancas de la bestia para tranquilizarla. Esbelto y fornido como su patrón, al igual que el Sirio se había rasurado el pelo y lucía la piel bronceada de quien ha recorrido los caminos durante semanas. Aparentaba despreocupación ante los gritos y tirones del gentío, pero paseaba su mirada de ojos oscuros, de un lado a otro, como un niño que acude por primera vez a un mercado.

Había algo en el Sirio y su sirviente que hubiera podido despertar sospechas. Pero, ya fuera por el movimiento de miles de fieles, por los preparativos del Alarde, o por los documentos que llevaban, lo cierto es que nadie les prestó demasiada atención. Avanzaban lentamente en el alud humano hasta las colinas cercanas donde el califa, al-Nassir, había plantado su estandarte. A su alrededor se había ido congregando el ejército que invadiría las tierras del Norte. El campamento formaba un perímetro de decenas de kilómetros, en los que se agolpaban tiendas, rebaños, monturas y combatientes, sin ningún tipo de orden ni concierto.

Al salir de la ciudad y tomar la ruta pavimentada de las colinas, los dos comerciantes coincidieron con varios pastores. Eran voluntarios de la Guerra Santa, vestían túnicas humildes y

sandalias gastadas. Iban a la Yihad a matar infieles y a colonizar el Norte de España. Los imanes les habían prometido tomar esposa de los reinos cristianos, para extender las fronteras del Islam a los Pirineos y más allá. Los pastores se dirigieron a las entradas de los combatientes, donde largas colas esperaban a los que se alistaban. Había miles de ellos y el bullicio sólo podía compararse al del mercado de la Ciudad Roja.

El Sirio y su acompañante se dirigieron a la entrada de las caravanas. La custodiaban unos guardias almohades, en cota de malla, con rostro endurecido de curtido veterano. Los soldados empuñaban los mismos bastones, altos hasta la cabeza, que los talibanes usaban para hacerse respetar. Uno de ellos se acercó a la mula y, tras examinarla, les hizo un gesto para que se marcharan. Los que aguardaban detrás, en la cola, iniciaron ademán de adelantarlos.

Pero el Sirio, con movimientos tranquilos, enseñó un pergamino al guardia, poniéndole delante el sello con el emblema del intendente del ejército. El almohade lo estudió unos segundos con sorpresa.

—No podéis pasar. El Alarde va a empezar. Sólo las caravanas del desierto pueden entrar. El resto, id al mercado de la medina — indicó el soldado, señalándoles el camino de vuelta a la ciudad con la punta del palo.

El Sirio miró imperturbable al guardia, pero el joven comerciante que lo acompañaba frunció el ceño. El camino que habían recorrido hasta allí sólo podía calificarse de heroico y la orden del almohade significaba que había llegado a su fin. Tras meses de ruta a caballo, en caravana o a pie, con el riesgo de ser asaltados y perder la valiosa carga habían llegado a su destino. Recordaba el temor con el que se levantaban cada mañana, pensando que algo iría mal. Sólo les faltaba el último paso y no podían rendirse ahora. Él sabía, por sus fuentes, que la mercancía interesaría al visir, reconocido alquimista. El problema era llegar hasta el visir y sólo tras complicadas negociaciones pudo conseguir el salvoconducto.

—Nos espera Abu Ben-Hamei al-Hariri, intendente del visir, como puedes ver —repuso el Sirio, tranquilo, agitando suavemente el pergamino.

El guardia resopló. Volvió a mirarlo con desagrado mientras empuñaba con más fuerza el bastón endurecido al fuego. Lo único que entendía era que alguien le discutía una orden. Con un gesto de irritación llamó a su compañero. Pero éste, al observar con atención el sello que encabezaba el documento, lo arrebató de un tirón de las manos del comerciante y se llevó a un lado al otro almohade. El Sirio serenó al joven con una mirada, mientras los soldados hablaban en susurros. Volvieron al lado del comerciante en unos segundos, y se apoyaron en sus altos bastones, flanqueándolo como rapaces. El segundo guardia le devolvió el pergamino.

El comerciante lo recogió y deslizó con discreción unos dirhams de oro en su mano. El

soldado sonrió y les hizo un gesto para que pasaran, reprendiendo a su compañero con una interjección más propia de un pastor de cabras. Los comerciantes se apresuraron a obedecer, palmeando las ancas de la mula para avanzar.

El Sirio y el sirviente entraron en el campamento del califa.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó el joven echando un vistazo atrás, al control de los guardias.

El Sirio apretó el paso, mirando en todas direcciones del despoblado vigilado por patrullas montadas del Califa. Siguieron la senda buscando la fuente del enorme bullicio, que les llegaba con el viento, hasta las tiendas que oteaban a lo lejos.

—El primer guardia no sabía leer. El segundo quería algo de nosotros —comentó, al rato.

El joven no se extrañó. Desde Ceuta habían ido aflojando la bolsa para poder avanzar. Los dirhams volaron en sobornos, regalos y propinas de todo tipo durante el camino. En Marrakech, otro tanto ocurrió hasta encontrar al tratante adecuado. El Sirio había hecho negocios en la Ciudad Roja en el pasado, pero quería tener acceso al intendente del ejército. El negocio que tenía entre manos no podía confiarse a cualquiera, de modo que pasaron la última semana recorriendo las paradas y comercios de Djemaa el Fna, el mercado de Marrakech, compartiendo dátiles y té con los vendedores, hasta conseguir las cartas que habrían de brindarles paso franco.

—Y ahora busquemos a ese al-Hariri —comentó el Sirio-. Fíjate en las concentraciones de camellos, él es quien negocia con las caravanas de suministros.

Ya en el interior del campamento vislumbraron una masa dispar de gentes, en tal extraordinaria multitud que sus gritos, unidos al piafar y gruñir de los animales, formaba un rumor vociferante que los envolvía como una lluvia de insectos. Había miles y miles de hombres, caballos y camellos. Se cruzaron con bereberes del desierto, cubiertos con ricos turbantes; Árabes de mirada orgullosa, esquivos y rápidos hasta para encontrar el camino en la aglomeración; Voluntarios de la Yihad y almohades que paseaban en bruñidas armaduras como si fueran dueños de todo.

Anduvieron cerca de una hora, serpenteando por el campamento, estudiando el tipo de tropas y la organización del ejército que el califa iba a lanzar contra los reinos cristianos.

—Lo menos hay cien veces mil hombres —aventuró el joven, aún sorprendido de que hubiera tantos soldados de piel negra en la hueste norteafricana.

El Sirio asintió en silencio. No era la primera vez que veía una tropa de ese tamaño y recordó el desierto de Palestina, veinticinco años atrás, cuando también él se preparaba para la batalla,

perdido en una hueste como aquella.

—Así podría estimarse. Aunque creo que son muchos menos. Y de éstos no todos cruzarán el estrecho. Muchos de los que vemos son esclavos que acompañan a la hueste pero no lucharán en batalla.

—¿No confundiréis a los voluntarios con los esclavos, maestro? El Sirio indicó al joven que bajara la voz.

—Aquí soy el amo, recuérdalo. No hables si puedes evitarlo. Tu árabe tiene acento exótico. Puedes ponernos a los dos en peligro —susurró.

El joven bajó la cabeza y asintió. De no ser por el Sirio él no habría llegado tan lejos y hubiera sido víctima de los peligros del camino. Siguieron avanzando y subieron una colina. Un mar de hombres y bestias iba y venía como una marea encrespada por la tormenta.

—Aún contando con los voluntarios, no creo que lleguen a cincuenta veces mil combatientes. Aún así será el mayor ejército africano jamás visto en las tierras de la cristiandad. Apresurémonos, hay que cerrar este negocio.

Al rato observaron tres caravanas, recién llegadas del desierto, descargando los fardos de sus camellos. Algunos sirvientes discutían con los caravaneros entre gritos y chillidos, examinando la mercancía. El Sirio se dirigió hacia allí y llamó la atención de un esclavo, que tenía el pelo rasurado de manera que se vislumbraba la marca de su amo en la nuca.

Se trataba del mismo signo que el sello del pergamino del intendente.

—Al-Hariri nos espera —dijo el Sirio.

El sirviente le señaló un conjunto de varias tiendas, entre las que destacaba una jaima de seda turquesa.

El joven y el veterano se encaminaron hasta allí. No sólo había tiendas sino también establos y trajín de mozos y mercancías. Dejaron la mula en manos de uno de los esclavos del intendente y se anunciaron a un sirviente apostado en la entrada de la jaima. Tras exhibir de nuevo el pergamino, firmado por el factor de al-Hariri en el mercado de Marrakech, el esclavo apartó el cuero de la entrada y los invitó a pasar.

El interior aparecía alfombrado con tres capas de paños de colores ocre, de tono parecido a los muebles de palisandro. Un sutil aroma de especias flotaba en el ambiente, cálido por los rayos

del sol que se filtraban por las aberturas del techo. Los recibió un escriba rechoncho con los dedos manchados de tinta y vestido con túnica de seda. Le entregaron el pergamino y éste, tras leerlo, los miró de arriba abajo y arrugó la nariz. No daban la impresión de encajar con las credenciales que manifestaba el documento, respecto a la importancia del negocio o la cuantía de la operación. Aún así, el escriba los hizo pasar a través de una cortina de sedas, hasta el fondo de la jaima.

Descubrieron una gran estancia ricamente decorada con cojines y alfombras entre muebles exquisitos. Vieron una balanza con pesos de plomo en un extremo y varios cofres cerrados en el otro. Un beduino de aspecto cetrino y entrado en carnes, vestido como un nómada del Sahara —con turbante azul y un anillo de oro en cada dedo— los miró como si fueran mosquitos. Cubrían su espalda cuatro guardias fornidos, armados con cimitarras envainadas al cinto. Un secretario se sentaba a su lado, con ricos ropajes, tomando nota de los dictados de su amo.

El escriba los presentó a al-Hariri, pasando al señor el pergamino. El beduino estudió con detalle el mensaje y mandó retirarse al escriba, susurrándole algo al oído. Entró el servicio para refrescarlos con un té frío mientras El Sirio y el intendente, aún en pie, intercambiaron los saludos que daban inicio a toda conversación. Parecía que empezaba una larga introducción, pero al-Hariri levantó, al poco, la mano interrumpiendo al invitado.

—En circunstancias normales no hablaríamos de negocios hasta mañana. Pero está a punto de empezar el Alarde y hay mil tareas por hacer. El ejército empezará la marcha en unos días y los caminos y los puestos de intendencia y parada deben estar preparados. Jamás te habría recibido si no llevarás algo tan valioso y escaso como el azogue ¿Pero lo es? Te advierto que, si tratas de engañarme, te mataré.

La pose de amenaza no pareció enturbiar el ánimo del comerciante, el cual parecía tranquilo.

—Sí, es mercurio de las minas de Almadén —repuso el Sirio y se dirigió al joven que lo acompañaba—. Muhammad, deja la botella en el suelo.

El joven, actuando como un sirviente, se adelantó y se desprendió de la túnica, mostrando una bolsa de cuero, atada con correas a su espalda musculosa. Envuelta con delicadeza extrajo, del interior del petate, una bella botella de cristal. La solución líquida espesa que contenía presentaba un brillante color plateado.

—Puedes hacer las tres pruebas, si lo deseas —añadió el Sirio, dando un paso atrás.

Al-Hariri se acercó a la botella y la examinó con atención. Era de un litro de capacidad y aparecía llena de lo que algunos llamaban plata líquida. Tomó el recipiente y lo sopesó con esfuerzo, rechazando la ayuda de sus sirvientes que se abalanzaron para asistirlo. El peso era mayor del que uno esperaría en una botella de litro. Más de diez veces.

El beduino sonrió, mostrando una dentadura castigada por la vida errante. Volvió a dejar el recipiente de mercurio en el suelo y con un gesto indicó al Sirio que lo acompañara a un rincón, cubierto de alfombras y cojines. Éste se sentó con las piernas cruzadas, a la guisa de la gente del desierto, levantándose ligeramente la chilaba y mostrando los pantalones abombados de los jinetes de camellos. Los esclavos se apresuraron a servirles plátanos, coco y dátiles.

El escriba regresó y, tras inclinar la cabeza a su amo, le tendió un rollo de pergamino de aspecto vetusto. Al-Hariri lo extendió con cuidado y lo estudió unos instantes.

—Según el tratado de los sabios el peso parece el correcto. No tengo mucho tiempo, y estoy interesado en este negocio. Pero, antes, dime —le exigió, mirándolo a los ojos— ¿Quién eres tú al que llaman el Sirio? No te conozco. No hemos hechos tratos antes. Nadie responde de ti ni por ti respondo ante nadie. Mi agente en Djemaa el Fna comenta que varios comerciantes han tratado contigo y has ganado fama de justo y cumplidor.

El Sirio sorbió el té antes de responder. Sabía que debía medir bien sus palabras. Su interlocutor parecía astuto y sabría por dónde presionarlo. Optó por ser prudente.

—Mi nombre es Abd Rahman Ibn Muza Al-Mayadin. Hacía muchos años que no acudía al mercado de Marrakech. Mi negocio está al Este, comercio con Constantinopla y los productos que allí traen los hombres del Norte, bajando los ríos helados de las estepas. Pero este año una carga me llevó al al-Ándalus y de allí vuelvo a mi tierra.

El beduino asintió.

—¿Sois Sunni o Chiíta? —preguntó entrecerrando los ojos.

El Sirio tomó un largo trago de té. Debía contestar con cuidado puesto que, si al-Hariri resultaba ser de la otra secta del Islam, quizás no querría hacer negocios con él.

—Yo sigo a los discípulos del Viejo de la Montaña —contestó con un susurro. Al-Hariri asintió con gravedad.

—¿Conoceréis entonces al nuevo líder, Hassan III? —preguntó.

—En realidad hace mucho que no visito la fortaleza —se excusó el Sirio, que no sabía quién ostentaba el liderazgo en la actualidad y temía dar una respuesta errónea.

El beduino se puso de pie.

—Sólo hay una forma de saber si me estás engañando o no con el tema del azogue —comentó. Llamó la atención de un sirviente con un ademán y le ordenó-. Vierte el mercurio en una fuente de madera de olivo y pésalo.

Volvió a mirar al Sirio.

—Reza al profeta para que no falle la prueba o tomaré tus manos y tus ojos —amenazó con el puño en alto.

El Sirio asintió, impertérrito. El intendente creía que el peso podía explicarse por la botella. A veces los cristales se emplomaban y quizás eso probara el exceso de peso.

Tras realizar los esclavos la operación, al-Hariri se acercó a la balanza.

—Supera la arroba. Llega a los trece quilos —anunció—. Veamos ahora si se cumple el tratado: “El plomo flota como la hoja en el agua” —recitó, tomando varios de los pesos de la balanza, y mirando al otro con malicia, los arrojó al interior del recipiente que contenía el líquido plateado.

El joven contuvo el aliento.

Los pesos de plomo flotaron, como si fueran ligeras hojas de álamo que la corriente arrastraría abajo. Los sirvientes murmuraron entre sí, aquello les parecía cosa de magia.

El joven que acompañaba al Sirio dejó escapar el aire retenido.

—El tratado se cumple también en este punto —asintió al-Hariri, más tranquilo—. Parece que es cierto que me traes azogue, aunque me cueste de creer ¿De dónde lo has sacado? Hace muchos años que no llega un suministro tan grande a este mercado.

El Sirio hizo un gesto para que le rellenaran el cuenco de té y engulló unos dátiles antes de contestar.

—No ha sido fácil conseguirlo. Desde que los infieles conquistaron las minas de Almadén, hace sesenta años, el azogue viaja al Norte de Europa y es muy raro de encontrar. Por si fuera poco la única mina del mundo está en poder de esos Caballeros de Qal’at Rabah, que ellos llaman Orden de Calatrava. Por suerte los infieles son corruptos a la llamada del oro.

Al-Hariri asentía, como si ya conociera todo aquello. Al oír hablar de la orden militar cristiana sus ojos llamearon y lanzó un puñetazo al aire.

—Esos perros pagarán por todos los años de robos a mi Señor Abu Abd Allah Muhammad al-Nassir, amir al-Muminin, y van a ser destruidos por saquear Andújar. Ese castillo de Salvatierra volverá a manos del califa.

El Sirio sacudió la cabeza y dirigió la mirada al techo de la jaima y a la luz que por allí entraba.

—El ejército del príncipe de los creyentes es poderoso —comentó—, pero los infieles son fuertes en armas. No conozco la disposición de los señores cristianos de occidente ¿Cuál es el más impío a ojos del califa?

Al-Hariri se levantó y empezó a pasear por la jaima como un tigre rabioso.

—Mi Señor ha convocado a todos sus súbditos, tan numerosos como una plaga de langostas. Ha jurado sobre el Corán conducir a sus tropas hasta Roma y abrevar sus caballos en el Tíber. Los primeros en sentir su ira serán los enemigos del al-Ándalus y sobre todo ese Rey de Toledo.

El joven tragó saliva. El veterano parecía meditar sobre las palabras del comerciante beduino.

—Quiera Dios guiar los pasos del califa hasta cumplir su destino. —bendijo el Sirio, con la diestra en el corazón.

—Dios lo quiera —confirmó el otro, inclinando la cabeza.

En el exterior empezaron a redoblar los tambores y el griterío de la multitud se intensificó. Al-Hariri parecía ahora tener más prisa.

—Debo partir. Pero antes la última prueba. Con ella sabré si me engañas o es cierta tu historia. Dice el tratado de alquimia que sólo la plata líquida transforma el oro en mineral argénteo.

Al-Hariri se acercó al azogue y tomó un anillo de oro de su meñique.

—Si sigue siendo oro significará que el truco está en la botella o en la solución alquímica del preparado, y que no es mercurio. En ese caso moriréis. Aquí y ahora —amenazó, y con un gesto sus cuatro guardias desenvainaron las cimitarras y las acercaron al cuello del comerciante y su sirviente.

Al-Hariri acercó el anillo a la plata líquida. Lo mojó. Y, ante sus ojos, el oro empezó a cambiar de color. Del amarillo brillante al plateado apagado. Los sirvientes se acercaron a verlo, sólo podía ser magia y el asceta, un alquimista de leyenda. Los guardias apartaron sus cimitarras.

El Sirio lanzó una rápida mirada al joven para que, ante todo, no se mostrara turbado.

Al-Hariri estudió el anillo, acercándose a los ojos. Parecía de plata. No había duda ahora. Guardó el anillo en el cinturón y se acercó al Sirio, al que abrazó como si fuera el mensajero de una buena noticia largamente esperada. Mandó salir a sus sirvientes a por comida para sus invitados.

En el exterior el estruendo de los tambores era ensordecedor y las trompetas llenaban el ambiente con la llamada a las tropas.

—Te daré mil camellas por él —dijo el beduino sonriendo—. Tengo un rebaño llegado del Sahara. Si los vendes en Damasco valdrán lo que un palacio con sus fuentes y jardines.

El Sirio rio ante la exageración. Y sus carcajadas hicieron aparecer una mueca en el rostro de al-Hariri.

—No aceptaré menos de su peso en oro —concluyó el comerciante con voz firme y los labios apretados.

Al-Hariri miraba la entrada de la tienda, como si esperara que en cualquier momento llegara alguien. Parecía sorprendido de que le pidieran un precio tan alto, pero controló la furia que sentía.

—Su peso en plata. A fin de cuentas se trata de plata líquida. — ofreció con voz meliflua.

Los sirvientes entraron sirviendo un tajine de frutas confitadas. El Sirio negó con la cabeza sin perder de vista los ojos del intendente.

—Voy camino de La Meca y pararé en los bazares de Túnez, El Cairo, Jerusalén y Damasco. Si no podemos hacer negocios estoy seguro que a alguien interesará mi precio. Sabes que podría pedir mucho más.

Al-Hariri blasfemó. Tomó un bastón y atizó a uno de sus esclavos, que servía con demasiada lentitud. El beduino parecía echar espuma por la boca, rojo de furia.

—Te mandaré azotar a ti por irrespetuoso —amenazó—. Vienes a ofrecerme miel y cuando la tengo en los labios te la llevas. Mereces que te desolle como a los perros, en lugar de matarte, para que en el día del juicio final puedas decir que, pese a tu engaño, fui clemente. Pero tengo prisa. Por suerte para ti el Alarde está a punto de empezar y hay un comprador que me pagará tu precio y mucho más. Tienes suerte que los que practican el arte de la alquimia busquen mercurio desde hace años. El mismo visir querrá todo el lote que traes. Así que te pagaré su peso en oro.

El beduino escupió en la mano y se la tendió al Sirio, quien ofreció a la vez la suya pero añadiendo una condición más.

—El precio es el peso en oro. La forma de pago, diamantes sin pulir del África negra. —
puntualizó.

Al-Hariri titubeó y no llegó a estrechar la mano del otro. En lugar de eso tomó de nuevo el palo.

—Maldito bastardo de una cerda. Has dicho su peso en oro. —el Sirio ni siquiera pestañeó. Sabía que si caía en la provocación no iba a salir vivo de esa jaima. En lugar de devolver el insulto habló con tono humilde.

—Me gusta viajar ligero. No pido nada de lo que no tengáis en abundancia. Casi todo el diamante de África pasa por el bazar de Marrakech. Te ahorro el transporte a los mercados del Este. Págame con el valor que tendrían los diamantes no aquí sino en el bazar de El Cairo.

El veterano comerciante era astuto. Ofrecía al beduino un acuerdo ventajoso, puesto que le ahorra el viaje con los riesgos que acarrea. A pesar de ello al-Hariri no estaba satisfecho, el precio del diamante en El Cairo no difería mucho del de Marrakech, así que, más tranquilo, replicó.

—Sea al precio del mercado de Damasco.

El Sirio cerró los ojos para hacer un cálculo rápido, esperando que fuera correcta la información que le facilitaron. El cambio suponía un giro a favor de al-Hariri, pero su intuición le decía que ya había tensado demasiado la cuerda. Sería prudente que pareciera que el otro había ganado. Escupió en la mano y la tendió. El beduino se la estrechó con una sonrisa artera.

—Por supuesto no puedo pagarte ahora.

Un estremecimiento gélido, como un viento que penetra por la ventana de madrugada, recorrió la espalda del joven. Miró de reojo a la guardia del beduino, los cuatro soldados seguían atentos la conversación. Uno de ellos llevó la mano, distraídamente, a la empuñadura de la cimitarra.

—Entonces volveré mañana... con el azogue. —replicó el comerciante, mirando a los ojos de al-Hariri.

El beduino volvió a dejar el palo en su sitio. Su escolta se relajó.

—Hemos cerrado el acuerdo —subrayó con voz aguda—. No tengo aquí los diamantes

porque es un campamento militar. Sé mi invitado mientras los traen, no debería ocuparnos más de unas horas.

Mientras hablaba el intendente del ejército se acercó a una cortina y tiró de una cuerda haciendo sonar una campanilla. El escriba volvió y al-Hariri le susurró unas frases, ordenando a su guardia que escoltaran al sirviente. El secretario, con el rostro imperturbable, y los cuatro soldados salieron de la jaima inclinando la cabeza ante su amo.

El Sirio pensó que había algo fuera de lugar allí. Sus sospechas se fortalecieron cuando vio al beduino ordenar, con un gesto, que retiraran la carga de mercurio a sus dependencias personales.

Al-Hariri sonrió de nuevo al dirigirse a él.

—No puedo quedarme más tiempo. Quédate en mi jaima, mientras vuelvo. Mis esclavos obedecerán todas tus órdenes. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—El placer ha sido mío —susurró el Sirio con la diestra en el corazón, inclinándose. Pero una sonrisa de satisfacción afloró en sus labios mientras el otro no podía verlo: Había conseguido su objetivo.

Cuando levantó la vista al-Hariri ya tenía la mano en la puerta de la tienda. El estruendo de los tambores se hizo más fuerte cuando apartó el cuero.

* * * * *

Los comerciantes se miraron en silencio. Tenían que hablar, aunque debían hacerlo en privado.

Pero los sirvientes no los dejaron solos, ni un instante, y los abrumaron de atenciones. Les obsequiaron con una comida abundante y especiada, a base de cus cus y cordero, dispuesta en decorados tajines que conservaban el calor. La bebida era el Leben, leche agria con tomillo y miel servida muy fría.

Los dos comieron con prudencia mientras uno de los escribas les explicaba, con finas palabras y maneras escogidas, los detalles de la preparación del ágape. Cuando llegaron los postres, el Sirio le llamó la atención.

—Queremos salir a ver el Alarde, ¿Puedes acompañarnos?

El sirviente titubeó al oír la pregunta. No acostumbraba a dejar la jaima de su amo, se encargaba de los invitados y a veces asistía al señor en las reuniones. Pero él mismo había oído a al-Hariri que todas las órdenes de los huéspedes debían ser atendidas. Así que asintió.

—Guíanos por el campamento hasta la tienda del califa al-Nassir. —indicó el comerciante poniéndose en pie.

El joven apartó el plato y lo imitó.

Al salir de la tienda los asaltó el estruendo y el nerviosismo previo al Alarde. Una multitud corría en todas direcciones, mientras miles de palabras se mezclaban en un estridente murmullo.

La caballería se concentraba en una colina cercana y las monturas avanzaban al paso. Los tambores retumbaban y las trompetas y tubas convocaban a todos los guerreros a la revista ante el Califa.

Un contingente de voluntarios del Islam pasó cerca de su posición. Formaban un cuerpo de unos cinco mil soldados que marchaban cantando: paraíso o botín. Eso era lo que esperaban de la Yihad y lo que les habían inculcado los imanes. Morir en batalla, mártir y ganar las puertas del paraíso con sus huríes y sus ríos de leche y miel. O bien el reparto del botín que el califa ofrecía al acabar la campaña, junto a todo lo que uno hubiera podido saquear y rapiñar durante el camino.

Ya no eran pastores o labriegos en chilaba y sandalias. Habían recibido la baraka del califa y todos gritaban de alegría, convencidos de acudir a la llamada del Islam. Al-Nassir, el emperador almohade, regalaba a todos los soldados lo necesario para la campaña. Llegaron con un queso y un cuchillo, como únicas posesiones y ahora marchaban con alfanje al cinto, escudo y botas repujadas. Bajo el ritmo de los tambores africanos, ensordecedor y contagioso, marcaban el paso, orgullosos, con el haz de jabalinas a la espalda y la zamarra repleta de la comida y la paga del califa.

—¿Tienen formación militar esos yihadistas? —preguntó el Sirio al sirviente de al-Hariri.

Éste negó con la cabeza. Y a la vista estaba que muchos habían acudido sólo con el valor de su fe.

El cuerpo de infantería pasó de largo y otro contingente parecido se acercaba, con el estruendo de los tambores. El grupo del Sirio siguió su camino y subió a una colina cercana.

Llegar allí les llevó unos minutos de roces, empujones y tirones. Un olor almizcleño de

multitud excitada los rodeaba por todas partes. El Sirio fue abriéndose paso con firmeza hacia las alturas de la colina.

Divisaron a lo lejos tres contingentes de caballería, agrupados a los pies de otra colina. Decenas de miles de hombres, caballos y camellos levantaban nubes de polvo que enturbiaban la visión y uno no alcanzaba a abarcarlos.

—¿Quiénes son esos? —preguntó el Sirio señalando a los jinetes. El sirviente miró los estandartes con atención.

—Las tribus berber, los aliados árabes y los agzaz.

—¿Agzaz? —preguntó el joven estudiando a los jinetes, armados con arcos compuestos, más cortos que los de la infantería.

El esclavo lo miró unos instantes con suspicacia, como si le sorprendiera que alguien pudiera ignorar eso. Añadió que se trataba de los partos. El Sirio acudió al rescate de su compañero.

—Son turcos. Descienden de aquellos guerreros que derrotaron una y otra vez a los romanos. Son capaces de atacar mientras huyen, volviéndose mientras controlan al caballo con las piernas y las rodillas. Debe de haber unos cinco mil. Dime, ¿Quiénes son los que montan en camello?

Mirase donde mirase miles de camellos llenaban la panorámica. Había varios cuerpos de ejército de ellos, concentrándose al lado de los agzaz.

—Son bereberes de las tribus del desierto. A su lado cabalgan las tribus árabes.

Los jinetes se habían puesto en movimiento y se dirigían a una colina que se alzaba unos kilómetros al Norte, en cuya cima resplandecía el palenque carmesí del califa. El emperador al-Nassir, príncipe de los creyentes, los inspeccionaba mientras la elite del ejército almohade formaba en el llano. Se trataba de una multitud de infantes y guerreros, equipados con cotas de malla, cascos y lanzas largas, agrupados en escuadras perfectamente ordenadas.

—Es un ejército fabuloso —reflexionó en voz alta, mirando de reojo al esclavo de al-Hariri-. Lo menos hay dos mil hombres.

El sirviente se sintió ofendido y una mueca escapó de su rostro, aunque tuvo la cortesía de no decir nada, hasta que el Sirio lo invitó, con un gesto, a hablar libremente.

—Creedme si os digo que hay más de cien mil hombres dispuestos a morir por el califa. He

estado en reuniones asistiendo a mi amo y he escuchado detalles sobre los costes de los suministros.

El Sirio asintió, como confirmando un pensamiento.

—Es suficiente —dijo de repente-. Llévanos de nuevo a la tienda de al-Hariri. El tiempo de espera ha transcurrido ya.

Se pusieron en marcha desandando el camino. Todo el mundo se dirigía en dirección al palenque del califa, así que les resultó mucho más sencillo llegar a la zona de las caravanas.

A la vista de la jaima de al-Hariri, el Sirio indicó al esclavo que se adelantara y preparara los detalles del pago. El sirviente se retiró con una reverencia y entró en la tienda de su amo. El veterano hizo un gesto al joven para que lo siguiera a un rincón apartado. Le señaló la jaima, en cuyas inmediaciones siete soldados parecían ocupados afilando las armas o ajustándose el equipo. Y todos ellos los miraban de reojo. El Sirio acercó los labios al oído de su acompañante y le susurró en perfecto latín.

—Huyamos de aquí.

* * * * *

El joven que se había hecho pasar por su sirviente lo miró con sorpresa. Sacudió la cabeza como si quisiera expulsar la idea y contestó en la misma lengua.

—¿Y el pago? Nos espera una buena bolsa de diamantes allí dentro.

El comerciante que hablaba como un sirio negó con la cabeza. Era perro viejo en el asunto de tratar con el mundo árabe. Leía en el corazón de las gentes, más allá de lo que decían las palabras.

—Van a matarnos.

Lo dijo con voz tranquila, sin dejar de mirar en todas direcciones, y el joven se obligó a sentarse en el suelo, aparentando un cansancio que no sentía, más bien le hervía la sangre en las venas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No estoy seguro de haber contestado con acierto a todas las preguntas.

El joven se llevó las manos a la cabeza. Había cargado con los cerca de catorce quilos de la mercancía durante miles de kilómetros. Debía haber alguna solución.

—¿El Viejo de la Montaña?

—Esa era una. Marchémonos ahora que estamos a tiempo.

Pero el joven negó con determinación.

—Si quiere el azogue que pague por él. Embosquemos su emboscada.

El Sirio arrugó la nariz ante lo que imaginó le vendría encima. Prefería escoger lo importante en lugar de lo valioso, salvar la vida aunque se perdiera el negocio. El joven, no obstante, parecía dispuesto a luchar.

—Por el amor de Dios, Alonso —masculló con el latín de los territorios francos—, piensa. Debemos llegar a los reinos cristianos. Debemos informar de la hueste sarracena para que la Cristiandad pueda prepararse. Piénsalo con frialdad. Más de cien mil moros van a caer sobre Toledo: Castilla se puede desintegrar.

Mantén la voz baja, pero con un matiz desesperado, gesticulaba moviendo las manos. Los ojos desorbitados, la tez encendida.

—No debo ser yo el que vuelva, pues —sentenció el joven con los labios apretados y la mirada entrecerrada.

Tenía los puños crispados y los agitaba, hablando en latín con fuerte acento del Norte de España.

—Yo me quedo a por lo que es mío —continuó Alonso—. A mí se me confió el azogue y no volveré con las manos vacías. Si uno ha de retirarse para llevar la noticia que sea frey Roger.

El interpelado lo miró a los ojos unos segundos. No había rastro de ironía en la voz del joven, sólo la fe de estar haciendo lo correcto dictaba sus palabras.

—Alonso, no es por mí que te lo pido. Tenemos que cumplir nuestra misión. El comercio era sólo nuestra máscara. La llave que nos había de permitir entrar en el campamento del califa. Si hay

que huir, tiene que ser ahora, cuando todos esperan que vayamos a cobrar.

Alonso escuchó las palabras de Roger, pero negó con la cabeza. Sabía que tenía razón, su verdadero objetivo consistía en espiar al ejército que el Califa concentraba desde hacía meses. Pero había jurado obedecer todas las órdenes. Y su Maestre había sido claro al entregarle el mercurio, necesitaban ese dinero para la guerra contra el sarraceno.

—Tengo órdenes expresas de volver con el dinero.

El veterano con acento sirio suspiró y asintió en silencio, vio la decisión en el rostro del joven y supo que no lo convencería.

—No dejaré tu muerte en mi conciencia, Alonso de las Merindades —dijo Roger—, esta vez no. Mientras el Señor me conserve las fuerzas para blandir una espada. Demasiadas muertes he sufrido ya. No dejaré al hermano enfrentarse solo a la muerte. Si esa es la voluntad de Dios, la acepto.

Esas palabras conmovieron a Alonso. Recordó que su compañero era uno de los supervivientes de la batalla de los Cuernos de Hattim y sintió que quizás el destino le reservaba algo mejor que caer en el alarde del califa.

—Regresa sin mí, Roger de Troyes —insistió—. Esto es un asunto entre ese moro y yo.

—Por ti me quedo. —precisó el veterano, permaneciendo a su lado, y llevando una mano a su hombro—. Debería ingresar en un monasterio del cister, dedicándome a rezar y al huerto, pues estoy cansado del mundo de los hombres. Sólo quiero conversar con Dios. Me hastía lo de demoníaco que hay en ciertas pasiones humanas. Me encerraría para orar y no saber ya nada más del mundo. Pero aquí estoy, porque a veces un hermano como tú me recuerda el camino. Antes del deber está mi alma.

Dejaron el latín y volvieron al árabe. Cualquiera que los hubiera visto hubiese pensado que contemplaban a un par de talibanes, enfervorecidos por las enseñanzas religiosas, extáticos ante la idea de cumplir la voluntad divina. Tenían los ojos brillantes, pero la mirada resuelta del que avanza con paso firme a la llamada del destino.

Roger miró a su alrededor estudiando la situación.

El conjunto donde se integraba la jaima de al-Hariri aparecía delimitado y vigilado por los propios guardias del beduino, protegidos con cota de malla y sobrevesta azafrán. Quizás por eso, llamaba la atención que siete soldados, escasamente armados, deambularan por las inmediaciones, observándolos con disimulo.

—Espera —comentó Roger—, tal vez no esté todo perdido ¿Ves a esos siete?

—Los veo.

—Fíjate que todos están fuera del negocio de al-Hariri ¿Qué te dice eso?

—Que nos atacaran cuando salgamos.

Roger le apretó el hombro.

—Exacto. Cumplirá su parte mientras estemos en su negocio. Al-Hariri pagará y será después, fuera de su hospitalidad, que intentarán quitarnos los diamantes. Eso me da una idea. Ven.

Se dirigieron a la entrada, pasando al lado de los guerreros que apostados junto al acceso, simulaban estar ocupados en sus asuntos. De la entrada a la jaima turquesa del beduino habría unos treinta metros. Los recorrieron lentamente y con paso tranquilo, observando a su alrededor con detalle. Ya en la tienda del intendente, llamaron la atención del esclavo que se había hecho cargo de su mula. Recogieron el único fardo que ésta cargaba y lo mostraron a uno de los tenderos del comerciante. El hombre se inclinó para examinar las diez espadas rectas europeas, forjadas con acero toledano. El Sirio tomó una de ellas, gastada y con muescas, y la ajustó a su cinturón. El joven hizo lo mismo con otra que también parecía usada en varias campañas. Las otras ocho brillaban con el aspecto del acero recién forjado.

—El lote y la mula por un caballo fuerte, que yo mismo escoja —ofreció el Sirio.

El tratante examinó las espadas y el animal. Iba a iniciar el regateo, pero calló para aprovechar una buena venta. Se dieron la mano.

Roger miró a su alrededor y se acercó al establo de caballos, haciendo caso omiso de las indicaciones del vendedor hacia los camellos. Examinó a los animales en el bocado y en las patas, escogiendo un semental joven que juzgó saludable y descansado.

El tratante iba a protestar pero calló de nuevo al calcular que salía ganando con el acuerdo. Pensó que las espadas debían proceder del saqueo y que aquellos dos, sobretodo el joven, parecían guerreros poderosos. No convenía que se alteraran.

Roger pasó las riendas del caballo a Alonso y se encaminaron a la entrada de la jaima.

—¿Sabrás montar a la jineta, espero?

—¿Sin silla? Claro —contestó Alonso.

—Espérame aquí, preparado para poner pies en polvorosa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el joven.

—Estate preparado. Tengo una idea. A ver si puedo ponerla en práctica.

Y diciendo esto apartó el cuero y entró en la tienda turquesa de al-Hariri.

El sirviente de la puerta le guio por la antesala, con olor a palisandro, hacía el fondo de la jaima. Se respiraba un aire de tensión, de aliento contenido, como si todos aguardaran la tormenta que por el retronar, se oye cómo se acerca.

Al-Hariri no estaba, lo cual confirmó los peores temores de Roger. Decidido a aprovechar la ventaja de tratar con esclavos y libertos, adoptó el porte orgulloso de un señor. Avanzó con paso firme, seguro de sí mismo, tranquilo, dejando que todos vieran la espada que le colgaba del cinto. Apoyó la mano en la empuñadura, como el que se vale de un bastón, mientras miraba alrededor con una mueca de desdén y el ceño fruncido.

El escribano, al que el amo mandara a buscar los diamantes, lo esperaba con una llamativa bolsa de seda roja. Cinco guardias formaban a su alrededor en actitud amenazante, pretendiendo intimidarlo por el número y pertrechados como si se dispusieran a entrar en combate.

—Tendrás que disculpar a mi Señor, Abu Ben-Hamei al-Hariri—dijo el escribano, alargando el brazo para ofrecerle la bolsa de seda roja—, me ha pedido te entregue el pago acordado y lo aguardes en tus dependencias de Marrakech. Él mandará llamarte cuando sus obligaciones se lo permitan.

Roger le sostuvo la mirada, largo tiempo, en silencio, sin hacer tampoco el gesto de tomar la bolsa, como si estuviera decidiendo si debía sentirse insultado o no.

—Esperaba que hiciera el pago en persona —replicó al fin, con voz cortante y tono seco.

Se acercó y tomó la bolsa. La sopesó con ambas manos. El tamaño parecía el esperado. Se acercó a la balanza, antes de desatar el cordón que la mantenía cerrada, y la pesó. Usó las pesas de plomo para equilibrar los dos platos y averiguar si el beduino pensaba estafarlo. Estaba claro que las reglas de la hospitalidad y el honor impedían al intendente ningún movimiento dentro de

sus dominios.

Todo estaba bien. No obstante se cuidó de no exteriorizar ningún signo de conformidad. Abrió la bolsa y examinó el contenido. Debía hacerlo allí mismo y frente a ellos, para que después no pudieran decir que si había piedras y no diamantes sería porque él mismo había hecho el cambio.

Eran diamantes.

—Me he permitido redactar un documento —continuó el escriba—, para someterlo a vuestra consideración. Firmadlo si lo consideráis correcto.

Roger leyó el pergamino mientras, pensaba si el plan que había trazado podría realizarse. El texto le parecía correcto. Un esclavo le acercó una gasa con tinta para que mojara el dedo y lo estampara en el escrito.

Mojó el dedo en la gasa mientras hacía ver que releía las últimas líneas y en lugar de dirigir el dedo al pergamino, enrolló el documento en un ademán furioso.

—No es correcto —dijo con rabia—. No estoy seguro de si se están utilizando las pesas del comercio entre hermanos o si estas pesas están cargadas.

Sabía que de haber formulado esa acusación ante al-Hariri, su cabeza estaría sentenciada, pero el esclavo pareció palidecer.

—Voy a llevarme una pesa —dijo, tomándola de la balanza—, para comprobar su peso real. Decidle a vuestro Señor que estaré ansioso de acudir cuando me haga llamar y aclarar este asunto.

Dejó a todos confundidos y se dirigió a la salida con el pergamino y la pesa de plomo en la mano y la bolsa de seda roja en la otra. Pisando fuerte, mostrando una rabia que en realidad no sentía. El portero de la jaima se apresuró a seguirle.

Una vez en la antesala. Roger se detuvo. Se encaró con el portero y le dijo.

—He cambiado de opinión. Toma, lleva esto al escribano.

Estampó su huella en el pergamino del recibo y se lo tendió al portero. Éste lo recogió y volvió a entrar en la estancia principal de la jaima mientras Roger lo esperaba en la antesala.

El portero se acercó al escribano y habló con él unos segundos. Le tendió el pergamino

del recibo y el esclavo comprobó que el Sirio lo había firmado. Hizo un comentario en voz baja diciendo que el otro estaba más loco que una cabra y un coro de risas se elevó entre los guardias.

El portero volvió con Roger y le hizo una inclinación de cabeza y un gesto indicándole que todo estaba correcto.

Roger salió de la tienda turquesa empuñando bien visible la bolsa de seda roja. Corrió a donde lo esperaba Alonso y subió al caballo de un salto, ayudado por el joven que lo sostuvo con firmeza. Se acomodó abrazando al caballo con las piernas para mantenerse sentado en la grupa.

Agitaba la bolsa roja cambiándola de mano varias veces, y no le pasaba por alto que los siete, que afuera aguardaban, le seguían los movimientos con la mirada.

—Adelante, salgamos de aquí.

—¿Tienes los diamantes?

—Los tengo. Vámonos, antes que esos matones formen un muro de espadas —dijo picando talones en los flancos del semental.

Alonso también espoleó a la montura y ésta empezó a trotar hacia la salida.

—Vamos, al galope —pidió Roger volviendo a picar talones mientras mostraba, de forma ostentosa, la bolsa de seda roja.

Los siete guerreros abandonaron las poses lánguidas y espabilaron de súbito. Se incorporaron observando a la presa que empuñaba la bolsa roja que les habían indicado.

El caballo, joven y brioso, no tardó ni un segundo en salir proyectado hacia delante en un rápido galope. Llevaba varios días sin salir de la cuadra y estaba loco por acercarse al aroma de las yeguas que le traía el viento de la tarde. Pese a llevar dos jinetes, ligeros como juncos, sus zancadas se hicieron pronto largas y veloces, por no resultar una carga pesada.

Roger agitaba la bolsa de los diamantes y al llegar cerca de los emboscados la arrojó a un lado. Los siete siguieron la caída con la mirada. El caballo pasó entre ellos como una exhalación. Los guerreros se precipitaron hacia la bolsa roja, arremetiéndose unos contra otros.

—¿Qué haces...? —preguntó Alonso, gritando escandalizado.

—Sigue, sigue. Acabo de comprar nuestras vidas.

El semental se alejó con brío. Una vez salieron de la vista de los asaltantes se perdieron en el mar de la multitud.

Alonso continuó, tan rápido como podía, escogiendo la ruta más despejada hasta salir del campamento. Enfilaron el camino de la costa, el más directo a la Cristiandad y no se detuvieron hasta que la noche los sorprendió en el camino y no fueron capaces de seguir avanzando.

Roger se acercó a Alonso cuando desmontaron, una sonrisa escapaba de sus labios. Se sentó en el suelo y se sacó la bota izquierda. La inclinó y una cascada de diamantes resbaló hasta la palma de sus manos.

—Me hubiera gustado ver sus caras cuando encontraron la pesa de plomo —dijo, estallando en carcajadas.

II. SALVATIERRA

Verano de 1211

El párroco tenía miedo de la atractiva joven, de largos cabellos sueltos a la espalda como una manada de salvajes yeguas negras. Excusándose en el calor de la meseta, Cinta vestía sin recato enseñando las rodillas que asomaban sobre las botas de cuero de caña alta y los pantalones ceñidos de jinete. De la espalda de la chica asomaba un arco tensado y una aljaba de flechas. Le ceñía el talle exquisito un cinturón de cuchillos, que el sacerdote había visto volar uno tras otro con destreza endemoniada. Tenía los miembros largos y el vigor del que no vive en oscuros claustros, sino que ronda los caminos y los montes. Por suerte y paradojas de la vida, las habilidades de la cautiva le habían salvado la vida durante la ruta. El párroco se secaba el sudor de la frente y la miraba de reojo, temiendo otro estallido de furia. La rea tuvo que cazar para los dos y escamotear a las patrullas y saqueadores de las tierras de frontera.

El clérigo lamentaba haber confesado al Obispo la falta de la dama. Sospechaba que

ese era el motivo por el cual el prelado de Tortosa le había encomendado aquella misión, tan peligrosa como incómoda, puesto que le resultaba difícil apartar los ojos y los pensamientos de aquella mujer y de sus misteriosos ojos verdes.

Pero ya el viaje llegaba a su fin. El cura, cuarentón y calvo, pensaba que pronto volvería a su parroquia a cuidar de su rebaño. Quería olvidar el viaje con aquella mujer indomable que montaba a la jineta, dejando atrás las tentaciones y los pensamientos de las últimas semanas. Soñaba con su figura estilizada y atractiva, de pechos turgentes y elevada estatura.

Tras días de idéntico paisaje, el camino que partió de Toledo, alcanzaba las montañas de Sierra Morena y dejaba atrás las tierras de la frontera y la árida meseta, tierra de nadie, donde moros y cristianos llevaban siglos guerreando. Los bandidos, los pastores y los errantes eran los únicos que vivían en esos despoblados.

El sendero que seguían ahora se estrechaba en un valle en forma de serpiente, como si la meseta se hubiera vaguado por ese canal, esculpiendo en las montañas un camino sinuoso.

Pero ese valle tenía un guardián.

Había un pequeño monte, con una cara Norte agreste y guerrera, que se derramaba como un alud por la cara sur, formando una pista empinada y abrupta, por la que ni aún las cabras se moverían con comodidad.

Y sobre ese guardián, que dominaba el valle, un castillo de la misma piedra que los huesos de las montañas circundantes.

El sacerdote y la joven se dirigían al castillo, por todos conocido como Salvatierra, que ya divisaban en lontananza en la cima del monte agudo.

En el camino observaron a varios jinetes practicar la carga de caballería, con las lanzas largas en equilibrio, dirigiéndose al galope contra un enemigo imaginario, en perfecta línea compacta. Vestían armaduras negras y en el manto blanco con capucha aparecía la cruz de una orden militar cristiana.

—¿Esos son Caballeros de Calatrava? —preguntó ella, observando el escudo con el blasón de la cruz, que llamaban florlisada, por tener en los extremos cuatro puntas a modo de flechas.

—Cuidado, Cinta —advirtió el sacerdote—. No les gusta que les recuerden su derrota. Desde que la ciudad de Calatrava está en poder de los sarracenos, se denominan Caballeros de Salvatierra, porque éste es ahora su castillo. Y no sirven a nadie sino a Dios. Pero antaño se les conoció como Caballeros de Calatrava.

—¿Son como los templarios, verdad?

El sacerdote volvió a secarse el sudor de la frente, antes de contestar. Había partido con premura y sotana de abrigo, los últimos días los había pasado acalorado, por los sustos del camino y el encanto de su prisionera.

—Sí, pero todas las ovejas son distintas para el pastor, aunque a uno le parezcan iguales. Yo no haría esas comparaciones en presencia de frey Ruiz Díaz, si es que es verdad lo que cuentan de él los romances. Ellos triunfaron donde los templarios habían abandonado. Ahora son los freyres de Salvatierra. Y se consideran esclavos del Señor. Vamos a entrar en su castillo. Debes saber que no son hombres normales sino...

—Sí, freyres. Mitad monje, mitad guerrero —lo interrumpió ella con la mirada perdida, rememorando largos sermones.

El sacerdote la atravesó con la mirada.

—Monjes completos y soldados de pelo en pecho —la corrigió contrariado, picando talones y avanzando unos metros por delante.

Abandonaron el camino principal, que continuaba hacia el este, y desmontaron por lo escarpado del desnivel. Una caravana aguardaba en ese punto, pasando los fardos a un tiro de bueyes. Con el caballo de la rienda empezaron a andar, monte arriba.

El castillo coronaba el peñasco. Los romanos habían edificado una torre allí, en el punto más alto, rodeada por tres cuartas partes de riscos impracticables. Con el tiempo, los musulmanes construyeron a su alrededor un castillo, rodeándolo de una primera muralla fortificada. Los Caballeros de Salvatierra adicionaron una segunda muralla, cubriendo también la parte que no defendían los riscos.

Tras una ascensión sin aliento, llegaron ante la puerta de la fortificación, de difícil acceso. Recuperaron la respiración ante sus murallas poderosas, protegidas por dos torreones, que se cernían sobre el único paso como gigantes.

El único acceso al castillo era una torre hueca incorporada en la primera muralla. La puerta exterior de la torre, reforzada con barras de hierro y rastrillo, protegía la sala de guardia y el acceso a Salvatierra. La puerta interior llevaba al patio de armas también de pronunciada pendiente.

En ese momento las dos puertas permanecían abiertas, quizás porque subían mercancías y se

marchaban muchas personas. El sacerdote intercambió unas palabras en latín y los dos guardias armados, que custodiaban la torre hueca, les permitieron el paso.

Tras cruzar la entrada admiraron el patio de armas, que llevaba a la muralla, la de origen árabe, a su vez protegida por torreones. Tenía tanta pendiente que uno perdía pie. Se subía con fatiga, siendo más peligroso el descenso que el ascenso.

Esa segunda muralla había sido restaurada y fortificada. Su puerta, de aspecto impresionante y repujada con barras de hierro, se encontraba a unos cien metros de pronunciado desnivel.

Se cruzaron con un grupo de mujeres y niños que se dirigían a la salida del castillo, bajando la pendiente de costado. Levantaban las manos en señal de despedida y los hombres, desde las almenas, les devolvían el adiós. Los niños lloraban y las mujeres tenían la mirada extraviada.

En el patio había muchos musulmanes. Todos prisioneros. Vigilados por soldados trabajaban encadenados realizando labores de construcción, reforzando las defensas del castillo bajo la supervisión del Maestro Albañil de la fortaleza.

El sacerdote saludó a los guardias que custodiaban las puertas de la segunda muralla y entró en el recinto superior del castillo. Lo primero que vieron fueron las cuadras, que comunicaban el acceso con el patio de armas y el resto de los edificios del castillo: La iglesia, el refectorio donde comían los freyres, el claustro con sus arcos de medio punto, la sala capitular, la cocina, la herrería y la torre de homenaje, que los musulmanes denominaban alcázar.

El clérigo pasó la montura a un mozo y, mirando a Cinta, le levantó el índice en señal de advertencia.

—Espera aquí. Voy a ver si el Maestre de la Orden te admite. Si no lo hace, irás a la cárcel.

Se encaminó a la torre, lamentando el atuendo de cuero que se ceñía, con descaro, al cuerpo de Cinta.

La joven acomodó su yegua en los establos. Más de la mitad no estaban ocupados por caballos, sino por vacas, cerdos, cabras, ovejas, gallinas, patos, ocas y pavos. La dirigió a un pesebre vacío, buscando con la mirada a los mozos que se hicieran cargo de su montura. No había ninguno. Había cogido aprecio a su yegua y la desensilló y refrescó ella misma, como cada tarde. Le llenó el morrión con grano de la alforja; susurrándole palabras amables mientras le rascaba el cuello.

Al salir al patio miró alrededor con más detenimiento. Todo el mundo parecía

atareado. Los escasos sirvientes iban y venían de un lado a otro. De los establos a la cocina. Del claustro a la iglesia. De las habitaciones a la sala capitular. Murmuraban que el califa, al que llamaban el Miramamolín, había llegado hasta Sevilla y allí se concentraba, reclutando andalusíes para su ejército.

Mirando al sur, desde arriba del cerro, la vista resbalaba de la segunda muralla a la primera y de allí, en pendiente hasta el valle. Era como un escabel de tres escalones. En la cima estaba la torre de homenaje y los edificios del convento. El segundo escalón se encontraba entre las dos murallas y contaba con un patio de armas. El tercero descendía de la poderosa muralla con la puerta del rastrillo hasta el camino.

Al otro lado del valle, frente al castillo de Salvatierra, oteó las ruinas de una fortaleza goda (llamada Dueñas) abandonadas a las inclemencias del tiempo desde que, cinco siglos atrás, los árabes la arrasaron en su rápida conquista.

Cinta paseó la mirada por el patio y le invadió el clima de ansia que parecía poseer a todos los que habitaban el castillo. Le llamaron la atención dos hombres de armas, que afilaban sus espadas cerca de donde se encontraba, apoyados en una puerta de madera desconchada. No dejaban de mirarla. Normalmente eso la halagaba, puesto que había pasado gran parte de su juventud cazando en los montes con escasa compañía. Pero había lujuria en los ojos de aquellos dos soldados y eso significaba problemas. Empezaban a hacer comentarios en voz baja y a reír entre dientes.

—¡Cinta! —Llamó el cura, su custodio, desde una de las ventanas de la torre de homenaje, asomándose desde el tercer piso—enseñale al Maestre cómo tiras con el arco.

Al lado del sacerdote había un fornido caballero de la orden, con barba blanca y la mirada curtida del que ha sobrevivido a la batalla para encontrar allí, caídos, a amigos y aliados.

Cinta suspiró. ¿Por qué tenía ella que demostrar si era hábil o no? La gente no aceptaba que pudiera ser tan o mejor guerrera que cualquiera de ellos.

Volvió al establo y tomó su equipo. Tensó el arco y acomodó una flecha del carcaj en la cuerda. Buscó un blanco difícil, paseando la mirada por el patio. Y con una sonrisa disparó la flecha a los dos guerreros que la habían mirado con lascivia. Los soldados dieron un respingo y se incorporaron de un salto, apartándose de la flecha que aún vibraba, clavada en la puerta, justo entre los dos.

El sacerdote meneó la cabeza, desaprobando su conducta desde la ventana. El caballero se llevó la mano a la barbilla, en actitud pensativa. Los dos se apartaron de la vista, entrando al fondo de la habitación.

A los dos guerreros el disparo no le hizo ni pizca de gracia. Se acercaron a ella, con las armas en las manos y admiraron su belleza unos instantes, los ojos chispeantes, de mirada retadora y el aspecto del que sabe defenderse y no se achanta ante las bravatas. Cinta destensó el arco y cruzó los brazos.

—Eso no ha estado bien —le dijo el más alto y fuerte de los dos—. Ahora tendrás que compensárnoslo.

—Sí —asintió el otro, relamiéndose—. Y tendrás que esforzarte, porque no aceptaremos cualquier cosa.

Cinta respiró hondo. Leía en sus miradas zorrunas la pasión de su lujuria. Sabía reconocerla, sólo por el tono insinuante y a la vez de amenaza.

—Largaos, perros —gruñó, apoyando las manos en la cintura y dando un paso atrás—. No estaría con vosotros ni aún siendo vuestra esclava.

El alto dio un paso adelante.

—Es una buena i...

No llevó a acabar la frase. Un cuchillo salió disparado de las manos de Cinta y se clavó en el pie del guerrero, atravesando sus botas de cuero hasta el hueso.

Su compañero se retorció también de dolor. Apenas unos instantes más tarde, otro cuchillo se había clavado en la mano que ya tiraba de la empuñadura de la espada. Ambos aullaron, maldiciendo.

—¿Aún tenéis deseos para vuestra esclava? —preguntaba Cinta, con mirada de pedernal.

Pero no contestó ninguno de los dos, sino una voz cavernosa. Dos figuras salían de la torre y se aproximaban por el patio.

Cinta se dio la vuelta en su dirección. El sacerdote que la había acompañado puso la mirada en el cielo y el veterano Caballero de Salvatierra de la barba blanca llamó su atención.

—¿Qué está pasando aquí?

Nadie respondió. La chica miró desafiante a los dos soldados.

El caballero vestía armadura negra con manto blanco, de ribetes dorados, y botas de cuero endurecido de buena calidad. Se hizo cargo de la situación al reconocer a los dos soldados heridos, guerreros seculares, cuyos pecados se purgaban en penitencia a su servicio. Les indicó con un gesto que se retiraran a curarse al hospital y encaró a la joven, estudiándola unos segundos. Se la veía alta y saludable, pero con el rostro dulce de una atractiva casadera.

—Cinta de Tortosa, ¿verdad? —preguntó. La chica asintió con una inclinación de cabeza y siguió en silencio. Bien, pensó el caballero, al menos conocía los rudimentos del voto de obediencia—. Soy el Maestre de la Orden de Salvatierra, frey Ruiz Díaz. Dice el párroco que eres una Dama de Tortosa. La carta del Obispo lo corrobora y recuerda que hay que tratarte como una hidalga de noble cuna, lo cual me desconcierta ¿Quiénes son las Damas de Tortosa?

Cinta alejó las manos del cinto de cuchillos y sonrió.

—Las mujeres de Tortosa lucharon para defender la ciudad de los musulmanes, en el año de gracia de 1149. Consiguieron salvar la ciudad y el rey creó la Orden de las Damas de Tortosa o del Hacha, con carácter hereditario. Mi abuela allí luchó, con lo que, llegado el tiempo, mi madre me invistió con la orden y el rango de caballero.

El Maestre miró al sacerdote que confirmó lo expuesto con una inclinación de cabeza. Ruiz Díaz carraspeó, incrédulo y continuó.

—El obispo solicita te acepte por un año en esta dura encomienda, con mis caballeros. Sus buenas razones tiene y el párroco, aquí presente, testimonia sangre derramada ¿Es cierto eso también, Cinta de Tortosa? Se ve que eres mujer apasionada.

La Dama ignoró el comentario y asintió, sosteniendo la mirada del Freyre, pese a que éste le sacaba una cabeza y tenía que levantar los ojos para mirarlo.

—¿Aceptas servir a esta encomienda por un año y hacer voto de obediencia mientras prestes servicios a la Orden de Salvatierra? — preguntó el Maestre en tono ceremonial.

—Acepto, sin reservas —manifestó, pero la contundencia de sus palabras se contradecía con el cuerpo tenso y el ademán forzado.

El sacerdote suspiró aliviado: se había librado de ella y no le importaba tener que recorrer sólo el peligroso camino de vuelta. El Maestre indicó con un gesto a la joven que se incorporara.

—Y yo acepto tu palabra y tu encomienda por un año como Dama de Armas de Tortosa. Esta es mi primera orden —dijo llamando la atención de otro caballero, el cual se acercó al grupo al

percibir la señal—. Harás penitencia toda una luna. Voto de silencio y raciones mínimas mientras meditas con humildad cómo atemperar tus pasiones.

—¿Cómo? —preguntó Cinta, con sorpresa.

— A la celda con ella —ordenó el Maestre al caballero.

Cinta miró al sacerdote, pero éste no hizo nada para contradecir al Maestre. Miró de nuevo a Ruiz Díaz, no podía creer que aquello ocurriera. Sin embargo la orden era muy clara y quizás se trataba de una prueba de obediencia. Así que, inclinó la cabeza, en señal de despedida y siguió al otro en dirección al claustro.

El interior parecía un convento del Cister, sobrio y con arcos de medio punto. Oyó a los monjes guerreros antes de verlos, entonando un cántico en latín al flagelarse con azotes de cuero. Al pasar a su lado vislumbró el surco de sangre que abría el látigo en su carne.

No dijo nada. Sabía que no le responderían. El caballero la guio a la torre de homenaje y de allí al subterráneo, donde se hallaba el pozo del castillo. En el nivel inferior descubrió las prisiones, abarrotadas de musulmanes y, más abajo aún, las celdas de penitencia.

El freyre abrió la puerta de una de ellas. Era un cubículo sin ventanas, de cinco metros de largo por cinco de ancho. Cinta entró. La puerta se cerró a sus espaldas, sumiéndola en la oscuridad.

Como creía que era una prueba esperó en silencio, con los ojos cerrados, contando los latidos de su corazón. Pero los minutos fueron pasando y perdió la paciencia. Aún así, se obligó a no blasfemar pese a que la ira iba llenando de rabia sus pensamientos. Las horas fueron esfumándose en la soledad.

La puerta se abrió y un sirviente, con hábito de monje, le pasó comida y un orinal. Cinta lo interrogó, pero el otro, ni siquiera abrió la boca. La puerta volvió a cerrarse y más horas transcurrieron. Se acomodó en un jergón, que encontró por el olor a lavanda de las sábanas limpias, hasta que se quedó dormida.

Al despertar, todo seguía igual y la Dama se sentía realmente furiosa. Empezó a aporrear la puerta y llamar a gritos al sirviente, al cura y al Maestre. Nadie respondió. Nadie acudió. Se sentía sola y desesperanzada.

Rememoró el motivo por el que había entrado en Salvatierra, y eso la llenó aún de más ira, tanta que, de haber tenido delante al Obispo de Tortosa, lo hubiera estrangulado con la gruesa cadena de oro del crucifijo que colgaba de su cuello rechoncho. Todo era culpa del prelado, enemigo

de su familia desde antaño.

Cinta recordó.

* * * * *

En primavera, mientras se encaminaba al mercado de Tortosa, se cruzó con un viajero en un camino solitario. El hombre, de ricas vestiduras, la miró de arriba abajo, como suelen hacer los solteros. Pero al contrario que los demás que, o bien bajaban los ojos si les aguantaba la mirada, o lanzaban silbidos más o menos admirativos, éste se dirigió hasta donde se encontraba. El hombre insistió una y otra vez, al parecer sin aceptar que una mujer le dijera que no. Y Cinta explotó. No soportaba a los que pretendían obtener sus favores por la coacción, la fuerza o la intimidación.

En esos casos se transformaba en una alimaña y perdía el control de sus actos. Cinta tenía problemas en dominar sus impulsos, desde siempre eso le había causado múltiples disgustos.

El hombre aquello no lo sabía. Y es probable que, de haberlo conocido, también lo hubiera intentado. Primero venían las indirectas. Si no las cortaba de cuajo, como en el patio de armas de Salvatierra, pasaban a las proposiciones. Aunque se opusiera con vehemencia, muchos creían que en realidad consentía y su acercamiento pasaba al contacto. Y después, pese a las protestas, mordeduras y pataleos, al uso de la fuerza para quebrar su voluntad primero y su cuerpo después.

Eso, ya lo había vivido. Lo que tampoco sabía el hombre era que no atacaba a una mujer cualquiera. No la espantaban ni las amenazas ni el acero desnudo, porque era una Dama.

Y a pesar de sus advertencias, el hombre llegó muy lejos. Demasiado. Así que Cinta lo mató con el cuchillo. Y dejó su cadáver junto al camino, para que fuera pasto de las bestias.

Un sacerdote la confesó, y al tratarse de un grave pecado fue con los pleitos a su superior. El Obispo de Tortosa exigió conocer toda la historia y examinar personalmente los cardenales y las ropas rasgadas de Cinta.

Se celebró una audiencia y el alguacil expuso que había reconocido al muerto como un peligroso criminal en busca y captura. Aquello parecía poner fin al asunto, pero el Obispo tenía otra idea. Aún recordaba como, en el Palacio Episcopal, el prelado la observaba con la mano en su papada y los ojos entrecerrados, desconfiados, rumiando la sentencia que iba a imponerle.

—Acércate, Cinta. Escucha mi dictamen.

Ella así lo hizo, con humildad.

—Te despojo de tu título de Dama del Hacha y de tus tierras —ordenó—, como rea de asesinato.

Se elevaron murmullos entre los que acudían a la audiencia.

—Pide clemencia... y la indulgencia —le susurró el párroco confesor que la había denunciado, más blanco que el papel del escribano que de todo tomaba notas.

El cura parecía intimidado o bien por el remordimiento de la cruda sentencia o bien intimidado por la venganza de Cinta.

—Te condeno a la cárcel seglar —continuó el Obispo—, líbrese a la criminal a los brazos de la justicia del Rey.

La Dama se irguió, orgullosa. Se imaginaba cargando contra el Obispo y estrangulándolo con el valioso crucifijo que rodeaba su cuello de gruesos eslabones de oro. Sabía que no llegaría a consumarlo. Antes de que lo consiguiera se le echarían encima y la dejarían sin sentido.

—Clemencia, indulgencia —susurró, con una mueca, intentando ocultar su rabia.

El Obispo fulminó con la mirada al párroco. Creía, al fin, tener la excusa para poder vengarse de la familia de Cinta, cuya abuela estaba en su lista negra desde hacía décadas. Ahora, por la presencia de testigos, debía aplicar el Código Canónico.

—Esta bien, Cinta del Hacha, podrás escoger la cárcel o la encomienda en una orden cristiana. Ya que eres aguerrida te destinaremos con los freyres. Tus tierras y tus títulos quedarán en prenda hasta que cumplas servicios de un año en una Orden militar. ¿Los hospitalarios tienen su sede río arriba, verdad secretario?.

El aludido asintió con un cabeceo.

Cinta escogió el servicio a la iglesia. Un año con los hospitalarios le permitiría profundizar sus conocimientos de hierbas y curación.

—Acepto la encomienda —pidió.

El Obispo de Tortosa sonrió y a Cinta se le hizo un nudo en el estómago. Algo no iba bien.

—Entonces sentencio un año de servicio con la Orden Militar de Salvatierra. Quedas encomendada al párroco que te confesó en tu viaje a los caballeros de Calatrava. Si no llegas, no cumples el año o recibo quejas de indisciplina, perderás tierras, títulos y deberás cumplir pena de cárcel. Mientras no se cumpla el tiempo de servicio podrás seguir siendo una Dama del Hacha, aunque retengo la titularidad en garantía.

Cinta suspiró resignada. La mandaban al ojo del huracán, allí donde las olas de la guerra batían con más furia sobre las tierras de la cristiandad.

Era el precio que debía pagar, aunque lo considerara injusto. Los hombres no aceptaban que una mujer tuviera el mismo rango y la trataban con dureza o con excesiva condescendencia. Pero su abuela había sido una Dama y su madre también. Y le habían enseñado que ella era, a su vez, una Dama de Tortosa. No estaba dispuesta a renunciar ni a ceder. No quería nada de los hombres, ni su dinero ni sus regalos, sólo abrirse camino con sus propios medios, sin tener que deber favores a nadie.

De nada, no obstante, le iba a servir su orgullo en la celda de Salvatierra. Cinta se sentía rabiosa, convencida de que no había hecho nada malo. Atemperar sus pasiones, eso le aconsejaban todos, sin valorar que esas pasiones las despertaban los hombres que la atacaban. ¿Por qué ellos rara vez sufrían castigo?

* * * * *

Los días fueron pasando y Cinta perdió la noción del tiempo. Pero si algo sabía, era que no había transcurrido una luna cuando la puerta de la celda se abrió y, al contrario que en las ocasiones anteriores, permaneció abierta. Salió a la luz del candil que empuñaba un caballero, en silencio. Vestía cota de malla negra, sobre el hábito blanco y se llevó un dedo a los labios antes de que la cautiva pudiera articular palabra. Le hizo un gesto para que lo siguiera. Subieron las escaleras hasta el pozo y allí la dejó un rato para que se lavara de los rigores de la meditación. Ignoraba si era de día o de noche. El agua la refrescó y revivió, despejando los recuerdos de los últimos días. Se sintió limpia y completa de nuevo, aunque no por ello desapareció la rabia hacia todo lo que tuviera que ver con el Obispo de Tortosa.

Subió al nivel superior, donde le esperaba el caballero.

—¿Ya ha pasado un mes? —le interrogó, pero éste no sólo no contestó, sino que repitió con insistencia el gesto de llevarse el índice a los labios.

Cinta temió que el otro no le hablara por un voto de silencio, en ese caso ni una palabra escaparía de su boca sellada. Se resignó a seguirlo, cuando volvió a ponerse en marcha hasta la salida que llevaba al claustro.

Despertaba el siete de julio. La luz suave del amanecer le hirió en los ojos y los cerró. El caballero, al ver sus dificultades, la tomó del brazo para guiarla por la fortaleza hasta una de las torres de la muralla.

A esa hora, una hueste de sirvientes debería estar preparando el castillo para la nueva jornada. Sin embargo no se oía ni una mosca y el silencio la desconcertó. Trató de abrir los ojos para ver qué estaba pasando, pero volvió a cerrarlos en seguida, ya que aún no se había acostumbrado a la luz.

Al entrar en la torre pudo abrirlos con normalidad, siguiendo al freyre hasta los pisos superiores. Ningún sirviente se cruzó con ellos, sólo dos caballeros que se dirigían al exterior con rostro grave y paso apresurado.

Su guía golpeó una puerta y se alejó. Ésta se abrió y el Maestre de los caballeros la hizo pasar. Le alcanzó manzanas de una fuente y con un gesto la invitó a acomodarse en una silla.

—¿Has reflexionado sobre los peligros de la pasión? —preguntó Ruiz Díaz.

Cinta lo miró desafiante y mordió la manzana.

—No —masculló.

El Maestre se rio. Y esa reacción le sorprendió. Esperaba una reprimenda, una penitencia o, incluso, que le ordenara volver a la celda, pero no que se riera.

—Bien —dijo, encaminándose a una aspillera, una de las estrechas aberturas por las que se disparaban las flechas, y echó una ojeada al exterior—. Porque tenemos visita.

El Maestre la invitó a acercarse, señalando algo que oteaba abajo en el camino. Cinta lo obedeció y dirigió la mirada al valle.

Había un ejército allí abajo.

Sarracenos. Miles de ellos. Más de los que nunca había visto en toda su vida.

Ruiz Díaz le explicó que se agrupaban en cinco cuerpos. En la colina de enfrente, junto a las ruinas del antiguo castillo de Dueñas, habían plantado el campamento del Califa, con su tienda roja y su guardia negra. En los extremos del valle, la caballería. Los árabes en el lado que daba a la Meseta castellana y los bereberes y turcos en el lado del al-Ándalus. En el centro, frente a la colina del califa, la infantería pesada almohade, cuyas mallas refulgían con el sol del amanecer. El resto de la infantería, los voluntarios de la Yihad y las tropas andalusíes, se había situado en dos campamentos, rodeando el cerro del castillo de Salvatierra por Este y Oeste.

Estaban sitiando el castillo.

—Todos los asuntos quedan olvidados. Estamos cercados y todos debemos ayudarnos para, con la ayuda de Dios, acabar con los enemigos de la cruz.

Cinta asintió.

Mirase donde mirase, sólo veía sitiadores, por todos lados.

—Acompáñame —le pidió el Maestre—, voy a examinar las defensas del castillo.

Bajaron por la torre hasta el patio y enfilaron la muralla.

—¿Cuánto hace que llegaron? —preguntó la Dama.

El Maestre saludaba a sus freyres con una inclinación de cabeza, a medida que se cruzaba con ellos. Todos atareados en las labores de defensa.

—Llevan cinco días ahí y han pedido parlamentar. Esta claro que no van a pasar de largo y que asediaran el castillo, hasta que lo tomen o lo rindan. Creíamos que seguirían camino a Toledo, pero han plantado el campamento. Quiera Dios iluminarnos en estos tiempos de oscuridad. Nosotros estamos en paz, preparados desde hace meses. No nos han cogido desprevenidos.

Desde arriba de la muralla, la panorámica del valle se le antojaba magnífica y la visión de la hueste enemiga aterradora. Bajaron hasta la primera muralla del castillo, a la torre hueca que albergaba la puerta del rastrillo, que servía de entrada a la fortaleza.

—¿Por eso evacuabais a los niños? —preguntó Cinta.

—Y a las mujeres —dijo el Maestre, sosteniéndole la mirada por si hacía algún

comentario-. Sólo quedamos combatientes aquí, los freyres y los seglares ballesteros, menos de mil hombres.

La Dama notaba que la ira empezaba a subirle del estómago a la garganta.

—¿Por qué me quedé?

El Maestre la observaba con expresión retadora, desafiándola a que dejara correr la rabia.

—Hay mucha furia en tu alma —continuó al ver que la Dama esperaba la respuesta—. Nada mejor que un baño de sangre para apaciguarla. Si sales por tu propio pie de la muerte y la batalla, habrás dejado atrás esos fantasmas.

Cinta no sabía qué decir. Parecía como si el caballero pensara que encerrarla en un castillo asediado suponía algún tipo de cura mística. Prefirió seguir preguntando antes de sacar conclusiones.

—¿Cómo supisteis que venía el moro?.

—Uno de mis caballeros, Alonso de las Merindades, presencié el Alarde del Miramamolín en Marrakech y llevó las nuevas a toda la Cristiandad. Desde entonces nos hemos aprovisionado por si este momento llegaba —contestó el Maestre—. Creíamos al Califa en Sevilla, pero hace unas semanas nuestros exploradores descubrieron a su ejército avanzando hasta nuestro castillo. Envié a Alonso a pedir el auxilio del rey, que vendrá con el ejército de Castilla a socorrernos. Mientras tanto debemos resistir.

Cinta se sentía inquieta, sin embargo, el clima en el castillo era de calma, como si estuvieran en un convento en tiempos de paz. Recordó que las hazañas de aquellos caballeros se cantaban en muchos romances. Hasta en la misma Tortosa habían llegado las historias de su valor. Durante años lucharon en solitario contra el poder almohade, en la vanguardia del frente. Nadie había resistido tanto tiempo tan cerca del al-Ándalus, con la fuerza de tomar la iniciativa en la guerra. Apenas dos años antes habían saqueado la ciudad de Andújar, destruyendo dos castillos a su paso y apresando a los musulmanes notables de esas tierras. Salvatierra era la punta de lanza de toda la Europa cristiana.

—¿Quizás sea por lo de Andújar? —aventuró.

El Maestre asintió.

—Yo también lo creo. Arrasamos Montoro y Viltz en aquella cabalgada. Pareces una mujer lista y eso confirma lo que pensaba. Ven, acompáñame. Esos moros no están acostumbrados a tratar con mujeres, tu presencia los desconcertará. No digas nada. Ahí vienen los emisarios del Miramamolín.

Una embajada del Califa se acercaba. El Maestre ordenó traer los prisioneros del castillo y abrir la puerta. Cinco delegados del califa bajo bandera de parlamento, esperaron frente a la entrada. El Maestre, Cinta y algunos caballeros salieron a su encuentro. Antes de que nadie hablara, el Maestre Ruiz Díaz hizo un gesto a sus caballeros de la torre y los prisioneros musulmanes fueron liberados.

—¿Una muestra de buena voluntad? —preguntó el emisario árabe con un latín de siseo acusado.

—Tengo que vaciar la mazmorra, pronto la llenaré de nuevo. — contestó el Maestre, inmutable.

El emisario hizo una mueca, como si hubiera esperado una rendición rápida. Soltar a los prisioneros le indicaba que querían aprovechar todo el alimento. Tomó aire y señaló al ejército almohade del valle.

—Mi Señor Abu Abd Allah Muhammad al-Nassir, amir al-muminin, viene a reconquistar este castillo para el islam. Desde todo el imperio se ha concentrado un ejército como nunca ha visto la Cristiandad. Rendíos ahora y vuestras vidas serán respetadas. Resistíos y no quedará piedra sobre piedra, y los buitres roerán vuestros huesos desnudos al sol.

Ruiz Díaz ni siquiera pestañeó.

—Dios me confió esta plaza y jamás la rendiré, ya sea a uno, a mil o a mil miles. Dile al Califa que se ponga al frente de sus hombres y venga a buscarnos.

Y con eso se retiró y los suyos lo siguieron al castillo de Salvatierra. Las puertas se cerraron a sus espaldas.

Tras el parlamento, empezaron los tambores. El estruendo resonaba con tal intensidad que ya jamás nadie pudo olvidar su cadencia. Los defensores intensificaron las labores de fortificación del castillo. Montaron ballestas en los huecos de las almenas y pequeños lanza piedras, sujetos a la muralla.

Por su parte, los almohades empezaron a construir máquinas de guerra. Al mismo tiempo labores de minado de los atacantes buscaban demoler los cimientos de las torres y los muros, hasta

derrumbarlos. Los primeros días pudieron ver también cómo los arqueros árabes competían entre sí para lanzar las flechas por encima de las fortificaciones. Ninguno lo consiguió sin exponerse a las ballestas cristianas, ni siquiera los agzaz, que lo intentaron aprovechando el ímpetu del caballo.

Pasada la agitación de aquellas jornadas el Maestre estableció tres turnos de guardia. Mientras unos vigilaban en la primera muralla, otros construían máquinas de guerra. El tercer grupo descansaba o atendía las labores de intendencia y abastecimiento organizadas por el Comendador, Rodrigo Garcés, el segundo al mando.

De manera que el Maestre tenía tres centenas preparadas para la lucha y al resto en estado de alerta, para que, en caso de asalto, se sumasen a la liza con rapidez.

Los freyres de Salvatierra vivían sus horas como monjes, sin descuidar los oficios divinos, ni aún el de maitines. Las campanas redoblaban con los oficios, como contrapunto al retumbar de los tambores árabes.

Aquellos primeros días Cinta cumplió con celo los deberes que le impusieron. Pasaba ocho horas al día de guardia en la primera muralla, con caballeros y ballesteros seculares de las villas que dependían de la Orden. Solía dormir unas siete horas y, el resto, procuraba apaciguar el miedo cerval que sentía por encontrarse atrapada como una rata.

Las comidas eran sobrias pero suficientes y el aljibe del castillo les aseguraba el suministro de agua. Visitó los almacenes de Salvatierra y los encontró repletos hasta las vigas de cebada, queso, sal, piensos, grano, legumbres, viandas en salazón, harina, especias y otros alimentos para una supervivencia de varios meses. Contemplar el almacén le producía una sensación de paz.

Al cabo de una semana, diez almajaneques tomaron posiciones para iniciar el bombardeo de la muralla. Se trataba de máquinas de guerra enormes, de unos diez metros, dirigidas por unas sesenta personas que se encargaban del lanzamiento de enormes piedras de hasta quinientos kilos. El mecanismo de los trebuchet era sencillo. Una palanca asimétrica, con un gran peso en el extremo corto y una honda en el largo, de manera que la piedra podía salir proyectada con gran fuerza unos doscientos metros. Desde hacía horas los ballesteros cristianos habían probado impactarlos, pero los almajaneques se plantaron fuera de su alcance.

Cinta no lanzó ninguna flecha hasta que falcaron las máquinas de guerra con cuñas enormes, señal de que habían alcanzado su ubicación definitiva.

Empezó a disparar.

Había tensado el arco de fresno con una cuerda de tripa, tensa como la de un laúd, llevando su mano a la barbilla. La cuerda quedó apoyada en la nariz, de forma que con esta postura, todo el tronco de la flecha formaba una línea recta. La punta le indicaba el lugar donde haría blanco.

Disparó dejando escapar el aire, como alentando a la flecha a volar más lejos. Ésta salió disparada y quedó corta, como cortas quedaban todas las saetas de los ballesteros.

Cinta inclinó el arco hacia arriba, buscando una parábola. Calculó la distancia en función del lugar donde se había clavado la primera flecha y recordó los muchos años de caza afinando la puntería. Su disparo impactó en un ingeniero sarraceno que dirigía la carga de piedras de uno de los almajaneques.

Hubo un silencio a su alrededor. Todos la miraban, incrédulos, como si no dieran crédito a sus ojos. Leyó en sus semblantes la creencia que había sido un golpe de suerte.

Como siempre que hacía algo bien no lo atribuían a sus méritos sino al azar. Iba a demostrarles lo equivocados que estaban.

Así que apretó los dientes y volvió a disparar. Otro ingeniero musulmán cayó derribado y un ballestero a su lado, asintió con un cabeceo y la mirada brillante.

El Comendador y el Maestro Constructor acabaron las máquinas de guerra (balistas y lanza piedras) con los que bombardearon a los almajaneques musulmanes, tan pronto los iban colocando en la muralla.

La guerra había comenzado y a juzgar por el tamaño del ejército que los asediaba, nadie podía garantizarles que salieran vivos de allí.

Cinta había estado esperando con paciencia. Se situó en la torre del rastrillo y, cuando empezó su ataque, fue abatiendo uno tras otro a cuanto ingeniero sarraceno se le puso a tiro, hasta que se le acabaron las flechas.

El Comendador y el Maestro constructor siguieron disparando piedras. Impresionaba ver la dedicación con la que cargaban las máquinas de guerra y cómo calculaban la inclinación del brazo para que el proyectil impactara de lleno en los almajaneques sarracenos.

Si ganaban la batalla aérea, obligarían a los sitiadores a forzar el asalto directo si querían ganar la fortaleza. Entre las flechas de Cinta y las piedras de los trebuchet cristianos, los ingenieros árabes no pudieran trabajar tranquilos.

En toda la tarde los almajaneques musulmanes sólo efectuaron un par de disparos, uno de ellos falló. El otro impactó contra la sección media de la muralla y abrió en la parte alta un boquete de grandes dimensiones.

Los árabes se retiraron, llevándose atrás los almajaneques, la mayoría con daños, dejando dos de ellos caídos en los campos. Los hombres de la muralla vitorearon al Comendador y al Maestro Constructor.

Ruiz Díaz se acercó hasta Cinta, no le había pasado desapercibido el canto de su arco en medio de la tempestad de la guerra.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el Maestre.

Cinta tardó unos segundos en responderle, estudiando su rostro curtido y su cuerpo endurecido por años de guerra contra el infiel.

—Mi arco es más largo —dijo con humildad—. Tiene mayor alcance que las ballestas y puedo disparar tres flechas en el tiempo de recarga de los ballesteros.

El Maestre le palmeó la espalda, con tanta fuerza que por la noche aún tenía la marca de los dedos enmallados por el guantelete de acero.

A la mañana siguiente tuvo lugar el primer asalto.

El viento del amanecer les llevó los rezos en árabe, con más vehemencia que los días anteriores. El ejército se puso en marcha, montaña arriba con armas y arietes contruidos con troncos endurecidos al fuego.

Aquel día se llamó a todos los combatientes a defender la muralla y Cinta fue convocada por el Maestre, que le entregó una cota de malla y un casco cónico.

—Esto se va a poner muy serio. Será mejor que te protejas con una buena armadura. Con ésta, las flechas no serán una amenaza. Tengo una misión para ti. Abate a los líderes de la hueste —le indicó Ruiz Díaz. Luego le enseñó a reconocer, por el atuendo, a los sargentos y caudillos enemigos.

De modo que Cinta vivió su propia batalla. Mientras los freyres, encomendándose a Dios, lideraban la resistencia, tirando piedras, saetas y jabalinas a los asaltantes, ella se movía libremente por las almenas, cubriéndose en todo momento y seleccionando objetivos. Abatía un enemigo tras otro, hasta que nuevamente se quedó sin flechas.

Se dirigió al almacén y tomando de allí dos carcaj, volvió al frente por el camino de ronda, examinando el resto del campamento sarraceno. El Califa y su guardia negra, seguían el asalto desde el cerro del castillo de Dueñas. La caballería berebere se había desentendido del asunto y la árabe parecía más interesada en organizar razzias a la meseta castellana, que en participar en la lucha. Los almohades permanecían en sus tiendas y rara vez salían de su propio campamento, si acaso sólo para dirigirse al palenque de al-Nassir. Los únicos que participaban en el asalto eran los voluntarios de la yihad y las tropas andalusíes. Precisamente éstos contaban con ballestas de dos pies, tan grandes que necesitaban un caballete y lanzaban con terrible potencia.

Volvió a la muralla a tiempo de presenciar cómo los defensores arrojaban aceite sobre los que manejaban el ariete y les incendiaban con saetas ardientes. El resultado fue el caos en las filas musulmanas. Las piedras seguían cayendo. El fuego se extendió entre la muchedumbre mientras la lluvia de proyectiles arreciaba, calando a asaltantes y defensores.

Los sarracenos se retiraron. Los de Salvatierra aprovecharon para comer y curarse. Contaban muchas bajas en sus filas, pero miles de atacantes habían muerto frente a las puertas.

Los almajaneques se acercaron de nuevo a media tarde y volvieron a entonar su canto de destrucción en la muralla, bajo la granizada de las máquinas cristianas. La lucha se recrudeció y más aceite llameó a los que amenazaban la puerta, hasta que el crepúsculo puso fin a los combates y a la matanza.

Era doce de julio y los sarracenos habían sido rechazados.

Las siguientes semanas no hubo nuevos asaltos y sí mucho bombardeo con las máquinas de asedio.

Se notaba nerviosismo en el campo almohade. Presenciaron ejecuciones y disputas y no sólo entre la tropa, sino también entre los mandos. Podían verse las cabezas de los ajusticiados delante de la tienda enorme de al-Nassir. Cinta ignoraba el motivo, pero el Maestre le explicó que era imposible mantener la disciplina de una hueste tan grande sin un sistema punitivo cruento. Con el paso de los días dedujeron, además, que el Califa premiaba el fracaso con la ejecución pública, de modo que el ascendido en el cargo viera la suerte de aquel a quien había sustituido.

Una mañana de finales de julio, una gran consternación se elevó en el campamento musulmán. Varios jinetes subieron el cerro de Dueñas y fueron inmediatamente ajusticiados por el Califa.

Una multitud blandiendo palas y picos concluyó las labores de minado con el rostro apesadumbrado, retirándose arrastrando los pies, vencidos, desanimados por todos los días de trabajo inútil. Una parte importante de un sitio consistía en debilitar la base de las murallas para

derrumbarlas. Primero excavaban túneles, luego los aseguraban con vigas de madera. Y después incendiaban las vigas para que, al consumirse, nada sostuviera el túnel y éste se viniera abajo junto con la muralla.

Rodrigo Garcés, el Comendador, estalló en carcajadas.

—Parece que al fin descubrieron que la muralla se apoya en la roca madre —exclamó.

Y corrió la voz entre los defensores que los trabajos de minado habían fracasado. Porque aquel castillo había sido construido a conciencia y los huesos de la montaña aseguraban la fuerza de la muralla, de manera que no podía ser dragada, debilitada o demolida desde el subsuelo, sino sólo tomada a la fuerza y con grandes pérdidas.

Hubo unos días de desconcierto en el campamento sarraceno. Debido a la fuerte pendiente, no podían servirse de las torres de asalto. El minado tampoco derrumbaría la muralla y los arqueros parecían ineficaces, ya que las flechas llegaban a las almenas sin fuerza y quedaban clavadas en las mallas de los defensores como púas de erizo. El califa intensificó el bombardeo de piedras, sumó balistas a las máquinas de guerra y ordenó a los ballesteros andalusíes participar en todos los asaltos.

Pero los de Salvatierra, hábiles constructores de fortificaciones y castillos, como sus antecesores de los monasterios del Cister, aprovechaban la noche para reparar los daños en la muralla. De manera que lo que de día se destruía de noche se apuntalaba, a la luz de las lámparas de aceite cuando cesaban los combates.

No fue hasta finales de julio que llegó el asalto más cruento de todos los que se habían producido. Y las campanas de la fortaleza tocaron a rebato, convocando a todos los que pudieran empuñar las armas.

No sería el peor, ese llegaría más tarde, y en ese momento ya serían pocos los que pudieran hacerle frente.

III. JAQUE

1. Talavera, Julio de 1211.

Todo señor y caballero de Castilla acudía a la llamada de su Rey en los descampados cercanos a Talavera, a orillas del Tajo. El monarca, conocido como Alfonso VIII, había convocado a Consejo y esperaba frente a su tienda que todos los notables estuvieran presentes para empezar.

Vestía con la cota de malla de campaña con el sobretodo de la torre almenada: el escudo de Castilla. Tenía el cuerpo robusto y fornido fruto de haber pasado la mayor parte de sus cincuenta y siete años como general, comandando las tropas. Endurecido y con barba blanca, tenía la mirada penetrante del azor, quizás por ser descendiente del Cid.

El Rey se acercó al joven caballero que venía en representación de Salvatierra. Frey

Alonso de las Merindades y el monarca se habían conocido a finales de abril, en una audiencia con el Maestre Ruiz Díaz. Alfonso VIII saqueaba el reino musulmán del Xarq, la taifa al sur del Ebro, cuando se presentó la embajada de los de Salvatierra. El caballero, recién llegado de Marrakech, le había dado noticias claras de la fuerza del ejército del califa. La hueste llevaba semanas desembarcando en la península y nadie se atrevía a determinar su número. Desde entonces todos los esfuerzos se habían concentrado en aprovisionar Toledo y llamar a las armas a todos los vasallos. Mucha premura se había dado a las convocatorias, pero, pese a los esfuerzos, sólo podía contar con la caballería. El mes de Julio acababa y no había tiempo para más. Sabía que sería magra ayuda para los sitiados de Salvatierra.

El rey recordó al caballero franco que había acompañado a la embajada de los de Salvatierra.

—Frey Alonso, ¿Y vuestro compañero? —preguntó Alfonso VIII.

El caballero dirigió la mirada al cielo. Los cabellos habían empezado a crecerle negros y encrespados y vestía con la armadura oscura y la capa blanca de su Orden. Su aspecto presentaba aún un aire demacrado, debido a las privaciones del viaje de vuelta desde Marrakech. Habían viajado de noche y por despoblados, comiendo lo que podían cazar en su rápido tránsito motivado por la urgencia de informar y por el miedo a ser capturados. Al llegar de Marrakech se habían dirigido al castillo de la orden de Alonso y allí explicaron al Maestre Ruiz Díaz el resultado de sus pesquisas. Con el Maestre y su escolta se habían dirigido a buscar al rey para informarlo. Allí se había separado de Roger que volvía con su Maestre, pero el franco le explicó que iba a partir hacia el norte.

—Frey Roger va camino de Roma. El Papa lo ha llamado a consultas —respondió Alonso a su rey inclinando la cabeza—. Si me concedéis la venia para hablar, dejadme recordaros nuestro ruego: Salvatierra está en peligro.

Alfonso VIII de Castilla asintió y levantó una mano para acallar al caballero. Conocía perfectamente cuál era la situación. Por ello, quizás, no cabalgaba con rumbo sur a socorrer a los sitiados, como era su deber.

—Tomemos consejo —concluyó, indicando a su hijo, el príncipe Fernando y heredero al trono de castilla, que se acercara.

Consejo. Exactamente lo que el Rey no había hecho dieciséis años atrás, camino del desastre que lamentaría toda su vida. Perdió la batalla entonces, por no ser paciente y los años se le hicieron muy largos. Tanto que llegó a pedir a Dios y al destino una segunda oportunidad. Allí estaba. Y esta vez iba a pensar cada movimiento. No quería caer en el mismo error.

El Rey hizo un gesto a su confesor. Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo y prelado del Papa Inocencio III, se acercó empuñando el báculo de su cargo. Vestía con túnica blanca y lucía mitra y sello de agente del Vaticano. Era entrado en carnes, pero de mirada limpia y apasionada por la fe.

—Arzobispo, prestadme consejo de forma leal. Mis vasallos de Salvatierra sufren el asedio del Miramamolín —se lamentó Alfonso VIII—. Mi caballería está lista para entrar en batalla y los freyres han ganado el auxilio de su rey. Durante años han luchado en solitario, apoyando a los nuestros y diezmado a los sarracenos. Su castillo era el refugio en las comarcas enemigas. Si cae Salvatierra, no habrá ninguna luz en las oscuras tierras de la frontera.

El arzobispo escuchaba atentamente y, al acabar el rey, consideró sus palabras con la paciencia del que está acostumbrado a hablar al final, pues tenía renombre de letrado y sabio.

Pero el joven príncipe, impetuoso, pensó que en esa pausa podía intervenir. Ese mismo año había sido armado caballero y quería entrar en batalla. El Infante Fernando exhortó al rey, tomándolo de la mano.

—Luchemos, padre. Que no se diga que retrocedemos ante los moros. Juré defender el reino de los enemigos de Cristo ante el propio Papa

El príncipe solía armarse no bien nacía el día y su escudero tenía encomienda de aprestar armas y caballo, preparados siempre para la batalla.

El Rey abrazó a su hijo, pero siguió escrutando al arzobispo. Creía que por tener el prelado la mirada en los asuntos divinos, podría ayudarle en ese apuro.

El arzobispo se aclaró la garganta.

—Pedís consejo leal y voy a dároslo, aunque no os guste escucharlo —dijo Rodrigo—. El enemigo viene de todo el África, hasta de los reinos negros y vos le plantáis frente sólo con la caballería castellana. Eso mismo pasó en Alarcos en el año de gracia de 1.195 y allí, además nos apoyaban los infantes de los Consejos y Ciudades de vuestro reino. ¿Y qué pasó en Alarcos?

Nadie contestó. Todo el mundo sabía la respuesta. Todos los presentes habían perdido a alguien en aquella batalla. Un amigo. Un pariente. Un hermano. Un padre. Un hijo.

El arzobispo seguía mirando a los ojos del rey y hablando pausadamente.

—Tras el desastre de Alarcos, la frontera retrocedió hasta el río Tajo, con Toledo expuesta a las algaradas del moro. Perdimos la ciudad de Calatrava y todas las fortalezas. Sólo nos queda una, muchas jornadas en el corazón de territorio enemigo: Salvatierra. Pero, así como Dios sacrificó a su hijo, debemos estar dispuestos a perderla, si ello sirve para vencer a los enemigos de la cruz.

Se había levantado un murmullo entre los señores y los caballeros, Alfonso VIII lanzó un gruñido y se hizo el silencio.

—Don Alfonso, debéis acudir a la batalla con amigos y aliados. — continuó el arzobispo de Toledo—. El buen rey Pere de Aragón y Cataluña vendría con sus caballeros. Y los reyes de Portugal, Navarra y León, os auxiliarán si los esperáis.

Sólo el delegado del Papa, amigo y capellán del monarca, podría haber dicho esas palabras de una forma tan franca. Ninguno de sus condes se hubiera atrevido a insinuar que la derrota de Alarcos se debió a la impaciencia del rey. Pero los romances cantaban que si el rey de Castilla hubiese esperado al rey de León, quizás Alarcos se contaría como una victoria y no como una matanza de cristianos.

Alfonso VIII, viendo ya que todos seguían su diálogo con Rodrigo Jiménez de Rada, estudió los rostros de sus caballeros. Todos parecían ansiar la batalla, pese al desequilibrio de las fuerzas. El rey bufó. No le quedaba más remedio que dar el mismo paso que antaño.

—Somos pocos, pero Toledo está amenazada. Debemos ir a la guerra. Esta vez no flaquearemos, aunque nos cueste la vida.

Pero antes de que estallarán los gritos y se calaran los yelmos, el arzobispo empuñó su báculo y lo partió con un mandoble feroz contra el suelo.

—¡Caballos desbocados sin la brida de la razón! —gritó y todo el mundo lo miró sorprendido, pero con renovado respeto, por atreverse a aportar raciocinio—. Por el amor que procesáis a Dios y a Castilla, escuchad ahora mi súplica.

Alfonso VIII le hizo un gesto para que continuara. El Prelado Papal lo miró a los ojos.

—Habéis convocado a Consejo a vuestros caballeros. Oíd de sus labios si no preferirían entrar en batalla bajo el signo de la Cruz y la bendición del Papa.

Alonso de las Merindades vio como los rostros de los presentes pasaban de la exaltación al ensueño. Lo que había dicho el arzobispo era que podía declararse una Cruzada contra el moro. La mayoría se imaginaba con el estandarte de la cruz en el escudo de armas, luchando por Cristo,

ganando fama de paladín de Dios y obteniendo el perdón de todos los pecados. Si el Papa decretaba una cruzada, el fervor de los combatientes rozaría el fanatismo.

—Y como cruzados —continuaba el arzobispo de Toledo—, les asistirán caballeros de toda la cristiandad: del país de los francos, los alamanes, las italias y las islas británicas. También los reyes cristianos de España. Todos acudirán con sus huestes a combatir al moro, a mayor gloria de Dios y a la salvaguardia de Castilla. ¡Dios lo quiere!

El rey miró a su alrededor. Como una sola voz los caballeros y señores gritaban “Dios lo quiere”. El señor de Bizcaya, Diego López de Haro, con su hijo Lope, se abrazaban enfervorecidos. El Conde de Lara, Álvaro Núñez, que ostentaba además el cargo de Alférez Mayor de Castilla, había desenvainado su espada y lanzaba grandes gritos. El Señor de los Cameros y el Conde de Castro también desnudaron las espadas con fiero ademán. Parecía como si un ángel hubiese aparecido para anunciar la rendición del califa.

Alfonso VIII miró al caballero de Salvatierra. Hasta él parecía embelesado por la promesa de una cruzada. El Rey de Castilla quería ganar al Califa en el campo de batalla y, si esto no era posible, prefería morir en la lucha que soportar otros dieciséis años de vergüenza.

Pero esta vez el monarca pensaba ganar la batalla. No lo libraría todo al ejemplo propio, el arrojo de los vasallos y la bondad de la causa. Los largos inviernos junto al fuego pensando qué había hecho mal en Alarcos le vinieron a la memoria. Muchas cosas debían acordarse antes de embestir al enemigo y con rapidez. Debía levantar a todos los hombres de armas del reino, los infantes de las villas y la gente de los Concejos y ciudades debían partir también a la batalla. Tenía acopio de alimentos en Toledo, pero debían llegar de todos los rincones de Castilla los compromisos de abastecer a las tropas. El transporte iba a ser importante y debía conseguir mulas, miles de ellas. Buena parte de sus esfuerzos consistirían en garantizar que cada combatiente llegara frente al sarraceno descansado y en plenitud de fuerzas. De todo esto quedaba mucho por hacer.

El cerco de Salvatierra le daba ese tiempo que necesitaba para prepararse. Atacar antes, podía significar el fin de Castilla.

Miró a su alrededor y recordó sus cálculos. Contaba con unos dos mil caballeros, lo mejor del ejército castellano. El enemigo, no obstante, debía comandar unas tropas al menos cincuenta veces superiores en número.

Alfonso VIII levantó un puño y se hizo el silencio.

—Solos no podemos —dijo—. Estamos en las manos de Dios.

El arzobispo Rodrigo lo miró unos segundos y pensó que quedaba aún mucho por hacer.

Debía reunirse primero con todos los Reyes de los Reinos de España.

—Partiré a Roma tan pronto como me sea posible.

2.

Agosto de 1211.

Tras más de un mes de asedio inmisericorde la mayor parte de los defensores de Salvatierra habían muerto o sufrían heridas. A principios de agosto el almacén languidecía medio vacío y las raciones del plato se antojaban más escasas. Las reservas de armamento habían menguado tanto que ya no quedaban flechas dentro del castillo.

Una noche de luna llena Cinta saltó la muralla y pisó el campo de batalla. Agotadas las flechas del almacén sólo podía recurrir a las aljabas que asomaban entre los cadáveres de los asaltantes. La Dama de Tortosa se descolgó atando la cuerda a una almena, mientras un ballestero amigo vigilaba desde la muralla. Sabía que si la descubrían los moros y acudían para trepar por la cuerda, el ballestero la cortaría, aunque ella aún estuviera trepando en ese momento.

Al llegar al suelo, gracias a la luz del plenilunio, empezó a recoger las flechas que pudo y las subió al castillo con la cuerda, asegurándose munición para el combate de las próximas semanas. Se detenía a escuchar cada pocos segundos, con el corazón en un puño.

Pensó en coger más flechas, pero se impuso la prudencia y subió con rapidez la muralla, a pulso, apoyando las piernas contra el muro.

Ya a salvo, se dirigió al hospital a cuidar a los heridos con sus ungüentos de hierbas.

La semana siguiente trajo la calma, al menos en cuanto a asaltos se trataba. La Dama estudiaba el campamento sarraceno, intrigada por las extrañas costumbres de los infieles. Su cultura parecía tan distinta como su forma de guerrear. Los agzaz la tenían cautivada, no sólo por lo rico de su atuendo sino por cómo disparaban en plena cabalgada. Jamás había visto nada semejante y todo un nuevo mundo de posibilidades se abría ante sus ojos. Se prometió a sí misma que debía adquirir tal pericia.

Pero Cinta tenía poco tiempo para soñar. Los turnos cada vez se hacían más exigentes y los que aún permanecían sanos debían suplir a los heridos. La muralla de entrada al castillo poco a poco se iba descomponiendo. En los últimos días, la presión de los trebuchet era constante y las piedras estallaban contra el muro a todas horas. El Maestre pasaba los momentos de descanso rezando ante el ataúd del fundador de la Orden, San Raimundo de Fitero, ganando así fuerza espiritual a medida que le abandonaba la fuerza física.

El amanecer del doce de agosto fue recordado siempre por todos los que allí lucharon. Las tropas del califa no habían estado ociosas y las primeras luces revelaron una nueva máquina de guerra. Se trataba de un ariete colosal protegido por dos planchas de hierro inclinadas que lo resguardaban de los lanzamientos de los defensores. Las campanas de la iglesia tocaron a rebato, llamando a todos a la lucha y se prepararon todas las defensas, puesto que el gigantesco tronco de pino endurecido al fuego con una punta metálica apuntada en el extremo era quizás la única máquina de guerra capaz de quebrar las puertas de la muralla.

A lo largo de la mañana, una oleada tras otra de fanáticos asaltantes cubrió la marcha lenta del ariete hasta la puerta del castillo. Los sarracenos atacaban como locos, exponiéndose a los defensores en su obsesión por avanzar. Cinta y los ballesteros abatían a los que empujaban la máquina de guerra, pero, por cada uno que caía, dos peleaban por ocupar la vacante.

Al ritmo de los tambores ensordecedores, seguían lloviendo las pesadas rocas de los trebuchet. Las máquinas de asedio cristianas se concentraban en el ariete, de manera que la muralla sufría graves daños. Tantos que los defensores temían que en cualquier momento se viniera abajo.

Cuando el ariete se aseguró ante la puerta y lanzó el primer aldabonazo, a los defensores les pareció como si un espectro infernal llamara a la puerta, anunciando la hora de la muerte. El estallido de la madera astillándose por el impacto les estremeció.

Desde las almenas llovían piedras, saetas, arena ardiente, aceite y fuego. Pero nada detenía al ariete, que golpeaba rítmicamente, mientras los atacantes bramaban viendo cercana la victoria, entre el clamor exaltado de tambores y trompetas.

La puerta resistía y los de dentro de la torre apoyaban carretas con piedras detrás. Pero la fuerza del ariete, titánica, poco a poco se abría paso quebrando la madera y forzando el hierro de las barras y el rastrillo.

El Maestro dirigía en persona la defensa de la puerta exhortando a los suyos, todos freyres de Salvatierra, a luchar con todas las fuerzas.

Al lado del ariete se concentraban los pendones y las señas de medio ejército califal, puesto que se tenía por gran honor conquistar el primero la fortaleza cristiana. Cinta, poseída por una locura asesina, disparaba flecha tras flecha sobre la ingente masa de enemigos.

La puerta empezó a resquebrajarse y los moros invocaron a Dios con gritos de alegría, inflamados por los imanes que, mezclados entre los asaltantes, recitaban versos del Corán. La puerta cedió y salió de madre, descoyuntándose con un sonido que desesperó a los defensores.

Los caballeros de Salvatierra cargaron para proteger los huecos. Los sarracenos se precipitaron por el acceso violado, blandiendo sus alfanjes con gritos de éxtasis, pereciendo bajo una lluvia de saetas.

Sea por estar el ariete aún en medio del paso, sea por la confusión de ser muchos los que intentaron entrar. Sea por el fuego, las rocas y saetas de las almenas o por el valor de los que defendían la puerta, lo cierto es que la vanguardia musulmana quedó colapsada. Allí lucharon valientemente los freyres con el fanatismo del que defiende su casa y protege a los suyos del asesino invasor. La muerte fue la única vencedora, llevándose a los hombres por cientos.

Pero hasta los caballeros, hombro con hombro, flaquearon con el paso de las horas, y cada vez eran menos los que resistían, de modo que el Maestre, herido en el brazo que sostenía el escudo, ordenó parapetarse tras la puerta que daba acceso al patio de armas y al interior del castillo.

Los de las almenas arrojaron arena calentada en la hoguera, tan ardiente que quemaba vivos a los atacantes. En el caos los caballeros ganaron el acceso al castillo y cerraron las puertas, pero no antes de que, cerca de un centenar de enemigos, penetraran también en el patio de armas y superasen la primera muralla.

Acabar con ellos costó a los defensores un precio de sangre que casi ya no tenían, porque los sarracenos, viéndose atrapados dentro de los muros de Salvatierra, pelearon como demonios, sin pedir ni esperar cuartel de los cristianos.

Entretanto los despachaban, el ariete había llegado a la puerta interior y el golpeteo atronador, empezó de nuevo.

Fue un momento de desesperación. La puerta interior no era tan sólida como la del exterior y podría aguantar sólo unos minutos.

Cuando cayera, ningún obstáculo impediría el camino a los miles de musulmanes sedientos de sangre.

La muralla estaba perdida.

Pero no así el castillo. El Maestre reaccionó con premura. Miró a su alrededor y contó a los hombres. No podía plantar batalla en el patio de armas y enfrentarse a esa gran hueste. Dio orden de tocar la señal convenida y los defensores de Salvatierra se retiraron, con nerviosismo, hasta la segunda muralla.

Cinta se demoró al recoger algunas aljabas de flechas del patio de armas. Buscando entre los caídos, consiguió un arco compuesto de los turcos agzaz y se retiró a la parte superior del castillo,

tras la segunda muralla, entrando con los últimos defensores. La puerta se cerró a sus espaldas con un encaje poderoso.

Minutos más tarde, la vanguardia sarracena entró en el castillo de Salvatierra, exhortados por los gritos de los imanes.

Sólo la llegada del crepúsculo impidió que se abatieran sobre el resto de la fortaleza. Pero mucho habían ganado aquel día de duros combates y ya escaseaban las fuerzas de uno y otro bando.

Fue una noche de dolor en el bando cristiano, acentuado por la fiesta que llegaba del bando musulmán. Los trebuchet no cesaron su canto con el crepúsculo, para demoler a placer la primera muralla que nadie defendía.

Entretanto Cinta atendía a los heridos en la Iglesia, preocupada por la reserva de graciola, la hierba panacea para tratar las heridas de batalla, ya casi agotada. Pensaba elaborar más unguento de sanícula para poder atender a los lesionados. Aquella noche, el Maestre convocó a todos los caballeros en la Iglesia. Los rostros parecían graves y preocupados. Frey Ruiz Díaz tomó la palabra, mientras Cinta revisaba los vendajes de los convalecientes.

—El rey no vendrá ya. Y bien hace —dijo mirando a los caballeros a los ojos, uno a uno—. A este ejército hay que desangrarlo y gastarlo antes de acometerlo. Hay que dejar que sus disputas los enfrenten unos con otros. Por eso debemos resistir, para darles tiempo. Todos hemos tomado voto de obediencia y todos me aceptáis como Maestre. Obedeced, pues, mis órdenes. Os impongo voto de martirio.

Hasta los heridos callaron al oír estas palabras. Cinta, que aplicaba una cataplasma a un ballestero, levantó la mirada y observó a los freyres. Había éxtasis en sus rostros, como el de un santo. Cinta estaba anonadada. El Maestre les imponía la obligación de morir. Debían permanecer en sus puestos hasta el final, hasta que entraran los invasores y los mataran a todos. Las mismas palabras ante una tropa común hubieran desatado un motín. Pero aquellos caballeros vivían en sacramento, con humildad y trabajo, de forma austera y con una rígida disciplina codificada en unas normas llamadas la Regla. Aguantaban lo que a otros parecía irresistible.

El Maestre, desde el altar, se acercó al sarcófago tallado con la efigie de San Raimundo, el fundador de la orden.

—Debemos resistir. ¡No cederemos esta iglesia a los enemigos de Dios! ¡Esto es suelo sagrado! Somos *milites Christi*. Somos Soldados de Cristo, el brazo armado de la Cristiandad.

Los freyres asintieron con grandes gritos, emocionados y empezaron a cantar en latín laudos marianos, que suavizaron la angustia de la Dama.

Pero la fuerza espiritual no podía ocultar que las reservas se agotaban día a día. Los musulmanes no lanzaron nuevos asaltos en los días siguientes, se limitaron a derruir la primera muralla hasta reducirla a escombros.

A los pocos días, pasado el quince de agosto, las piedras de los almajaneques empezaron a batir la segunda muralla con un bombardeo incansable. El pozo seguía suministrando agua, pero tras cuarenta días de asedio los alimentos escaseaban.

Los freyres decidieron sacrificar los caballos. Parecía la única forma de abastecer el castillo y restaurar las fuerzas de los defensores. Cinta se despidió de su yegua con lágrimas en los ojos. Habían compartido muchas jornadas y sentía afecto por el animal, pero no había alternativa para vencer el hambre y el desánimo. La pérdida de los caballos, que tantas hazañas habían brindado a la Orden, entristeció a los también caballeros y sus cantos resonaban fúnebres. Cinta notaba la opresión y la congoja en el eco de la bóveda de piedra de la iglesia, más oscura a cada jornada.

Pero los ballesteros tomaron el sacrificio de las monturas con gran alegría, pues hacía días que la carne había desaparecido del plato. Los corrales estaban vacíos y en los pesebres sólo sobrevivía un cerdo cebado, al que el Maestre había indultado sin que nadie supiera el motivo. El poco pienso y grano restante se destinó al gorrino, al que muchos visitaban con mirada de ensoñación cuando apretaba el hambre.

Pronto todo el esfuerzo volvió a concentrarse en las labores de reparación de la segunda muralla, que los almajaneques golpeaban ahora noche y día.

A finales de agosto, los freyres resistían aún en Salvatierra contra todo pronóstico. El campamento musulmán vivió nuevas ejecuciones y los cristianos temían que aquello fuera el preludio de un nuevo asalto.

El Maestre convocó a todos los combatientes ante las puertas, al amanecer del veinticinco de agosto. La muralla aparecía muy maltrecha y apelmazada. Cuarenta y cinco días de sitio y privaciones se reflejaban en las miradas y los rostros enflaquecidos de los cerca de doscientos supervivientes. Los ballesteros intentaban seguir el ejemplo de los caballeros, que tomaban las dificultades como una prueba de fe.

—Meditando ante el santo —dijo el Maestre cuando ya el silencio del grupo era opresivo—, me di cuenta que pequé de orgullo. No debí imponeros el voto de martirio.

Un murmullo se elevó entre los seglares. No era corriente que Ruiz Díaz admitiera una falta.

Los freyres continuaron en silencio, escuchando.

—Nuestra Orden se fundó para defender Calatrava. Pero la perdimos. Y debemos hacer lo posible por recuperarla. Si morimos todos aquí, nada quedará de los que antes lucharon por nuestra causa. Y su recuerdo se perderá como el humo que el viento dispersa. Por eso os digo que debemos sobrevivir y continuar nuestra encomienda. Fue soberbia resistir hasta la muerte. Mientras no recuperemos Calatrava, debemos persistir, curar las heridas y seguir luchando a mayor gloria de Dios.

Cinta respiró aliviada. La situación en el castillo sólo podía calificarse de insostenible. De no estar todos atados por una férrea disciplina, los defensores hubieran enloquecido debido al rigor de las privaciones y al miedo. La Dama era una guerrera y aceptaba matar en la lucha o en la caza para sobrevivir. Pero las experiencias de los últimos meses excedían toda medida. Cada día se levantaba con el alba, tomaba raciones de supervivencia y debía aguantar con aflicción la espera del asalto definitivo, el que acabaría con todos los que defendían aún Salvatierra. El océano de enemigos tenía olas infinitas, que podían batir los muros del castillo hasta derrumbarlo. Y la espera y la incertidumbre se extendía hasta el crepúsculo. Día tras día, semana tras semana. Viendo caer al amigo y temiendo hablar con los que seguían en pie, para no cogerles afecto. No había nada peor que enterrar al caído, entre las lágrimas causadas por los recuerdos del difunto. Cada día le costaba más levantarse. Cada jornada afrontaba su propia lucha. Y empezaba a temer no tener fuerzas para vencerla en los negros días que estaban por llegar.

—Por eso os digo —concluyó el Maestre rompiendo el silencio—. Viviremos. Y, si Dios lo quiere, veremos ondear en Calatrava la bandera de nuestra Orden.

Aquella noche hubo alegría entre las filas de los defensores. El futuro ya no sólo tenía un destino, sino que un poco de luz venía a apartar las tinieblas.

A la mañana siguiente el cerdo había desaparecido. El último animal del establo ya no estaba. Y eso causó un gran lamento en el intendente, que venía cebándolo en exceso desde hacía semanas. Aquel cerdo era la última esperanza, puesto que mientras engordaba en el pesebre sabían que quedaba comida en el castillo.

Pronto se supo qué había pasado. Cinta acudió a los gritos y también a las voces que llamaban desde las almenas. Subió los escalones de dos en dos, pese a que se sentía débil desde hacía semanas. Llovía, pero no era ese el motivo de atención. Miró a dónde señalaban los vigías.

Y entonces lo vio.

El cerdo corría por el patio de armas de la primera muralla. Y los sarracenos se apartaban de él. Se lo veía cebado y saludable, gruñendo asustado de un lado a otro. El Maestre Ruiz Díaz y el

Comendador Rodrigo Garcés reían desde las almenas señalando a los musulmanes.

El cerdo atravesó la primera muralla, ya derruida, bajó por el cerro de Salvatierra, levantando en los moros gritos de espanto a la vista del animal impuro. Ninguno se atrevía a acometerlo para no mancillarse y sus gruñidos se oían en el silencio sepulcral del amanecer.

Por fin fue abatido a flechazos y su rolliza constitución indujo a los atacantes a pensar que en el castillo contaban aún con reservas de alimentos para muchas jornadas.

El Maestre dejó transcurrir unas horas antes de levantar bandera de parlamento.

Observaron subir y bajar por el cerro de Dueñas a muchos jinetes. Había nerviosismo en el campamento del califa. Agosto acababa y se acercaba septiembre, con el fin de la campaña por las lluvias y el frío que ya empezaban a aparecer. Las golondrinas habían anidado en las tiendas sarracenas, pusieron huevos, los empollaron y habían visto nacer a sus polluelos. Salvatierra aún resistía al tiempo de ver cómo los alevines empezaban a planear en sus primeros vuelos.

A la mañana siguiente se presentó la delegación del califa. El Maestre y el Comendador hablaron con ellos desde las almenas, a grandes gritos.

—Jamás rendiremos el castillo —bramó Ruiz Díaz con voz poderosa—. De ser necesario moriremos aquí como los de Numancia, resistiendo muchas jornadas aún. Pero tengo una propuesta para el Califa: Abandonaremos en tres días esta plaza, si lo hacemos con honor. Sólo si nos garantizáis paso franco a Toledo. Si además podemos retirarnos con nuestras banderas y pendones. Y sólo en caso de que también podamos conservar las armas y la reliquia de San Raimundo. Si se cumplen todas estas condiciones partiremos a Toledo, llevándonos a nuestros heridos como único botín, y el castillo será vuestro.

La respuesta no llegó aquel día, también lluvioso y plomizo, sino el veintinueve de agosto. El emisario del califa insistió en que dejasen todo en Salvatierra, salvo las armas, las insignias y las reliquias. Los caballos y riquezas de la orden debían quedar como botín para al-Nassir.

El Maestre aceptó. Era evidente que el Califa ignoraba que todo el tesoro permanecía a buen recaudo.

Un sentimiento de alegría se expandió tanto por el castillo como por el campo musulmán. Los defensores se abrazaron, incrédulos ante la posibilidad de salir vivos de aquel infierno. Cinta no podía creer lo que oía, parecía como si hubiera nacido de nuevo, convencida de que daría con sus huesos en esas tierras lejanas. En esos largos días de asedio se había llegado a plantear qué haría si salía del trance con vida. Decidió que había llegado el momento de tener un hijo, a fin de cuentas contaba con cerca de veinticinco años y las otras mujeres, a esa edad, ya tenían múltiples vástagos.

Y realmente otro hubiera sido su destino si el califa no tuviera prisa por volver a Sevilla a pasar el invierno, envuelto en las comodidades de la gran ciudad. Retirarse de Salvatierra suponía un ataque a su prestigio que no podía tolerar, puesto que su autoridad ya la debilitaban las acometidas internas de africanos y andalusíes. Debía conquistar la plaza y por ello aceptó.

Los seculares cristianos lo celebraron toda la noche. Los caballeros, no obstante, seguían apesadumbrados por abandonar su Iglesia, pero habían escogido sobrevivir para seguir luchando. Cinta temía que fuera todo una trampa de los musulmanes. Los árabes en particular, entre las tropas del califa, ya habían saqueado y violado con anterioridad a los vencidos que se retiraban con la protección y la palabra del califa. Así que todo estaba por ver.

Al día siguiente se prepararon para la partida, empaquetando lo poco que podían llevarse de las míseras reservas. El primero de septiembre, tras cincuenta y un días de asedio, menos de doscientos cristianos se retiraron de Salvatierra, la mayoría heridos.

Lo hicieron con tristeza, por que desaparecía la última defensa de la cristiandad y sólo la línea del río Tajo contenía ahora al invasor. Pero partían con la honra intacta, al conservar la espada al cinto, las banderas con sus señas y la reliquia del santo.

Las filas musulmanas los contemplaron con rabia, y con alivio, pero ninguno levantó un arma. Un largo camino les esperaba, por las tierras desoladas de la meseta hasta su base en Zorita, aunque la artera caballería árabe parecía dispuesta a que aquél fuera su último viaje.

IV. HIBERNANDO

Finales de 1211

El heredero al trono de Castilla murió en octubre y todo el reino temblaba ante la amenaza que suponía un califa victorioso, sediento de gloria y sangre.

Pero el frío y la lluvia son enemigos de la guerra, le decía el visir al poderoso al-Nassir y éste, pese a comandar uno de los ejércitos mejor organizados del mundo, tuvo que volver a Sevilla, a la vera del Guadalquivir. Quería hibernar en el corazón de al-Ándalus para controlar a los díscolos súbditos peninsulares, reblandecidos por el contacto con los infieles. Ninguna de sus ciudades y taifas de Europa quería, de buen grado, alimentar al ejército en Yihad y las voces se alzaban a su espalda. El califa creía que los andalusíes sólo entendían el lenguaje de la fuerza y mandó ajusticiar a muchos, para que tomaran ejemplo los que se atrevían a cuestionar su poder.

Eran días negros para Castilla. A la amenaza del invasor se sumaba que las fiebres se habían

llevado al príncipe Fernando. Apesadumbraba a Alfonso VIII que ahora su sucesor fuera un niño de siete años, su hijo Enrique, aunque éste tuviera sangre del Cid y de Ricardo Corazón de León. La tristeza le agriaba el carácter, puesto que si fracasaba y moría en batalla dejaría a Castilla con un rey débil, como había ocurrido durante su infancia. Pasaba sus horas dictando cartas y decretos, convocando a sus vasallos a la lucha que traería la primavera y acopiando pertrechos y vituallas. Envió legados a los otros reyes cristianos, pidiendo auxilio. Mandó a todas las villas y ciudades que aportaran combatientes provistos de los víveres necesarios para la campaña. Ordenó a todos sus caballeros y señoríos preparar sus huestes para presentarse a Toledo, no ya sólo con armas y arreos para la batalla, sino también con recursos suficientes para mantenerse hasta que ésta llegara.

Sabía que podía confiar en sus vasallos. El problema era qué harían los otros cuatro reyes cristianos. Confiaba en Pere, el rey de Aragón, a quien en el pasado había prestado auxilio en su lucha contra los musulmanes al sur del Ebro. Sabía que acudiría con lo mejor de su ejército. De los otros tres no se atrevía a confiar. El reino de León, antaño hermano, tenía pleitos con Castilla por unas ciudades y territorios fronterizos que Alfonso VIII les había conquistado y se negaba a devolverles. El reino de Portugal vivía una guerra civil y el joven rey Alfonso II luchaba contra su propia hermana mayor por el trono, apoyada por el reino de León. El reino de Navarra, enemigo tradicional de Castilla, pese a ser cristiano se aliaba con los musulmanes y su rey, Sancho VII, odiaba a Alfonso VIII. Y con motivo, puesto que Castilla le había arrebatado más de un tercio de territorio navarro: los ricos viñedos de la comarca riojana y los territorios vascos.

Estas disputas eran frecuentes en los turbulentos siglos del nacimiento de los reinos cristianos. Normalmente guerreaban unos con otros, y los musulmanes apoyaban ora a unos ora a otros, debilitando a todos en conjunto. Pero ahora no había guerra entre los españoles, lo cual hacía mucho tiempo que no ocurría y pese a los odios y pendencias, parecía que una alianza fuera posible.

Sólo había uno que podía unirlos. Sólo el Papa sería capaz de convocar a todos para una misma causa y, por ello, el Rey se puso en manos de la Iglesia enviando un emisario a Inocencio III. Pensó que si alguien podía convencer al Papa ese tenía que ser su propio legado, el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, el tutor de los reyes de España. Sabía que no sería tarea fácil, porque el Pontífice tenía el ojo en los territorios cátaros, al sur de Francia y no atendía a razones.

Precisamente por ello viajó el prelado a Roma a finales de noviembre de 1211. Pese al frío y a las muchas jornadas del trayecto, el arzobispo de Toledo partió con escasa escolta, no en el carro con el que acostumbraba a viajar, sino cabalgando con silla de montar, a la guisa, para no demorarse en el camino.

A mediados de diciembre entraba en la sede del papado y descansaba una sola jornada, para recuperarse del cansancio. Su secretario solicitó una audiencia con Inocencio III en el Vaticano. Se la concedieron con rapidez, por ser embajador pontificio. Sólo tuvo que esperar unos días y no unas semanas, como les ocurría a los nobles y reyes que se presentaban de todos los rincones de Europa.

Precisamente el 17 de diciembre de 1211, Rodrigo despertó extrañado por el exceso de luz que se filtraba por la ventana. Se alojaba en un convento que le habían asignado y todo indicaba que el cansancio del viaje apresurado se hacía notar. Eran muchos años de cabalgar por los caminos, llevando la encomienda de la Curia Romana y ya no acostumbraba a despertar con el alba, como antaño, para rezar con el nuevo día. Su secretario seguramente se adelantó para facilitarle los trámites y no lo había despertado a la hora señalada. Poco a poco se fue filtrando en su dormida consciencia que el exceso de luz obedecía a causas naturales.

—Llego tarde a la Audiencia con el Papa —masculló Rodrigo, con la mandíbula desencajada y las manos en la cabeza.

Con el corazón en un puño y atribulado por la importancia de la misión, se vistió deprisa. Tomó el carruaje enviado por el Pontífice para llevarlo a la colina vaticana, repasando sus notas durante el trayecto. El Papa Inocencio III era muy voluble y hacerlo esperar podía tener el efecto de irritarlo. En ese caso sería difícil que entrara en razón. No podía fracasar, el futuro de España y sus reinos podía desaparecer barrido por la ola sarracena. Sin la ayuda de la cristiandad poco podrían hacer.

Al detenerse el vehículo, bajó con prisa y lo guiaron por un palacio magnífico. Ascendió unas majestuosas escaleras de mármol y lo acomodaron en la primera de las salas de espera del Santo Padre. Una estancia enorme y oscura, de altos techos decorados con pinturas religiosas de mártires en tonos sombríos. Las chimeneas no conseguían calentar el ambiente gélido. El arzobispo se acercó al calor de la lumbre, donde un caballero también esperaba para ser recibido por el Papa.

Era un franco enjuto y nervudo, con la cruz roja de la Orden del Temple en la sobrevesta blanca que se solía lucir encima de la cota de malla. El templario no llevaba armadura, sino túnica de lana sin curtir, más propia de los monjes que de los sacerdotes, aunque sí hacía uso del privilegio de ceñir la espada envainada en la cintura.

El Arzobispo acercó las manos al fuego y saludó al caballero.

—Roger de Troyes —se presentó éste, besando su anillo.

Le costaba acostumbrarse a su verdadero nombre, tras viajar largo tiempo bajo la máscara del comerciante al que llamaban el Sirio.

De inmediato iniciaron una conversación cortés sobre lo duro del clima, la cercanía de la Navidad o las largas jornadas que separaban Roma de su diócesis. El templario, al saber que hablaba con el prelado de Toledo, le contó que había conocido al rey de Castilla en abril y que otro

rey de España, le había adelantado en la audiencia y esperaba en la sala siguiente.

—¿Un rey, decís? —preguntó sorprendido el arzobispo—. Describídmelo.

—Se trata del rey de Aragón, al que llaman el Católico —contestó el franco—. Vi el blasón de su escudo con las cuatro barras carmesí sobre fondo de oro. Lo acompañaba su secretario, abrazado a pliegos y documentos.

Eran buenas noticias para Rodrigo. Si otro rey de la Cristiandad abogaba por lanzarse en batalla contra los almohades, se fortalecía su causa. Debía buscar una alianza con Pere II, pero en la última ocasión en que se encontraron había amenazado al monarca catalán de excomuniación y no sabía cuál sería su disposición.

Mientras esto pensaba el de Toledo, tomó asiento junto a la lumbre. El templario también parecía meditar.

Roger recordaba el día, quizás cinco años atrás, en el que una audiencia con el Papa vino a eliminar su esperanza de obtener la dispensa y dejar la lucha. Acompañaba a su Maestre de la ciudad de Acre, en Tierra Santa, en súplica para que Roma decretase una nueva cruzada para recuperar Jerusalén de manos del sultán de Egipto. La audiencia no aconteció como esperaban. No consiguieron su objetivo y acabó asignado al Vaticano bajo las órdenes de uno de los Secretarios del Sumo Pontífice. Desde entonces sus misiones las supervisaba el Papado. Cada vez quedaba más lejos la promesa de obtener el merecido descanso, tras años de interminable lucha y violencia.

El desánimo lo asaltó como una lluvia repentina que sorprende en el monte y quedó calado de tristeza. Se alejó del fuego y recorrió la estancia, con pasos medidos y tranquilos. El arzobispo se sentaba cerca de la lumbre y leía unos pergaminos. Una monja les obsequió con un caldo humeante, que agradecieron, para combatir el frío.

Unos minutos más tarde, uno de los secretarios del Papa les escoltó hasta la segunda sala de espera. Parecía aún más grande que la anterior, con molduras y grabados de la vida de los santos en las paredes. Allí encontraron a Pere II y a su secretario, Miguel de Lluesía. El Rey iba ataviado con unas telas suntuosas y pieles de oso, de aspecto magnífico. Hasta su escribano vestía como un noble con costosas galas, del valor de los estipendios anuales de un plebeyo. Tenía el aragonés ojos azules, rasgos delicados y talla de gigante, con el cuerpo fornido de rey guerrero, más acostumbrado al

campamento en campaña que a la Corte en Barcelona. De hecho Pere acostumbraba a entrar en combate con bravura, sin calibrar los riesgos de sus acciones, sabedor que el arrojo de sus vasallos se multiplicaba si él luchaba en primera fila.

El rey de Aragón y el prelado papal se saludaron con cierta frialdad. El arzobispo se interesó por el ánimo del monarca, acuciado por sus problemas en la Occitania.

—Acabo de entregar a mi único hijo, Jaume, a mi enemigo, Simón de Montfort —declaró Pere, compungido, con la mirada perdida en el fuego.

Rodrigo asintió. Él mismo había tenido que transmitirle las órdenes del Papa y le agradaba ver que se habían cumplido. La situación del catalán resultaba muy compleja. Lo atacaban, pero él no podía defender a sus vasallos. Inocencio III lo había amenazado de excomuniación si intervenía. Tenía las manos atadas. Y el ánimo del rey Pere se ensombreció y tornó ceniciento. Como garantía para asegurar su obediencia, había entregado a su heredero, un niño de tres años, al general enemigo. El embajador del Papa en España no dudaba que su misión contra el califa interesaría a la Corona de Aragón.

—Vengo a interpelar al Santo Padre —aclaró Rodrigo—, para que declare una cruzada contra el Miramamolín. Quizás podamos unir fuerzas, porque si prospero, vuestra causa mejorará.

Al instante los rostros del rey y su secretario se iluminaron.

La Corona de Aragón tenía más de la mitad de su reino al otro lado de los Pirineos, bajo dominios del Conde de Tolosa. El reino de Francia ambicionaba conquistar los territorios del Languedoc, Montpellier y la Occitania, y se había valido de la religión como excusa para atacarlos. Allí florecía una herejía denominada catarismo, que difería de los preceptos de la Iglesia de Roma. Abogaban por un papel más relevante para la mujer en la religión y disputaban cuestiones teológicas. A todo esto, ya de por sí suficientemente grave, lo que más enervaba a Inocencio III era que los cátaros renegaran de la Iglesia y de la Curia Romana. El Sumo Pontífice había intentado solucionar el asunto, pero el Conde de Tolosa, el gobernante de la zona, se desentendía de prestarle apoyo diciendo que se trataba de un problema religioso, a solucionar entre clérigos. El Papa envió un embajador a la Occitania para controlar a los nobles y obligarlos a combatir la herejía, pero lo asesinaron. Inocencio III, airado, decretó una cruzada contra los cátaros. Los nobles del lugar no sólo no la apoyaron sino que ofrecieron una fuerte resistencia y acabaron todos excomulgados.

En aquellos momentos la cruzada en el Condado de Tolosa, al sur de Francia, seguía un camino de sangre y destrucción, arrasando el territorio y sus gentes como una plaga bíblica. Los cruzados habían conquistado las ciudades de Beziers y Carcassone, dirigidos por el nuevo embajador del Vaticano, Arnaldo Amaury y el caballero francés Simón de Montfort. Precisamente por ello, Pere II necesitaba con desesperación que todos los que acudían a sus dominios, al Norte de los Pirineos, como cruzados, siguieran camino hasta Toledo y no atacaran sus castillos, sus ciudades ni sus habitantes. El Conde de Tolosa además de su vasallo era su cuñado y un vínculo de sangre le compelió a socorrer a los suyos.

El rey Pere tomó a Rodrigo por las manos.

—Uniré mi voz a la vuestra. No podía ser más propicia vuestra llegada. Juntos tenemos que convencer al Pontífice de que todos los esfuerzos cristianos se destinen a la amenaza almohade, más peligrosa para toda la cristiandad. Pero Arnaldo Amaury, su legado en la Occitania, moverá todos sus hilos para impedirlo.

El Arzobispo asintió. Con el apoyo del Rey de Aragón sería más fácil convencer a Inocencio III.

El escribano personal del Papa los mandó llamar y los guió a la tercera sala de espera. El aspecto era suntuoso, muy alejado de la sobriedad de los conventos. Mirase donde mirase, a los cuatro vientos se proclamaba el poder de la Iglesia: En los suelos de mármol, en las molduras esculpidas, en los lienzos con pan de oro de motivos bizantinos, en los cortinajes de seda y en el mapa de las tierras conocidas cuyo corazón destacado era la ciudad de Roma.

Roger de Troyes recordó los largos años de privaciones, asedios, batallas, hambre y sed. Y suspiró ante los excesos del palacio del representante de la Iglesia. Miró a su alrededor, fijándose ahora en la persona que allí aguardaba. No iban a celebrar la audiencia solos.

Les esperaba un monje con el hábito de la Orden del Cister, cercano a la cincuentena. Veían a un franco de nariz aguileña y carnes prietas, casi cadavéricas, con las manos blancas y finas. El rey Pere II dio un respingo al reconocerlo, puesto que ya había tratado con él en el pasado, cuando el individuo fue abad del monasterio de Poblet. Ahora ostentaba el cargo de legado del Papa en Occitania y las atrocidades de las tropas comandadas por él superaban toda medida.

—Ya conocéis al abad Arnaldo Amaury —les presentó el escribano. El cisterciense y el rey catalán se aguantaron la mirada unos instantes en un tenso silencio.

El secretario del Papa, viendo que ya todos los convocados a la audiencia se hallaban presentes, les hizo pasar hasta el despacho personal de Inocencio III.

El Papa les esperaba en la sala más grande de todas. Parecía joven para el cargo, pero había demostrado mayor firmeza con cincuenta años que muchos de sus octogenarios antecesores. Por sus estudios de derecho canónico y teología se creía a un nivel intelectual superior al de la mayoría de los clérigos. Por sus orígenes nobles, al de la mayoría de los civiles.

El Papa mandó acomodarse y avivar el brasero que, bajo la mesa, engañaba del rigor del frío, que ya sentían en los huesos.

—Os he convocado hoy porque todos queréis lo mismo: Una cruzada. El problema es que no coincidís en el lugar. Todos tenéis algo que decir sobre el tema. Así que hablemos. Por deferencia, dejaré que el Arzobispo de Toledo, legado de España, exponga el asunto más urgente.

Rodrigo Jiménez de Rada se aclaró la garganta. Había llegado el momento.

—Me encomendasteis la misión, Santo Padre, de llevar la paz a los reinos cristianos de mi prelatura. Y de prepararlos para la guerra contra el infiel. El momento ha llegado. Y no ha sido tarde, porque el califa de Marrakech ha pasado a Europa con un ejército de más de ochenta mil caballeros, con innumerables peones, tantos como granos de arroz tiene una cosecha.

Una luz brillaba en los ojos de Rodrigo mientras hablaba. Creía con fervor en lo que decía y había dedicado mucho esfuerzo a la causa. En los últimos cinco años recorrió la península ibérica desde Santiago a Barcelona en innumerables ocasiones. Asistió a concilios y tomó consejo en Roma, para volver a cabalgar, bajo el sol y la lluvia, y conseguir lo imposible: que todos se concentraran en lo que les unía y olvidaran las rencillas que los separaban.

El Papa miraba de soslayo al templario. El informe del veterano caballero explicaba que eran menos. Inocencio sabía que podía fiarse de Roger de Troyes. Tenía un historial impecable tras más de veinte años de servicio en Tierra Santa, la mayor parte del tiempo infiltrado en territorio enemigo encomendado en labores de espionaje. Gracias a él se habían salvado muchas vidas de combatientes y peregrinos.

El Papa mantuvo su rostro inescrutable. A su lado el Rey de Aragón observaba de reojo al monje cisterciense, ya con los nudillos blancos, de apretar los puños para controlar el ansia de interrumpir y entrar en la conversación.

Inocencio III llenó el silencio con un golpeteo de los dedos sobre la mesa y se dirigió entonces al monarca catalán, al que trataba con toda afabilidad, fruto de las muchas visitas que habían concertado en los últimos años.

—Precisamente el rey Pere lleva años insistiendo en lo mismo —explicó mirándolo con una sonrisa de zorro—. Quizás esta vez sí que os haga caso, podéis hablar, pero omitid en esta audiencia el tema del divorcio.

El rey de Aragón pensó unos momentos antes de contestar. Lo de su divorcio ya lo daba por perdido, pero debía conseguir hacer entrar en razón a Inocencio III. Llevaba días preparando sus palabras, con ayuda de su secretario.

—Muchas veces os he exhortado, Santo Padre, pero ésta es, quizás, la ocasión más necesaria. Quería recordaros que las atrocidades de los cruzados en Occitania no son propias de la Madre Iglesia. Una cosa es que se castigue al moro invasor, pero otra muy distinta es que paguen justos por pecadores. La cruzada contra los cátaros ha acabado con muchos cristianos apostólicos romanos y buenos vasallos míos. El año pasado dieron tormento a mis soldados que defendían el castillo de Termes, tras rendirlo pasados cuatro meses de asedio. Todos eran súbditos de la Corona de Aragón, cristianos temerosos de Dios y fueron quemados en la hoguera como paganos. Lo mismo pasó en Menerva, toda la guarnición del castillo, tras rendirse, fue ajusticiada en la hoguera. Y no son hechos aislados. Hace dos años los cruzados tomaron Beziers y los mataron a todos. Se pasearon durante días por la ciudad en ruinas, hasta que no quedó nada para beber. Y hasta que la comida se agotó, empezaron las pestes por los cadáveres sin sepultura y no quedó ya nada de valor para rapiñar. Y lo mismo hubieran hecho en Carcassone si no hubiera llegado a tiempo para pactar con vuestro legado en Occitania, aquí presente. La cruzada cátara es un ayuntamiento de exaltados. No se puede pasar a cuchillo a todos diciendo que Dios separará en el cielo a los justos de los heréticos; violando mujeres; saqueando a buenos cristianos; quemando y dando tormento a cuanto es hallado dentro los muros de las ciudades asediadas por sorpresa.

El abad cisterciense escuchaba enseñando los dientes, pero no se atrevió a interrumpir al rey

en presencia del Papa y el de Aragón continuó.

—Debéis poner freno a los excesos de la cruzada cátara tomando de la rienda ese caballo desbocado. El orden sólo se conseguirá, respetando a los nobles del lugar, en sus títulos. La Corona de Aragón se compromete a ejercer de tutor y a controlar toda la Occitania para que los edictos del Papa se cumplan al pie de la letra. Pero debéis dejarme intervenir, debéis cesar la cruzada.

Inocencio III asintió gravemente. Era cierto que los cruzados se habían comportado con una crueldad impropia de los buenos cristianos, cometiendo en Europa los excesos y atrocidades que acostumbraban a prodigar, sin medida, en Tierra Santa. El Papa nada dijo, en su lugar hizo un gesto a su representante en Occitania para que hablara.

—No todo lo que se ha dicho es cierto —puntualizó Arnaldo Amaury con un hilo de voz—. Matadlos a todos, que ya los separarán en el cielo, esa ha sido la consigna ante la dificultad de distinguir al cristiano del herético. Pero los nobles occitanos no atienden a razones y la guerra es la única manera de imponerles la razón y la pureza de la fe. Imaginad a musulmanes y cátaros unidos en fuerzas y ánimo para atacar a Roma. Un cataclismo. Antes de enfrentarnos al moro debemos acabar con el cátaro. Aumentemos los privilegios a los cruzados contra el cátaro. Después, ya nos revolveremos contra el califa.

El Papa asintió de nuevo. Era su prioridad que las dos amenazas, la musulmana y la herética, no se unieran contra él. Por ello acabaría con la herejía cátara primero. Aunque ya llevaban años de guerra y el conflicto no preveía una solución rápida.

Inocencio III se puso en pie y empezó a andar alrededor de la mesa mirando a su legado en España.

—¿Pagará Castilla los gastos de comida y de intendencia?— Preguntó el Papa.

—Lo hará —contestó el Arzobispo de Toledo.

Cabía la posibilidad que todo fuera una estratagema del rey castellano para expandir su reino.

Inocencio III conocía las tretas de los nobles y ese Alfonso VIII había arrebatado a dentelladas a los reinos vecinos de Navarra y León, buena parte de sus fronteras.

—Si hubiera cruzada sería para plantar cara en batalla al califa, no para conquistar territorio ¿Acepta Castilla estas condiciones? —continuó el romano.

—Lo acepta.

El Papa se acercó a la mesa del brasero y levantó la diestra como si estuviera en el púlpito.

—No habrá más cruzadas hasta que se resuelvan las existentes. La situación en Tierra Santa es complicada. —anunció mirando a Roger—. No creo que volvamos a reconquistar Jerusalén. De hecho, mientras enviábamos a nuestros cruzados a Oriente, crecían en Europa las negras alimañas de la herejía. Eso no ocurrirá de nuevo y, por tanto, no renunciaré a la cruzada contra los cátaros, hasta que todos vuelvan al seno de la Madre Iglesia... o purguen por ello.

El Pontífice hizo una pausa, todos escuchaban expectantes y siguió.

—La cristiandad necesita un pastor. Un guardián que los guíe por el camino recto. Una inquisición. Ese es el futuro de nuestra Iglesia y yo me encargaré de poner sus cimientos. Y los cátaros, valdenses y patarinos, herejes todos, a la hoguera. Así, al menos, salvaremos su alma inmortal. Nuestra Iglesia dirige la voz de toda la Cristiandad y aquellos que no sigan las indicaciones del director del coro sufrirán la excomunión y la Ira de Dios. Arderán tanto en el infierno como en la vida terrena.

El Papa hizo un gesto a los escribanos que tomaban notas de sus palabras, para que no siguieran copiando su parlamento. Hizo una pausa y varios comentarios, para remarcar que no pensaba renunciar a su castigo contra las tierras heréticas.

—Ahora bien —continuó—, la situación en España es diferente. Allí se trata de expandir el territorio cristiano. En estos años se ha conseguido la paz entre los católicos. El rey Pere me implora una cruzada contra los almohades desde su primera visita. Pues bien, el momento ha llegado. Ahora hay una Yihad en marcha contra la cristiandad y debemos contrarrestarla con una

Cruzada. Vamos a compensar el fervor de los moros con una Bula que otorgue el perdón de los pecados a todos los católicos que la combatan. ¡Dios lo quiere!

Y Rodrigo Jiménez de Rada, con lágrimas en los ojos, secundó el grito del Pontífice junto al rey de Aragón, que sonreía de oreja a oreja. El cisterciense tenía el semblante serio. Temía que la mayoría de los que tomasen la cruz, bajo amparo del Papa, se encaminarían a Castilla en lugar de a Occitania.

Y en eso, a Arnaldo Amaury no le faltaba razón, porque, lo que atraía a los cruzados no eran sólo las indulgencias para el perdón de los pecados, sino, sobre todo, la posibilidad de saquear los bienes de los infieles. Y la fortuna del califa de Marrakech era legendaria. Si tenían una sola posibilidad, por remota que fuera, de entrar en al-Ándalus a sangre y fuego, rapiñando las ricas ciudades de la vega del Guadalquivir, media Europa se uniría a la cruzada, tomando la cruz como enseña.

El momento de euforia pasó y allí mismo el Papa pasó encomienda a sus secretarios de que redactaran una Bula.

—Decreto Cruzada para luchar contra la Yihad en al-Ándalus. El octavo de Pentecostés convocatoria de tropas en Toledo. Penará de excomunióon el que ataque territorio de Castilla mientras dure la campaña. Se prohíbe con los moros otro trato que no sea el de la espada. Dispongo la Absolución con indulgencia general a todo combatiente que luche en la batalla contra la Yihad, de todos los pecados y delitos presentes y pasados.

El cisterciense apretaba los labios, pensando cómo podía aguarles la fiesta a los españoles. El Arzobispo de Toledo planificó el largo y frío invierno que iba a pasar, predicando por los caminos de toda Europa, incendiando los corazones de los cristianos, con la noticia de la cruzada.

Roger desde un rincón observaba el clima exaltado. Demasiadas muertes y abusos habían visto sus ojos en nombre de la causa de Dios. La guerra sólo llevaba a más guerra. Lo que los cristianos perpetraban, los musulmanes lo devolvían y si eran éstos quienes lo organizaban, aquellos no ponían la otra mejilla, sino que con sangre lo cobraban.

Inocencio III no se reunió con el templario hasta una hora más tarde, cuando ya los demás habían partido.

—Te felicito por el éxito de tu misión. Era necesario auxiliar a los españoles y averiguar las fuerzas del Califa ¿No tienes nada más que decirme, frey Roger?

—Mi Maestro os implora que decretéis una nueva Cruzada en Tierra Santa. Alega que la campaña del califa no es relevante y que, en los años que están por venir, fácilmente podrá recuperarse lo perdido. En cambio Jerusalén lleva demasiado tiempo en manos sarracenas.

El Santo Padre nada dijo, y el silencio se fue haciendo largo y tenso, hasta que el clérigo lo rompió.

—¿Nada más añadís? Sois muy poco convincente, frey ¿Quizás consideraréis que Jerusalén debe permanecer en manos infieles?

El templario lo miró a los ojos un instante, antes de volver a bajarlos con humildad al suelo.

—No es eso, Santo Padre, es que tras ver el ejército del califa al-Nassir, creo que ambas causas son justas.

—¿Ah, sí? —inquirió el Pontífice, sonriendo para sí al explicarse un comportamiento que juzgaba sorprendente—. Aunque siempre, siempre, puede uno encontrar una causa más justa que otra. Mi decisión está tomada, no cederé ni a las presiones templarias ni a las hospitalarias. Antes de volver a Palestina, en cruzada, pondremos orden en Europa. Y hablando de poner orden, voy a darte nuevas instrucciones para tu encomienda en los reinos de España.

—Se hará como su Santidad ordene —aceptó Roger, con la mano en el corazón—, aunque, tras auxiliar a la orden hermana de los Caballeros de Calatrava, en la misión del mercurio en Marrakech, pensé que los muchos méritos de los largos años me permitirían obtener, al fin, mi dispensa.

El Papa lo miró con ojos entrecerrados y los labios apretados. Sabía que el templario tenía razón, pero no podían prescindir de sus servicios.

—Sólo Dios sabe cuándo acabará nuestra Misión en la Tierra. Tendrás tu dispensa cuando así lo disponga tu superior, el Maestro Gómez Ramírez, quien en sus cartas te considera demasiado valioso. Ahora atiende mis instrucciones: Irás con el Arzobispo de Toledo y quedas encomendado a sus órdenes. Roger se llevó de nuevo la diestra al corazón e inclinó la cabeza.

—Pero infórmame de todos sus movimientos. —Añadió el Papa levantando el índice—. Quiero saber con quién se reúne y qué dice. Me lleva pidiendo demasiado dinero y quiero saber por qué.

—Así se hará. —anunció, manteniendo el rictus impenetrable mientras hincaba la rodilla en el mármol.

El Papa le acercó el anillo y el templario lo besó en sumisión.

—Nacimos para servir, Santo Padre —susurró Roger.

—Levántate —le ordenó el Papa—, la Iglesia te agradece los servicios, los templarios sois los más fieles de los cristianos.

Roger calló de nuevo. No se sentía cómodo entre clérigos. Pensaba que los sacerdotes dictaban las órdenes, protegidos tras el púlpito, y los caballeros de Cristo tenían que ejecutarlas. Vio morir muchos compañeros por mandatos absurdos de clérigos que nunca habían pisado un campo de batalla. La suma de desengaños se alargaba.

Todos estos asuntos habían perdido su interés. Soñaba con ingresar en un convento y pasar el resto de sus días sin más obligaciones que asistir a misa. Demasiados años de desengaños dictaban su conciencia y las luchas de poder, cualesquiera que estas fueran, ya no le interesaban.

V. ENCUENTROS EN TOLEDO

Junio 1212

No era año santo, pero los caminos se llenaron de peregrinos. La primavera llegó y una legión de viajeros atravesó los Pirineos con rumbo a Toledo. Entraba por el paso de Roncesvalles un mar de gente con diferente marcha, carros y pertrechos, pero con una misma ruta. Ultramontanos, imbuidos con espíritu de cruzada, venían desde Alemania, Inglaterra y Francia.

Bajaban bordeando la costa mediterránea por la Vía Augusta, con la insignia de la cruz en sus blasones y de todos los rincones de Europa, puesto que los vientos de la cruzada habían llegado incluso a la lejana Constantinopla, la capital superviviente del imperio romano.

Y así la primavera maduró en el verano y llevó un torrente de cruzados a la capital de Castilla. Como gotas que caen del glaciar en abril; como arroyos en mayo y como diluvio en junio. Todos con la cruz, todos diferentes. Algunos venían con su grupo de guerra o dentro de una mesnada. Otros como parroquianos, siguiendo al sacerdote del pueblo, impulsados por el grito de “Dios lo quiere”, convencidos de estar cumpliendo con la voluntad divina.

Uno podía encontrar procesiones de fieles, penitentes, peregrinos y hasta iluminados y santones, que hablaban en todos los idiomas de la cristiandad, atraídos como una polilla a la luz.

Los púlpitos de las iglesias llevaban meses insistiendo en la cruzada, que iba a dirimir en batalla si Europa sería cristiana o musulmana. Y sólo de la cruzada hablaban todos, porque el Papa prometía en su bula el perdón de los pecados. Y con ello el olvido de las maldades cometidas en el pasado, fuera cual fuera su gravedad.

Los que viajaban solos o en grupos pequeños se habían ido encontrando en las posadas y avanzaban ahora juntos. Ese fue el caso de Godofredo de Reims y Teobaldo de Spottorno, ambos hidalgos sin recursos suficientes para un escudero y un caballo de guerra. Los dos se entendieron desde el primer momento, en una posada de Navarra, donde coincidieron en desvalijar a un borracho. Se comunicaban en latín, fruto de su exquisita educación como hijos de nobles, la única herencia que, por no ser primogénitos, iban a obtener de sus padres. Por ello llevaban una vida errante, buscando el sustento con sus actos o sus hazañas.

Celebraban que la Cruzada se decretase en Europa, puesto que ello les permitía abandonarla cuando estimaran y no cuando les concedieran pasaje en el barco de regreso. Juzgaban importante esta libertad de licencia, con lo cual no hacía falta ser disciplinado y cumplir las órdenes.

Godofredo, de roja cabellera y envergadura de bárbaro y Teobaldo, delgado y con pelo oscuro hasta media espalda, llegaron a Toledo en el mes de junio. Una multitud ocupaba la margen del Tajo, en el paraje conocido como la Huerta del Rey, donde habían plantado el campamento cruzado. Había miles y miles de hombres y bestias. Los estandartes les informaron que se acantonaban todo tipo de tropas, desde condes a milicias urbanas y un caos de carros, rebaños, sacerdotes y comitivas, unos a pie otros a caballo, bloqueaba los caminos.

Precisamente los curas les condujeron hasta el campamento, indicándoles que debían presentarse al capellán de su zona. Teobaldo nada dijo y como Godofredo hablaba en francés, los dirigieron a un sacerdote del campamento franco, que se encargaba de la recepción de los cruzados franceses.

El ambiente era de euforia, quizás propiciado por los propios clérigos. El cura les subrayó que la cruzada se convocaba para decidir en batalla la suerte de la cristiandad y no para expandir el territorio de Castilla, pese a que ese reino corría con todos los gastos.

—¿A qué viene esa monserga? —preguntó Teobaldo. A él se la traía al paio el motivo de la lucha, porque sólo le interesaba el saqueo y no su causa.

El sacerdote hizo el gesto de llevarse la mano a la boca, como si quisiera que nadie más pudiera oír sus palabras.

—El nuevo arzobispo de Narbona, Arnaldo Amaury, el legado papal, teme que todo sea una estratagema del rey de Castilla para conquistar Calatrava y anexionarla a su reino. En ese caso la cruzada debería acabar.

Godofredo pensó que todas esas sutilezas políticas estaban de más. Se trataba de matar musulmanes y echarlos de Europa.

—Estad atentos —continuó el sacerdote francés—, no hemos venido a defender a Castilla, sino a defender a la cristiandad. Esos castellanos son mala gente, ni siquiera nos dejan entrar en Toledo.

Esto sí que causó una profunda consternación en los dos cruzados.

—¿Cómo qué no se puede entrar en Toledo? —preguntó Godofredo—. Hemos hechos un largo viaje y esperamos una recompensa. Hoy nos correremos una buena juerga.

El sacerdote levantó una ceja, pero nada dijo del comentario. Más bien se limitó a continuar con sus insinuaciones.

—El rey castellano protege a los judíos y a los propios musulmanes que viven en su capital. Se dice que ha caído en el pecado de la lujuria y se amanceba con judías. Es un rey débil. Prefiere pactar con los enemigos de cristo antes que exterminarlos como Dios manda. Dice que no permitirá saqueos en Toledo. Y no se permite el paso a la ciudad.

—Eso lo veremos —dijo Teobaldo con una sonrisa de zorro.

Se acomodaron en la tienda asignada, dejando allí las enseñas de cruzados y cualquier cosa que pudiera delatarlos como ultramontanos. Pese a las advertencias recibidas Godofredo y Teobaldo entraron en la capital. Se acercaron a las murallas y aprovecharon la presencia de una multitud atravesando las puertas para escabullirse entre el gentío por la puerta de la bisagra. Una vez en el interior se dirigieron con presteza a la primera taberna que vislumbraron sus ojos.

A los pocos minutos bebían el segundo vaso de vino y a la media hora, agotada la jarra, ya observaban al resto de los clientes para descubrir quién iba a pagarles las siguientes rondas.

Era una de aquellas posadas de madera del centro de la ciudad donde se juntaban gentes de muchas clases, entre los viajeros y los toledanos.

Se acercaron a un villano, que no bebía vino, para repetir el número que solían usar en cada posada.

—Tú, infiel. Tú, moro —acusó Godofredo al plebeyo, señalándole con el dedo, chapurreando un castellano con un fuerte acento francés. La pose parecía amenazante, reforzada por la envergadura cercana a los dos metros y la melena rojiza del de Reims, larga a la manera de las tribus godas.

El villano negó ser musulmán y Teobaldo le hizo pedir vino para comprobarlo, con la frase ensayada.

—Si tú no moro, bebe vino. Pide vino y bebe.

El otro, intimidado, obedeció. Y cuando llegó la jarra le obligaron a beber un vaso. Entre risas llenaron los propios vasos con el vino del castellano y brindaron por la cruzada. A los pocos minutos el villano descubría que los dos extranjeros habían desaparecido y que el posadero le reclamaba el pago de la jarra de vino vacía.

Pero esta vez no sería así, porque el villano resultó no serlo, sino más bien un pillo, de nombre Sancho, que, viendo la calaña de los dos cruzados, les propuso una aventura.

Les explicó que Toledo se llamaba la ciudad de las tres culturas, por el hecho que árabes, cristianos y judíos vivían en paz desde hacía siglos. Incluso tenían sus propios fueros y libertades dentro de la ciudad cristiana. Godofredo y Teobaldo gruñeron, jurando que así no debía tratarse a los impíos.

—Vayamos a la judería —propuso Sancho al darse cuenta que aquellos dos odiaban a los infieles-, debemos recaudar bienes para la causa cruzada.

Los ultramontanos no entendían muy bien su castellano, pero esa idea sí que la captaron sin tener que repetirla. Una sonrisa iluminó sus semblantes. Los judíos se contaban entre los enemigos de Cristo y, lo más importante, solían ser ricos.

Se retiraron todos de una vez, como si lo hubiesen acordado y se marcharon pagando al mozo con un puñetazo cuando reclamó el precio del vino. Ante el peligro que algún caballero los hubiera visto o que el posadero contara con un cuerpo de guardia, corrieron por las calles estrechas, perdiéndose.

El castellano vestía con ropajes sencillos pero la seguridad con la que hablaba a los cruzados indicaba que estaba acostumbrado a tratar con los nobles. Guió a Godofredo y Teobaldo hasta el barrio judío, amurallado y protegido por soldados. El hidalgo de Spottorno, más delgado y bajo que el franco pero de mirada más despierta, dudaba ante la presencia de guerreros de Castilla en la puerta y freyres patrullando las calles.

—Habla fuerte... cuenta —indicó el lombardo a Sancho.

Y el pillo empezó a contarles en voz bien alta su última juerga. Conocía el palacio de su padre, el noble Diego López de Haro, de forma que no le resultó difícil fugarse para acudir a la cita

con su amante. Al oír los guardias el acento de Valladolid de Sancho confundieron al grupo con castellanos y les permitieron el paso. Así entraron hasta las calles más recónditas de la judería y el pillo los llevó hasta un prestamista al que debía dinero. Se ocultó el rostro con un pañuelo y les señaló cuál era la casa.

Los cruzados no necesitaron más y llamaron con fuertes golpes del aldabón mientras Sancho gritaba que abrieran en nombre de Castilla. Cuando la puerta se entreabrió la forzaron a patadas, entrando a empujones en el hogar del judío como una ola embravecida por la tormenta. Derribaron los muebles a su paso y redujeron a golpes a quién en el interior encontraron. El último en entrar fue el castellano, siguiendo a sus salvajes acompañantes.

El judío, viejo y asustado, se abrazaba a su mujer delante de la chimenea. Teobaldo le pegó una patada a la judía, preguntándole dónde estaba su hija con una mueca de desprecio ante las carnes flácidas de la anciana.

Una rápida inspección les mostró que no había nadie más en la casa. Sancho empezó a revolver la estancia en busca de oro y botín. Teobaldo les amenazaba con el hacha desnuda y Godofredo se dedicaba a esparcir la despensa por la habitación, mientras seleccionaba la comida que quería llevarse, tirando el resto contra la pared.

—Judío, ¿Dónde está la caja? —preguntó Sancho, con la mirada brillante de codicia y el rostro oculto tras el pañuelo, tirando de la larga barba del anciano.

El viejo chillaba y observaba, con lágrimas en los ojos, como los cruzados le destrozaban la casa.

—No está aquí, sino en la tienda —susurró con un hilo de voz, mirando al pavimento.

Teobaldo blandió el hacha y destrozó la mesa de un poderoso mandoble. El candelabro de siete brazos y la Torá quedaron entre los restos, para espanto del prestamista.

Godofredo arrancó una cortina y arrojó en ella las viandas, formando un saco que arrojó al suelo. Resonó un sonido de madera. Dirigió su atención al pavimento y tomando un pesado candelabro de pie, hecho de cobre, lo usó como mazo para buscar tesoros ocultos, bajo el suelo de madera o en las paredes. Los golpes sonaban terribles y, a cada mazazo, los judíos sollozaban.

—Las joyas de tu mujer deben ir a la causa cruzada —dijo Sancho, dirigiéndose al prestamista—. Estos caballeros son recaudadores del Papa y el Papa dice que nos des todos los maravedís, todo el oro y la plata.

El judío empalidecía, observando la brutalidad de los ultramontanos, inmóvil, sin necesidad de amenazas que lo mantuvieran quieto. Los cruzados cesaron la rapiña y, viendo que no atendían a razones, se acercaron con mirada fiera. El judío temió por su vida y la de su esposa, que chillaba a él abrazada. Se acercó a la chimenea y accionó un mecanismo. Una compuerta se abrió al otro lado del fuego, revelando un pequeño tesoro.

El más fiero y fornido de los dos ultramontanos los apartó de un manotazo y, blandiendo el candelabro por encima de su cabeza, lo estrelló como un bruto contra el tiro. Los ladrillos de adobe se quebraron y la chimenea cedió, apagando el fuego y llenando el hogar con una nube de polvo, humo y escombros.

Teobaldo se acercó también a la chimenea, olvidando a los dos judíos y el hacha. Sancho, cuchillo en mano, se reía de la expresión desolada del judío. Y éste, en ese momento, lo miró a los ojos y lo reconoció por los tratos que habían tenido en el pasado. Recordaba el negocio, un préstamo de mucho riesgo, asumido por unas cartas de un noble castellano, el Señor de Bizcaya, que después resultaron ser falsas.

—Sancho de Valladolid, esta la pagarás muy cara —le espetó el judío con el puño levantado.

Godofredo y Teobaldo habían despejado los escombros hasta el punto de acceder al oro y joyas del prestamista. Sonreían con codicia mientras se llenaban los bolsillos con el botín.

Ellos creían estar haciendo lo correcto. Desde su punto de vista, habían tomado la cruz para atacar a los enemigos de Cristo, como los judíos. Por tanto veían lícito matarlos, cumpliendo así la voluntad de Dios. Los bienes que fueran hallados a los infieles solían corresponder al que los tomara, puesto que decían los curas que se trataba de cosa sin dueño.

—Matad a los judíos —pidió Sancho, al saberse reconocido, con una sonrisa cruel en los labios.

Cuando los ultramontanos oyeron lo que les dijo Sancho, una mueca de satisfacción apareció en sus rostros. No tendrían que cargar con los muertos en su conciencia, debido a que lo bueno de la cruzada, era que, al final, a uno se lo perdonaban todo.

2.

Toledo, Fines de Junio de 1212.

A Rodrigo Jiménez de Rada le gustaba entrar en Toledo por la puerta de Alcántara, aunque ello le supusiese un retraso. Y al volver del largo viaje por las tierras de Europa, en misión episcopal, no pudo hacerlo. Tal multitud se congregaba extramuros, junto al cauce del

Tajo, que, al verla, abrazó al templario que lo había acompañado.

—Dios lo quiere, frey Roger —comentó emocionado ante la visión del océano de cruzados.

Habían pasado los últimos seis meses recorriendo Lombardía, Flandes, Aquitania y Hungría, enviando cientos de cartas de Constantinopla a Santiago y de Irlanda a Nápoles, llamando a difundir la bula de Inocencio III y convocando a todos a la cruzada. Había sido un éxito. El espíritu de la cruzada se había extendido como un incendio en un bosque seco, inflamando los corazones cristianos, atraídos por las indulgencias y el saqueo.

Y contra todo pronóstico había sido la propia Francia donde más calado había tenido la prédica y un mar de cruzados franceses recaló en Toledo, azuzados por el recién nombrado Arzobispo de Narbona.

Rodrigo y Roger se acercaban a la primera de las puertas, la de la Bisagra, pero la multitud se hizo a un lado. Observaron la entrada de los caballeros de la Orden de Calatrava, encabezados por su Maestre, Ruiz Díaz. Cada freyre comandaba un comroi, el grupo de combate, de seis o siete personas, que tenía a su cargo cada caballero.

Cada grupo lo encabezaba el freyre en cota de malla y lo seguía su escudero, montado también y llevando de la brida la montura de refresco del frey. Al caballero lo apoyaban dos jinetes, sin mallas pero con escudo de almendra y protección acolchada de cuero. Cerraba cada comroi una mesnada a pie de dos o tres combatientes seculares, al cargo de la mula destinada a cargar las pertenencias de todo el grupo.

El Arzobispo no perdió de vista que las filas de los calatravos parecían muy diezmadas. Rodrigo dio gracias a Dios por el arrojo de los caballeros de Calatrava porque, contra todo pronóstico, habían resistido en Salvatierra durante meses. Quizás sin ellos Toledo se encontraría ya en poder del Califa.

Y no hubiera sido algo nuevo, porque se trataba de una ciudad muy antigua, tanto que contaba con varios nombres. Y por ello quien quisiera dominar el centro de la península debía hacerla suya, ya la llamara Toletum como los romanos; Tulaytula como los musulmanes o Toledo como los castellanos. Sin ella la frontera retrocedería hasta el río Duero. Por fortuna se trataba de una urbe de fácil defensa, ocupaba una colina encajada en un ancho meandro del río, el torno del Tajo, que lo protegía con su caudal por tres de sus lados.

Roger de Troyes, al lado del legado papal, observaba también la entrada a la ciudad de los freyres de Calatrava. Buscaba con la mirada a Alonso, al que había llegado a apreciar en el largo viaje del año anterior. Habían pasado muchas jornadas compartiendo las aventuras y avatares del camino. No lo vio. Sí se fijó en una mujer, en cota de malla y casco cónico, que

montaba a la jineta. Su pelo salvaje galopaba hasta media espalda. La recordó, no porque fuera atractiva y atrajera las miradas, sino porque colgaba de su hombro un arco compuesto. Era el mismo arco que había visto en manos de los agzaz, allá en Marrakech. Se la quedó mirando curioso y ésta, al ver que miraba al arco y a ella, lo miró a los ojos, entrecerrando los suyos de verdes iris desconfiada, sospechando que nada bueno podía traerle el interés que demostraba el templario. Tenía la mirada penetrante del cazador que descubre a un oso —irrumper de súbito en el claro donde se encuentra —y no sólo no se asusta sino que se prepara para abatirlo.

Finalmente, pudieron pasar por la puerta de la Bisagra y entrar en el patio de armas tras cruzar las murallas. Roger llevó a Rodrigo Jiménez de Rada hasta la Catedral de Santa María, viejo templo visigodo, aprovechada como mezquita mayor de Toledo durante la ocupación árabe y vuelta a consagrar de nuevo como iglesia, tras la conquista castellana. Tenía la catedral mal estado y aspecto, como si amenazara de caerse por los siglos de servicio y descuido. Rodrigo la observaba con fastidio, preocupado por el poco prestigio que le brindaba un edificio tan vetusto y corrompido por la humedad. En su viaje había visto las esbeltas construcciones góticas llenas de luz que se levantaban en Francia. No había ninguna a este lado de los Pirineos y quería ser el primero en consagrarla.

—Ya estoy más cerca de levantar una nueva catedral —se dijo en susurros, pensando en los muchos recursos que podía conseguir llamando a las puertas adecuadas.

El dinero del Papa no sería suficiente, ahora debería convencer al Rey de Castilla.

Allí se despidieron. El Arzobispo lo licenció, agradeciéndole los muchos servicios durante el viaje por Europa, y el templario se dirigió al convento donde tenía la sede un priorato de su Orden.

Como era habitual al presentarse en una encomienda, preguntó por el Prior. Esperó, en silencio, dando vueltas al claustro durante horas. Cuando fue atendido lo llevaron en presencia del Maestre de su Orden, Gómez Ramírez, que lo recibió con frialdad. El Maestre le pidió que lo acompañara y lo llevó a recorrer las murallas de Toledo, desde la que observaron la hueste cruzada.

—Estoy muy decepcionado, frey —comentó el Maestre, cuando tuvo la certeza de estar a solas con Roger—. La Cruzada al final ha venido a España y no a Tierra Santa. Han acudido entre treinta y cuarenta mil soldados, con este contingente Jerusalén volvería a estar en nuestras manos ¿Que te dijo el Papa?

—Sólo soy un náufrago agarrado a un mástil, en medio de la tempestad, que me arrastra de un lado a otro. Si querías persuadir al Papa deberías haber enviado un obispo, a más gordo más

convinciente.

Frey Gómez Ramírez miró al horizonte, con una sonrisa entre los labios.

—Tengo buenas noticias para ti. El Papa ha aceptado que estés a mi encomienda personal, y ahora tu dispensa depende de mí.

Roger nada dijo. El franco inclinó la cabeza y se llevó la mano a la barbilla.

—Maestre, ¿me concedéis la dispensa? Más de treinta años he servido a Dios y a la causa templaria. Ya no soy joven, precisamente. Creo que ha llegado el momento de retirarme a la vida monástica. Todas estas sutilezas políticas me superan.

Gómez Ramírez lo miró con espanto. Se mesó la barba blanca y observó el horizonte.

—No puedo prescindir de tus servicios, aún es posible el milagro de que la cruzada fracase y se destinen todos los recursos a Tierra Santa. El Papa ha ofrecido el arzobispado de Narbona a Arnaldo Amaury, se supone que a cambio de su apoyo en la cruzada, pero el avieso cisterciense sabrá como dar al traste con la causa castellana. Mucho le beneficia que ésta cruzada también fracase para ganar influencia política en la guerra contra el cátaro. Sabemos que viene hacia aquí y lo esperamos con los brazos abiertos. Nosotros estamos en una situación complicada. Por un lado debemos contentar a los Reyes de las tierras de España, que tan buenos legados nos hacen siempre y por otro debemos velar por nuestras posesiones en Tierra Santa. Te ordeno que continúes hasta el fin de la campaña y después hablaremos de tu retiro. Voy a asignarte un grupo de guerra, Roger —continuó el Maestre—. Debes prepararte para la batalla.

—No —contestó el templario—. Te dije que no quería tener a nadie a mi cargo. Hace años que no formo un comroi. Sólo acepté la excepción del caballero de Calatrava, por ser necesario en la misión.

—Pero, Roger, no pretenderás entrar en batalla sin ni siquiera un escudero.

El aludido resopló, mirando el campamento cruzado desde la muralla y el pandemónium allí organizado.

—No. No quiero ningún comroi. Hace muchos años que no lo tengo y no lo comandaré ahora.

Iré a la batalla... solo.

—Está bien. Toma un destrero de las cuabras y familiarízate con él, necesitarás un caballo de guerra. Y pide al comendador una armadura nueva. Ya te buscaré algún otro lugar en el ejército.

—El destino que consideres, pero no quiero un comroi.

Y tras decir estas palabras volvió al convento, incorporándose a la encomienda con rango de mando. Lo acomodaron en una estancia solitaria y austera del Priorato, como gustaba de alojarse Roger y se encerró en su celda durante días, en profunda meditación.

Como conocían sus preferencias por la vida monástica sus funciones se limitaban a entrar de guardia unas pocas veces a la semana. Pidió la Guardia de Puerta, para no tener siquiera que alejarse de las dependencias del convento. Roger se aisló del bullicio que, a medida que avanzaba el mes de junio, fue poseyendo la ciudad hasta la locura. La Guardia de Puerta decidía a quién se admitía o rechazaba en la encomienda templaria. Dentro de los muros del convento se contaba con la guarda de la Iglesia y la protección de la Orden, por ello se trataba de un destino que exigía un gran sentido de la responsabilidad.

Durante esos días tres mensajeros se presentaron en el Priorato convocándolo a Audiencia pero él, tras ver quién se lo enviaba, ni siquiera se dignó a contestar.

De esos días de Servicio de Puerta el que más recordaría sería el día del herrero. Había sido una jornada tranquila. Cuando ya caía la tarde se presentó un toledano vestido con túnica y mandil de cuero. El joven llevaba del brazo una mujer madura, con el rostro desolado de quién sufre gran aflicción.

—Es el Maestro Jimeno —le informó uno de los guardias de la puerta—, el herrero de este priorato.

Roger saludó al herrero y lo invitó a entrar. Éste cruzó el umbral sin dejar de abrazar a la mujer, a todas luces asustada y entristecida por un gran pesar.

—Pido derecho de asilo —solicitó el Maestro Jimeno con firmeza, dirigiéndose a Roger, al que identificó como el responsable de la puerta.

El templario franco se detuvo a observarlos, ahora con detenimiento. Si les concedía el asilo estarían bajo la protección de la Orden del Temple y debía saber tanto el motivo de la solicitud, como la causa del temor.

El herrero permaneció inmóvil al escrutinio. Llevaba una bolsa de herramientas, lo que indicaba a Roger que, de donde huía, no pensaba retornar, porque había conservado lo más preciado para él: los instrumentos de su oficio. La mujer presentaba rastros de una paliza, pero vestía ropas nobles y conservaba las finas maneras.

—¿Por qué? —preguntó Roger con desprecio, pensando que debía ser el responsable de los golpes.

El Maestro Jimeno dejó a la mujer descansar en el claustro y se llevó aparte al templario.

—Es Doña María Manrique, la esposa del Señor de Bizcaya, Don Diego López de Haro. Ella le ha devuelto al esposo las joyas y nada quiere de él, ni siquiera el retorno de su dote. Sólo que la deje tranquila, no le pegue más y le permita estar conmigo.

Roger de Troyes resopló. Aquello sonaba a tema espinoso. El Señor de Bizcaya se contaba entre los nobles más poderosos, con un pequeño ejército a su cargo. Y el derecho estaba de su parte, ya que la esposa se unió a él por el vínculo indisoluble del matrimonio. El hecho de que el marido la golpease, cualquiera que fuera el motivo, o de que ésta amara a otro hombre, no era asunto de su incumbencia, sino algo que tenían que solucionar los cónyuges en su propia casa.

—Hay esponsales de por medio —señaló Roger—. Nada puedo hacer.

Y muy a su pesar le dio la espalda, disponiéndose a ordenar a los que montaban guardia en la puerta que la abrieran de nuevo, para que pudieran salir el herrero y la esposa del noble castellano.

Pero el herrero le puso una mano fornida en el hombro.

—Espere, Frey. Escúcheme, por el amor de Dios. Ella no es mi amante. La he respetado. Pero no ama a su marido, sino a mí.

Ante el momento de tensión y juzgando por los ademanes que se negaban a acogerlos, la mujer rompió a llorar.

Roger volvió a encararse con el herrero, para escuchar el resto de sus palabras.

—No os pedimos que aceptéis la situación. Vamos a solicitar permiso a la Iglesia. Pero nada podremos si no nos dais asilo, puesto que el Señor de Bizcaya nos busca para matarnos.

Roger asintió. Sin duda corrían peligro inminente de muerte, ningún noble toleraría una situación como aquella. Parecía que lo único que pedía el maestro herrero era protección mientras arreglaba con la Iglesia una solución. Pero al templario no le importaba si la dama quería al señor o al herrero. Se trataba de un asunto entre civiles y no podía aceptarlos en el convento.

Justo había decidido dar orden de expulsarlos cuando unos golpes atronadores aporrearon la puerta.

—Abrid en nombre del Señor de Bizcaya. ¡Abrid la puerta a Don Diego López II de Haro!

Al oír las voces, la mujer se arrojó a los pies del templario y le rogó piedad. El herrero la imitó con una mirada de espanto hacia la puerta.

Roger de Troyes sabía lo que esperaba a los dos en cuanto abriera la puerta. Los caballeros de Diego López los tomarían por la fuerza y los llevarían a las prisiones de su señor. El herrero no vería el nuevo día, ajusticiado con rapidez o en lenta tortura, para satisfacer el orgullo del noble. Ella sería envenenada o quedaría recluida el resto de sus días en clausura estricta, obligada a tomar votos en un convento de monjas y bajo la dura supervisión de una madre superiora agradecida por las donaciones del marido. El Señor de Bizcaya buscaría una o dos amantes, a quienes bendeciría con bastardos. Y al morir ella, al cabo de unos días o unos pocos años, tomaría nueva esposa, una más joven y que conviniera a sus intereses políticos. Así era el mundo y él no podía hacer nada.

Los freyres se acercaron a la puerta, esperando su orden para abrirla.

Así era el mundo, pero siempre se podía hacer algo.

Roger desenfundó la espada y la puso al alcance de los dos suplicantes.

—El peligro de vuestra vida es cierto e inminente. La Orden os concede asilo. Jurad ser fieles a la Regla y a la Orden del Temple.

El herrero y la mujer apoyaron la mano en el acero y prometieron lealtad a la encomienda.

—Llevadlos a la presencia del Maestro.

Cuando el herrero y la esposa estuvieron fuera de la vista, se situó enfrente del acceso en actitud firme y ordenó abrir las puertas.

Desde fuera las empujaron. Hasta veinte gigantescos caballeros vascones, todos con la enseña de los Haro, dos lobos negros sobre campo de plata, intentaron entrar. Y delante de los fornidos soldados no acudía el heraldo o el legado del noble, como solía acontecer, sino el propio Señor de Bizcaya, Diego López de Haro, castellano viejo, vestido para la guerra y con la mirada del que va a entrar en batalla.

3.

Los días de Cinta en Toledo fueron volviéndose cada vez más ocupados. Su Orden se alojaba en otro Convento, el de la Santa Fe y la premura de la partida incrementaba los trabajos a realizar. Los caballeros formaban los grupos de combate, denominados comrois, seleccionando a su escudero, tres infantes y dos jinetes y proveyéndose del equipo necesario.

A Cinta, al principio, la habían alejado de todo aquel bullicio. El intendente del Priorato la dirigió a la cocina y la lavandería. Ante su insistencia y amenazas le confió, más tarde, la botica de las plantas medicinales. Recorría los herbolarios y los mercados buscando graciola, sanícula, bégula, escabiosa y otras plantas curativas. Pese a la mejora se sentía triste. Sabía que iban a dejarla atrás: partirían a la guerra y ella se quedaría en el convento, esperando.

Y lo harían por el hecho de ser una mujer, pensaba. No porque fuera mejor o peor. No. Eso ni siquiera se valoraría. La destinarían a la limpieza, en cuanto todos se marcharan pensando que así lo deseaba. Y no se trataba de eso. La sangre le hervía sólo de pensar que, por creerla inferior, la dejarían atrás.

El quince de junio volvía al convento con las hierbas que había conseguido en el mercado, cuando en la puerta le indicaron que el Maestre la buscaba.

Cinta se presentó en la sala del superior y la hicieron pasar. En la estancia saludó al Ruiz Díaz, sentado en la mesa bebiendo vino junto a un grupo con aspecto de soldados.

Reconoció a dos ballesteros de Salvatierra, pero no a los otros, pese a que uno de ellos era un freyre. El Maestre le hizo un gesto para que se acercara al grupo y le señaló al joven caballero.

—Este es Frey Alonso de las Merindades —la presentó—, ha estado encomendado con el Rey de Castilla, pero ahora vuelve a nuestras filas. Vas a formar parte de su comroi.

El caballero ni siquiera pestañeó ante la noticia, pero Cinta sonrió y observó al joven.

Alonso era alto y bien parecido. Los últimos meses de buena comida, en la mesnada del rey, le daban un aspecto lozano y fornido. Tenía el caballero una edad parecida a la suya, negros cabellos rebeldes y penetrante mirada de ojos oscuros.

Cinta se lo quedó mirando sin saber qué decir. Él también la observaba, buscando las palabras.

El Maestre dio una palmada en el pecho del caballero.

—No te engañe su rostro angelical, Cinta es una Dama de Tortosa. Y pelea como un demonio. A más de cien moros mordió allí en Salvatierra. Necesitas un comroi para la batalla y ella te cubrirá mejor que un balletero. Ahora hasta dispara al galope.

La Dama se sonrojó. El Maestre debía haber observado sus ejercicios con el arco compuesto. Muchas de las horas perdidas en Zorita las gastó cabalgando en círculos a una diana y disparando sobre el caballo. Le había costado meses empezar a acertar en el blanco, pero ahora disparaba con precisión y naturalidad.

—Y ahora ya puedes empezar a patrullar las calles —ordenó el Maestre—. Hay gran agitación. Nuevas de la llegada de un rey cristiano, con multitud de caballeros, señores e infantes recorren Toledo. Ha habido disturbios en la judería por los ultramontanos. Estad atentos.

Alonso cedió el paso a Cinta al salir y el rostro de la Dama se iluminó con una sonrisa. Ese era uno de los privilegios de su Orden, allá en Tortosa.

—¿Conocéis a las Damas del Hacha? —Le preguntó Cinta al caballero.

—Un buen amigo, templario de Miravet, me ha hablado mucho de aquella región—, comentó Alonso, recordando las interminables noches en la estepa marroquí.

Bajaron por la ciudad hasta el patio de armas, por si fuera necesario reforzar la seguridad con su unidad de combate.

El caballero observó a su mesnada. Además de Cinta, le acompañarían dos civiles a pie, un escudero y dos jinetes.

No fue fácil atravesar las calles empedradas de Toledo. Si había una ciudad cosmopolita en los convulsos inicios del siglo XIII, esa era la capital de Castilla. Pero ahora, además, podían verse en las calles a altos francos, con bigote atusado y trenzas. Dominicos calvos y de panza oronda; guerreros aquitanos de bruñida cota; frailes con tonsura; tratantes de vino; pastores con su rebaño; predicadores encendidos; cruzados leoneses; caballeros catalanes; infantes de Ávila o monjas de clausura. Toledo constituía esos días la capital de la cristiandad y el fervor religioso se contagiaba en los cánticos, las misas, los juramentos y las penitencias que se oían en las calles.

Y era un fanatismo encauzado en la suerte de la guerra. Alfonso VIII proporcionaba a quién lo pedía armas y pertrechos para la batalla. Castilla costeaba la intendencia y el abastecimiento de la cruzada y muchas caravanas de sus ciudades se congregaban preparadas para la campaña.

A media tarde el rey Pere II entró en el patio de armas de Toledo y fue recibido por la multitud con un estallido de alegría. La Corona de Aragón acudía a socorrer a Castilla con todo el poderío de su reino. El monarca catalán había convocado a sus condes y a sus duques, los cuales movilizaron a los señores y éstos a sus caballeros. De manera que una hueste de caballería penetró por la puerta de la Bisagra, armada hasta los dientes y bien protegida con cotas de malla, yelmo y escudo de almendra, en medio de un mar de enseñas y banderas, al son de las trompetas y tubas que la guardia entonaba, mientras las campanas de la catedral, las iglesias, conventos, prioratos y monasterios doblaban al cielo sus tañidos.

Aunque la mayoría de los combatientes se había quedado en la Huerta del Rey, en los parajes extramuros, donde se concentraba el ejército cruzado, muchos habían entrado en Toledo por lo que no cabía un alma más en la plaza.

Alonso, para no disgregarse, ordenó al comroi alejarse a las zonas más tranquilas de la ciudad.

Observó el arma de la joven. Había visto antes el arco de los agzaz y le preguntó por él. La Dama le contó sobre el asedio y el caballero el viaje a Marrakech, donde había visto aquellos arcos. Así, sin darse cuenta, empezaron a hablar cada vez más animadamente del pasado y los recuerdos de cada uno.

Alonso le explicó que había entrado de joven en un monasterio de la Orden del Cister. Allí había aprendido latín y un poco de árabe. Pero lo suyo no era la vida contemplativa, sino luchar en la causa de Cristo. No podía estar de brazos cruzados sabiendo que la gente moría en manos de los infieles. Creyó necesario tomar las armas para defender a los cristianos. Así que, en lugar de monje, hizo votos de caballero de Calatrava y se preparó durante años para combatir, no con las ideas sino con la espada. Eso era todo para él. Había renunciado a la familia, la riqueza y su propia persona con el ánimo de ser uno con Dios.

Iban andando por una angosta calle del barrio judío cuando oyeron fuertes golpes en el interior de una de las casas. La puerta batía, entreabierta.

Alonso desenvainó la espada y el resto del comroi se puso en guardia. Cinta acomodó una flecha en el arco y se acercó a la ventana.

—Ultramontanos —susurró, mirando al caballero.

Alonso entró en la casa y los demás tomaron posiciones a su espalda, en forma de triángulo. Esperaron en la antesala al mejor momento para entrar: cuando los ladrones empezaran a

disputarse el botín.

—Matad al judío —escucharon una voz masculina, en un castellano perfecto, desde el interior de la sala principal.

Aquello acababa con cualquier espera.

—¡Deteneos! —ordenó Alonso, precipitándose dentro de la estancia destrozada por la rapiña.

Una pareja de ancianos se abrazaba, aterrados por la presencia de tres saqueadores.

Uno, el de pelo rojo y mirada de loco, vestía adarga antigua de caballero, enorme de talla. Otro, el del pelo negro, ceñía cota de mallas con blasón de hidalgo itálico y blandía un hacha de guerra enorme. Y el tercero parecía un villano, por las vestimentas de paño y el cuchillo que empuñaba.

—En nombre del rey de Castilla y la madre Iglesia: Rendid las armas o morid aquí —amenazó Alonso, con voz fría y grave.

Los tres se miraron. El villano avanzó hacia los judíos, con el cuchillo en las manos. El italiano gritó.

—A la carga, Godofredo.

El caballero franco cargó contra el comroi del calatravo, con un poderoso grito de guerra.

Teobaldo simuló seguirle, pero a los pocos pasos giró los talones y se arrojó por una ventana. El cristal se rompió con gran estrépito y el ultramontano aterrizó en la calle con estruendo.

Godofredo descargó un mandoble contra Alonso, que lo paró con la propia espada, acusando la fuerza del golpe y perdiendo el equilibrio.

Los judíos, con los ojos fijos en el cuchillo de Sancho de Valladolid, se acurrucaron en un rincón. Sabían que el castellano los mataría para evitar que lo delataran y después huiría, abandonando a los cruzados.

Los dos guerreros de Alonso lanzaron una lluvia de estocadas contra Godofredo, que tuvo que retroceder protegiéndose con el escudo.

Teobaldo se puso el pie y, apretándose un hombro herido, desapareció por las calles.

Cinta apuntó y tiró. Su flecha rozó el flanco de Sancho. El cuchillo del pillo cayó al suelo con un sonido metálico.

—Me rindo —gritó Sancho levantando las manos—. Mi padre es un grande de España, llevadme hasta él y todo se explicará.

Alonso y sus compañeros acabaron con Godofredo hundiéndole la espada en las costillas, acosándolo por tres flancos al mismo tiempo. Aunque el franco consiguió herir al caballero de Calatrava en el brazo izquierdo.

Todo había sucedido en cuestión de segundos.

Alonso se restañó la herida, apretándose el brazo para detener la hemorragia. Cinta acudió a auxiliarlo, aplicando un emplaste hojas frescas que se pegaron a la herida.

4.

En la puerta del convento del temple, Diego López de Haro avanzó lentamente hasta el templario, midiendo las fuerzas que apoyaban a Roger y las suyas propias. Contaba más lobos negros que mantos blancos y sabía que le bastaba una orden para tomar la puerta del priorato. El Señor de Bizcaya puso los brazos en jarras, con los puños cercanos a la espada. Sus caballeros llevaron la mano a la empuñadura del arma.

Pero los templarios se mantuvieron firmes.

Roger hizo un gesto a los seis guardias que lo acompañaban para que se relajaran. Sabía que debía eliminar tensión.

—¿Qué queréis de la Orden de los Pobres Caballeros Cristianos del Templo de Salomón? —preguntó, conservando la expresión firme.

Identificado al responsable, el noble castellano se encaró con él.

—Entregadme a mi esposa y a quien la acompaña —dijo Diego López con los ojos entrecerrados—. Sé que se encuentran aquí.

Roger miró a sus hombres, todos tensos y pensando que nada podía evitar la batalla. Miro de nuevo al noble, hombre de edad avanzada, aunque conservaba parte de la fuerza que lo había distinguido de joven como campeón de Castilla en dos ocasiones.

—Podéis entrar en el convento, Don Diego, si lo hacéis solo y os confesáis en la capilla —dijo el templario levantando el mentón— pues no voy a dejar que entréis por la fuerza en la Casa de Dios.

El Señor de Bizcaya apretó los dientes y sus labios se contrajeron.

Los templarios tenían fama de luchadores terribles, causarían bajas en su mesnada. Y además oficiaban como clérigos, con lo que, atacándolos se enfrentaba con la Madre Iglesia. Debía tener la cabeza clara. El templario le dejaba pasar, pero le imponía sus condiciones.

—Esperad aquí y estad atentos por si os llamo —ordenó el castellano a sus caballeros.

Roger y Diego López cruzaron el claustro y entraron en la pequeña capilla del priorato. El

templario tomó confesión al noble, alargando los ritos hasta que lo juzgó más calmado. Había oído hablar mucho del Señor de Bizcaya y estaba seguro de poder convencerlo de que no sucumbiese a la ira.

Muchos lo habían señalado con la culpa en la derrota de 1195, en Alarcos, pero había reconquistado el afecto del Rey y volvía a ser uno de los favorecidos por Alfonso VIII de Castilla.

—¿Qué pensáis hacer si os entrego a vuestra esposa y al herrero?

—Eso no os incumbe —le espetó el de Haro, una vez fuera del confesionario.

—Han pedido asilo. Temían por su vida.

En la capilla se habían congregado algunos clérigos y cantaban un salmo con voz excelsa. El ambiente era tranquilo, bajo la bóveda de piedra.

—Se hará lo que tenga que hacerse —contestó Diego López.

—Sí, se hará, claro, aún a riesgo de poner en peligro vuestra alma y la cruzada — le advirtió Roger—. Vais a luchar por la causa de Cristo, no podéis presentaros al juicio de Dios con las manos manchadas por la sangre de vuestra legítima esposa. Si murierais sería para sufrir en el infierno y a vos no alcanzará el perdón del Papa.

—Creía que los cruzados obtenían el perdón —titubeó el Señor.

El templario negó.

—Pero vos lucharéis por la bandera de Castilla, con vuestro propio blasón y no por la causa

cruzada. Por ello os digo, dejad a la mujer y partid a la guerra. Cuando regreséis henchido de gloria, será el momento de tomar cartas en el asunto. Os ha sido fiel y lo seguirá siendo mientras se encuentre entre estos muros.

Diego López dudaba, debatiéndose por expresar una frase que pugnaba en sus labios. Tanto Roger como el de Haro, hombres de edad avanzada, habían visto reducirse a ascuas el fuego que, antaño, todo lo solucionara a golpes de espada. El noble se mesó la barba blanca y soltó una maldición.

—Con nuestros años —continuó el templario—, ya no podemos dar rienda suelta a las pasiones. Hay que pensar bien las cosas. Decidme, ¿Quién más sabe de la situación?

El Señor de Bizcaya respiró hondo. Había un ambiente de serenidad en el interior de la iglesia, que lo iba tranquilizando.

—Sólo son rumores, pero todo el mundo los difunde.

—Entonces, si los matáis como amantes, los confirmaréis y ya se darán por ciertos los hechos y todos os tendrán por cornudo. Sin embargo, si nada hacéis, los rumores sólo serán una sombra.

El noble tenía una actitud pensativa y el templario continuó.

—Os propongo lo siguiente: Partid tranquilo a la batalla con la honra intacta. Diremos que nos confiáis a la esposa en este convento. Cuidaremos de que ella os siga siendo fiel y casta. Ambos ejercerán de familiares y deberán asistir a las misas y reflexiones espirituales. Ya veréis como vuestra esposa quedará imbuida por los rezos y meditaciones.

Diego López de Haro permaneció unos segundos en silencio. Quizás esa era la solución y no

hacía falta tomar al asalto el priorato templario. El Señor de Bizcaya sabía que necesitaría a todos y cada uno de sus hombres en la batalla, esta vez no podía huir y debía mantenerse firme en el frente. Durante más de diecisiete años, le había perseguido el sambenito de cobarde, tenía una última oportunidad de sacudirse el deshonor de encima.

El de Haro veía que aquel templario parecía hecho de otra pasta, y que no iba a ceder. El Señor de Bizcaya cumplía cerca de sesenta años y su Casa, en plena expansión, no podía tolerar un escándalo como el de su mujer. Pero la solución del templario le aseguraba conservar la honra y la fuerza de combate de su mesnada.

—Vayamos a hablar con el Maestre —dijo Diego López, alejando la mano de la empuñadura de la espada y acercándola al hombro del caballero.

El asunto quedó solucionado en cuestión de unos minutos. Gómez Ramírez, sabedor que la sagacidad de Roger había impedido un baño de sangre entre las filas cristianas, avaló la oferta del franco.

Continuaron hablando aún por un tiempo, comentando que el inicio de la campaña contra el ejército musulmán ya tenía fecha.

—Voy a comandar las tropas ultramontanas —se lamentaba el Señor de Bizcaya—. Y no es tarea fácil, ya que no entiendo su idioma ni sus costumbres. Seremos la vanguardia del ejército, con el clero europeo y ese arzobispo, Amaury, del que todos hablan. Necesito gente que hable árabe para abrir camino y mil cosas más.

El Maestre le señaló a Roger.

—Llévate a Frey Roger de Troyes. Es franco y conoce la lengua sarracena. Cuenta muchas batallas a sus espaldas. Es uno de los caballeros de la aventura de Marrakech.

—He oído el romance —gruñó el Señor de Bizcaya, asintiendo.

Se trataba de una oferta generosa y muy necesaria, puesto que el contingente ultramontano lo formaban nobles de toda Europa, al frente de treinta mil hombres, diez mil de ellos de caballería pesada.

—Será un honor —declaró el noble, llevándose la mano al corazón.

Así se enteró Roger de que, finalmente, iba a participar en la batalla. Nada dijo el resto de la reunión.

Al salir los tres y volver al claustro, se encontraron un grupo que esperaba al Señor de Bizcaya para hablar con él. Era un comroi calatravo de siete soldados. Al ver al caballero que encabezaba el comroi, el ánimo de Roger volvió a elevarse, porque vislumbró a Alonso y se acercó a abrazarle. El joven también se adelantó y se fundió con el templario.

—Roger, maestro, sabía que nuestros caminos volverían a cruzarse. —comentó el caballero de Calatrava, con una sonrisa de oreja a oreja.

El templario observó que Alonso tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo y que una cataplasma restañaba una herida reciente. Se interesó por cómo había acontecido la herida.

Entretanto, el Maestre y el de Haro hablaban en susurros, acercándose al grupo.

—Y ese es el otro caballero del que se ha cantado. También estuvo en la aventura de Marrakech —apuntó Gómez Ramírez señalando a Alonso.

—Ese par forman una buena compañía, convendría no separarlos.—Reconoció el noble—. Ayúdame a convencer al Maestre de Calatrava para que me lo encomiende.

Gómez Ramírez frunció el ceño, pero después recordó que convenía estar a bien con el general.

—Déjalo en mis manos, puedes contar con los dos.

Se acercaron en silencio, observando al grupo, en el que destacaba la buena sintonía que expresaban los dos freyres. El prisionero, atado a una cadena con un custodio, fue trasladado a una sala cercana.

—Caballeros, necesito vuestros servicios —les pidió Diego López de Haro—. Cabalgad conmigo contra el moro. Partimos en unos días en dirección Sur y si Dios lo quiere tomaremos Calatrava y nos enfrentaremos al Califa.

El calatravo reflexionó sobre las palabras del general cruzado. Roger observó a su Maestre, quien asintió, confirmando las palabras del castellano.

—Parece que tenemos la oportunidad de volver a cabalgar juntos, amigo Alonso.

Diego López de Haro se acercó para palmearles los hombros.

—No se hable más. Acudid mañana a recoger la mula de intendencia y a recibir instrucciones. Cruzaremos el Tajo y pondremos rumbo sur con el mayor ejército que ha reunido Castilla.

Una emoción que no sabía explicar recorrió la espalda de Cinta. Acaba de enterarse que partiría en primera línea a la batalla. Se preguntaba si era esto lo que quería o prefería sentirse segura tras los muros de una ciudad. No sabía muy bien cuál de las dos opciones le convenía más.

Las últimas semanas la habían convencido de que estaba delante del acontecimiento más importante de su tiempo y, poco a poco, se había visto imbuida con el espíritu de la cruzada, así que parte del entusiasmo se le había contagiado. Prefería, si había que morir, hacerlo en campo abierto y no atrapada como una rata tras una muralla, languideciendo de hambre y sed, como en Salvatierra.

El Maestre de los templarios se acercó entonces al grupo y rompiendo la conversación se interesó por la visita del calatravo.

—En realidad buscaba al Señor de Bizcaya —dijo Alonso mirando a Diego López—. Me indicaron que aquí se encontraba. He venido con un maleante que dice ser bastardo suyo, para entregarlo a su custodia en tanto se celebre audiencia penal contra el mismo.

El noble castellano frunció el ceño.

—¿Quién decís que es hijo mío? —preguntó con voz profunda.

Y al entrar en la sala en la que habían dejado a uno de los suyos guardando al prisionero, Sancho de Valladolid, descubrieron que éste había desaparecido. Las llaves y los grilletes del reo estaban a los pies del guardián, que yacía en el suelo sin sentido.

VI. LA CRUZADA A CALATRAVA

1.

Finales de Junio de 1212

El 18 de Junio se puso en marcha el ejército cruzado. Un gran jolgorio precedió la salida de la hueste ultramontana (la primera que partió por los problemas de orden que causaban) anunciada con repicar de campanas, acordes de trompetas y atronar de cuernos de guerra. Roger, Alonso y Cinta, cabalgando en el ala derecha de la tropa, cruzaron el Tajo y entraron en las tierras de frontera.

Al día siguiente el ejército de la confederación catalano-aragonesa tomó el mismo camino. Y cerrando la marcha el veinte de junio el ejército de Castilla con el resto del equipo, vituallas y toda

una hueste de artesanos, barberos, prostitutas, comerciantes, pastores, sacerdotes, ingenieros, curanderos y santones, escoltó a la caravana de la impedimenta, formada por más de nueve mil mulas.

En total, cerca de cincuenta mil cruzados tomaron dirección sur, buscando la vía que unía Toledo con Córdoba.

Durante el primer día marcharon de forma lenta por lo escarpado de los montes de alrededor de la capital. Todos avanzaban descansados y con las alforjas de la mula llenas de comida. Las fuerzas de avanzadilla no informaban de enemigo alguno en ruta ya fuera en emboscada o apostado para presentar batalla, con lo que, poco a poco, la tropa se volvió más descuidada.

Cinta ardía de impaciencia, le exasperaba ese ritmo lento, más propio de la infantería y cabalgaba al paso, tirando de rienda mientras observaba las extrañas maneras y lenguajes de los europeos. Por mucho que mirara, el más atractivo le seguía pareciendo Alonso, con esa mirada curiosa y paciente propia de un monje. Se suponía que un voto de castidad representaba una barrera infranqueable, pero Cinta no había conocido a ningún hombre que lo respetara de verdad.

Alonso y Roger, avanzando a la par, censuraban el exceso de boato y ostentación de los caballeros ultramontanos, cuyas vestiduras y telas, con que adornaban lanzas y armaduras, parecían más propias de un torneo que de la guerra.

Igual despliegue de púrpuras y bermellones se apreciaba en el clero encabezado por el arzobispo de Narbona, Arnaldo Amaury, cuyos diáconos y sacerdotes se mezclaban con los cruzados difundiendo sus prédicas y sermones.

Cinta decidió alejarse del grupo y cabalgar sola en avanzadilla, con el arco preparado, por los bosques ancianos de robles y alcornoques que se elevaban majestuosos empequeñeciéndola. Descubrió rastros de lobo y pisadas de lince, los jabalíes corrieron espantados y, bajo el círculo del planeo de las águilas imperiales, cazó al fin un ciervo de ramificada cornamenta.

Así fue transcurriendo el día con calma, ralentizado por el calor que los golpeaba como si un martillo aporreara su yelmo, hasta que, cercano ya el crepúsculo, acamparon cerca de la ribera del Guadaxares.

Se formaron cuerpos de guardia y se enviaron exploradores. La vanguardia del ejército tenía la misión de encontrar y retener al ejército del Califa hasta que los demás llegaran, así que no había prisa por separarse de los dos cuerpos que seguían sus pasos.

Plantaron las tiendas en la ribera castellana, interponiendo el curso del río de las incursiones que pudieran venir del al-Ándalus.

Encendieron los fuegos, asaron las viandas y abrieron los toneles de vino. Muy pronto toda disciplina desapareció y parecían una expedición de caza en territorio amigo en lugar de un campamento de guerra en tierra hostil.

Aquella noche junto al fuego, Alonso, Roger y Cinta compartieron el ciervo con otros combatientes y al amor de la lumbre se contaron, por turnos, historias de las leyendas y hazañas de toda Europa. Lo hicieron en un ambiente amigable, mientras a su alrededor el desenfreno de la soldadesca llenaba la noche de gritos, desafíos y bravatas de borracho.

Al día siguiente continuaron camino, dejando la ribera del río arrasada por el trajín de los miles de soldados. Cruzaron el afluente, conocido como Guadaxares, y continuaron con rumbo sur.

El calor volvió a golpearlos inmisericorde y subieron y bajaron los valles que, en los montes de Toledo, iban abriendo los afluentes que, ora en el Tajo, ora en el Guadiana, derramaban sus aguas. El silencio seguía a la hueste y, por el estruendo de su marcha, hasta los animales huían de su compañía, de modo que una quietud poco natural les rodeaba.

Así avanzaron, a ritmo lento, entre maldiciones de los ultramontanos al calor que no daba tregua. El sol caía de pleno cuando dejaron atrás el cauce del río Guadalecete. No podían evitar recordar la derrota que los musulmanes les infringieran en ese paraje siglos atrás, mientras se aproximaban al cauce del río Algodor. Como en los días anteriores, acamparon en la ribera que daba a Castilla, dejando que el río los protegiera. Nadie sabía dónde se encontraba el ejército del Califa y, más de uno, juraba haberlo visto en sueños avanzar hacia ellos a todo galope.

El viernes 22 de junio, tras vadear el Algodor, se acercaron al Paso de Guadalerzas, junto al río Braceas, quizás el más practicable, para atravesar los montes de Toledo hasta la meseta y el valle del Guadiana.

Fue entonces cuando la vieron.

Una columna de humo, en la montaña, se elevaba sobre el límpido cielo de verano. La distancia no les permitía vislumbrar si un vigía solitario o todo un ejército se encontraban detrás de tan evidente señal.

Roger estudió el paisaje en lontananza, llevando la mano a la frente.

—Estad preparados —comentó el templario en un susurro, mirando a Alonso—. Es una señal bereber. Los moros ya saben que seguimos la ruta de Calatrava y se convocan a la batalla.

Y al oír la amenaza, un escalofrío cayó sobre la espalda de Cinta como lluvia helada. Preguntó a Alonso para oír una voz amiga que la tranquilizara y éste le explicó que parecía probable

que empezaran las escaramuzas con la vanguardia de la hueste enemiga.

Como si hubiera corrido la voz, el ejército cruzado se aprestó a tomar las armas y prepararse para la acometida. Desaparecieron las risas y volvieron todos al lugar asignado en la marcha.

Al acercarse al Congosto de Guadalerzas, cercano el mediodía, y cuando ya todos se disponían a prepararse para el asalto, llegaron ordenes del comandante de seguir camino hasta Calatrava, olvidando la señal y los que allí pudieran encontrarse.

El mandato provocó estupor en los ultramontanos, puesto que no consideraban prudente dejar atrás enemigo alguno. Pero la marcha continuó sin más sobresaltos, sabiendo que los ejércitos de Aragón y de Castilla, que les seguían los pasos, bien sabrían cómo tratar con aquellos infieles.

Al cuarto día de viaje desde que salieron de Toledo, la mayoría de cruzados se había quedado sin provisiones. Las noches se prolongaban más de lo aconsejable, a la luz de la hoguera y el abrazo del pellejo de vino, de modo que los víveres desaparecían y nadie racionaba pensando en tiempos más duros. Se malbaratan las viandas que el Rey de Castilla les había regalado, pensando que el saqueo iba a proveer de todo lo necesario.

El calor volvía irritables a los hombres y las disputas se multiplicaban en el contingente cruzado. La tropa hablaba muchos idiomas distintos, lo que motivaba que los malentendidos se incrementaran. Además el agua escaseaba y las contiendas, en muchos casos, se saldaban con duelos a muerte.

Diego López de Haro se vio pronto en un problema. El Rey Pere II de Aragón le venía a la zaga, más o menos con un día de retraso, pero no sabía si el camino hasta el río Guadiana se encontraba libre de amenazas. Ignoraba dónde se hallaba la hueste del califa, pero creía que, si se apresuraban, podrían llegar hasta la orilla del río y afianzar allí una posición defensiva fuerte que le permitiera esperar al resto del ejército, sin riesgo de ser tomados por sorpresa. No obstante, la falta de víveres aconsejaba reducir la marcha y enviar expediciones de caza y rapiña para alimentar a la tropa.

En estas disquisiciones se encontraba el Señor de Bizcaya, cuando unos representantes de la nobleza europea le pidieron audiencia. Encabezaba a la comitiva el conde de Chartres, protegido por una cota de malla con el sobretodo de su escudo nobiliario. Hablaba en un latín culto, como si hubiera estudiado en un monasterio.

Estudiaron el mapa que describía el camino que podían encontrar en los próximos días.

—Ataquemos Malagón —le pidió el franco señalando un punto en el pergamino.

El castellano asintió. Conocía por los exploradores de la existencia de una ciudad sarracena en las dehesas que conducían al Guadiana. El camino a Calatrava, el objetivo que el rey le encomendara, lo conducía hasta allí.

— Malagón es rica en rebaños, pero no podemos entretenernos a montar un sitio. Debemos llegar al río y fortificarnos allí —le explicó señalándole la cercanía del Guadiana.

—La comida escasea y queremos descansar del calor de la marcha —replicó el noble. Los que lo acompañaban asintieron, secundando el argumento.

—¿Y qué ocurrirá si nos ataca el Califa mientras plantamos el sitio? Nos veríamos atrapados entre la espada y la pared. Lo más prudente es tomar la orilla del Guadiana y esperar allí al resto del ejército.

Hubo murmullos de protesta entre los miembros de la embajada al oír sus palabras. Voces en distintos idiomas que no entendía conferenciaban entre sí, inflamándose unos a otros.

López de Haro levantó una mano para pedir atención. Sabía que una hueste hambrienta era una banda indisciplinada. No le habían encomendado el generalato de los aliados europeos para perderlos antes de entrar en batalla. Imaginaba que los cinco mil defensores de Malagón no supondrían ningún problema para los treinta mil combatientes que comandaba. Así que, cuando juzgó que todos escuchaban de nuevo sus palabras, los miró a los ojos.

—Pondremos rumbo a Malagón y la tomaremos al asalto.

No bien partió de sus labios la orden de seguir rumbo Sur, desaparecieron el desánimo, el sopor y el cansancio de la hueste ultramontana. Tan briosa fue su marcha que en unas horas se plantaron ante Malagón. Tomaron posiciones alrededor de las murallas y montaron el campamento con las últimas luces. Organizaron los turnos, las guardias y esperando la batalla que había de venir con el nuevo día.

Al alba el general mandó construir escalas para aprovechar la ventaja del número y asaltar, al mismo tiempo, la muralla por todo su perímetro. Los defensores se apiñaban en los huecos de las almenas, observándolos cariacontecidos.

Cinta los miraba con lástima. Ella misma había pasado por el mismo trance en el asedio de Salvatierra y sabía que el miedo y la duda los atenazaban.

Se alzó bandera de parlamento en la torre que protegía el puente levadizo y, el Señor de Bizcaya, empezó a preparar una embajada. El Arzobispo de Narbona, acompañado de un séquito de sacerdotes y obispos de toda Europa, llamó la atención del general.

—No se puede pactar con el infiel, bien lo dijo el Papa.

Diego López de Haro lo miró confuso. Le parecía insensato negarse a escuchar una oferta de paz. Su objetivo era conquistar la plaza o que les entregaran alimentos para continuar hasta el río, si podía conseguirlo sin perder soldados le parecía un buen negocio.

—Yo tengo el mando —repuso—, nada se pierde por escuchar sus palabras, además las escalas no estarán listas hasta media tarde.

El Arzobispo le lanzó una mirada penetrante.

—La excomuni3n aguarda al que desobedezca al Papa. La verdad no saldrá del que abraza la mentira. Si alguien de esta cruzada se reúne con el infiel de Malag3n, vos —amenazó, apuntándole con un dedo—, seréis excomulgado. Decretaré que vuestros bienes pasen a manos del que os capture y deberéis combatir diez años en Tierra Santa, purgando el pecado de la soberbia

Todos los sacerdotes y clérigos cristianos se encontraban al lado del arzobispo de Narbona, Arnaldo Amaury, así que el Señor de Bizcaya, hombre práctico tras cumplir los sesenta años, pensó que debía tragarse su orgullo. Antaño campeón de castilla, cayó en desgracia hasta el punto de luchar contra su propio rey. Pero años de intrigas más tarde pudo volver a la corona con honores restaurados. Se dijo que ya había tenido suficientes pleitos en su vida, sólo quería tener la oportunidad de enmendar su nombre tras la infamia que se le atribuyó en Alarcos.

El general miró a los ojos del arzobispo y, asintiendo con gravedad, se esforzó en no insuflar a la frase un tono irónico.

—Sea como Dios quiera.

La bandera de Parlamento ondeó durante toda la tarde, sin ser atendida. Treinta mil ultramontanos, el triple del ejército de Castilla al completo, los sitiaban sin posibilidad de escapatoria. Los cruzados se sentían hambrientos y rabiosos por las privaciones de la marcha y el calor. Observaban desde su campamento las murallas y se frotaban las manos pensando en la rapiña que les traería la victoria.

A media tarde se dio la señal de asalto, y cientos de escalas se instalaron en los muros en una acometida irresistible de miles de atacantes. Por la mera fuerza del número y el arrojo del que se presenta a saquear los tesoros ajenos, los cruzados tomaron Malag3n al asalto y a la primera andanada.

Una vez dentro los cristianos hicieron valer a punta de espada todos sus deseos, incluso los más descabellados. Al principio mataron a cuanto hombre encontraron con una arma en la mano y capturando a los demás, dedicaron el resto de la noche al saqueo, el fornicio y la destrucción. Iluminaron la oscuridad con el incendio de las casas, para prolongar las horas de orgía y desenfreno.

Las nuevas de la victoria cruzada llegaron a Calatrava por el fulgor con que, el incendio de Malagón, hacía resplandecer el cielo. Ese mismo fuego apresuró a los ejércitos aragonés y castellano, por el paso de Guadaleras.

Cinta parecía taciturna y de mal humor. Alonso la miraba, admirado por su belleza. Se acercó a la hoguera del campamento y sentándose a su vera, le preguntó qué le ocurría.

—Estoy conmovida por la violencia de los ultramontanos —admitió Cinta, con un hilo de voz—, esos salvajes han matado y violado a placer sin medida ni freno. Estuve en el asedio de Salvatierra y podía haber sufrido la misma vejación. Sentí que yo era una de las mujeres de Malagón a merced de los bárbaros. Y tengo tanta rabia que la tristeza me paraliza y sólo quiero llorar.

—Es una cruzada. Hemos pasado grandes penalidades y los hombres buscan aliviar la tensión. Pueden morir en batalla y viven cada día como si fuera el último.

—Cuando intentabas razonar con ellos te decían que esa es la voluntad de Dios ¿Es así, frey? ¿Quiere Dios la vida y el sufrimiento de toda esa gente de Malagón? —preguntó Cinta.

El caballero de Calatrava miró al suelo. No sabía qué responderle. En su viaje a Marrakech había llegado a convencerse de que aquellas gentes no diferían en mucho de los castellanos, más allá de la religión. En los caminos la gente reía, charlaba, comerciaba y discutía por los mismos temas que aquí en Europa. Durante el año anterior había llegado a sentir simpatía por los viajeros que encontraron camino de la capital almohade. No le gustaba que, por derecho de conquista, un guerrero se creyera con el privilegio de tomar los bienes o la vida de los civiles inocentes.

—Dios tiene caminos tortuosos. Hay que tener fe en que algún día podamos comprender sus designios.

—Pero se trataba de ciudadanos que no levantaron las armas contra nosotros, ¿Por qué tienen que sufrir el mismo trato que los enemigos vencidos en batalla?

—Hay que tener fe... —musitaba el frey sin descanso, pero una esquirola en su espíritu venía a rajar su otrora reluciente armadura y las dudas empezaban a llenar sus pensamientos, enturbiándolos de confusión. Nada más dijeron y en silencio pensaron hasta que, cada uno por su lado, se fueron a dormir.

El día veinticinco de junio amaneció triste, quizás por el despropósito causado en nombre de Dios. La resaca paralizó a los ultramontanos que revolvían entre las ruinas y los cadáveres, en busca de restos y última ganancia.

De nuevo se levantaron los ánimos y estuvieron las alforjas llenas, aunque se apoderó de toda la hueste un sopor de depredador ahíto por la caza que los paralizó de pura indolencia. Las tropas castellanas intentaron en vano poner a la hueste en marcha, pero nadie atendía a razones y la mayoría de combatientes holgazaneaban en el interior de las casas, apurando las despensas y los rebaños de Malagón.

Alrededor del mediodía llegó el Rey de Aragón. Tomó consultas con Diego López de Haro y consiguió reunirse con los cabecillas de la tropa ultramontana. Repartió caballos y escuchó quejas, intentando poner remedio en el descontento que afloraba entre los cruzados. Algunos volvieron al campamento, cargados con grandes sacos y recuperaron un atisbo de disciplina militar. La mayoría, no obstante, siguieron con empeño la tarea de no dejar piedra sobre piedra y saquear en la ciudad de cadáveres.

Roger y Alonso entraron en Malagón y lo que vieron los llenó de zozobra. Ambos eran combatientes curtidos y habían visto con anterioridad los desmanes que ocasionaba la causa cruzada. Por ello no se extrañaron cuando, horrorizados, contemplaron los cadáveres de ancianos y niños, caídos allí dónde les sorprendió la avalancha sanguinaria cristiana. Algunas mujeres sobrevivieron hasta que los soldados se cansaron de abusar de su espíritu y de su cuerpo. Las últimas supervivientes cayeron de madrugada: en la hoguera unas, como blanco de la puntería de borrachos otras o degolladas las demás.

Las tropas de Pere II fueron clausurando las calles, obligando a los cruzados ultramontanos a volver al campamento. Se prohibió la entrada a la ciudad para evitar nuevos actos de indisciplina.

Cercano el crepúsculo se presentó el contingente castellano con la caravana de suministros. Los reyes tomaron consejo con los arzobispos en la tienda de Alfonso VIII. Cinta y los caballeros no estuvieron presentes, pero corrió el rumor de que el de Narbona, Arnaldo Amaury, había golpeado con su puño la mesa del monarca, amenazándolos con abandonar la cruzada con todos los europeos, si no se respetaban los términos dictados por el Papa.

Los concilios y reuniones se demoraron el resto de la jornada, en la que se avitualló de nuevo a los combatientes, para evitar que la falta de comida acabara con su disciplina. Para evitar más problemas el rey de Castilla retiró las escalas de los muros y mandó cerrar las puertas de Malagón.

Corrían muchos rumores y mensajes por el campamento cuando Roger y Alonso

recibieron órdenes de presentarse ante Diego López de Haro. Acudieron al punto a su tienda, acompañados de Cinta pero antes de que pudieran entrar en ella un griterío llamó su atención. Parecía una discusión entre dos grupos de soldados: castellanos y ultramontanos. Las voces fueron subiendo de tono y adquiriendo los matices que desembocan en una refriega.

La tienda del general se encontraba cerca de la puerta de la ciudad y la discusión venía precisamente de allí. Cuatro guardias con el sobretodo de la torre almenada de Castilla impedían la entrada a una compañía de quince soldados que pretendían franquear la puerta cerrada por las órdenes del rey. Cuando llegaron a su par la situación seguía siendo desproporcionada a favor de los ultramontanos.

Pero el griterío había llamado también la atención del general, que se reunió con ellos escoltado por una guardia de caballeros vascones. Aquello equilibró la desproporción de quince a diez.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Diego López con voz airada. Los castellanos se cuadraron al distinguir al general.

Los ultramontanos (un grupo heterogéneo tan variado como las piezas de armadura desaparejadas que vestían) nada dijeron, pero señalaron al interior de la ciudad con insistencia. Uno de ellos se dirigió al grupo en francés.

—Dice que van a entrar a buscar un saco que ocultaron en el interior —tradujo Roger.

Diego López se encaró con los ultramontanos y, a pesar de estar rodeado por los suyos, aquel dio un paso atrás.

—Se acabó el saqueo —ordenó apretando los dientes—. Ya habéis tenido bastante. El rey ha dispuesto que todos permanezcan en el campamento.

Los ultramontanos se miraron confundidos y Roger tradujo las palabras del noble tal y como las había escuchado. Ellos negaron con la cabeza, señalando otra vez al interior y llevando la mano a la empuñadura de la espada. Uno de ellos escupió al suelo y torció el gesto de modo despectivo.

Alonso se arrojó sobre él y le lanzó un cabezazo a la altura de la nariz. El franco maldijo y dio un paso atrás, llevando las manos a la cara intentando detener la hemorragia.

—¿Es que no habéis escuchado a vuestro general? —gritó el calatravo en latín, entrecerrando los ojos —¿Acaso sois como los bárbaros que ya ni siquiera obedecen las órdenes? El que quiera entrar por esa puerta se las verá conmigo. Yo no soy un anciano de Malagón, así que: cuidado, quizás ese saco os cueste muy caro.

Se había plantado en medio de la puerta separando los pies y llevando las manos a las caderas. El cuerpo erguido, sacando pecho, la barbilla levantada y la mirada fiera. La vaina de la espada oscilaba con suavidad mecida por el viento de la tarde.

El silencio que siguió a sus palabras llenó el ambiente, como si alguien estuviera hablando y todos escucharan. Cinta se puso al lado de Alonso y apoyó las manos en el cinturón de cuchillos. Los cuatro guardias castellanos cerraron filas.

Parecía que nada iba a impedir una batalla, pero el señor de Bizcaya soltó una risotada cavernosa y todos lo miraron, confundidos.

—Roger, díles que al Califa lo acompañan todos sus nobles, con el séquito y la pompa de un obispo. El campamento musulmán vale por diez ciudades en oro y joyas. ¿Para qué cargar con un saco todo el camino si después sólo estorbará cuando empiece el saqueo de verdad?

Cuando el templario lo tradujo los ultramontanos conferenciaron entre sí, más relajados. Aunque Alonso seguía furioso y apretó los puños.

—Es mejor que no entréis —continuó en latín—. A mí no vais a quemarme como a esos desgraciados de Malagón, más bien os dejaré un recuerdo de esta campaña que os acompañará el resto de vuestra vida.

Los ultramontanos volvieron a mirarse, interrogándose unos a otros y encogiéndose de hombros como respuesta, como si buscaran que uno de ellos diera una orden.

—Alonso, vuelve a mi tienda —ordenó Diego López.

El calatravo hizo un gesto a Cinta, para que lo acompañara, pasando entre los ultramontanos con lentitud y pose desafiante, pero éstos lo miraron como si estuviera loco.

Continuaron hasta la tienda sin decir palabra, dejando que la rabia se esfumara como un puñado de semillas que el viento arrebatara de la mano. Entraron en ella observando como un grupo de clérigos con el boato que sólo podía significar la presencia de un arzobispo se acercaba también hasta la puerta.

—Apresuremos la partida —propuso Cinta a Alonso—, has tenido suerte allí afuera: ninguno entendía el latín. Pero en cuanto se enteren de lo que has dicho, vendrán a matarte.

La llegada del arzobispo de Narbona no contribuyó precisamente a poner paz, ante la puerta de Malagón. El nuncio papal tildó de cobardes a los que mostraban debilidad ante los infieles.

—Sólo por el fuego —concluyó—, puede estarse seguro de purificar a los que reniegan de Cristo.

Aquello desató de nuevo una airada discusión y parecía que ese era en realidad el objetivo del clérigo, puesto que mientras la disputa arreciaba, el arzobispo se separó del grupo y, llamando la atención del templario, lo llevó aparte, sin secretarios, párrocos ni otros sacerdotes.

—Frey Roger de Troyes —dijo Arnaldo Amaury cuando tuvo la seguridad de que el barullo impedía que los oyeran—. No habéis contestado a mis mensajes ni os habéis presentado ante mí, ¿Por qué?

El templario recordó los emisarios despachados sin respuesta en Toledo.

—He estado muy ocupado, arzobispo. Pero ahora me tenéis ante vos.

—El Papa te encomendó una misión de vigilancia. Infórmame a mí.

—Sólo ante el Santo Padre respondo —dijo el caballero con humildad.

El legado del Vaticano pareció enfurismarse.

—Si yo sé de tu misión es porque los propios labios del Sumo Pontífice me han nombrado albacea de tu encargo. Cuenta, ¿Con quién se ha reunido el Arzobispo de Toledo?

—Nada diré sin credenciales. Si no podéis mostrarme una carta con las órdenes del Papa, debo callar.

—Esto no quedará así, frey Roger —advirtió el clérigo levantando el puño.

—Nada más puedo añadir.

Y tras estas palabras el templario se retiró con rapidez a donde le aguardaban los otros. Arnaldo Amaury se acercó y con ademán imperativo ordenó abrir la puerta.

Pero Diego López de Haro dio un paso al frente.

—Ayer os obedecí en no parlamentar y hoy debo obedecer a mi rey.

—La Iglesia os ordena que la puerta se abra.

—Alfonso VIII dispuso cerrar la puerta y sólo la abriré si me lo manda el rey de castilla — repitió el general, inflexible.

La puerta permaneció cerrada.

Diego López de Haro, el general, volvió a su tienda unos minutos más tarde. Gruñó satisfecho al descubrir a Alonso en el interior y, sin más ceremonias, se encaró con él.

—Tengo una misión para vosotros —anunció haciendo un gesto que abarcaba también a Cinta y a Roger, mientras señalaba un pergamino colgado en la pared de la tienda. Se trataba del mapa de la región.

El Guadiana se extendía en dirección sur a media jornada. Había un paso marcado para vadear el río, el que correspondía al camino principal. Cerca del vado se vislumbraba la ciudad de Calatrava y más al sur la meseta y el llano polvoriento que llegaba hasta la cordillera de Sierra Morena.

—Necesito vuestros ojos. Temo que este retraso nos cueste muy caro y ya no podamos cruzar el río —comentó el general, sacudiendo la cabeza—. Nadie sabe dónde se encuentra el Califa y los reyes temen que ataque al cruzar el río, o peor, durante el sitio y la batalla por Calatrava, cuando seremos más vulnerables. Esta misión es muy importante, de vosotros depende el destino del ejército. La victoria o la derrota, todo es aún posible. Necesitamos información.

—Exploraremos la zona —confirmó Alonso.

Diego López lo miró y asintió.

—Tomad los hombres y los medios que juzguéis necesarios. Entrad en territorio moro, cruzad el gran río y cabalgad tres días en dirección Sur. Si halláis a las huestes del califa, volved prestos a informarnos.

Roger se reunió con Alonso y Cinta en las tiendas donde acampaba el comroi del calatravo. Empezaron a empaquetar y a discutir los detalles de la encomienda.

—Hay un problema: Somos demasiados —comentó el templario cruzando los brazos en el pecho—. Estoy acostumbrado a grupos pequeños y debemos ser como máximo tres. La razón sobre la espada. Nosotros no necesitamos escudero que cocine y haga las guardias en nuestro lugar. Por tanto, lo sensato es que a los dos freyres les acompañe un arquero. Cinta de Tortosa, por ejemplo.

Alonso se encogió de hombros.

—Sería estúpido discutir con el que ha salvado tu vida una y otra vez. Acepto en las condiciones que sean. Daré órdenes a mi comroi que vuelva a ponerse al mando de nuestro Maestre, a la espera de mi regreso.

—Es mejor que viajemos en grupo reducido —confirmó Cinta—. Si somos tres o cuatro puedo guiaros yo misma, a la manera almogávar. Por lo escarpado del terreno, sabremos si alguien se acerca mucho antes de que nos vea.

El calatravo asintió con la cabeza pese a que prefería que le acompañaran los hombres que habían asignado a su cargo.

Prepararon el equipo, dejando la armadura con la caravana y protegiéndose con justillos de cuero. Se acostaron temprano, intentando conciliar el sueño pese a la algarabía, el clamor y la fiesta que llenaba el campamento cruzado.

Se despertaron con el alba, ensillaron los caballos y pusieron rumbo al río, bañados en las luces suaves del nuevo día que despertaba a pájaros y bestias.

Llegaron al Guadiana al cabo de unas horas. El río bajaba lánguido por el rigor del verano y ningún puente lo cruzaba. El camino llevaba a un vado que permitía pasar el río con el agua a la altura de las rodillas. Observaron el paso desde la maleza, una calma antinatural les indicó que estaba vigilado y Roger les hizo un gesto para que lo siguieran. Remontó la corriente del río, buscando otro paso, en silencio.

—No se oían ni siquiera los pájaros —explicó Roger—. Lo más probable es que hubiéramos recibido un flechazo a media travesía. Seguidme, tiene que haber otro paso río arriba, quizás no esté vigilado por las tropas andalusíes.

—¿Qué pasa si nos capturan? —preguntó Cinta.

—Ya has oído al general —le contestó Alonso—. Si no traemos información los cruzados pueden dar un paso en falso y fracasar. Aparte no sería bueno pudrirnos en una prisión musulmana a la espera de una ejecución sin juicio. Vamos

Una hora más tarde, Roger localizó un vado estrecho y se preparó para la travesía entre las dos orillas. Con las riendas fuertemente sujetas entró en el agua, tirando de su caballo de guerra, de la raza de los destreros. El semental no tenía problemas en entrar al galope en un campo de batalla, pero la visión del río lo amedrentaba. Aún así siguió a su jinete al interior de la corriente suave y tranquila del Guadiana. Roger continuó avanzando, con el agua hasta la cintura, cuando le llegó al cuello se sintió agobiado por el peso de su equipo. Se hundía, así que se puso de puntillas, rezando para no perder pie, agradeciendo haber dejado la armadura metálica con la caravana principal de la cruzada. Con gran esfuerzo se abrazó a la grupa del caballo, que relinchó con fuerza, pero, paso a paso, con sólo la cabeza asomando del agua consiguió ganar la otra orilla. Se tumbó en la ribera, rendido, mientras miraba el límpido cielo de verano y recuperaba el aliento.

Alonso y Cinta no sabían nadar. Observaron la maniobra con preocupación y, cuando el templario les indicó desde el otro lado que lo imitaran, se miraron el uno al otro, indecisos.

Alonso abrió la marcha. Sin bajar del caballo se abrazó al cuello de su montura poniéndose en manos de Dios, rezando en voz baja. Cinta alzó los ojos al cielo para no mirar la corriente, confiando en el buen tino del animal. Apretó los dientes y picó talones, azuzándolo a seguir al otro caballo. El agua les llegaba ya hasta la cruz y sólo la cabeza de los caballos asomaba del agua. La corriente los arrastraba río abajo y habían perdido la senda que les marcara Roger. Cinta se abrazó al cuello del animal, susurrándole palabras de aliento, temiendo que no iba a contar aquella aventura. Los caballos se cansaron al cabo de un minuto y, desfallecidos, nadaban entre bufidos y pataleos enérgicos, hundiéndose cada vez más en las turbias aguas. Pero un banco de arena vino a socorrerles cuando ya los asaltaba la desesperanza. Desmontaron y descansaron unos minutos con el agua hasta los tobillos, acariciando los caballos y dedicándoles palabras de agradecimiento. Reanudaron la marcha con fuerzas renovadas, llegando a la otra orilla en unos instantes. Cinta se tumbó en la arena de la ribera y se dijo que nunca más iba a vadear un río a la brava.

Una vez al otro lado, los animales se sacudieron el agua y relincharon con agrado a la vista de las manzanas con que los obsequiaron. Comieron todos también de sus raciones y aprovecharon para secarse antes de continuar la marcha.

—Juzgo más sabio ocultarse en las marismas —propuso Cinta—, avancemos un tanto al este y ganemos el sur desde allí. Si descendemos por el camino, seremos presa de bandidos y

sarracenos.

Roger juzgó sensatas las palabras y asintió.

—Pareces segura de lo que dices —comentó—. ¿Conoces estas tierras?

—Ya pasé por esta ruta para llegar a Salvatierra —contestó la Dama, rememorando el viaje con el cura—. Si seguimos la senda que os propongo, lo haremos desde terreno elevado y tendremos buena visión del camino que lleva de Calatrava a Córdoba.

Alonso, que había permanecido en silencio, asintió.

—Conozco la ruta —manifestó— y creo que es la más segura. Más adelante hay unas cuevas que pueden darnos refugio, pero normalmente se encuentran infestadas de bandidos sarracenos.

De esta manera y en silencio, como solían hacer los caminantes, siguieron ruta río arriba, ocultándose en la vegetación de la ribera. Cinta talló unos juncos para atarlos unos con otros, de modo que amortiguaran las pisadas de las monturas, tan quedas, que se confundían con el rumor del agua corriente.

Al cabo de unas horas divisaron Calatrava, en lo alto de un altiplano en la margen del río. Dieron un rodeo, avanzando con lentitud, cuidando de no ser descubiertos.

Toda la ciudad conservaba las recias murallas con que los caballeros la habían fortificado. Vuelta a conquistar por los musulmanes, tras Alarcos, aparecía ahora con máquinas de guerra y torreones circulares. Un bosque de enseñas se erguía, proclamando que la ciudad no cedería sin lucha y que una legión de tribus, clanes, casas y pueblos, se habían juramentado para defender Calatrava de la amenaza cristiana.

Caía la tarde y el sol poniente reverberaba en las lanzas de los defensores, enrojeciendo las almenas, cuando los cristianos se perdieron en la marisma.

Cinta desmontó, y con el caballo de la rienda, iba abriéndose paso en el pantano. Fue internándose, tanteando el terreno con un palo y escogiendo las sendas que discurrían en dirección este, mientras espantaba los mosquitos con aspavientos.

Los caballeros la seguían en silencio, mirando atrás y escuchando si, entre la llamada de la grulla, el graznido del pato o el croar de la rana, algún ruido les anunciaba la presencia de otro humano. Pasados unos minutos la impertinencia de toda una legión de chupasangres les obligó a pararse y procurarse refugio. Cinta buscó unas hierbas en las inmediaciones y las restregó por su

piel, pasándolas a sus compañeros para que la imitaran. Los mosquitos desaparecieron como por hechizo de bruja.

Una dura caminata les alejó hasta lo más recóndito de la marisma, allí donde pocos cazadores osaban adentrarse y plantando el campamento en una isla, rodeada por el pantano, decidieron descansar hasta el amanecer.

Cinta salió a cazar con las últimas luces mientras Alonso encendía una hoguera y Roger acomodaba a los animales y preparaba el campamento. La Dama regresó con unos patos y cenaron, escuchando la sinfonía de la naturaleza mientras en el cielo se encendían las estrellas.

—Volviendo de la caza —comentó Cinta cuando hubieron acabado—, he visto un fuego al este. Deberíamos ir a investigar. No querría despertarme a media noche con una espada al cuello.

—Vayamos —dijo Alonso—, quizás encontremos noticias sobre el ejército del califa. Es imperativo que los reyes sepan qué sorpresas les depara el camino.

Se pusieron de acuerdo y tomaron un leño de la fogata, a modo de antorcha. Ocultaron los caballos y pertrechos para encaminarse, con las armas en la mano, hacia donde la Dama les indicaba, adentrándose en la marisma desconocida.

La humedad del pantano les hacía sentir frío y estaba oscuro. La niebla elevaba zarcillos brumosos que dejaban las piernas ateridas. En la espesura el rumor de bestias y alimañas les llegaba de todas direcciones. Cinta pensaba que, en cualquier momento, iba a atacarles alguna criatura desconocida, sedienta de sangre. Notaba cómo el corazón le latía con rapidez y se preguntaba si no era miedo el sentimiento que le atenazaba las piernas, dificultando cada uno de sus pasos. Así avanzaron chapoteando, guiados por las estrellas.

Al poco vislumbraron el resplandor de un fuego de campamento y apagaron las antorchas. Se acercaron en silencio, ocultándose en el brezal de juncos, hasta llegar a la luz.

Un par de musulmanes andalusíes discutían en el claro. Vestían con ropas lujosas, pero desaparejadas, fruto del botín de distintas incursiones. Uno de ellos presentaba un aspecto alto y fornido y el otro, con nariz chata, removía un espetón de pescado que se asaba al fuego.

—La culpa es tuya —acusaba el joven de aspecto más guerrero—, no tenías que haberlo golpeado.

El aludido levantó la vista y sonrió de modo avieso, mostrando una dentadura a la que le faltaban la mayoría de las piezas, al tiempo que pinchaba los pescados.

—¿Y qué hubieras hecho tú, Alí? El manco ordenó el ataque. Y todos atacamos. Tú incluido. No te vi huir, sino sumarte a toda la banda. Nos ha salido resabiado, el niño. Si no asaltáramos a todos los que dicen servir al califa, nos moriríamos de hambre. Quién iba a pensar que, esta vez, el cuento era cierto y el petimetre un mensajero de verdad.

El joven agachaba la cabeza, acuclillado, con la vista fija en sus botas. Toda su ropa parecía de buena calidad, incluso su armadura compuesta por piezas dispares de armadura de distinta procedencia, como si hubiera saqueado un campo de batalla.

—Se acabó la aventura del manco. Se quedó sin suerte. Ya te dije que nos largáramos antes, cuando se supo que el loco Califa subía hasta Calatrava. Cuando se entere que hemos matado a su mensajero vendrá a por nosotros. Hemos llamado demasiado la atención. No nos lo perdonará y acabaremos ajusticiados.

El cocinero soltó el espetón y se encaró con el de la armadura.

—Oh cállate. Por eso hemos abandonado la banda del manco. Los que se queden con él perderán la cabeza y si por algún azar se salvaran no vivirán mucho tiempo. Por el norte se acerca un ejército cristiano y el que no espabile va a quedar atrapado entre las dos tropas. Mañana ponemos rumbo a la taifa y nos olvidamos de todo.

Cinta no entendía nada de lo que decían los andalusíes en árabe, pero los caballeros intercambiaban entre sí significativas miradas. Roger le hizo un gesto para que se ocultase en las sombras y, quitándose la capa de templario se fabricó con ella un turbante. Indicó a Alonso que lo imitara, dándole la vuelta a la sobrevesta para ocultar los símbolos cristianos, mientras los sarracenos seguían discutiendo si habían sido acertado o no dejar al jefe de los bandidos.

Los bandidos estaban deslumbrados por tener la mirada en las llamas de la hoguera y no veían más allá del círculo de luz. Roger aprovechó esta ventaja para sorprenderlos.

—Todos quietos, en nombre de Abu Abd Allah Muhammad al-Nassir, amir al-muminin —ordenó Roger, entrando en el círculo de luz y hablando en árabe fluido.

Alonso lo imitó desenvainando su espada, cuyo sonido heló a los musulmanes la sangre en las venas. Antes de que pudieran recuperarse el acero del caballero apuntaba al cuello del más fornido. Ambos se miraron, confundidos, creyéndose rodeados, sin ser capaces de distinguir si había más soldados ocultos entre los brezales.

Roger se dio la vuelta en dirección a Cinta.

—Arqueros, matadlos si se mueven —ordenó levantando la voz.

Para corroborar la amenaza, la Dama disparó una flecha que quedó a los pies del desdentado.

El andalusí, estudiando cómo vibraba el asta, a escasos centímetros de sus botas de cuero, levantó las manos en señal de rendición.

—Yo no maté al emisario, fue el manco —lamentó—. No informéis al califa y os daré oro.

Roger se paseó por el campamento con la pose del talibán, recitando versos del Corán y mirando iracundo a los andalusíes. Ambos tenían las manos levantadas y miraban, suplicantes, al que creían soldado del califa.

—¡No se trata de oro! —les gritó Roger, desenvainando su propia espada—. Ese mensaje era importante y debe llegar a su destino. La pena es la muerte.

—La culpa es del manco... —repetía el más joven—. Teníamos miedo... es brutal y cruel.

—No pienso cargar con vosotros todo el camino —aseveró Roger utilizando la misma letanía monótona de los sabios en las madrazas. Notó como a los otros se les ponían los pelos de punta—. Tampoco voy a daros la oportunidad de que me apuñaléis por la espalda mientras duermo. En el nombre del misericordioso, os condeno a muerte ahora, por traicionar a nuestro glorioso califa...

—¡Espera! —gritó el desdentado levantando las manos.

Roger se detuvo.

—Podemos enseñarte una senda segura para que sorprendas al manco —le aseguró suplicante—. Queremos reparar el mal que le hemos podido causar al califa (de manera involuntaria, claro) y os explicaremos dónde hallar el refugio de la banda y cómo sortear sus defensas. Allí encontraréis el pergamino del emisario junto a todo el botín que, sin duda, tendrá que compensar el retraso en la entrega de las órdenes del califa.

Roger gruñó

—Nada está perdido aún —continuó el desdentado, solícito—, podéis entregar vosotros el mensaje, cobrando el tesoro del manco por los servicios. Así todos salimos ganando: el cadí de

Calatrava recibe sus órdenes, el califa ve sus deseos cumplidos, vosotros ganáis unos sacos de oro y nosotros salvamos el pellejo. ¿Te parece un buen trato?

Roger estudió su rostro. Se notaba que ambos tenían un miedo cerval al bandido y lo temían más que a su propia muerte.

—¿Cuándo aconteció el episodio del mensajero del Califa? —preguntó el templario.

—Hace tres días —contestó el bandido.

Roger simuló pensar que se debatía entre la idea de matarlos y la de hacerles caso. El andalusí continuó hablando y les reveló todo lo que querían saber. Les explicó dónde encontrar la guarida y cuáles serían sus defensas.

—No me los creo —argumentó en árabe Alonso—, nos han mentido y huirán en cuanto nos demos la vuelta. Acabemos con ellos, ahora.

—No. Vamos a atarles y amordazarles. Tardaréis unas horas en liberaros —prometió Roger a los sarracenos—, quizás unos días, después podéis hacer lo que os venga en gana.

—Ni hablar —dijo Alonso—, no me creo a las ratas de frontera. Roban y matan sin escrúpulos a los viajeros, moros o cristianos. Saquean las caravanas, roban los rebaños y cautivan a todos los adinerados. He perdido algunos amigos en las emboscadas que montan por los despoblados.

El joven bandido se hizo a un lado de un salto, aprovechando el instante que Alonso había apartado la vista para mirar a Roger. Antes de que el calatravo pudiera atajarlo se dirigió hasta su tienda, para empuñar la cimitarra que colgaba de un tahalí enjovado.

Alonso llegó hasta él de un salto y lo acometió con dos rápidos mandobles. El primero lo paró el bandido, pero el segundo fue demasiado rápido para la precaria posición en la que se encontraba. Había dirigido la estocada a la cabeza desprotegida y el salteador cayó al suelo envuelto en un torrente de sangre.

El más viejo, viendo que la atención de Roger se encontraba centrada en la rápida refriega, se escabuyó huyendo a ciegas en la oscuridad, confiando en que la velocidad y la sorpresa le permitirían ganar unos metros. Sabía que, en la noche y la densa marisma, acaso unos metros bastarían para salvar la vida y confiaba en su maestría en el arte de ocultarse en la espesura, desarrollada durante toda una vida de trampas y emboscadas. Por desgracia para él Cinta estaba preparada con el arco dispuesto y, apenas había dado unos pasos, que una flecha vino a borrar para siempre la estela de sus pensamientos.

Roger miró alrededor y levantó una ceja, mirando duramente al otro caballero.

—Eran bandidos —se justificó Alonso—. No merecían nada mejor.

El templario negó con la cabeza.

—Debería estar en un monasterio, ya no sirvo para estas lides. — Se dijo para sí, dando la espalda a los cadáveres de los dos salteadores.

Una rápida exploración de los cuerpos les permitió descubrir un extraño tatuaje de un hombre manco, marcado a fuego en la espalda de los sarracenos.

Apagaron el fuego y tomaron un saco de joyas de la tienda, del tamaño de una mochila pequeña, antes de regresar en silencio a su propio campamento.

—¿Qué han dicho? —preguntó Cinta, rompiendo el vacío que parecía extenderse entre ellos

Alonso se lo explicó.

—Ese mensaje es muy importante —puntualizó Roger, rompiendo su mutismo—. Si es cierto que lo envía el califa estará fechado y el escribano consignará el lugar de redacción. Así que podemos saber dónde se encuentra el ejército. Además podría contener órdenes para la ciudad y si conseguimos que no llegue a Calatrava será más sencilla su conquista. Sin órdenes expresas el cadí de la ciudad puede sentirse libre de disponer el destino de Calatrava según mejor le convenga.

—Entonces está claro —dijo Alonso, palmeando el hombro del templario con fuerza, en un gesto de camarería que pretendía animarlo—. Vayamos a por él.

Por la mañana siguieron rumbo sur y salieron del pantano. Se dirigieron a las zonas altas de los montes circundantes, desde donde divisaban el camino que unía Calatrava con Córdoba, el único transitable para un ejército.

No había rastro de las tropas del califa.

Avanzaban con cautela, buscando descubrir con antelación las sorpresas de la ruta. Cinta los guiaba con seguridad, olfateando cada poco y escuchando con atención. A punto estuvieron de ser sorprendidos por bandidos y gente de igual calaña, que tanto abundaban en la tierra de nadie de la frontera. El resto del día y el siguiente mantuvieron rumbo sur, esquivando rebaños y huraños pastores (que huían nada más verlos) sin perder de vista el camino, en el que se vislumbraban

movimientos de tropas sarracenas, aunque de pocos efectivos.

—El ejército de al-Nassir se aproxima —dijo Roger—. Cada vez se divisan más exploradores y ello es señal que el califa se acerca. Propongo volver grupas para informar a los cruzados.

Alonso no estaba de acuerdo con su amigo mientras, ajena a todo, Cinta estudiaba el canto de los pájaros, intentando discernir por su canto si había otros hombres cerca.

—Sigamos todo el día de mañana. —dijo el calatravo— debemos encontrar el mensaje del califa.

Roger arrugó la nariz, pero asintió con un cabeceo.

Aquella noche encendieron la hoguera en el interior de un hoyo, lo suficientemente profundo para que pudiera ocultar las llamas, de modo que no fuera visible a larga distancia.

—¿Qué hace un franco en estas encomiendas, Roger, cómo llegaste aquí? —le preguntó Cinta mientras cenaban corzo asado, que ella misma había cazado.

Roger se la quedó mirando unos instantes, sentía aprecio por ella y le contestó.

—El Papa pidió que me pusieran a las órdenes del Maestre del Temple en España.

—Vaya, debes de ser persona importante...

El caballero concentró su mirada en las llamas cambiantes del campamento, apartando los restos de comida y estirando las piernas.

—No lo soy. Sólo sobrevivo. Todos mis compañeros murieron, en batalla o en otros lances. Cuando perdimos Jerusalén comprendí que mis días en Tierra Santa habían llegado a su fin. Pero la orden atravesaba un mal momento y me dediqué al comercio, en territorio sarraceno. Más tarde llegó Ricardo Corazón de León y la Tercera Cruzada y me ordenaron volver al frente. Sentí renacer de nuevo la esperanza, puesto que Dios nos había enviado al líder capaz de vencer al gran Saladino. Pero Jerusalén ya no se reconquistó jamás y tampoco se me permitía volver a Europa. Oí de una Cuarta Cruzada, que ni siquiera desembarcó, sino que fue a estrellarse contra las murallas de Constantinopla.

Alonso cortó con un cuchillo una ración de corzo y la ofreció a Cinta. La Dama negó con la cabeza, sin apartar la mirada del rostro del templario. Roger continuaba, mirando al suelo.

—Así pasé los años en la dura encomienda de San Juan de Acre, hasta que llegó un mensaje del Vaticano. Sólo puedo revelar a mi confesor del Vaticano los hechos de aquellos años. En fin, os diré que, con el tiempo, di con mis huesos en la encomienda de Miravet, bajo mandato del Maestre Gómez Ramírez.

Cinta conocía aquella mirada que veía en los ojos de Roger, la había visto en muchos de los ballesteros durante el sitio de Salvatierra. Aquellos ojos decían que ya habían perdido la esperanza, atrapado en un destino del que no podía escapar.

—¿Por qué no lo dejaste? —le preguntó Cinta.

Roger la miró con sorpresa, como si pudiera leer las interioridades de su alma y tomó unos segundos antes de contestar.

—No podía. Tengo un voto y no me he ganado, aún, la dispensa. Después de tantos años no querría abandonar la orden con deshonor: renunciando. Así que la única solución consistía en que me recompensasen con un destino en Europa. Llegó al fin y os aseguro que me lo gané con sudor y sangre.

—¿Por qué escogiste Miravet, por el delta del Ebro?

—Nada elegí yo. Hace años que no tengo un atisbo de libertad. Pero no hablemos de ello o tendré que pasarme el cilicio. Me han prometido que, tras la cruzada, podré ingresar en Poblet o en Fitero. Y allí, o en otro monasterio del Cister, espero encontrar en la paz de Dios, el sosiego, que hace años que busco.

Alonso removi6 las brasas del fuego.

—Da la impresión de que las has visto de todos los colores.

Roger se lo quedó mirando un instante, observando a Cinta al poco, para volver la vista al cielo estrellado.

—Si tuviera tu edad, Alonso, renunciaría en este momento.

Hablaron un rato más, el templario parecía melancólico y sólo contestaba con monosílabos. Se repartieron los turnos de guardia, pero ninguno durmió tranquilo.

VII. TRAICIÓN

Finales de Junio de 1212

El día veintinueve de junio llegaron al campamento de los bandidos. La información sobre la banda del manco resultó ser precisa y encontraron la cueva en la cara norte de una colina con forma de martillo. Esperaron al anochecer para acometer el asalto, discutiendo por enésima vez cuál sería la mejor táctica para no sufrir daños.

Se acercaron a la guarida cuando quedaban pocas horas para el alba, en silencio, con el rostro tiznado de cenizas y camisolas de cuero desprovistas de todo adorno o símbolo cristiano.

Habían reducido al vigía que protegía la cueva porque sabían dónde se ocultaba. Lo sorprendieron medio dormido, acechándolo por la espalda, puesto que no esperaba que alguien conociera el camino usado por los bandidos que él no vigilaba. Cinta lo hirió con una flecha y antes de que éste pudiera soplar el cuerno de alarma, Alonso lo remató de un rápido mandoble.

Todo había sucedido en unos segundos y los sonidos del bosque nocturno les indicaron que sólo las lechuzas habían descubierto su acción. Los grillos también habían dejado de cantar y la sangre del bandido formaba un charco a sus pies, aumentando de tamaño a cada segundo que pasaba.

El camino a la cueva de los salteadores estaba ahora despejado.

Sabían que encontrarían al siguiente vigilante dentro de la caverna. Roger se cubrió con la capa oscura del bandido y le pasó una cuerda a Cinta, simulando atarla con un nudo mientras Alonso se ocultaba en un gran tejo que daba al claro.

Se acercaron en silencio, descubriendo la entrada de la gruta por el resplandor anaranjado de una gran hoguera que les permitió vislumbrar la silueta del guardián, mucho antes de que éste pudiera descubrirlos.

El templario condujo a la mujer como si fuera su prisionera y la arrastró hacia la cueva, tirando de la cuerda como si guiara por la fuerza a una esclava atada.

—Mira lo que he cazado, ven nos vamos a divertir —dijo en árabe fluido al vigía cuando éste salió a su encuentro.

El guardián soltó la lanza y se acercó corriendo, con una mirada lasciva que indicaba que había bajado la guardia.

—Otra más... —apenas tuvo tiempo de susurrar unas palabras, antes de que los dos se le echaran encima.

Entre Cinta y Roger lo inmovilizaron, apuñalándolo mientras le tapaban la boca con la mano para que no alertara a los demás. Alonso acudió corriendo y se vistió con la capa oscura del salteador. Cinta retomó su arco y encajó una flecha en la cuerda.

Los caballeros, vestidos a la guisa de los bandidos, entraron en la guarida y miraron a su alrededor. La cueva se internaba profundamente en el interior de la colina y el techo se elevaba a la altura de tres hombres. Una fogata ardía en el centro de la caverna, iluminando las armas y pertrechos dispuestos en las paredes, el equipo y una caótica disposición de baúles, cofres, sacos, cajas con todo tipo de mercancías, vituallas, telas y herramientas.

No sabían si algún bandido más vigilaba el refugio, así que avanzaron con cautela.

De la cueva central asomaban dos pasadizos. Unos ronquidos llegaban a ellos desde la izquierda y un olor fétido desde la derecha.

Roger señaló el de la izquierda y Alonso el de la derecha. El calatravo insistió, haciéndole la señal que, en su viaje a Marrakech, describía a los guardianes. El templario negó con la cabeza y se tapó la nariz, gesticulando después como si montara un caballo para indicarle que el hedor sólo podía ser el que producen las cuabras. Alonso aspiró y, reconociendo el olor, asintió, señalando ahora la ruta de la izquierda para indicar al otro caballero que abriera la marcha. Cinta entró en la cueva y, manteniendo el silencio, se ocultó en un rincón en sombras, con una flecha preparada en el arco tensado.

Los caballeros entraron en el pasadizo y avanzaron paso a paso, dejando a sus ojos habituarse a la luz mortecina del interior de la caverna. La gruta tenía unos tres metros de ancho y una altura de cuatro metros, con paredes rugosas llenas de aristas y el suelo irregular. Ninguna antorcha venía a iluminar la penumbra y, ante el riesgo de tropezar o caer en un agujero o un pozo, la Dama guardó el arco y retrocedió para tomar un leño ardiente de la hoguera de la entrada.

Se adentraron en la cueva avanzando ahora con más seguridad. Un intenso olor de pieles y sudor, como el que desprendían las celdas de esclavos, acompañaba a los ronquidos que se escuchaban al fondo. El pasadizo continuaba unos veinte metros, giraba en un recodo a la derecha y moría en una gruta de unos doscientos metros cuadrados.

No había más luz que la suya y lo que vieron fue una amalgama de personas dormidas sobre pieles sin curtir de osos y lobos. El suelo aparecía como una mezcolanza de monedas, restos de comida, pellejos de vino y vestimentas arrugadas. De las paredes colgaban argollas que mantenían sujetas largas cadenas que ceñían los tobillos de algunos de ellos.

Roger y Alonso se quedaron paralizados, unos segundos, ante la visión, inesperada y sorprendente.

Cinta adelantó a los caballeros y un rubor carmesí subió a su rostro cuando comprendió lo que pasaba: diez bandidos y otras tantas mujeres encadenadas dormían en una confusión de cuerpos desnudos que hacía difícil distinguir unos de otros.

Se imaginó a sí misma allí cautiva, para solaz de los bandidos musulmanes, encadenada y a su merced, sin opción de negarse a todos sus deseos.

Soltó un grito de rabia y un insulto soez escapó de sus labios. Empezó a acuchillar a los raptos. Los bandidos despertaron, y se defendieron con lo que encontraron a mano. Las mujeres abrieron los ojos y unieron sus lamentos y chillidos andalusíes a los estertores de los heridos, apartándose hasta las paredes.

Rodearon a Cinta y ella se defendió, acabando con cuatro bandidos cuando se vio rodeada. Alonso desenvainó su espada y se unió a la batalla. Roger lo siguió, gritando para sumar

más desorden al caos desatado. Los raptos, soñolientos y desarmados, opusieron resistencia, pero los cristianos se mostraron implacables y aprovecharon la ventaja de la sorpresa para acabar con todos ellos.

Las cautivas se habían acurrucado contra la pared, intentando ocultar su desnudez, gimiendo. Una de ellas, joven esbelta con la nariz aguileña, aprovechó la cadena para estrangular a uno de sus captores. Una intensa mirada de odio ardía en sus ojos, casi tan fiera como la que poseía a la Dama de Tortosa.

La lucha apenas había durado unos minutos.

Cinta miró alrededor y soltó el cuerpo del último de los bandidos, estaba cubierta de sangre y sentía como el odio se transformaba en euforia. Los caballeros limpiaban sus espadas en una de las pieles de oso.

Alonso se acercó a las cautivas con el arma aún en la mano y más tenso que una cuerda de arco. El templario recordó su reacción con los bandidos en el pantano y temió por la vida de las cautivas. Sabía que el calatravo pensaba que no sería buena idea dejar testigos que pudieran llevar hasta los oídos del Califa su actuación. El Maestro podía sancionar a Alonso por poner en riesgo la cruzada. Y ello seguro le ocasionaba un conflicto de intereses entre el soldado que obedecía las órdenes y el clérigo que actuaba movido por la compasión. Mucho había en juego y en tiempos de guerra no había espacio para la misericordia, sino que se imponía ser práctico. No podían permitir que el Califa conociera que habían interceptado su mensaje.

—¡No! —gritó, levantando la mano al ver que Alonso blandía su espada.

Pero Alonso dirigió el filo a las cadenas y de un mandoble terrible liberó a una de ellas de sus ataduras.

—No temáis hemos venido a liberaros —dijo Roger en árabe, tras envainar su acero, sin poder evitar una nota de alivio en su voz.

Hablaron con las cautivas, a las que mucho tranquilizó que los dos hombres conocieran su lengua y les ayudaran a volver a sus pueblos y familias.

Las mujeres tomaron las pieles para cubrirse con pudor, mientras Cinta buscaba algo que la ayudara a liberarlas. Al fondo de la estancia vislumbró unos cofres enormes y en un rincón, cerca de la entrada, una pila de ropa y armas. Cogió una espada y fue liberando a las prisioneras una por una.

Roger y Alonso, dando la espalda a las raptadas, se encaminaron a los cofres. Estaban cerrados. Buscaron a un manco entre los cadáveres y le arrancaron la llave que colgaba de su cuello.

La llave abrió los cofres y, revolviéndolo entre los tesoros, encontraron el pergamino del mensajero del califa.

Roger lo desenrolló con cuidado, comprobando que se trataba del sello de al-Nassir. Leyó en voz alta, traduciendo directamente del árabe el mensaje dirigido a un tal Ben Qadas, cadí de Calatrava.

Después de leer, enrollando el documento, añadió:

—Es más importante de lo que pensaba —comentó—. Debemos entregar este pergamino a los reyes. Ellos sabrán qué hacer.

Roger enrolló el documento y lo guardó con cuidado.

—Estoy de acuerdo. La fecha y el lugar de redacción darán a los monarcas la información que necesitan. Partamos de inmediato —asintió Alonso.

Cinta había llevado a las mujeres junto a la hoguera de la entrada de la caverna y en los cofres encontraron comida y ropa, que tomaron para vestirse y recomponerse. Algunas de ellas parecían ausentes, como si estuvieran en otro lugar y no escucharan ni vieran nada a menos que se lo ofrecieran. Dos de las prisioneras resultaron ser leonesas y se abrazaron a Cinta con la desesperación del que se cree ahogado y encuentra un tronco que flota en medio de la corriente. Una de las musulmanas (la de la nariz aguileña) tomó la iniciativa con rapidez y ayudó a tranquilizar a las demás.

La luz de la fogata, los alimentos, la dignidad recuperada y el clima de confianza acabaron con los lamentos y las ensoñaciones y las mujeres empezaron a hacer planes para regresar a sus casas.

En el pasadizo de la derecha encontraron monturas y acomodando en ellas a las andalusíes, les llenaron las alforjas de víveres y botín y les indicaron cómo regresar. La joven de la nariz aguileña se identificó como pastora y anunció que conocía varias rutas entre las montañas que habrían de permitirles regresar a la taifa de Sevilla, para desde allí llegar a las tierras de sus familiares. Se abrazaron a Cinta, emocionadas, y se despidieron de los freyres con una respetuosa inclinación de cabeza, para tomar el camino de regreso a casa.

El sol naciente encendía las copas de los árboles y las rocas de las colinas con un fuego que ardía sin llama, despertando al nuevo día.

La Dama estuvo observando cómo se perdían en el horizonte, mientras explicaba a jóvenes de León la distancia que las separaba de su reino. Se prepararon para partir y mientras los caballeros

acomodaban a las cristianas en dos yeguas de aspecto calmado, Cinta volvió al interior de la cueva. Se llenó los bolsillos de anillos con piedras preciosas engarzadas y sonrió satisfecha. Fuera cual fuera el desenlace del asunto conseguiría buenas tierras allá en el delta del Ebro. Sabía que todo el tesoro acabaría en las arcas de la Orden y que a ella no le tocaría ni siquiera una parte, así que lo más práctico era apartar lo suyo antes de que siquiera empaquetaran el botín.

Volvieron a su propio campamento acompañando a las cristianas, cargados con tres sacos de tesoro. Empaquetaron, eufóricos, para ponerse en marcha sin demora cabalgando hacia el norte, a la ciudad de Calatrava.

Cinta se extrañó del comportamiento de los dos caballeros. Ni siquiera se habían recreado con la visión de las cautivas desnudas. Los romances cantaban que los freyres respetaban su voto de castidad y se alegró de haber entrado en esa cueva con ellos. De haber sido soldados sin disciplina sabía que se hubiera visto en un conflicto. Se preguntaba si habría atacado a sus compañeros y prefirió no contestarse.

El camino de vuelta fue más rápido que el de ida, olvidaron el sigilo y avanzaron con toda la rapidez que les permitía las alforjas sobrecargadas con el botín de los bandidos y la poca pericia de las leonesas a caballo.

Al día siguiente, el primero de julio, una enorme humareda se perfiló en el crepúsculo, en la dirección de la ciudad de Calatrava.

—Apresurémonos —aconsejó Alonso—. Temo que la batalla haya alcanzado al ejército cristiano.

Cerca del mediodía del dos de julio se cruzaron con una columna de refugiados musulmanes que, agobiados con pesadas cargas, marchaban en dirección sur. Llevaban las banderas y pendones que, apenas una semana antes, vieron en los muros de Calatrava.

Roger se abrazó a Alonso y a Cinta.

—Vayamos, pues, al encuentro del ejército, creo que buenas nuevas encontraremos.

Y con ánimos renovados emprendieron el camino al norte, huyendo ya de todo sigilo.

Unas horas más tarde vislumbraron la ciudad. Descabalgaron en lo alto de una colina, para tomar un descanso y otear la situación de Calatrava.

Ningún fuego la había destruido, pero algunas casas se habían incendiado. Un despliegue de

máquinas de guerra, la mayoría a medio construir, se vislumbraba ante los muros. La muralla había resistido, si bien en un punto se había abierto brecha. La enseña del señor de la ciudad había cambiado. En los torreones ondeaba al viento una bandera que, al otearla, emocionó a Alonso con una explosión de alegría. Porque tras décadas de luchas en solitario había acabado la peregrinación en el desierto de su Orden y allí, orgullosa y flameante, vieron la cruz de los Caballeros de Calatrava.

Alonso regresó donde aguardaban las monturas y cargó cada una de las yeguas de las leonesas con un saco del tesoro de los bandidos. Acercó los caballos a las cristianas y les ofreció las riendas.

—Quizás esto no compense el cautiverio —dijo con una sonrisa—, pero os ayudará a hacer más llevaderos los días por venir.

Roger asintió con un cabeceo y Cinta lo miró con admiración.

El campamento cristiano rodeaba la ciudad por la parte que no defendía el Guadiana o sus pantanos. Guiaron sus monturas hasta la entrada, abriéndose paso en la multitud de seglares no combatientes que había seguido a la caravana de la impedimenta del ejército de Castilla.

Cinta señaló a Alonso las tiendas de su Orden y se acercaron a ellas. Un mozo reconoció al caballero y se hizo cargo de sus monturas. Cinta quedó con ellas y las dos leonesas, mientras los caballeros se apresuraban en busca de los reyes.

Roger preguntó dónde estaban los reyes y éste les señalaron el castillo de la ciudad.

Entraron por la puerta astillada y saludaron a los guardias, a los que encontraron irritables y soñolientos. El resto del ejército se había dedicado al botín y la ciudad aparecía saqueada allí donde mirasen. Los soldados se habían hecho con las casas y, desde las ventanas, se escuchaban gritos de borracho y los ruidos de la destrucción de muebles y enseres.

Parecía como si un terremoto hubiera arrasado la ciudad y sus habitantes, enloquecidos, destruyeran cuanto vieran a su paso convencidos de estar viviendo los últimos días del mundo.

Llegaron al castillo y se acercaron al patio de armas, una muchedumbre de ultramontanos escuchaba el discurso encendido de un diácono franco. Sentado en las ancas del caballo de una estatua pontificaba ante una audiencia entregada.

Un clamor se elevó entre la multitud.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Alonso

—Nosotros a lo nuestro. Vayamos a hablar con el general Diego López de Haro —aconsejó el templario— debemos entregar el mensaje a los reyes.

Siguieron ascendiendo. La bandera de la cruz florlisada ondeaba también en la torre de homenaje y se les permitió el paso hasta el real de los Reyes.

La estancia donde los monarcas de Aragón y Castilla dirigían la cruzada era tan grande que acomodaba los séquitos de los dos reinos y los representantes del clero y las órdenes militares.

Roger se encaminó a un lateral donde vislumbró al general Diego López de Haro. Llamó su atención y le pasó el pergamino, traduciéndoselo en voz baja al ver su ceño fruncido.

El noble castellano, comprendiendo su importancia, les indicó que lo siguieran. Avanzaron hasta la mesa donde bebían los Reyes y sus escribanos de confianza, adelantando en el turno a obispos y condes.

El general puso en antecedentes a los monarcas y entregó el pergamino para que fuera traducido a los Reyes. Así se hizo, con diligencia y los arzobispos de Narbona y Toledo se acercaron cuando, por las expresiones de los gobernantes, dedujeron que se trataba de un asunto importante.

El escribano del rey de Castilla leyó en voz alta:

“Leo con aflicción que valoras rendir Calatrava a los cristianos y con ello dudas de la palabra de Dios y te pones al nivel de los impíos. Calatrava debe resistir hasta el invierno. Si esos infieles de Salvatierra me aguantaron todo el verano, también Calatrava lo hará. Resistid hasta las lluvias de Septiembre, porque cuando el calor azote a los impíos y la indolencia, el hambre y la desesperación les ciegue, vendré. Los atraparemos entre los muros, las espadas y el río. Mi ejército de creyentes los barrerá de la tierra hasta el día del juicio final. Caerá Toledo y, con mis aliados navarros, acabaremos con los demás. Resiste hasta el invierno y obedece a tu califa. El Diablo mintió y Dios tuvo razón. Si eres un creyente, resistirás.”

—Está fechado en Úbeda en el equivalente al 20 de junio de nuestro calendario —añadió el secretario.

—Secretario, anotad los nombres de estos dos esforzados para que, más tarde, sean recompensados —ordenó el rey de Castilla señalando a los dos caballeros—. De haber llegado este mensaje a Calatrava el cadí no hubiera pactado la rendición y aún hoy estaríamos batiéndonos contra sus muros.

Roger y Alonso intentaron mantener la expresión marcial, aunque no podían evitar un sentimiento de alegría por el éxito de la misión.

—Está cerca el Miramamolín —reflexionó Alfonso VIII volviéndose en dirección al rey de Aragón—. Esto cambia nuestros planes. Si está en Úbeda quiere decir que nos espera en las tierras de los andalusíes. Y que el Paso de la Losa, en Despeñaperros, es el que queda más cerca. No vale la pena esperarlo aquí. Vayamos a su encuentro.

El Rey de Aragón negó con la cabeza.

—Hay que dejar descansar a las tropas y esperar a los rezagados que vienen siguiendo nuestras huellas por el camino de Toledo. Aguardemos unos días más, si nos movemos ahora podemos perder a los ultramontanos. Mucho descontento les acompaña.

El Rey de Castilla asintió. Había, además, otro motivo. Una hueste de civiles había seguido a la caravana y debía asentarlos a todos en Calatrava para partir ligero, sólo con víveres y soldados. Alfonso VIII lanzó un puñetazo encima de la mesa.

—Esperaremos, pero sólo unos días. Si nos quedábamos aquí, como habíamos previsto, nos hubiéramos encontrado sin víveres en unas semanas. Ahora aprovecharemos esta información para buscar la batalla frontal.

—Mejor reunir las fuerzas. —le aconsejó Rodrigo Jiménez de Rada.

—Avanzaremos el grueso del ejército en dirección sur —ordenó Alfonso VIII—. Y acamparemos frente a los muros de Salvatierra. Mientras esperamos enviaremos cuatro columnas a conquistar las villas y plazas que fueron de Castilla. Maestre de Calatrava, acercaos.

Ruiz Díaz, que se encontraba a unos metros, dio un paso al frente. El Rey se dirigió a su secretario, quién tomó pergamino nuevo y empezó a escribir en él, según oía.

—Decreto que las villas de Alarcos, Caracuel, Piedrafita y Almodóvar vuelvan a Castilla y

nombre al Maestre de la Orden de Calatrava al cargo de tomar los hombres necesarios para recuperarlas. El grueso de las tropas avanzará hasta el castillo de Salvatierra, donde esperaremos a los que vienen por detrás y mandaremos exploradores para sondear el paso de Sierra Morena.

El Rey mojó su anillo en el tintero y lo estampó, imprimiendo en el pergamino el sello de su reino. El secretario arrojó arena para secar la tinta y le entregó el documento al Maestre.

Ruiz Díaz hizo una reverencia y se retiró, indicando a Alonso que lo siguiera y Roger fue con ellos. Los llevó a otra sección del castillo, donde antaño estuviera el claustro que mandó construir el propio San Raimundo.

Ya a solas Alonso y Ruiz Díaz se abrazaron, jubilosos, por el fin del exilio. Veían cumplido un viejo sueño por el que tanto habían rezado y sangrado. Muchos de los suyos habían muerto por ese sueño, durante años lucharon contra toda esperanza, pero al final lo habían conseguido y todos aquellos sacrificios no habían sido en vano.

—Lo conseguimos, Alonso, volvemos a ser los Caballeros de Calatrava y la tumba de San Raimundo reposa de nuevo en la iglesia de la ciudad.

El caballero correspondía al abrazo con efusividad. Largos fueron los años de lucha contra el desánimo, hasta prevalecer.

Cuando Castilla conquistó la ciudad musulmana de Calatrava, en tiempos de Sancho III, la ofreció a los templarios para su defensa y conservación. Pero éstos la devolvieron, a los pocos años, alegando el mucho esfuerzo de defenderla de las algaradas sarracenas que, cada año, se convocaban para recuperarla. Llegados a este punto parecía perdida la defensa de la ciudad: Nada podría impedir que volviera a manos del califa, exponiendo de nuevo todo el valle del Tajo. El rey Sancho, en presencia de todos los grandes del reino, ofreció la ciudad a quien se comprometiera a defenderla. Ninguno de los condes, ni de los señores, ni aún de los caballeros se atrevió a aceptar. Entonces, perdida ya toda esperanza, un pequeño abad se puso en pie. Era fray Raimundo de la orden del cister, que gobernaba en Fitero (en la frontera de Castilla, Navarra y Aragón) el monasterio de Santa María. Aceptó el desafío y se comprometió a defender la ciudad fundando la orden militar cristiana de los Caballeros de Calatrava. La habían retenido durante muchos años hasta que, llegada la derrota de Alarcos, el califa la reconquistó, tras haber matado a la mayoría de los freyres en la batalla.

El Maestre los guió hasta la iglesia y al altar donde reposaban los restos de su fundador, ahora elevado a la santidad como San Raimundo de Fitero.

—Dios nos sonríe —proclamó Ruiz Díaz—, si todo va bien, en unos días recuperaremos los dominios que tenía la Orden en su época de esplendor. Vamos, no hay tiempo que perder.

Y en ello llevaba razón, puesto que toda la meseta se había conmocionado con la noticia de la caída de Calatrava. Los musulmanes temblaban ante la sola menc on del ejército cristiano y se preguntaban qué esperaba el califa. El momento de aprovechar la confusión no duraría demasiado.

Volvieron al campamento extramuros y ya en las tiendas de la orden de Calatrava el Maestre pidió vino para restaurarlos del rigor del viaje y en un clima más formal se interesó por los demás.

Alonso le explicó la situación de las jóvenes leonesas y el freyre se hizo cargo de la situación tomándolas a su cuidado.

—Estamos organizando la ciudad. Si quer is permanecer en Calatrava seréis bien recibidas. Hay mucho que hacer y esta población volver  a ser la floreciente capital de estas tierras. Si quer is regresar a casa podréis hacerlo dentro de unos días, cuando vuelvan las caravanas a Toledo. Desde allí os encomendaremos a algún juramentado para que os escolte ante vuestras familias.

Esta vez fueron ellas las que lloraron de emoción, también all  acababa un calvario. Sólo la esperanza de que el futuro no podía ser peor las había animado a sobrevivir. Les dieron las gracias y se despidieron de ellos.

Alonso, Roger y Cinta se retiraron de nuevo de la tienda del Maestre de la Orden de Calatrava, dejando a las jóvenes a cargo del freyre.

Alonso recuperó las monturas y se dirigió a las tiendas de su comroi. Todo estaba preparado como si él no hubiera estado ausente y celebró, con camarería, las nuevas de la victoria.

Al día siguiente una gran agitación sacud  el campamento cruzado. Había pequeños corros alrededor de los clérigos y los ultramontanos se reunían escuchando a los eclesiásticos, atendiendo con atención sus palabras.

Se acercaron a uno de estos grupos.

—Y Castilla —decía el clérigo francés, en un latín perfecto—, además, nos racanea los víveres que exige esta causa sagrada. Aprovecha nuestra presencia para conquistar plazas y ciudades. Y no es por ello que hemos acudido desde todos los rincones de Europa,  Hemos venido a luchar en batalla!

Un murmullo de aprobación secundaba sus palabras. Algunos hablaban abiertamente de que los españoles eran muy blandos.

—¿Por qué dejan a los infieles con vida? —preguntó un caballero bretón.

El sacerdote retomó el discurso con el mismo tono cadencioso que utilizaba en el púlpito de la iglesia para un sermón.

—El pacto con los infieles es inmoral. Nada puede acordarse con los sarracenos. Hay que darles el trato de la espada o de la hoguera, que todo lo purifica. Hemos tomado todas las ciudades y castillos hasta el río y ya no hay más infieles. Así que, como representante de la Iglesia y siguiendo los dictados de nuestro Papa, interpreto que vuestra misión aquí ha terminado y, en el nombre de Dios, os perdono a todos, todos los pecados que hasta el momento hayáis cometido.

Un bramido de éxtasis recorrió a la multitud. Alonso, Roger y Cinta se miraron incrédulos.

—¿Qué significaba esto? —preguntó Alonso escandalizado.

Pero sus palabras se ahogaron por los bramidos de los ultramontanos asintiendo a las palabras del clérigo como un rebaño obediente.

—Los que queráis continuar —siguió el sacerdote francés—, sabed que Simón de Montfort, señor de Carcassone, os ofrece botín y derecho de saqueo en el condado de Tolosa. La amenaza cátara es peor que la musulmana y sus ciudades están repletas de tesoros. Id a luchar contra los cátaros y por Dios que, además, escaparéis de este calor infernal.

Las últimas palabras fueron recibidas con carcajadas. Ninguno acababa de acostumbrarse a la canícula del mes de julio y tomaban por demoníaco aquel clima.

El clamor fue ensordecedor iba subiendo a medida que las palabras del clérigo francés calaban entre la multitud.

Roger retuvo a Alonso, que parecía querer atacar al clérigo, rodeado por más de un centenar de caballeros europeos que le reían las gracias.

Cinta apoyó a Roger y entre los dos consiguieron hacer entrar en razón al caballero. Juzgando prudente alejarlo de allí.

A media tarde los reyes celebraron consejo privado. Se habían reunido en el alcázar de Calatrava, en un salón amplio y no admitieron otros testigos que sus secretarios personales. Una guardia en la puerta impedía el paso a todos los demás, con independencia de su cargo o condición.

—Amigo Pedro —comentó Alfonso VIII—, me parece que algo va mal.

El rey de Aragón asintió. A sus oídos también habían llegado los rumores que corrían por todo el campamento y en las últimas horas habían sido testigos de la riada de deserciones ultramontanas.

—Son los clérigos europeos, con los franceses a la cabeza ¿No podríamos enviar a los nuestros a tratar de frenar la oleada?

El rey de Castilla negó con un ademán de cabeza y los labios apretados.

—El arzobispo de Toledo me cuenta que vemos el fruto de la labor de muchos días. La semilla de la cizaña se ha ido plantando en las últimas semanas. Se están marchando. Nos dejan solos, en la hora de la necesidad.

Pere II tomó asiento llevando las manos a las sienes. Él era hombre de acción, todas esas disquisiciones teológicas le parecían un tema de curas o de cobardes.

—Entreguémosles más comida. Y vino. Les gusta el tinto de nuestras tierras a estos europeos.

El castellano tomó asiento a su lado.

—Ya lo hemos hecho, con proclamas y loas por sus gestas de gallardía. No ha servido de nada. El caudal de los que se tornan a sus tierras parece imparable. El saqueo de la ciudad ha colmado sus más descabelladas fantasías. Durante tres días han repasado Calatrava despojándola de cuanto botín en ella encontraban. Y las mulas que les dimos para cargar las vituallas de la campaña no sólo no las devuelven sino que se las llevan ahítas de tesoros.

El secretario de Alfonso VIII llamó la atención de su señor.

—Majestad —pidió el secretario—, hemos hecho averiguaciones y comentan que es por la bula del Papa. Según ella la cruzada ha acabado.

—Cobardes —replicó el rey de Aragón golpeando la mesa que tenía delante con un puño—.

Esto acaba de empezar. Ni siquiera hemos albirado al ejército del Califa.

—Los clérigos franceses han estado absolviendo a los cruzados y proclamando el fin de la campaña —murmuró Alfonso VIII.

—Sigo pensando que nuestra clerecía debería intervenir.

—Lo están haciendo. Pero los tratan de tibios y amigos de los sarracenos. Dicen que aquí nos hemos reblandecido por la cercanía con el enemigo y que el trato de la espada, como en Tierra Santa, es el único aceptable.

—Majestad he oído que algunos quieren saquear Toledo en el camino de vuelta. Se habla de quemar la judería y el barrio moro —apuntó el secretario.

—Esto es más grave de lo que pensaba. En cualquier caso —concluyó Alfonso VIII con mirada apesadumbrada— estamos perdidos.

—¿Y qué haremos?

El rey recordó los muchos años pidiendo una oportunidad para enmendar el desastre de la derrota de la batalla de Alarcos.

—Lo que hicieron nuestros padres, y nuestros ancestros antes que ellos: luchar. Aunque seamos uno contra muchos, lucharemos. No nos rendiremos hasta que no ya no queden fuerza en nuestros brazos. Mientras tenga aliento para comandar estaré sobre el caballo para sumarme a la última carga. Y allí... Dios dirá.

Pere II asintió con un cabeceo.

—Entonces está claro. Yo pienso lo mismo. Que se vayan esos ultramontanos. El año que viene me enfrentaré con ellos en los campos cátaros. Y allí ajustaremos cuentas.

Cuatro columnas se separaron del ejército principal para conquistar los castillos de la región. En una de ellos viajaron Alonso, Roger y Cinta. La campaña fue rápida y expeditiva y el castillo y la villa de Almodóvar se rindieron nada más divisarlos en el horizonte. Aseguraron el alcázar con una guarnición y se encaminaron a Salvatierra, para reunirse con el resto del ejército.

La antigua sede de los caltravos, allí donde Cinta soportara casi dos meses de asedio

inmisericorde, era el punto de encuentro de todos los cruzados.

Llegaron a Salvatierra el siete de julio, tras viajar todo el día a marchas forzadas.

El ejército ocupaba el llano. Aunque, ya a primera vista, uno se daba cuenta que faltaban muchas tropas.

El castillo seguía en manos musulmanas y no aceptaba la rendición. Lo habían rodeado pero los cristianos no habían intentado el asalto. El clima en el campamento, de tan profunda zozobra, parecía el de una hueste derrotada de refugiados que retornan, con penuria, al hogar arrasado por el enemigo.

Quizás una tercera parte de los que partieron de Toledo acampaba ante Salvatierra. De los cincuenta mil, apenas quedaban quince mil cristianos.

Iban observando todo esto cuando un clamor de trompetas llamó su atención.

Un contingente de tropas entraba en el campamento por el norte, siguiendo la ruta que venía de Calatrava. Se trataba de una mesnada de caballería pesada, bajo bandera roja con blasón de águila negra. La mayor parte de los cruzados se congregaban en su camino, dándoles la bienvenida.

Debía haber unos doscientos caballeros, en destreiros y armaduras recias y brillantes, todo lo cual indicaba su condición de nobles poderosos.

—El rey de Navarra ha llegado —anunció Alonso, reconociendo al punto la bandera.

Se miraron en silencio unos momentos, recordando las palabras del pergamino. Al-Nassir calificaba a los navarros como aliados y eso podía significar malas noticias.

Entrando en el campamento comprobaron que las tropas presentes correspondían a los ejércitos de Castilla y Aragón, más los freyres de las órdenes militares de los caballeros de Santiago, Calatrava, el Hospital y el Temple.

Las tropas del reino de Navarra hicieron alto ante el palenque de Alfonso VIII, donde también aguardaban Pere II, el clero y los maestros de las cuatro Órdenes.

Sancho VII descabalgó de un ágil salto y saludó a los dos Reyes con una leve inclinación de cabeza. Se irguió en toda su estatura y los murmullos crecieron, emparentándolo con la raza de los gigantes por su barba negra y rizada, mirada profunda de ojos oscuros, manos fuertes y anchos hombros. Incluso el alto y fornido rey catalán tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Sed bienvenido —proclamó Alfonso VIII acallando los murmullos, que reprochaban al navarro presentarse con tan pocas aunque vigorosas tropas—. Esta noche celebraremos Consejo y estáis invitado como huésped de honor con voz y voto.

Sancho VII miró a su viejo primo a los ojos. El Rey de Castilla le aguantó la mirada. Tras siglos de pendencias, reunificaciones, alianzas y traiciones, los dos reinos volvían a batallar juntos. El navarro odiaba al castellano, pero allí estaba. Había hecho caso omiso de la bula del Papa. Había menospreciado a los clérigos que lo visitaron, pero finalmente tuvo que ceder y presentarse, aunque con una ínfima parte de su ejército.

—Veo que el Reino de León y Portugal no han venido —continuó Sancho VII—. Quizás temen que los ataquen por la espalda.

Alfonso VIII sabía que no debía ceder a las provocaciones del navarro y, como venía haciendo en aquella campaña, respondió con tono pausado, meditando sus palabras sin tener en cuenta.

—Portugal vive una guerra civil, como bien sabes —le contestó calmado el castellano—. León no vendrá tampoco, pero no porque sus reyes no quieran, sino porque las Cortes de León no han aceptado.

El monarca de Pamplona sonrió.

—Te han pedido que respetes el Tratado de Tordehumos y restituyas las fronteras. Te han exigido que les devuelvas las villas y concejos que les arrebatasteis hace años... Podría unirme a sus reivindicaciones... Devuélveme la Rioja y las Vascongadas, primo.

El Rey pareció ignorar las provocaciones de Sancho VII.

—El heredero del Reino de León, Sancho Fernández, lucha en la cruzada con su abuelo Diego López de Haro. Y muchos caballeros leoneses y portugueses han tomado la cruz y nos acompañan. Te agradezco la ayuda, ya hablaremos de esas tierras.

Sancho VII no lo escuchaba ya. La referencia al Señor de Bizcaya le recordó que esos territorios los había heredado de su padre. La conquista del castellano lo enervaba, hasta tal punto lo enfurecía que prefirió retirarse antes de provocar algún conflicto.

Saludó, sin nada más decir, con una inclinación de cabeza y montando en su caballo de guerra cabalgó al otro extremo del campamento. En el sitio que juzgó más apartado mandó plantar las tiendas y disponer la impedimenta para una pronta partida.

Alonso, Roger y Cinta se reincorporaron a las tiendas del contingente de Diego López de Haro, al que estaban encomendados. Una vez instalados no les fue difícil reunir información de las nuevas de la campaña y de la tropa cruzada.

—¿Dónde están los ultramontanos? —preguntó Roger a un caballero de la orden de Santiago que ante una tienda reposaba.

Cinta miró los blasones de las banderas que coronaban las tiendas, y se dio cuenta que el templario llevaba razón. Ninguno de los cruzados europeos acampaba allí.

—Tornaron, los muy cobardes —refunfuñó el caballero con acento de gallego.

Roger dejó escapar un silbido, incrédulo. Viendo su expresión, el freyre de Santiago siguió hablando.

—Dijeron que la cruzada había acabado. Los clérigos franceses los absolvieron y se retiraron, poniendo como excusa el calor y la falta de comida para la campaña. Eso sí, Calatrava la repasaron durante tres días y las mulas que les regalara Castilla se las llevaron cargadas de botín. Ofendidos y de malas maneras, alguno hablaba de saquear la judería y el barrio sarraceno de Toledo.

Alonso tampoco podía creer lo que oía. Cinta no obstante apretaba los puños.

—No necesitamos a esos brutos desbocados.

Roger se tiraba de los cabellos.

—Dios mío, estamos perdidos —musitaba para sí—. Ese Arnaldo Amaury nos ha ganado.

El caballero de Santiago, oyó sus últimas palabras y negó con la cabeza.

—No, ese es de los pocos que se ha quedado. Deben sumar un centenar, más o menos. El Arzobispo de Narbona ha dicho que para él la cruzada no acabará hasta que vuelva el último cristiano a vadear el Tajo.

Roger intentó serenarse, respirando hondo y recordando que él no era nada, apenas un soplo en medio de un huracán y que, por tanto, poco podía hacer.

—Pero si ha sido el instigador. Seguro —acusaba Alonso—. Él quería que esta cruzada fracasara.

El de Santiago lo miró extrañado.

—Pues es de los pocos que se ha quedado —repitió mesándose la barba—. En cualquier caso, con los que somos, se dice que unos quince mil, acabaremos la campaña.

—Hemos perdido a más de dos tercios de nuestro ejército —se lamentó Roger mirando al cielo.

Se fueron encendiendo los fuegos y la intendencia preparó la cena con las brasas. En los perímetros se dispusieron hogueras y se ajustó la guardia, haciendo correr el santo y seña para distinguir al cruzado del espía sarraceno. Se despidieron del freyre de Santiago y se separaron a sus respectivas tiendas. La tarde fue muriendo, mientras observaban las sombras engullir el castillo de Salvatierra.

Cinta lo miraba con espanto, recordaba los días terribles del asedio cuando, perdida toda esperanza, imaginó que jamás volvería a ver el delta del Ebro. Una parte de ella había muerto allí, para renacer más curtida y descreída, más cansada pero decidida a poner prioridades en su vida alocada. Ya era hora de sentar la cabeza y tener un hijo. Todas las mujeres de su edad tenían dos y tres vástagos ya. Miró otra vez al horizonte y a Salvatierra.

El castillo seguía en poder del califa. Lo habían reconstruido en parte y aguantaba. Cinta también resistía. Hacía más de un año que seguía la encomienda de los calatravos. Apenas una semana atrás su plazo había vencido, y ningún acuerdo la ataba ya a la tutela de los freyres. Tenía ganas de volver a casa, sin embargo no lo hacía.

Alonso se reunió con ella un poco más tarde, al acercarle una ración de cordero asado y un pellejo de vino.

—¿Esto va en serio? —le comentó Cinta— ¿Vamos a por los cien mil moros? ¿Con quince mil?

El caballero se encogió de hombros.

—Hay que tener fe. Nuestra causa es justa y Dios nos dará fuerzas.

La Dama lo miró acusadora.

—No es al monje al que quiero escuchar, sino al caballero ¿Que dicen las Artes de la Guerra de esta desventaja?

Alonso acariciándose la barbilla fue a hablar, pero volvió a cerrar la boca, pensativo.

—No subestimes la fuerza de la caballería pesada cristiana. Pero es a Roger al que debes preguntar, él conoce de táctica y estrategia.

—¿Dónde está?

—Hablando con su maestro. Yo también debería hablar con Ruiz Díaz pero ya lo haré mañana, la noche es muy agradable.

—Ah, sí, las venias —dijo Cinta suspirando como si tuvieran que arrancarle una muela y estuviera demorándolo todo el tiempo que pudiera—. También debería presentar los respetos a mi rey. Se supone que, como vasalla, debo ponerme a disposición de Pere II antes de la batalla. Pero no voy a hacerlo hoy, no al menos mientras el Obispo de Tortosa merodee por las tiendas del contingente de la Corona de Aragón. No quiero ni verlo. Ya lo haré, más adelante. Aunque sea el mismo día de la contienda que, por lo que veo, va a llegar muy pronto. Pero, dime con sinceridad, ¿Podemos ganar?

—Depende —comentó Alonso—. Estamos en franca desventaja y debemos buscar un campo de combate que lo compense. Aquí en la meseta calatrava nos destrozarán. Su caballería ligera, con cientos de kilómetros para maniobrar, nos diezmara poco a poco. Llegará un momento en que los jinetes abandonarán a los infantes para huir a Toledo. Todo lo conquistado caerá con el ejército y el califa llegará victorioso a la capital en dos o tres semanas.

—Pues hay que buscar otro lugar, ¿Montañas?

Alonso negó con la cabeza.

—Lo mejor son las colinas o los terrenos con accidentes geográficos como ríos, lagos, peñas, marismas o bosques que condicionan la lucha y fijan el campo de batalla. Necesitamos un lugar que esté muy delimitado, que nada impida el choque frontal y permita la carga de caballería a galope tendido. Esa es nuestra mayor esperanza: una batalla campal en terreno favorable que nos permita una o sucesivas cargas cuesta abajo.

—Vaya, eso no es muy halagüeño —espetó la Dama negando con la cabeza, imaginando un posible desenlace con el ejército sarraceno victorioso haciendo prisioneros.

—Y tiene que ocurrir pronto. La batalla tiene que llegar en una o dos semanas. Estuve con la mesnada real y me fijé en el tema del abastecimiento. Es un gran problema. Como no entremos en batalla pronto nos quedaremos sin víveres. Cualquier otra opción nos deja en manos de Dios.

Cinta terminó su ración y echó la vista al cielo, a las brillantes constelaciones del claro cielo estival.

—Estamos locos —bufó la Dama.

Alonso se sentía a gusto al lado de Cinta y rio mirando al cielo estrellado. Continuaron hablando hasta que un heraldo, vestido con el blasón de Castilla (Torre almenada negra sobre fondo rojo encendido) les interrumpió con voz tonante tocando la trompeta y anunciando las nuevas a su sector del campamento

—El Consejo Cruzado de los Tres Reyes, reunido en Salvatierra, a todo el que oyere y entendiere. Se hace saber que el enemigo se encuentra cercano a Úbeda. Se pasará revista de tropas la tarde de mañana, 8 de julio y se emprenderá la marcha al puerto del Muradal para entrar en tierras de la Morería.

VIII. CHOQUE DE EJÉRCITOS

El 13 de Julio la tropa comandada por los tres Reyes llegó al Muradal, campo base cristiano para acometer la travesía de Sierra Morena. La cordillera, de unos cuatrocientos kilómetros, sólo podía cruzarse por unos pocos pasos y el de Despeñaperros —o la Losa— constituía la cerradura de todas las defensas musulmanas.

La tropa de avanzadilla tuvo que retroceder al encontrar fuerte oposición. A las dificultades usuales del paso, protegido por el castillo musulmán de Castro Ferral, se sumó la presencia de un gran contingente de tropas.

Habían encontrado, al fin, al ejército del Califa.

El día anterior se había trabado combate entre las dos huestes, si bien por lo agreste del terreno y lo reducido del campo, el choque se había saldado con pocas bajas. Las tropas castellanas y aragonesas protegieron su campamento de las hostigaciones y ganaron las alturas, para contar con

ventaja en la lucha que traerían los próximos días. Los sarracenos libraron a los cruzados la zona y las cumbres que asomaban a la meseta calatrava, parapetándose en la fortaleza, las gargantas y los estrechos de la zona andalusí, que uno encontraba antes del angosto paso de La Losa.

Los tres Reyes reunieron a todas las tropas en el campamento avanzado y se lanzaron contra el castillo de Castro Ferral. La fortaleza fue conquistada con facilidad. Se descubrió que pocos defensores ofrecían resistencia y corrió la voz que el Paso de la Losa también contaba con escasos combatientes.

Sin aún tiempo para celebrar la victoria, los Reyes tomaron posesión del castillo y, desde allí, mandaron a las tropas avanzar contra la vanguardia del Califa de Marrakech.

Pero si se preveía un avance rápido, pronto se vio que habían topado con la trampa perfecta.

Entre las tropas se distribuyeron varios haces, o contingentes de soldados, para salir a ganar el Paso. A su espalda, las cumbres estaban copadas por las tropas cristianas, pero todo el camino a través de las montañas aparecía plagado de enemigos. Los andalusíes trepaban hasta las mismas cumbres y los arqueros y ballesteros sarracenos los esperaban parapetados en las terrazas y estribaciones.

Subieron la cuesta a pie, por ser tan empinada la pendiente que los caballos suponían más un estorbo que una ventaja.

Los sarracenos, desde arriba, esperaban la llegada de los cruzados que, sudorosos y sin aliento, avanzaban para presentar batalla en el estrecho congosto. Mucho antes de llegar al Paso de La Losa, empezó la lucha y los cristianos se batieron con bravura.

Dos horas guerrearon los caballeros sin que el ejército cristiano tomara el Paso, puesto que luchaban con mucha desventaja.

Todo esto lo veían los Reyes, los cuales, a la vista de los informes de cuanto acontecía en los montes circundantes, dieron órdenes de volver a la zona cristiana, a estudiar cómo podía salvarse aquel escollo del camino.

Con la señal de repliegue, Alonso y Roger volvieron al campamento cruzado y se dirigieron al encuentro de Cinta, que ya había vuelto de las misiones de exploración que le encomendaran.

—Esto va a ser largo —comentó Roger— Ese paso está bien defendido y de nada sirve el número del ejército. Me recuerda a la batalla de las Termopilas, en Grecia. Allí trescientos

espartanos aguantaron a todo el ejército persa durante días.

Cinta examinaba sus heridas y les aplicaba unos ungüentos cicatrizantes.

—¿No hay otro camino? —preguntó Alonso.

Roger negó con la cabeza.

—Deberíamos cabalgar al este o al oeste para buscar los pasos de Fuencaliente o Santiesteban. En ese caso dejaríamos al Califa el camino libre para saquear Toledo.

—No tenéis heridas serias, pero guardad cuidado —comentó Cinta-. Quizás la próxima vez no pueda ayudaros.

Y un cierto desánimo fue cundiendo en el bando cruzado al comprender la situación. El Califa los tenía bloqueados y el conflicto podía durar semanas. Y eso los espantaba, puesto que no tenían suministros ni vituallas para aguantar tanto tiempo. Pronto llegaría el hambre y la sed y los cristianos deberían ceder el campo y volver a sus tierras, más de doscientos kilómetros al norte. Este problema, por el contrario, no acuciaba a los sarracenos, quienes luchaban cerca de sus bases y, por tanto, no iban a acusar la falta de intendencia.

— No podemos retirarnos —se lamentó Alonso.

— ¿Por qué no? —preguntó Cinta— ¿Por qué no retrocedemos a la Meseta y esperamos al ejército musulmán en el llano?.

El templario conocía los rudimentos de la táctica y la estrategia y sabía que eso no funcionaría.

—El Miramamolín no vendrá. Dejará que iniciemos el retorno a Toledo, cansados, desmoralizados y hambrientos. Él está en una posición ventajosa y sólo la abandonará para masacrarnos.

—¿Cómo?

—Mira, si volvemos grupas, la moral de los civiles caerá en picado. —Explicó Roger—. No entenderán que busquemos un mejor escenario de combate, para ellos será una retirada y cundirá el espanto. El Califa cuenta con una potente caballería ligera, especializada en atacar y retirarse. Y en la meseta nos destrozarán. Nos cubrirán de flechas y jabalinas sin entrar jamás en batalla. Eso en las cruzadas lo llamábamos “Tornafuy”.

Cinta pareció pensativa.

—Así que no podemos avanzar ni retirarnos. ¿Y ahora qué?

—Tampoco podemos quedarnos quietos —concluyó Alonso—. Nuestra línea de suministros tiene centenares de kilómetros. No podemos avituallarnos con facilidad. Calculo que tenemos comida para unos días, una semana a lo sumo.

Cinta suspiró acalorada, comprendía la gravedad de la situación.

—En Palestina una vez me encontré en similares circunstancias.— Recordó el templario—. El resultado fue un desastre. Cuando el ejército cruzado se colapsó, los jinetes huyeron abandonando a la infantería a su suerte y casi ninguno de los soldados de a pie sobrevivió.

Alonso miró a las alturas.

—En Marrakech vimos el número de su caballería. Son más jinetes que todo el ejército cristiano. Si no atravesamos ese paso estamos perdidos. Dios se apiade de nosotros.

Los Reyes celebraban concilio en Castro Ferral y los poseía el mismo desánimo. La situación parecía desesperada en cuanto al suministro de agua, puesto que en las alturas del puerto del Muradal resultaba difícil de encontrar. Los exploradores confirmaban que sólo a espada podía atravesarse Sierra Morena y que al otro lado el ejército del Califa esperaba con paciencia que dieran la orden de retirarse, para caer sobre sus espaldas a traición y aniquilarlos a todos.

* * * * *

Una fuerte discusión dividía a los tres Reyes. El de Navarra abogaba por retirarse, juzgando temeraria la empresa de ganar La Losa y forzar Despeñaperros por la fuerza de las armas. El de Aragón aconsejaba buscar otro paso y marchar contra las ciudades de la vega del Guadalquivir. El de Castilla sabía que no había otro camino que el que llevaba adelante, cualquier otra opción sólo podía conducir a la derrota.

Pese a que habían dado órdenes estrictas de que nadie les molestase, la puerta de la estancia se abrió y sus secretarios aprovecharon la pausa para mojar la pluma de águila en el tintero y repasar el contenido del pergamino.

Rodrigo Jiménez de Rada entró con las manos levantadas al cielo.

—¡Un milagro! San Isidro ha bajado a la tierra como antaño Santiago Matamoros auxilió a los nuestros en Albelda.

Los Reyes se lo quedaron mirando como si hubiese perdido la cordura, pero el Arzobispo de Toledo hizo pasar con un gesto a un rústico hasta la mesa de los Reyes. Cuando ya la puerta se cerraba entró otro prelado. El Arzobispo de Narbona, Arnaldo Amaury, se coló también en la estancia, mirando al legado de Toledo con una mirada que translucía su desconfianza. No obstante, nada dijo.

El montañés tampoco hablaba. Vestía con pieles de cabras y olía como si fuera una de ellas, con telas raídas y el aspecto descuidado del que vive en el monte, sin más compañía que el rebaño a su cargo.

—¿Arzobispo, qué decís? —preguntó Alfonso VIII, mirando con incredulidad al civil, no sólo por lo precario de su atuendo, sino por quedarle claro que se trataba de una persona humilde, que sólo podía hacerles perder el escaso tiempo del que disponían— ¿De qué milagro habláis?

Rodrigo Jimenez de Rada señaló al plebeyo.

—Este es Martín Alaja, pastor, que en estas tierras de frontera lleva rebaños en trashumancia por pasos y caminos por pocos conocidos. Cuéntales Martín, a los Reyes, lo que nos has explicado antes.

El pastor, con la gorra entre las manos, miraba al suelo sin saber qué decir.

—Habla, Martín —le espetó el secretario del Rey.

Miró de nuevo a los Reyes y nuevamente bajó la vista, buscando las palabras.

—Llevo rebaños a Albarracín y conozco los secretos de estos montes. El Paso siempre está vigilado por los moros, pero hay otro camino para el que lo sabe encontrar.

Los Reyes dieron un salto.

—Traed vino al pastor —gritó Pere II— ¿Es cierto lo que dices?

Martín Alaja asintió, con un golpe seco de cabeza, manteniendo la vista en el suelo.

El arzobispo volvió a levantar las manos al cielo.

—Lo hemos comprobado —declaró exultante, con una sonrisa de oreja a oreja-. Al Oeste de aquí, cerca de la peña de Malabrigo, una de las montañas más altas, hay un camino que conduce a un collado, que llaman de la Estrella: Es una vía romana, quizás el camino original que atravesara estos montes.

—¿Una calzada romana? —repitieron los Reyes, incrédulos.

El Arzobispo de Toledo en persona le acercó el vino que un sirviente pasaba al pastor.

—Un camino empedrado nos llevará al otro lado de Sierra Morena, que los romanos levantaron hace siglos. Conociendo lo bien que construían, habrá de llevarnos sin peligro sin que ni uno solo de los miles de soldados del Califa pueda impedirnoslo.

Los Reyes permanecieron en silencio, sospesando aquella nueva información. En verdad se giraban las tornas y, de estar atrapados como ratas, podían acabar en posición ventajosa.

—¿Es cierto eso? —aún preguntaba Sancho VII, Rey de Navarra, con una nota de incredulidad en su voz.

—No sólo es cierto —razonó el Arzobispo, con una sonrisa-, sino que es un milagro.

En ese momento el otro Arzobispo, el de Narbona, carraspeó.

—Yo tendría cuidado con no pisar esos abrojos. Si el Santo Padre se entera podrían no gustarle estas palabras. Os exijo que rectificuéis.

—¿Y todos sabemos quién se lo va a contar verdad? ¿Por qué seguís aquí? Todos vuestros diáconos han sido consecuentes con sus prédicas y han partido con los ultramontanos.

Arnaldo Amaury frunció el ceño.

—No sé qué insinuáis. Yo no tengo nada que ver, la prueba es que aquí estoy, hasta que el último de nosotros regrese a Toledo.

Alfonso VIII, viendo que la discusión subía de tono y sabiendo que ya nada podía hacerse con los ultramontanos, pidió que le mostraran el camino descubierto.

Y diciendo esto los Reyes, su séquito y los arzobispos, se dirigieron hasta la torre. Y en la atalaya más alta de Castro Ferral el pastor les indicó la dirección y los detalles del camino, que había marcado con cráneos de vaca. Transcurría paralelo al paso de la Losa, por las estribaciones de

las montañas más altas de la sierra. Desde allí el sendero se veía bueno y más convenía que así fuera, porque sino les esperaba el desastre. Desde la torre veían también la disposición del ejército sarraceno, apostado en todas las gargantas del camino, con las alturas dominadas por sus arqueros. Se veía una extensión de varios kilómetros, hasta donde abarcaba la vista, cubierta con la masa negra de la infantería enemiga.

Cinta tuvo conocimiento por el movimiento de exploradores de que alguna cosa importante ocurría. Se lo indicó a los caballeros y juntos se acercaron hasta las tiendas de Diego López de Haro, cuyos caballeros se estaban armando para la batalla.

Tras hablar con ellos, se enteraron de la historia del pastor y se unieron al grupo de avanzadilla, que había de abrir camino y buscar un lugar en el que plantar el campamento al otro lado de las montañas de Sierra Morena.

Alonso y Roger unieron fuerzas con el grupo de los exploradores de Castilla y a los almogávares de la Corona de Aragón, comandados por Garcia Romeu, que abrían la marcha.

— Parece una trampa —opinó Cinta mirando al cielo, como calculando cuantas horas de luz les quedaban—. Hay una senda indicada con cráneos de vaca que, según dicen, el propio pastor ha marcado.

Roger llamó su atención.

—¿No era pastor de cabras?

—Por eso digo que parece una trampa. Vayamos a verlos.

Se adelantaron al grupo y avanzaron en solitario. La Dama les mostró la senda, cuyos mojones los marcaban cráneos desnudos de reses devoradas por los lobos y otras bestias.

—Sigamos andando, a ver dónde nos conduce.

Continuaron durante una hora por un camino sin grandes desniveles, hasta el paraje conocido de Malabrigo, que tomaba su nombre de la montaña que se elevaba majestuosa.

Allí encontraron la calzada romana, de carreos desiguales, medio enterrada por el paso del tiempo, pero que aún podía usarse pese a los mil años de olvido.

La siguieron durante unos kilómetros. Avanzando con lentitud, escuchando a cada rato, con la flecha en la cuerda del arco y la espada desenvainada. En las peñas circundantes oían el fragor de

las huestes sarracenas y rezaban para que aquéllos no advirtieran su maniobra.

Al cabo de un rato dejaron atrás el collado de la estrella, vadeando ríos y afluentes, e iniciaron el descenso hasta el otro lado de Sierra Morena.

Habían cruzado.

—El paso parece bueno —razonó Alonso, mirando el horizonte que conformaban las tierras cercanas a Úbeda— ¿Quién lo iba a decir? Si pudiéramos llevar la batalla a estas colinas, a estas Navas de la Losa, nuestra suerte podría cambiar. Fijaos cuan sinuosas se presentan a nuestros ojos. En este terreno la caballería ligera del Califa está en desventaja.

Todo el paisaje al otro lado de las montañas parecía formado por colinas de dispar extensión y pendiente. Desde las alturas de Sierra Morena las estribaciones rocosas descendían hasta formar un mar de innumerables colinas.

—Volvamos atrás —les previno Cinta—, estamos muy expuestos aquí, cualquiera que mire en esta dirección nos verá.

Desanduvieron el camino con sigilo y se unieron al grupo armado de López de Haro y García Romeu. En general la tropa llegó a las mismas conclusiones, alegrándose de haber encontrado un paso franco que los sarracenos no cubrían.

—Sigamos avanzando —ordenó el Señor de Bizcaya—. Busquemos un buen lugar para instalar el campamento.

Y así lo hicieron con las últimas lunas del trece de julio, hasta dar con una meseta de varias hectáreas.

—Este lugar es perfecto —declaró el castellano—. No sólo dará cobijo a todo el ejército, sino que nos permitirá organizarnos, a salvo de las algaradas del moro.

Y ciertamente los cruzados no daban crédito a sus ojos, debido a que la colina donde habían ido a parar parecía lo suficientemente escarpada para impedir una carga de caballería enemiga.

—Regresemos a informar a los...

—¡Moros al mediodía! —gritó un caballero señalando al sur.

En ese momento vislumbraron una columna de caballería sarracena acercándose al galope. El Señor de Bizcaya se dirigió al otro general, el catalán García Romeu, pactando una estrategia para poder disponer con órdenes a los suyos.

Los sarracenos debían ser unos doscientos, les superaban en número pero se trataba de tropas ligeras, de hostigamiento, escasamente armadas y protegidas.

Los cristianos se dividieron en dos mesnadas y cada una descendió la colina por uno de sus lados. Diego López fue el primero que entró en batalla contra los musulmanes y los trabó en combate cerrado, esperando el refuerzo de García Romeu. Roger, Alonso y Cinta batallaron con su mesnada hasta que el general catalán llegó a los pocos minutos, tras acabar de rodear el cerro por el este y sorprendió a los sarracenos por la espalda.

Unas horas más tarde, una gran conmoción sacudió el campamento cristiano cuando se conoció la noticia del Paso. La ruta del pastor discurría paralela al camino conocido, donde se apostaban los dos ejércitos, y por algún capricho del destino la hueste sarracena no podía hostigarlos por lo agreste y escarpado del terreno. Una montaña los separaba y los riscos y despeñaderos entre las dos tropas eran tan pronunciados que sería imposible que pudieran atacarlos. Ya en el otro lado, la meseta descubierta les proporcionaba una posición defensiva desde la que esperar la acometida del Califa con ventaja.

Oscurecía cuando los Reyes mandaron una parte de la tropa a montar el campamento en ese altiplano escarpado, donde tan bien habían despachado los de la vanguardia a los enemigos. Corrió la voz de que, al alba, el Rey tendría la mesa dispuesta en el nuevo campamento y la colina tomó nuevo nombre, por inspiración del propio Alfonso VIII.

Nada de esto sabían los musulmanes y por los prisioneros capturados conocieron que la intención del Califa consistía en desgastarlos para forzar su desbandada.

Aquella noche pocos pudieron conciliar el sueño y muchos se preguntaban si no se trataría de una trampa que el astuto al-Nassir les tendía y ellos, confiados, mordían la celada, ignorando algún hecho crucial que aún no había sido revelado.

A la mañana siguiente, los cristianos abandonaron el castillo de Castro Ferral, para sorpresa de los sarracenos. Levantaron el campamento y tomaron el paso del pastor.

Los musulmanes abandonaron el congosto de la Losa y reconquistaron el castillo, gritando de alegría, mientras los cruzados parecían retirarse. Ya el Califa se frotaba las manos, enviando cartas a sus ciudades, vanagloriándose de que había conseguido poner a los cristianos en retirada.

Mientras los sarracenos avanzaban hacia Castilla los españoles cruzaban el paso del pastor

y se plantaban en la vega andaluza. Se disponían los musulmanes a lanzarse en persecución de los cruzados, hostigándolos durante todo el camino a Toledo, cuando los exploradores informaron al Califa de que no sólo no se retiraba el enemigo, sino que cruzaba toda la cordillera de Sierra Morena por un congosto desconocido que los llevaba, sanos y salvos, a las navas del otro lado.

La caravana del ejército se alargó muchos kilómetros, transportando los miles de mulas que cargaban con la impedimenta, Durante toda la mañana recorrieron el camino que les marcara el pastor. Iban cantando y con paso lento, siguiendo la calzada romana que cruzaba los arroyos de montaña y salvaba los abismos y las gargantas salvajes.

Y así, sin que nada pudieran hacer las tropas del Califa, salvo observarlos desde las estribaciones cercanas a la Losa, los cristianos cruzaron Sierra Morena y plantaron el campamento en la colina que, desde ese instante, se llamó la Mesa del Rey.

Caía la tarde del catorce de julio cuando, a salvo ya en el campamento cruzado, los cristianos plantaron el campamento.

Con gran eficacia se distribuyó el campamento en la Mesa del Rey, delimitando avenidas y agrupando a las tropas por reinos y por Órdenes. Se plantaron las tiendas, se acomodó a los caballos y se prepararon para pasar allí la noche. El grueso del ejército del Califa abandonó el paso de la Losa y plantó el campamento en otra colina, a unos tres kilómetros de la cristiana.

Así quedó delimitado el que habría de ser el campo de batalla y ya el destino eliminaba cualquier otro desenlace que no fuera el de la batalla campal, de la que sólo un ejército saldría victorioso.

Al Norte, la cordillera de Sierra Morena delimitaba el campo sin posibilidad de que pudieran sufrir un ataque por la espalda. Los cristianos protegieron el paso de las cabezas de vacas y ningún peligro iba a presentarse por allí.

Por el este y el oeste, dos arroyos enmarcaban el enfrentamiento, de manera que la caballería y el resto de tropas sólo podrían discurrir en los tres kilómetros que lo separaban.

Sólo por el Sur, a espaldas del campamento de al-Nassir, el terreno se abría extendiéndose hasta Baeza y Úbeda, por muchos kilómetros. Los dos ejércitos habían quedado encarados en las Navas de la Losa, una zona delimitada geográficamente por esos montes y arroyos.

—El terreno nos es favorable —indicó Roger, señalando los distintos puntos—. Dios ha escuchado nuestra plegarias. Aquí los miles de jinetes sarracenos son bastante inútiles, puesto que no pueden desplegar sus tácticas cobardes de atacar/huir y huir/atacar en tornafuy. Si se atreven a ponerse en el camino de nuestra caballería los vamos a destrozar.

Alonso también estudiaba el terreno, observando además como la ingente tropa musulmana descendía hasta plantarse en las colinas cercanas.

Un llano de apenas un kilómetro unía las dos colinas.

—La batalla tendrá lugar en el llano de allí abajo —señaló el calatravo—, mucho me tranquiliza saber esto, porque los sarracenos son demasiados para nosotros.

Y poco a poco se iban desplegando los soldados del Califa, hasta adoptar formación de combate. Las unidades tomaban posiciones en las colinas y allí aguardaban a que los cristianos descendieran de la Mesa del Rey adoptando orden de batalla.

Cinta los estudió con detalle. Era el mismo ejército que había sufrido en Salvatierra: innumerables peones y millares de jinetes. Muchos más que los cruzados, tantos, que les triplicaban en número, o quizás más. Las tropas musulmanas siguieron aguardando, sonaron las trompetas y retronaron los tambores.

En el campamento cristiano los Reyes habían dado órdenes de no caer en la provocación y de asegurar el campamento, de modo que estuviera bien organizado. Fueron pasando las horas y los cruzados no recogieron el guante y no se lanzaron contra los sarracenos.

Mucho debió meditar el Califa, puesto que ocurría lo contrario que en Alarcos. Envío destacamentos de agzaz y caballería ligera para espolear a los cristianos, pero éstos no presentaron batalla. Decididos a aprovechar la ratonera que impediría al Califa desplegar sus cuantiosas tropas.

Así, en nueve kilómetros cuadrados, los dos ejércitos iban a decidir, en batalla, si Europa sería cristiana o musulmana.

* * * * *

Cuando el sol caía, el ejército del Califa se retiró a su campamento. Corrió la voz entre los sarracenos: Los cruzados sentían tal pavor ante la hueste de al-Nassir que no se atrevían a hacerle frente. Toda la noche oyeron las celebraciones que el viento les traía del bando musulmán.

Los Reyes habían decidido dejar descansar a las tropas. Veinticuatro días hacía que partieron de Toledo, para cruzar sus montes y saquear la ciudad de Malagón a finales de junio y caer sobre Calatrava el primero de julio. La semana siguiente habían conquistado los castillos de la Meseta, para volver a concentrarse en la fortaleza de Salvatierra el siete de julio. Desde allí, a marchas

forzadas, vadearon el paso del Muradal luchando en las estribaciones de Sierra Morena, hasta tomar el castillo de Castro Ferral y quedar bloqueados en el paso de la Losa. El pastor les condujo por una ruta de más de doce kilómetros por los valles de Malabrigo, la Estrella y la Ensanchar, a través de la vía romana, hasta dar con la Mesa del Rey. La tropa estaba extenuada y sedienta, acusaba las privaciones del camino y mucho se ganaba dejándola descansar.

Cercano el crepúsculo del catorce de julio, los heraldos reales tocaron a fanfarria y se convocó a los combatientes. Alfonso VIII mandó llamar al pastor, Martín Alaja, y desenvainando su espada le ordenó que se arrodillara ante él.

—Por vuestros servicios, os nombro caballero y llevaréis el nombre de Cabeza de Vaca —anunció tocándolo con la espada los hombros y la testa—, en el nombre de Dios, San Miguel y Santiago Matamoros, os concedo el privilegio de portar escudo de armas e impartir justicia, nombrándoos señor de la villa que escojáis. Levantaos, Don Martín y que sepan todos que contáis con la estima de los Reyes cristianos.

Un murmullo de admiración recorrió a los cruzados, pero el Rey de Castilla lo interrumpió levantando el puño.

—Dios nos ha sonreído —continuó—, allí está el Miramamolín y en batalla decidiremos si vamos a ser sus esclavos o extendemos la cristiandad a todas las tierras del antiguo reino godo. Pero ni hoy ni mañana acudiremos a la lucha, descansad pues y preparad los cuerpos y las almas para el juicio de Dios. Mañana guardaremos el día del Señor y el lunes, al alba, cabalgaremos hacia la victoria.

Los gritos y consignas se elevaron en el campamento cruzado y, esta vez, el Rey de Castilla dejó que resonaran, pensando que bien servían para elevar la moral de las tropas. Los voceros repetían sus palabras a los que se encontraban más atrás, y había que darles tiempo.

—Los moros son muchos —continuó el Rey—, tendréis que hacerme el favor de acabar cada uno al menos con cuatro de ellos, pero no dudo que lo conseguiréis. Al final, bien contados, no son cien mil sino la mitad los que han venido aquí a luchar. De manera que el lunes formaremos el ejército, en tres cuerpos de tres haces cada uno. La vanguardia del cuerpo central la otorgo al Señor de Bizcaya, Diego López de Haro, para que demuestre en batalla que no fue por su valor que se sufrió la derrota de Alarcos.

Los caballeros con blasón de dos lobos negros sobre campo de plata, perteneciente a los Haro, golpearon sus escudos con los puños enmallados.

—La medianera del cuerpo central la ocuparan las órdenes militares, comandadas por Alvaro Núñez, Alférez de Castilla y Conde de Lara. Yo mismo comandaré la zaga, con la mesnada real

y el resto de tropas castellanas.

Los caballeros del blasón de las tres marmitas negras de los Lara aporrearon sus escudos con la empuñadura de la daga.

—El ala izquierda la cedo a mi amado amigo el Rey Pere de Aragón para que se organice por sí. Y el ala derecha a mi estimado primo el Rey Sancho de Navarra, al que reforzaré con caballería y las tropas de Ávila, Medina y Segovia.

Las tropas civiles, agrupadas bajo las banderas de sus ciudades, lanzaron vítores. Luchaban por su propia libertad de manera que, como hombres libres, pocos pueblos podían igualarlos en arrojo y valor.

—En cada uno de estos haces se mezclarán, con la caballería, las tropas de los Consejos y Milicias de las ciudades, de modo que no nos pase como en Alarcos. Aquí los civiles se verán apoyados por los nobles y unos por otros debemos resistir.

El griterío, que ahogó sus palabras, fue atronador.

—Nuestra misión es muy sencilla. Lanzaremos una carga tras otra, en olas sucesivas que vendrán a romper la formación musulmana hasta desbandarlos. Que todo el mundo descanse y se prepare. Los sargentos que empiecen a organizar las compañías, los generales a disponer todos los hombres. Dios se apiade de esos desgraciados.

Y con estas palabras, y los gritos de los guerreros, se insufló un espíritu de ánimo que vino a disipar el cansancio y el temor a las cuantiosas tropas sarracenas.

Cinta y Alonso se acomodaron en las tiendas de la Orden de Calatrava y Roger se despidió de ellos, para pasar la noche en la sección de la Orden del Temple.

Alonso se reintegró a la disciplina de su orden y se acomodó con su comroi de caballería. Él pasó a dormir con un escudero y supervisó a dos jinetes seculares que le fueron encomendados. Cinta, al servicio aún del caballero, dormía en una tienda individual en el sector de los calatravos, al lado de las del freyre y los jinetes.

Al día siguiente, el 15 de julio, se respetó la misa de domingo mientras los cincuenta mil sarracenos de al-Nassir esperaban, tostándose en la canícula, que los cristianos presentaran batalla. No lo hicieron, pese a las algaradas y provocaciones de la caballería ligera árabe. El califa les observaba desde su tienda, cercana unos tres kilómetros frente a la tienda carmesí.

Roger les presentó al escudero que le habían asignado, Jaime de Miravet (un zagal de apenas dieciséis años) recién admitido en la orden. Cinta y el muchacho hablaron largo rato sobre la situación en las tierras que el Ebro bañaba con sus aguas.

A media tarde les llegó el rumor de las noticias arrancadas de un prisionero sarraceno. Al parecer había gran descontento en el contingente andalusí, más cercano a la sublevación con el califa que a su aprecio. La gota que había colmado el vaso fue la ejecución de Ben Qadas, cadí de Calatrava, héroe andalusí de la lucha de frontera, ajusticiado por desobedecer las órdenes del califa —que nunca le llegaron— de no rendir la ciudad a los cristianos.

Llegado el crepúsculo, el templario se aseguró que su destbrero estuviera bien atendido y, dejando al escudero repasar el equipo de campaña, se encaminó a la tienda de su superior. Pidió ver a su maestro, Gómez Ramírez, que lo recibió mientras escribía una misiva dirigida al Santo Padre.

—Ah, Roger, pensaba llamarte más tarde para confiarte la carta que deberás llevar a Roma, no bien acabe la batalla, explicando a su Santidad cuál ha sido el desenlace de la misma.

El franco frunció el ceño.

—Maestre, creí que recibiría la dispensa no bien acabara la lucha. Podría pedir me destinarais a Fitero, lejos de la guerra y la frontera.

Gómez Ramírez lo miró con expresión adusta, los labios formando una fina línea apretada.

—Es imposible, Roger, hay mucho que hacer y sois muy necesario

El caballero suspiró, temía una respuesta como aquella.

—Hace más de veinte años que hay mucho por hacer —dijo contrariado—. Creo haberme ganado la dispensa.

El Maestro bufó.

—¿No me habéis oído, frey Roger de Troyes? No hay dispensa. Quizás el año que viene, si ganamos la batalla, pueda considerarlo. Y ahora habla con el alférez... ¿Qué pasa? ¿Es rebeldía lo que ven mis ojos?.

Mucho extrañaba al Maestro del Temple la firme expresión de su subordinado. De no tratarse de un hermano, hubiera pensado que presenciaba un amotinamiento, porque la expresión del caballero, normalmente tranquila y afable, traslucía rabia y violencia.

—En ese caso —contestó Roger, lentamente, pronunciando cada palabra como si fuera un bocado exquisito, con el cuerpo tenso y envarado—, presento mi renuncia a la Orden de los Pobres Caballeros Cristianos del Templo de Salomón.

El Maestre dejó el pergamino, al que la pluma había deslizado en un borrón al oír aquellas palabras.

—¿Qué? ¿Nos abandonas ahora, antes de la batalla? Estamos en *proelium* ante los enemigos de Cristo. Si te vas ahora cometerás un delito grave. La pena es la muerte. —Sentenció rojo de ira.

—No voy a marcharme —puntualizó Roger—, voy a combatir en la batalla como caballero seglar, a vuestro lado si así lo disponéis, ganando el perdón al final de la lucha, de todos los pecados y delitos cometidos.

El Maestre se puso en pie, viendo que el caballero hablaba muy en serio.

—¿Es firme esa decisión? —preguntó.

Roger asintió, con una inclinación de cabeza.

—Muy bien —continuó el Maestre, con los ojos entrecerrados—, en compensación por tus años de servicio conservarás las armas y el título de templario hasta después de la batalla. Quizás te alcance el perdón del Papa, pero pondrás fin a tu encomienda y te retirarás con deshonor.

Roger levantó la vista y mantuvo la mirada del Maestre. Muchos y arduos habían sido los años de servicio, poniendo su vida en peligro para la causa templaria. Tenía el firme convencimiento que, aquello que recibiera de su Orden, lo había devuelto con creces.

—El honor ya no me importa —musitó.

La frase pareció enfurecer más a su Maestre, que tomó la carta dirigida a Inocencio III y la estrujó hasta formar una bola que arrojó a un extremo de la tienda.

—Mucho había confiado en ti y tu misión fracasó estrepitosamente. Necesitados estamos de una Cruzada en Tierra Santa y has sido incapaz de impedir que ésta se decretara en España. Y ahora abandonas el barco como las ratas. Muy bien, pues, Roger de Troyes, lucharás en la batalla como caballero seglar, pero lo harás en primera fila, al lado de los pocos francos que aún permanecen en el ejército.

Roger nada dijo. Le parecía el colofón perfecto a los muchos años de sacrificios y desengaños en la balanza de sus aportaciones a la Orden. El Maestre parecía esperar una réplica, así que el franco añadió.

—Si así lo disponéis... Así será. Pero mi renuncia sigue firme.

Y tras estas palabras se retiró, dejando al Maestre con un humor de perros, que sufrieron cuantos con él hablaron el resto de la jornada.

* * * * *

La víspera antes de la batalla algunos se confesaron, otros se preguntaban si Dios tendría a bien permitirles presenciar de nuevo el ocaso. El perdón del Papa no mitigaba la sensación de que a uno lo estaba observando la Muerte.

Cinta dejó a Alonso y se encaminó a las tiendas del Rey Pere II. Había demorado presentarle sus respetos por la presencia en el séquito del Obispo de Tortosa, pero ya no había tiempo para más aplazamientos. Debía cumplir con su obligación.

Las tropas catalanoaragonesas acampaban juntas ocupando un tercio del campamento cristiano, agrupadas en torno al estandarte de los nobles y al pabellón real. La Dama de Tortosa estudió los blasones, buscando las cuatro barras carmesí sobre fondo de oro del monarca.

Al llegar a la tienda, se anunció y solicitó ser recibida por Pere II. El escribano que la atendió desapareció dentro, con una sonrisa, dejándola observando el crepúsculo que alargaba las sombras.

Al cabo de unos minutos, un heraldo salió de la tienda y, sin mediar palabra la estudió de arriba abajo, sin poder contener una sonrisa lasciva. Volvió a entrar, dejando a Cinta con la sospecha de que iba a tener que usar los cuchillos.

Seguía en tensión cuando escuchó un rumor al otro lado de la tienda. No se atrevía a abandonar la entrada, por si la llamaban en ese momento, pero oyó a lo que parecían diez personas alejarse entre risas, gruñidos, acordes de laúd y voces alegres de hombres y mujeres.

Aún se preguntaba que ocurría en la tienda del Rey, cuando alguien apartó la tela que

cubría la entrada. El heraldo, con una sonrisa achispada por el vino, la invitó a pasar, deslizando la mirada por toda su espalda, como un babuino baboso. Cinta paró y encaró al heraldo, mirándolo fijamente a los ojos. Éste, al ver en ella la resolución del guerrero, tragó saliva y le inclinó la cabeza a modo de excusa. La Dama continuó avanzando, apreciando el desorden de las piezas de armadura y armas diseminadas en la estancia, avanzando con cuidado hasta el fondo, iluminado con costosas lámparas de aceite.

—Que cada castillo se prepare para entrar en campaña. Deben introducirse espías que informen sobre cruzados franceses...

Oyó su voz varonil mucho antes de verle. Pere II la esperaba tumbado en un rincón alfombrado con pieles, bebiendo vino tinto en copa de cristal labrado, mientras dictaba una carta a su secretario. Interrumpió, al verla, la narración y una sonrisa de pillo escapó de sus labios, al tiempo que se ponía en pie de un salto.

El Rey era joven, alto y atlético, de rubios cabellos y apostura de galán. Su sonrisa se hizo más amplia, enseñando unos dientes blancos a los que no faltaba ninguna pieza, cosa realmente extraña en aquellos tiempos de tribulaciones. Pere II se encaminó a un escritorio y tomó asiento, indicándole a Cinta que se sentara a su lado. La miró de nuevo, deteniéndose con descaro en las formas sinuosas de la Dama.

—Vaya, vaya —dijo en catalán chasqueando la lengua contra el paladar—, y ¿Dónde estabas tú?.

Cinta empezó a sentirse incómoda, decidió hacer lo que se había propuesto y salir cuánto antes de aquella tienda.

—Majestad, vengo a presentaros mis respetos como vasalla que soy de Tortosa y miembro de la Orden de las Damas del Hacha y a ofreceros mis servicios por si son requeridos.

Inclinó la cabeza al hablar, en señal de deferencia ante su Rey y Pere II aprovechó para otear el valle de sus pechos.

Un incómodo silencio llenó los siguientes segundos, mientras el monarca parecía atontado sumido en sus pensamientos. Al ver que se esperaba de él que acabara con el formalismo, el catalán carraspeó.

—Sí, por supuesto. Acepto tus servicios, pero, antes conozcámonos, cuéntame ¿Acabas de llegar? ¿No te acompaña nadie?

Mientras hablaba, Pere II hizo dos gestos. Con el primero, el secretario se retiró de la

estancia. Con el segundo, un sirviente apareció y sirvió a Cinta una copa del vino que bebía el Rey.

—Estoy encomendada a la hueste de la Orden de Calatrava, cumpliendo penitencia por disposición del Obispo de Tortosa.

El sirviente no aceptó el gesto que le hiciera la Dama y ésta se vio en el compromiso de tomar la copa en sus manos. En el momento en que lo hizo, el Rey levantó la suya y brindó con Cinta.

—Por las sorpresas que nos trae el camino —propuso con mirada traviesa y chasqueando los dedos, el sirviente desapareció dejando el vino sobre la mesa.

Estaban ahora solos.

Cinta probó el vino. Se trataba de un tinto espeso y aromático, le evocó las tierras de su infancia y notó como le caldeaba la garganta y el estómago, donde pareció estallar calentando sus miembros. Nunca había probado nada igual.

—Como éste no catarás —comentó Pere II—, es del Priorato de Scala Dei y parece tocado por el propio Baco. Bebamos.

Pere II vació la copa y, tomando él mismo la botella, escanció de nuevo el vino. Una música de laúd empezó a sonar, sin que la Dama viera al músico. Miró alrededor y se dio cuenta de que se encontraba en la estancia personal del Rey. Había una cama, bien dispuesta, a menos de cinco metros de ellos. Empezó a sentirse nerviosa por la mirada fija, como hipnótica, del monarca.

—Mi Señor —pidió Cinta—, la noche se acerca y debo retirarme a descansar, puesto que mañana toca luchar y acaso morir en batalla contra el moro. Sería prudente que vos también guardéis reposo, puesto que dura se prevee la jornada.

Pere II rió y bebió un largo trago de su copa.

—Te ordeno que mañana te sumes a la tropa del Reino de Aragón, dónde legítimamente perteneces. Voy a situarte a la zaga, con mi propia mesnada. No hay ninguna Dama de Tortosa en la hueste y ¿Debemos poner remedio a eso, verdad?

El Rey iba acercándose poco a poco, con mirada chispeante. Cinta sabía que la situación cada vez se encaminaba a un punto en el que diría o haría algo, de lo que después se arrepentiría.

—Así lo hare, mi rey y ahora concededme la venia para retirarme a descansar.

Pere II pareció contrariado.

—¿Dónde vas a estar mejor que en las estancias de tu Rey? Anda, ven, mañana habrá una batalla y quizás esta es la última oportunidad para que nos conozcamos. Me gusta saber de mi pueblo y creo que vamos a entendernos muy bien.

Cinta miraba a todos lados como un animal acorralado mientras Pere II seguía acercándose, ya tenía su mano asiendo la suya. En el pasado hubiera desenvainado la espada, y caído en desgracia sin propósito de enmienda por atacar a su Rey. Pero el contacto con Roger y Alonso le había enseñado otra manera de aprovechar el fuego de su ira.

—Pero Señor, ¿Qué os proponéis?. He tomado voto de castidad —mintió, con voz inocente—, con la Orden de Calatrava y debo retirarme ya.

El aragonés rio con todas sus fuerzas, palmeándole la rodilla en un gesto jovial.

—Brindemos —ofreció, sin dar a Cinta otra alternativa que beber de nuevo del potente tinto— ¿Qué majaderías son esas? Debería ser pecado que tan hermosa mujer frecuentara a monjes y tomara votos. De todas maneras, respóndeme, Dama Cinta. ¿Mañana lucharás en la batalla contra el Miramamolín?

Ella asintió. El Rey tenía una sonrisa contagiosa y empezaba a notar el efecto desinhibidor del vino.

—También lucharé mañana.

La sonrisa del Rey se hizo más amplia.

—Lo ves —añadió—, entonces estamos de suerte. Si algo ocurriera, lo de esta noche no tendrá importancia. Morirás mártir y ascenderás a los cielos bajo el acorde de trompetas de la hueste angélica. Y si sobrevives... te perdonarán los pecados y será como si hubieras cumplido el voto de castidad. Pequemos pues, mi Dama, que ya el día acaba y la noche todo lo cubre con el manto del olvido. Aprovecha el día, ahora. Estamos tan a gusto aquí, en esta tienda confortable. Mañana quedarás perdonada y podrás seguir con tu voto y tu vida, como si nada hubiera ocurrido.

Mientras hablaba, el Rey Pere II recorría con sus dedos los brazos de Cinta, sin apartar ni un instante los ojos de su rostro. La Dama empezaba a sentirse tentada, puesto que el Rey era apuesto y famoso por sus atenciones como amante.

Pero mientras observaba a Pere II, el rostro de Alonso apareció en su memoria y entonces supo qué quería hacer en las horas por venir. Aunque se tratase de las últimas de su vida, o precisamente por ello.

Así pues se puso en pie, muy lentamente.

—Mucho me gustaría complacer a mi Rey —dijo simulando una nota de pesar que no sentía—, pero si tomé voto de castidad fue a la fuerza, debido al mal que me aqueja y que no quiero contagiar a otros.

La sonrisa de Pere II se heló en su rostro.

—¿De qué mal habláis?

Cinta tomó aire. Puesto que iba a mentir a su monarca, debía resultar convincente, así que, sin ni siquiera pestañear, añadió.

—Un hombre me forzó, allá en Tortosa. Se supo que tenía una peste y malos humores, de suerte que todo aquel que yace conmigo, se ve aquejado de un dolor que nada apacigua y le impide amar en contubernio por la maldición del miembro flácido.

El Rey echó la silla atrás, horrorizado. Cinta continuó.

—Pero eso a vos no os afecta, que contáis con doctores y sabios que buena medicina habrán de procuraros, una vez lleguéis a Barcelona.

Pere II se acercó a una campana y la tocó. Un sirviente entró en la estancia.

—Manda llamar al grupo de los señores de Montcada y al de Reus, que regresen al punto con los juglares, las escanciadoras y su mesnada —le ordenó el Rey. Luego, dirigiéndose a Cinta, añadió—. Bueno, se está haciendo tarde y todos debemos descansar para la batalla de mañana. Preséntate al alba. Ve con Dios.

Cinta se inclinó ante su Rey y, con toda la ceremonia que fue capaz de atesorar, se retiró lentamente de la tienda, feliz de haber escapado de las garras del lujurioso aragonés. Los romances cantaban de su opíparo apetito, que sólo a su mujer legítima hacía ascos.

Cuando salió al campamento era ya noche cerrada y se encaminó a las dependencias de los calatravos. Se sentía liberada, como si flotara, feliz y desinhibida. En el camino observó al escudero, compañero de tienda de Alonso, dirigirse a la zona de capillas y una risa escapó de sus labios.

—El Rey tiene razón —se dijo— mañana todo cambiará.

Entró en la tienda de Alonso, en la oscuridad. Escuchó la respiración del caballero dormido al fondo. Asegurándose de cerrar la entrada, de manera que nadie pudiera interrumpir, se desvistió de todas sus ropas.

A tientas, avanzó en las tinieblas y se metió en la cama de Alonso. El calatravo dormía cuando lo abrazó. Era ahora o nunca, pensó, sentía una fuerte emoción por el caballero y la idea de que podía caer en batalla le hacía perder la cabeza.

Alonso dormía sin ropa, quizás por el calor, quizás esperándola, pensó sonriendo y sus cuerpos desnudos se encontraron bajo las sábanas. El caballero pareció despabilar.

—¿Qué pasa? —preguntó soñoliento.

—Soy yo —susurró ella—, calla.

Sintió como el calatravo forcejeaba débilmente para liberarse.

—Sal de aquí, mi causa es la de Dios y sólo a él sirvo —dijo, con escasa convicción.

Sentía el aroma de los cabellos de Cinta, la suavidad de su piel y el calor de su abrazo. Las caricias de la Dama encendían su cuerpo, haciéndole perder el control, de manera que los instintos le dominaban.

Pese a que intentaba resistirse, lo hacía como si la batalla estuviera perdida.

—Tendré que ordenártelo...

—Hace tiempo que acabó mi encomienda de un año, tonto. Si he seguido a tu lado es porque he querido.

—He tomado votos...

—Mañana te lo perdonarán. Calla, ahora, y ámame. Esta noche es para nosotros, quizás sea la última que pasamos en este mundo, y tengo miedo de perderte. Abrazame fuerte, Alonso y dime que no morirás mañana.

El caballero se sentía confundido pero, pese a que intentó vencer la tentación, recordó como la aguja del deseo lo pinchaba desde que conociera a la atractiva joven. La Dama tenía razón.

El peligro de morir ocupaba su mente, con tal espanto que para olvidarlo lo mejor era aferrarse a la vida. Suspiró, acaso por la inocencia perdida y buscó con sus labios los de Cinta, dejando ahora que sus manos se movieran por el cuerpo desnudo de la mujer, sintiendo un éxtasis, pensó, que sólo podía venir del Séptimo Cielo.

IX. LA BATALLA Y EL DESASTRE

Las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212

Amaneció como cualquier otro lunes y Roger recibió el alba en su tienda, rezando, con los brazos en cruz, estirado sobre el suelo y con el rostro en tierra.

Una campanilla resonó en el exterior y el templario concluyó la oración. Con aire tranquilo se puso en pie, arreglándose el hábito de clérigo que solía llevar como vestimenta bajo la armadura.

Su escudero se acercó sin romper el silencio y cogió la malla, ya preparada en el cofre a los

pies del jergón. Le pasó la cota, hecha de anillos entrelazados y ayudó al caballero a ajustársela.

—Dios está contigo —susurró el zagal.

Tomó las botas y las grebas, que protegían las piernas del jinete. Al ajustarlas en las rodillas y las pantorrillas de Roger, murmuró siguiendo el ritual.:

—Él te llevará a la victoria.

Después le ciñó el casco cónico, con la guarda de la nariz de acero bruñido, y salmodió:

—Ten cabeza en la batalla.

Le pasó los guanteletes de malla de acero y ayudó al templario a ceñírselos hasta el codo, recitando:

—Con mano firme.

Del baúl sacó el cinturón con la espada de acero envainada y se lo ajustó mientras Roger mantenía el silencio.

—Sé el puño del Señor —ordenó el escudero con la misma cadencia.

La última pieza de la defensa, el escudo con la cruz roja templaria, pesaba mucho para el aprendiz, pero el joven disimuló cuando se lo acercaba al caballero.

—Y ataca sin miedo —dijo.

Por último tomó la capa blanca de la orden y la abrochó al cuello de Roger

—Pero, ante todo, no olvides proteger a los indefensos —comentó poniendo fin al ritual para armar al caballero.

Roger rezó con su escudero, de rodillas, y se abrazó a él.

Ya estaba armado para la batalla.

—Jaime de Miravet, te ordeno que te quedes en el campamento y lo protejas —le pidió con el dedo levantado.

El juvenil rostro del escudero dejó escapar un mohín de decepción. Le mandaba que no participase en la batalla, asistiéndolo, apoyándolo y cubriéndole las espaldas. Se sentía triste pero calló, sabedor de que se trataba de una orden directa y había hecho voto de obedecer todos los mandatos de los caballeros.

El templario lo miró a los ojos, quizás más tiempo de lo habitual y lo abrazó de nuevo. Después, sin romper su silencio, salió de la tienda. Roger elevó la mirada al cielo, como cada día. Se sentía más tranquilo ahora, porque al menos el escudero no compartiría el destino que temía le sobreviniera. Miró alrededor, al sol naciente y al día que despertaba a la hueste cristiana. Sería caluroso, como en Hattim y, como entonces, se preguntó si sería el último amanecer que contemplaban sus ojos.

Con el día aún joven, se notaban los nervios en la tropa. Ya todos en pie marchaban apresurados al lugar asignado, muchos sin haber podido dormir por la tensión, ante el riesgo cierto de morir en la batalla.

Roger se dirigió a la armería para recoger su lanza. Su escudero le acercó el caballo ya preparado para montar. Se miraron en silencio unos instantes, hasta que Roger picó espuelas y se perdió entre la multitud.

Al atravesar el campamento, vio que los combatientes celebraban misa, se confesaban y se animaban los unos a otros. Un gran fervor religioso recorría el campo cristiano, mientras sonaban las trompetas llamando a todos a la formación.

En el campo musulmán retronaban los tambores. El ejército del califa, formaba en las tres colinas de enfrente y ofrecía una visión aterradora. Había más de tres enemigos por cada uno de los cruzados, esperando que los cristianos salieran del campamento para matarlos. La Mesa del Rey descendía en una abrupta pendiente hasta un gran llano. Al otro lado del mismo empezaban las colinas en cuya cima se encontraba el campamento musulmán.

De las tres colinas, las dos de los extremos parecían más próximas y la del centro presentaba una cuesta más escarpada. Era sin duda la más alta de las tres y por ello en su cima se había plantado la tienda carmesí de Al-Nassir.

Roger observó de nuevo a los sarracenos. Se trataba del mismo ejército que había estudiado a las afueras de Marrakech, aunque el número de efectivos parecía inferior, pese a las levas de los andalusí. La tropa más cercana era la infantería de los yihadistas, los voluntarios del Islam, a los pies de las colinas sarracenas. En las estribaciones de las dos colinas laterales aguardaba la infantería andalusíes llenándolas con las banderas de sus ciudades y consejos. No faltaba ni uno de ellos, puesto que el califa había pasado todo el invierno reclutándolos a la fuerza. Y en la colina central la infantería almohade, con sus cotas de malla bruñidas al sol y sus escudos refulgentes con la aurora,

formaba un bosque de hierro con sus lanzas. Coronaba la colina la recia caballería, con bardas de acero para proteger a las monturas.

Roger, ya con el caballo y la lanza, cabalgó hacia la primera fila del ejército y tomó posición junto a los más de cien ultramontanos que habían seguido con los cruzados. Todos iban armados y pesadamente acorazados, con los blasones de su linaje, su señor o su orden. Lucían sus colores en los penachos que coronaban los yelmos, adornaban el costoso caballo de guerra con motivos heráldicos y hasta en las lanzas ondeaba su estandarte. Incluso su sobrevesta, sobre la rica armadura, era una explosión de color en la sobriedad de las armaduras de los soldados más humildes.

—¡Una cruz en el cielo! —gritó alguien señalando el firmamento.

Y parecía que las nubes dibujaran en el cielo una cruz latina. Y fue tomado como un presagio divino, que sólo podía llevar a la victoria. Corrió la voz que de que Santiago Matamoros iba a aparecer con su caballo blanco como en la batalla de Clavijo. Un párroco empezó a cantar el gloriae y sus feligreses lo imitaron. A los pocos segundos, casi todo el ejército cristiano cantaba a voz en grito el cántico como un desafío al ejército musulmán.

Los tambores marroquíes siguieron redoblando y los imanes intentaron imitar a los cristianos, pero éstos cantaban tan fuerte que las voces lejanas parecían estrellarse contra el escudo sonoro de su salmo. Roger entonaba con todas sus fuerzas, como si pudiera exorcizar al desánimo que le oprimía.

El arzobispo de Toledo desfiló por las filas cristianas bendiciendo al ejército y arrojándole agua bendita. El Rey Alfonso VIII cabalgó en un destrero azabache, con la barda del escudo de Castilla, y lo encabritó para llamar la atención. Las trompetas llamaron a fanfarria y se hizo el silencio en el ejército cristiano.

—Quinientos años llevamos resistiendo a los invasores —arengó el rey con voz atronadora—. Soportando el saqueo y los asesinatos de los musulmanes. Palmo a palmo hemos reconquistado la tierra de nuestros antepasados, hasta llegar aquí. Y por fin, quinientos años más tarde, una coalición de cristianos tienen al Califa, ese Miramamolín, en el campo de batalla, aquí en las Navas de Tolosa. Ya no va a escapar sin que pruebe nuestra espada. Todos los siglos de razias y algaradas van a revisarse hoy, ¡Porque el rey moro ha cruzado el estrecho y vamos a devolverle al mar!

Una ovación ensordecedora resonó en el ejército cruzado.

—¿Queréis que vuestras mujeres y vuestras madres lleven velo?

—¡No! —le respondió un grito unánime.

—¿Queréis renunciar al vino y al jamón?

—¡No! —el grito fue ahora apasionado y atronador.

—¡Pues salid a luchar! Y recordad a vuestros antepasados que cayeron en las cabalgadas del moro. Hoy es el día para vengarlos. ¡Vamos a saquear su campamento!

El rey calló mientras los sargentos más alejados repetían sus palabras. A medida que su mensaje llegaba a toda la tropa los cristianos empezaron a gritar y a golpear el escudo. Había conseguido enfervorecer a los hombres y ni siquiera la visión de un océano de enemigos soliviantaba ya su ánimo

Los sacerdotes repetían las consignas que, desde el sábado, circulaban por la hueste cruzada: no se tomarían prisioneros y no se toleraría el saqueo hasta que todos los musulmanes hubieran muerto.

Sonaron las trompetas y los tres reyes encabezaron la marcha. El ejército cruzado vino detrás, bajando lentamente por la ladera de la Mesa del Rey. A medida que descendían, se fueron desplegando de la forma acordada, quedando Alfonso VIII en el centro, Pere II cubriendo el flanco izquierdo y Sancho VII el derecho. El ejército cristiano formó en nueve cuerpos, denominados haces, con la caballería y la infantería mezcladas, de manera que aseguraban nueve acometidas, que pensaban penetrarían hasta el corazón de la hueste musulmana. Roger se acomodó en la primera fila del flanco izquierdo donde planeaba, con la brisa de la mañana, la bandera del águila sobre campo de plata del escudo de los García Romeu, el general de su sección.

El sol se alzaba lentamente y la luz ganaba intensidad, aunque el día seguía aún joven y el calor agobiante de las últimas jornadas todavía no había aparecido.

Se oyó un gran clamor de trompetas y el contingente de los voluntarios de la Yihad empezó a correr. Recorrieron los últimos metros de las colina y entraron en el llano, dirigiéndose contra las filas cristianas.

La batalla había empezado y ya nada podía impedir que aquel día acabara con un ejército vencido y otro victorioso.

Las trompetas cruzadas resonaron a su vez. Los sargentos que dirigían el primer haz picaron espuelas y empezaron a trotar. Roger tranquilizó a su montura, se ajustó el yelmo y puso en movimiento al enorme caballo de guerra. El destbrero trotó colina abajo, hacia los voluntarios musulmanes, cercanos ya unos trescientos metros.

El templario sentía el asta de la lanza encajada en la axila. Notaba el nerviosismo del

semental, excitado por la concentración de hombres y caballos. Empuñaba con fuerza el escudo de almendra, que le cubría el costado izquierdo, del cuello a las piernas. La armadura le pesaba, el casco le molestaba y, pese a sus años, un sudor frío le recorría la espalda. No le dio importancia. Sabía que cuando los dos ejércitos chocasen, el tiempo y el espacio iban a dilatarse, como si estuviera soñando. La mente y la razón dormirían y el instinto del guerrero iba a tomar el control de sus actos. Mataría o moriría, enfrentándose al enemigo cuerpo a cuerpo, escuchando sus lamentos o gritos de triunfo y viendo los rostros que ya jamás iba a olvidar en sus pesadillas.

Elevó una última oración mientras el caballo entraba en galope y sus zancadas se hacían más largas y veloces. La misma tierra parecía estremecerse con la línea prieta de los caballeros que cargaban colina abajo. Para entonces la infantería cristiana había quedado atrás y sólo mil caballeros se oponían a la vanguardia musulmana, formada por más de diez mil soldados.

Roger recordaba las lecciones recibidas muchos años atrás, en el castillo de su padre, en el Norte de Francia. Los caballeros cristianos eran el arma más poderosa del mundo. Al peso del caballo, había que sumar el del jinete y su armadura. Empuñaban el arma más larga, la lanza de caballería, que cincuenta años atrás había superado la longitud de las picas, alabardas y las lanzas de los que luchaban a pie. De manera que una carga con los atacantes unidos, uno junto al otro, podía resultar tan devastadora como una ola ante una fila de soldados de arena.

La caballería musulmana galopaba a su encuentro por los flancos. Bereberes en camello y árabes montando a la jineta. Dispararon una lluvia de flechas y una de ellas impactó en Roger. Atravesó uno de los anillos de su cota de mallas y allí quedó, encajada sin siquiera herirlo.

El templario dejó escapar un suspiro de alivio.

Los musulmanes giraron, dirigiéndose a los extremos del campo, con la esperanza de que la caballería cristiana, como era habitual, los siguiera.

Pero los cruzados, advertidos de la maniobra, no sucumbieron a la trampa del tornafuy, sino que continuando la carga contra la infantería musulmana.

Esa era la clave.

Si la caballería se mantenía unida y compacta contra los voluntarios, el choque sería devastador. Si por el contrario cedían a las provocaciones y perseguían a la caballería musulmana, perderían toda la fuerza y sólo conseguirían cansarse. Y en ese momento los enemigos se darían la vuelta para pasar de perseguidos a perseguidores.

La carga cruzada continuó, colina abajo, con las capas danzando al viento. Viendo que no caían en la trampa, la caballería musulmana se retiró a los dos ríos, que flanqueaban el campo de batalla.

Roger levantó la vista. Los voluntarios ya estaban muy cerca. A su lado, un bretón chillaba en una lengua que no entendía. Y, en el mismo flanco, a unos metros de donde se encontraba, la caballería catalana invocaba a la virgen con las lanzas en perfecto equilibrio, como si fueran una prolongación del brazo.

Roger se apretó contra la montura, le pidió un galope más energético y seleccionó un objetivo entre las filas musulmanas.

El galope lo llevaba a enfrentarse con un joven de turbante azul que, en primera fila, sostenía un alfanje como el que agarra un cayado en el monte.

Quedaban unos segundos para el choque y la caballería dejaba atrás la colina y entraba en el llano a una velocidad endiablada. El suelo temblaba bajo los cascos herrados de los caballos y el estruendo de la carga tronaba como una tormenta de verano. Por suerte para el templario se encontraba en el lado de los caballeros y no en el de los infantes.

Los voluntarios de la Yihad, pastores, cordeleros, agricultores y artesanos rurales, se miraban los unos a los otros, con el temor dibujando en sus rostros una máscara inhumana. Muy pocos resistían el terror ante una carga de caballería, pero aguantaron y mantuvieron sus lugares, temblando.

Y al llegar el choque de los dos ejércitos Roger vio como su lanza atravesaba el pecho del musulmán con el tocado azul. El soldado descubría que no todo iba a ser tan fácil como predicaban los imanes, la mirada del último segundo era horrorizada. Cayó con una herida terrible y ya no volvió a levantarse, ni a dejar aquellas navas, tan lejanas de su hogar en Marruecos.

La fuerza del impulso y los quinientos quilos de peso de montura y jinete, iban a permitirle atravesar la vanguardia sarracena, quebrando su formación y aplastando bajo los cascos del caballo a los cuatro que seguían al del turbante azul.

El templario se permitió un instante para mirar alrededor en el caos y el estruendo. La nube de polvo del choque no podía ocultar que la primera fila del ejército musulmán había desaparecido y las siguientes estaban descompuestas o caídas.

La caballería ligera árabe volvía grupas y se dirigía a las colinas, seguida de cerca de los camellos bereberes, parecía que iniciaban la maniobra de envolver los flancos del ejército cruzado y atacarlos por la espalda.

Cinta observó el movimiento, intranquila. El Rey Pere II se recuperaba de la borrachera

sentado a la sombra, departiendo con sus caballeros sobre tácticas y batallas. El monarca no le prestaba ningún tipo de atención y al presentarse ante él le indicó que se ubicara donde a bien tuviera. En la retaguardia cruzada esperaban su turno los obispos y los reyes, con sus condes y caballeros más allegados. La Dama tomó su yegua y decidió avanzar al haz central, situado en la columna castellana que ocupaba el centro de la formación. Sabía que allí encontraría a Alonso y quería apoyarlo con sus flechas. Una voz le decía que lo que iba a hacer era una locura, que estaría más protegida con las tropas de los reyes pero la acalló. Puso el caballo al trote y acomodó una flecha en el arco. Si algún musulmán se le acercaba, descubriría que no era precisamente una doncella en apuros.

Fue abriéndose paso, por el mar de cruzados, hasta el haz de la medianera donde distinguía las enseñas de los caballeros de Calatrava.

La infantería cristiana había llegado al llano que separaba los dos ejércitos y se lanzaron contra los heridos. Las milicias de las ciudades, villas y consejos remataron a cuanto enemigo encontraron, segando las almas de los pocos que habían sobrevivido a la carga de la caballería.

Los voluntarios de la Yihad habían perecido, no quedaba ni uno en pie. Tanto la caballería como la infantería cristiana recorrían el llano, asegurándose de que todos murieran como mártires.

El resto del ejército sarraceno miraba la matanza con recelo, y no movieron un dedo para socorrer a los suyos, dejando que los cristianos se fatigaran corriendo por el llano.

Cinta levantó los ojos y miró las colinas. El campamento musulmán se encontraba tras la tienda roja. La guardia personal del Califa se había encadenado entre sí y enterrado hasta la cintura, para no retroceder ni un paso y asegurarse que, sólo sobre sus cadáveres, podían cruzar los cristianos hasta su palenque. Los desposados, los llamaban, por lo agudo de su fanatismo.

Pero para llegar a la guardia negra de Al-Nassir, los imesebelen, antes debían enfrentarse a la infantería pesada almohade que, inmóviles como estatuas, observaban el campo de batalla con la mano en la empuñadura del alfanje. A su lado aguardaba la caballería sarracena, armada y acorazada como un noble, con los temibles agzaz protegiendo sus flancos. Cinta se preguntaba por qué no atacaban, socorriendo a los suyos.

En las colinas laterales los soldados andalusíes, miraban con espanto la carnicería.

Todos quietos. Todos en silencio.

Cinta contuvo el aliento, debía haber miles de sarracenos allí pero ninguno se movía para socorrer a los voluntarios. El califa no quería luchar en ese llano, quería que los cristianos cargaran

colina arriba perdiendo toda su ventaja. Por eso se limitaban a observar, esperando que la temeridad por la que eran conocidos los cristianos hiciera el resto.

Roger detuvo la montura y le acarició la testuz. Se mantuvo cerca de su grupo y aprovechó para refrescarse. Una vez más había sobrevivido en aquel baile de muerte, en el cual el azar, en cualquier momento, podía detener la música.

La infantería de las ciudades y villas de Castilla se detenía a saquear a los caídos y reían creyendo que el resto de la batalla sería tan fácil como aquella primera hora de combate.

Roger no compartía su optimismo. Sabía que los voluntarios constituían el cebo que al-Nassir utilizaba para cansarlos o atraerlos a terreno desventajoso. Quedaba aún mucho por hacer.

Estimó en poco más de un kilómetro la distancia que los separaba de la tienda carmesí de al-Nassir. Roger sabía que, sin oposición, podía cabalgar hasta allí en unos minutos. Hoy el trayecto podría costarles el resto del día y un pedazo más de su alma.

Sonaron las trompetas y los cristianos se agruparon, formando las escuadras. Roger contó pocas bajas en sus filas. Los combatientes se animaban los unos a otros, golpeándose con los escudos con gran estruendo.

—¡A las colinas, a la carga! —ordenó el capitán de su grupo, señalando con la espada la más cercana.

El templario picó espuelas y el semental fue de los primeros en avanzar hacia el cerro de la izquierda.

—¡Santa María, Santa María!. Vía. Vía. ¡A la carga! —gritaban las tropas catalanas de García Romeu, señalando también la loma izquierda.

El templario se irguió sobre los estribos y miró el resto de la hueste. Los trescientos caballeros de su ala se pusieron en marcha. En el centro, junto al blasón de los lobos negros de la casa de Haro, Diego López señalaba la colina almohade. En el ala derecha unos trescientos caballeros enfilaron la colina de la diestra, también defendida por tropas de al-Ándalus.

Una nube de polvo se elevó al paso de la caballería. Detrás vinieron las tropas a pie, sobrecogidas ahora al ver que se dirigían contra el corazón del ejército musulmán.

Flamearon banderas y estandartes y las trompetas tocaron a la carga. Los caballos se pusieron al trote y llegaron al final del llano.

La cuesta empezó a empinarse y a hacerse más abrupta. La carga quedó en trote. Los caballos relinchaban, protestando por el esfuerzo de correr cuesta arriba.

Llegó una andanada de flechas y las filas cristianas se llenaron de heridos. Algunas monturas enloquecieron y derribaron a los caballeros, otras aplastaron al jinete al caer. Roger dominó su recio destretero y apretó los dientes para no ceder al miedo y mantener la formación. Pero la carga se había detenido en algunos puntos y en otros avanzaba hacia la cima de forma desigual.

Su grupo subía colina arriba, abriéndose paso con grandes dificultades por la pendiente y lo abrupto del terreno.

Se cubría con el escudo, escuchando el estruendo metálico de las flechas sarracenas al impactar contra él como lluvia de hierro. Otras lo pinchaban al penetrar su malla con distinta intensidad, desde un mosquito a una puñalada.

Sonaron unas trompetas en el campo musulmán y las fuerzas andalusíes de las colinas laterales cargaron cuesta abajo, entre gritos, invocaciones a Dios y resonar de espadas contra escudos.

El estruendo le parecía ensordecedor.

La infantería cristiana, que seguía a la caballería, frenó el paso y la distancia entre las filas se amplió.

Roger sostenía con fuerza la lanza y apretaba las rodillas contra los flancos del caballo. Era el momento de mantenerse firme y aguantó la compostura, haciendo un esfuerzo de voluntad.

A diferencia de lo que había pasado en el llano, llegaron hasta el enemigo sin fuerza, cansados, acalorados y heridos.

El primer envite cayó del bando cristiano. Roger empaló su lanza en el pecho de un guerrero, que pese a la ventaja del terreno, murió. Al caer quebró la lanza con el peso de su cuerpo.

El templario se vio sosteniendo entre las manos el asta rota, un palo de un metro de largo. Lo arrojó contra los tres que cargaban contra él, con fuertes alaridos y picó espuelas con violencia para encabritar al caballo. Los sarracenos dieron un paso atrás, excepto uno que se estrelló contra los cascos herrados de su montura rampante y cayó para no levantarse. Roger ganó apenas unos segundos, antes de que los dos enemigos restantes y dos más que se unieron a la lucha, lo rodearan.

Aunque esos segundos fueron suficientes para que pudiera desenvainar la espada, que surgió de la vaina con un chillido metálico, tranquilizándolo. Cuatro enemigos lo rodeaban ahora y el caballo resopló, como advirtiéndole.

Roger entró en frenesí. Sabía que en esos casos uno debía moverse rápido. Si hubiera estado en el llano lo prudente sería alejarse un tanto, volver grupas y encarar a los enemigos con una nueva carga. Pero no estaba en terreno despejado y más y más soldados andalusíes se unían a la refriega cada segundo. Cubriéndose con el escudo descargó mandobles a diestra y siniestra, obligando a la montura a moverse continuamente.

El templario montaba un caballo de guerra, un semental de temperamento infernal. La mayoría de las monturas huían, asustadas, de un campo de batalla. Otras, tras mucho entrenamiento, quedaban quietas, siguiendo instrucciones simples de sus jinetes. Los caballos de guerra eran bestias con mucho temperamento, entrenados precisamente para morder a los enemigos, pisarlos con violencia y soltar coces terribles al que se pusiera a su alcance.

De manera que el destbrero tomó el control de la situación y empezó a patear y a lanzar bocados contra los andalusíes. Roger lanzaba una estocada tras otra, sintiendo que el mundo entraba en un torbellino de golpes, alaridos, desgarros y dolor. Notó la mordedura del acero dos veces. En la primera una cimitarra impactó en su cota y aplastó varios anillos contra su carne, que se clavaron en su vientre con gran sufrimiento.

Pero no tuvo tiempo para lamentarse, porque una lluvia de mandobles arreciaba a su alrededor. Su caballo dejó a uno fuera de combate y su espada se abrió paso por el yelmo ligero de otro sarraceno.

Fue entonces cuando llegó la segunda herida. Notó el golpe en el muslo y la cota de mallas poca protección pudo brindarle, su alarido se confundió con el caos de la lucha. Fue un grito seco, incrédulo, que se sumó con los miles que llenaban, en ese mismo instante, el campo de batalla. Con rabia, despachó al andalusí de un mandoble y fue el musulmán el que chilló ahora y su alarido se unió al pandemónium, formando una polifonía caótica que conformaba la que debía ser la voz del espíritu de la guerra.

El andalusí superviviente se marchó corriendo cuando descubrió que batallaba sin ayuda ante aquel caballero cubierto de acero y sangre, montado en una bestia demoníaca. Gotas de su sangre manchaban los estribos al resbalar, libres, por el interior de su armadura. Una ira terrible asaltó a Roger, que se llevó la mano al costado.

Aquello le dio unos instantes de respiro, apenas unos segundos, que aprovechó para mirar alrededor.

En la colina izquierda se luchaba cuerpo a cuerpo con gran ferocidad. El grupo del templario había quedado descompuesto y los caballeros batallaban sin orden, rodeados por dos, tres y hasta cuatro enemigos. Muchos habían caído y los andalusíes saqueaban las armas y profanaban los cuerpos.

La infantería cristiana por fin había llegado al frente, pero parecían acobardados por la ferocidad de los musulmanes. No se trataba de soldados profesionales como los caballeros y su moral zozobraba. Parecía que iban a huir en cualquier momento abandonando armas, enseñas y escudos.

Pero en los dos flancos los soldados de infantería resistieron. Con grandes gritos se agruparon entorno a los blasones de sus ciudades y sus villas, ofreciendo fuerte resistencia para evitar que sus banderas fueran tomadas por los andalusíes.

En el centro se luchaba con las tropas de la élite almohade y allí la situación era peor. No sólo se había detenido la carga y el ímpetu cruzado sino que los cristianos estaban siendo masacrados. Algunas de las milicias castellanas retrocedían y las banderas de sus ciudades con ellos, dejando a los caballeros del centro desamparados ante la acometida sarracena.

Los lobos negros de la casa de Haro se mantenían firmes, pero una nube metálica los rodeaba por todos los frentes y los caballeros caían uno tras otro, como si hubieran sido tocados por una epidemia de peste.

Entre el estruendo el templario atinó a percibir un rumor que se le acercaba por el margen que separaba la colina del río. Miró hacia allí, presionando la mano contra la herida del muslo que no dejaba de sangrar y la visión lo llenó de espanto.

La caballería ligera árabe y bereber cabalgaba en su dirección. Llegaban al campo de batalla descendiendo del campamento desde los extremos, bordeando el curso de los ríos, para golpear los flancos cristianos como un martillo en el yunque.

Roger aspiró con fuerza. Se notaba sin aliento. Se sentía sediento por el calor, cansado por el esfuerzo y apesadumbrado por las heridas. Recordaba que de joven batallaba del alba al ocaso, pero habían pasado muchos años desde entonces, tantos que consideraba un milagro seguir vivo.

Buscó ayuda en los miembros de su compañía y se acercó a un caballero aragonés que, como él, sangraba por múltiples heridas. La calidad de su armadura le indicó que se trataba de un noble y ambos se apoyaron llamando a gritos a los cristianos, agrupándolos. La caballería ligera sarracena cargaba ahora colina arriba, contra el flanco de la tropa de Roger. Los bereberes chillaban como demonios, azuzando sus camellos con violencia.

El templario notó que su caballo se ponía en tensión y levantó el escudo. Nuevos combatientes andalusíes lo cercaban y se disponían a atacarlo. Apretó los dientes, ignoró el cansancio, el calor del sol de justicia y se preparó para hacerles frente.

Roger siguió luchando unos minutos. Se encontraba ya cerca de la cima de la colina izquierda y las flechas seguían golpeando como granizo. Oyó un estruendo a su espalda y vio como la infantería de la ciudad de Soria se les unía. Los refuerzos le permitieron descansar un momento para tomar aire. Las fuerzas le abandonaban después de más de dos horas de duro combate.

Entretanto el grueso de los dos ejércitos esperaban el mejor momento para intervenir. Roger bebió un sorbo de agua y vació el pellejo. El calor aumentaba a medida que el sol se elevaba en el cielo. El olor de la carnicería resultaba tan inquietante que los civiles no podían contener el espanto.

Fue entonces cuando la caballería musulmana llegó a lo alto de la colina y se les echó encima. De los trescientos jinetes cruzados, apenas cien permanecían montados y sólo la mitad de la infantería cristiana seguía en pie.

El grupo donde luchaba el templario parecía el más compacto y, precisamente por eso, la caballería sarracena cargó directamente contra ellos. Roger dejó escapar el aliento y respiró hondo. Temía no tener fuerzas para levantar la espada siquiera.

Enseguida se dio cuenta de que los villanos no aguantarían. Los jinetes bereberes atacaban desde el doble de la estatura de un hombre y llenaban de pavor a aquellas gentes, que nunca habían visto un camello. La línea empezó a combarse. Roger se juntó con el aragonés y, con su apoyo, despacharon a cuanto enemigo se les acercó. Ambos eran caballeros bien pertrechados y los jinetes sarracenos tenían gran desventaja frente a ellos.

Entonces la línea de la infantería se quebró. Los villanos retrocedieron. La bandera de su ciudad cayó al suelo y nadie la recogió. La mayoría se dio la vuelta y huyó al campamento cristiano.

Roger se vio perdido. El aragonés perdió su montura y quedó atrapado bajo el cuerpo del corcel, de modo que por unos instantes, el templario se vio solo y rodeado de enemigos.

Ya no tenía fuerzas para nada más.

Picó espuelas para alejarse de allí y buscar una posición más ventajosa. Pero el caballo cayó acuchillado y Roger dio con los huesos en el suelo.

Un enjambre de enemigos se cernió sobre él.

Con gran esfuerzo se puso en pie, abandonando el escudo con la cruz para restañarse la herida en el muslo que no dejaba de sangrar. Descargando un círculo de estocadas, se abrió un espacio alrededor, mientras gritaba con sus últimas fuerzas, dominado por el instinto de sobrevivir.

—¡A la Ricosa! —era el grito de guerra templario: Al Rescate.

El casco le pesaba, le faltaba el aliento y las fuerzas le abandonaban.

Un camello se alzaba ante él. Levantó la vista y observó al jinete a punto de descargar un golpe con su cimitarra afilada, oscurecida ya por la sangre de otros cristianos.

Tuvo que echar la cabeza atrás para mirarlo a los ojos. Se trataba de un bereber del desierto, parecido a aquellos que había derrotado en Hattim, veinticinco años atrás. Desde entonces aparecieron esos rostros en sus pesadillas, acusándolo con mirada de reproche. Había segado sus vidas sin volver la vista atrás, poseído por el frenesí de la lucha, pero nunca pudo olvidar sus ojos en el momento de la muerte.

Siempre se había preguntado si también sería esa mirada la que vería su enemigo cuando él soltara el último aliento y si quedaría atrapado en los sueños de su asesino.

Se cuestionaba si tras la muerte vendría el sosiego o si habría un limbo para las almas atormentadas. En Hattim había sobrevivido pero, por tener que enterrar a los amigos, jamás pudo aceptar de nuevo un comroi. Después, sin tiempo para curar la herida de la pena que lo quemaba por dentro, recorrió de un extremo a otro el Magreb y Europa. Siempre por mandato de la Iglesia, siempre bajo órdenes estrictas. Acababa una misión para comenzar otra y jamás alcanzaba el descanso que creía haber ganado con la victoria. Muchas veces llegó a extrañar la suerte del amigo caído en batalla, pensaba que al menos a él sí le había llegado el reposo.

El jinete descargó su cimitarra contra la cabeza de Roger. El acero del casco se abrió por la fuerza del mandoble y el templario cayó al suelo, soltando la espada. Dirigió la última mirada al límpido cielo de verano, reteniendo en su retina una postrera imagen de paz.

Cinta de Tortosa observaba la matanza que tenía lugar ante sus ojos con aprensión. Todavía no había llegado al haz central, y a la zona de las banderas de Calatrava, porque le costaba abrirse paso entre la multitud. Avanzaba por la retaguardia buscando la medianera, que ocupaba el centro, haciendo un esfuerzo por colarse entre los combatientes pertrechados en formación cerrada. Vio como la infantería cristiana empezaba a retroceder y, lo que hasta este momento había sido una cabalgada triunfal, parecía truncarse y amenazar el desastre.

Dirigió la mirada al lugar donde se encontraba el rey de Castilla y su séquito de condes y caballeros. Parecían inquietos. Con Alfonso VIII se encontraban además los Arzobispos y el clero que había viajado con los cruzados. Cinta se preguntaba qué esperaban para ordenar la carga del resto del ejército. Ya la mayoría de los infantes de las villas retrocedían acobardados.

Un clamor de trompetas cruzadas resonó desde la retaguardia y todas las haces de la línea medianera se pusieron en movimiento. Cinta se alegró por los que luchaban puesto que temía que la ayuda llegara demasiado tarde. Pero al mismo tiempo la angustia sacudía su estómago, como si hubiera recibido un puñetazo. Ya era demasiado tarde para llegar hasta Alonso y algo le decía que no lo volvería a ver con vida. La matanza adquiriría tal proporción que parecía difícil esperar sobrevivir a ella. Su propia vida corría peligro y pensaba que si debía perderla prefería hacerlo al lado de Alonso. Quizás sería su rostro lo que ocupara su última mirada, esperando que ese recuerdo la acompañara en ese largo viaje del que no se retorna. No sin cierta desesperación fijó su atención en la segunda carga, que descendía como una cascada desbocada hacia el combate.

La colina de la Mesa del Rey tronaba con el estruendo de los miles de caballos que descendían al galope. La caballería árabe, viendo su posición comprometida, se desentendió de la lucha y rodeó las colinas en dirección al campamento sarraceno. Los bereberes descargaron sus jabalinas y los siguieron. Daba la impresión que huían, porque el lanzamiento había sido apresurado. Los andalusíes buscaron agruparse y volvieron a lo alto de las colinas.

La infantería de las villas, en franca retirada desde hacía unos minutos, detuvo su ímpetu al ver que acudían refuerzos. Los caballeros llegaron al llano que separaba los dos ejércitos y las trompetas resonaron, ordenando bajar las lanzas para la carga.

Los infantes abrieron filas para dejarles pasar, entre gritos de alegría e invocaciones al cielo y, con ánimo renovado, detenían la huida y volvían al combate.

Cinta distinguió a Alonso cabalgando con su comroi en primera fila de la sección central. Intentó fijar esa imagen en su memoria para poder recordarlo así, como un héroe que marcha al combate para dar su vida por los demás. Una lágrima escapó de sus ojos al pensar en todo lo que quería decirle y que acaso ya no pudiera. La primera fila siempre había sido la parte más peligrosa de cualquier batalla.

Los caballeros de Calatrava compartían, con los de Santiago y la caballería castellana, el centro, formando una muralla acorazada. Comandaba la hueste Álvaro Núñez de Lara, Alférez mayor de Castilla y la Casa de Lara formaba un núcleo tan compacto y poderoso como el que comandaban los Haro en la vanguardia.

El flanco derecho lo ocupaban los caballeros templarios y los hospitalarios, con los cruzados de León y Portugal. Una masa de acero que cargaba con una fuerza aterradora. En el otro flanco la caballería catalano-aragonesa, comandada por Garcia Romeu, gritaba al enfilarse a los andalusíes de la colina izquierda.

Los que observaban la batalla desde las alturas apreciaban como una ola gigantesca, coronada con la blanca espuma de las capas cruzadas, venía a batir contra los que luchaban como un gigante que todo lo devora y arrastra, derribando a cuanto enemigo le sale al paso. Se trataba de un espectáculo maravilloso o aterrador, dependiendo del bando en el que uno oteara la escena. Los andalusíes flaquearon aún antes del choque. Primero unos pocos, luego la mayor parte, abandonando sus enseñas y se retiraron del campo de batalla huyendo a la carrera. La primera carga los había diezmado infringiéndoles grandes pérdidas y esta segunda les parecía irresistible, debido a la presencia de muchos caballeros en la andanada. A diferencia de los voluntarios no habían entrado en la Yihad buscando el martirio, si no que a ellos los decretos de Al-Nassir los habían obligado a alistarse por la fuerza.

Los andalusíes, como un pedregal que acaba formando un alud, empezaron a abandonar. Cuando fue general la retirada, sonaron las trompetas del campamento musulmán, pero los andalusíes no hicieron caso de la orden. La caballería enemiga despertaba en ellos tal temor que el miedo al tiránico califa no podía superar. Sabían que, cuando un ejército rompía al otro, empezaba una huída donde los jinetes y caballeros iban a matar a los infantes a millares, cazándolos como conejos durante kilómetros, asesinándolos a placer. Querían estar muy lejos cuando eso ocurriera.

Alonso se encontraba a veinte metros del frente, a galope tendido, con la lanza formando una línea perfecta, apuntando a los enemigos. Aguantaba el asta con la axila, de manera que la fuerza de la carrera de su montura se sumaría a la del acero.

Detrás cargaba su escudero y los dos jinetes que apoyaban su comroi, en forma de cuña, en la que el freyre destacaba como punta de lanza.

Las trompetas avisaban de su llegada y los combatientes cristianos se habían abierto para dejarles paso.

El caballero vio los ojos de sus enemigos y seleccionó un objetivo, en el océano de guerreros que se derramaba de la colina del palenque sarraceno. El almohade llevó su escudo a la altura de la nariz y plantó la lanza en el suelo apuntando al pecho del caballo.

El choque fue brutal. La lanza del caballero alcanzó primero al sarraceno y lo aplastó contra el suelo, donde, pese a la cota de malla mora, quedó empalado de parte a parte. El ímpetu llevó al

castellano a penetrar con brío en las filas musulmanas, aplastando a tres infantes antes de detenerse. A su lado el comroi y todo el haz de caballería habían barrido toda resistencia y ahora la formación sarracena se sumía en el caos.

Alonso retiró la lanza del cuerpo del caído, con un movimiento fluido fruto de la práctica. La línea central había tenido pocas bajas y la vanguardia almohade retrocedía bajo el castigo de su presión.

La caballería cristiana fue abriéndose paso, luchando cada palmo de la fuerte pendiente, maldiciendo por no poder lanzar los caballos al galope.

Detrás venía la infantería y los restos del haz que había protagonizado la primera carga, muy diezmados tras sostener en solitario la batalla. La casa de los Haro se puso de nuevo en primera fila y la Casa de los Lara combatió con más arrojo.

El ensordecedor estruendo de los tambores, que atronaba desde su campamento, sostenía la defensa de los musulmanes.

Las flechas y jabalinas volaban por todo el campo entonando una canción de silbidos macabros. Alonso cuidaba de no romper la formación para no debilitar el frente de ataque. Tres flechas le punzaban la armadura, y notaba su presión al moverse, pinchándolo como abejas enfurecidas.

—¡Por Salvatierra! — gritaba Alonso.

A su alrededor los caballeros de Calatrava mataban y morían y el olor a sangre derramada le llenaba de un furor animal. Se sentía fuerte aún y, cómo sus hermanos freyres, pensaba sólo en vengar la afrenta de la caída de Salvatierra.

Paso a paso fue abriéndose camino lanceando a cuanto enemigo se puso a su alcance, sabiendo que los que venían detrás rematarían a los que hería. Se mantuvo cerca de la bandera de cruz con punta de flor de lis, protegiéndola en la medida de sus posibilidades. Tenía una visión limitada del campo. Ignoraba qué sucedía en los flancos. Las acometidas no le daban ni un segundo para recuperar fuerzas o mirar alrededor. Luchaba contra varios enemigos a la vez y debía estar pendiente de todos sus movimientos.

Un mar de soldados lo separaban del campamento musulmán, tantos que dudaba poder despacharlos a todos en una sola jornada. El momento de la carga había pasado y el terreno les restaba toda ventaja. Hacía un rato que batallaba y notaba un calor asfixiante. En otras circunstancias se hubiera apartado de la lid y buscado un rincón sombrío, para refrescarse unos momentos. Pero no podía hacerlo. El Maestre y sus hermanos luchaban cuerpo a cuerpo muriendo a su alrededor,

mientras los enemigos de su fe caían como espigas que segara con un mandoble poderoso.

Lanzó un grito, más de rabia que de apuro, pero ni siquiera él pudo oírlo en el pandemónium de la batalla.

Iban abriéndose paso dejando un reguero de heridos y contusionados, que la infantería remataba con entusiasmo. Los cristianos habían juntado las líneas y se apoyaban unos con otros, abriendo un camino de muertos, hasta la cima de la colina.

A su ímpetu pronto se sumaron las dos alas. Los cruzados que combatían en los flancos habían desalojado a los andalusíes de las dos colinas y ahora cargaban cuesta abajo, confluyendo en el plano central, donde tenía lugar la lucha más encarnizada.

Tanto la primera oleada, como la segunda, acabaron acudiendo también al punto central. Llegaban cargando de las colinas, chocando las espadas con los escudos, para advertir a los suyos y espantar a los enemigos.

De este modo los almohades se vieron presentando batalla contra un ejército cristiano que los acosaba por el frente y por los dos lados y los musulmanes empezaron a caer como si los diezmara una plaga.

No por ello disminuía la presión que azotaba a Alonso. El caballero empezaba a asfixiarse por el cansancio y el calor. Al despachar a un enemigo otro ocupaba su lugar y debía herirlos no una sino varias veces, puesto que iban protegidos con cota de mallas.

La lanza se le quebró en las manos al atravesar a un soldado. Mientras se protegía con el escudo y desenvainaba la espada, furioso y apretando los dientes, su escudero picó espuelas y lo adelantó, encabritando la montura y, cubriéndole, le concedió unos segundos. No obstante notó el dolor del hierro a la espalda y la calidez de la sangre resbalando por el interior de su armadura. Se dio la vuelta, confuso por sufrir un ataque de donde creía a los suyos y vio a los dos jinetes de su comroi muertos bajo la presión de unos almohades. Uno de ellos lo había herido y tiraba un nuevo mandoble de su alfanje ensangrentado. El freyre blandió la espada con saña contra el almohade que nada pudo hacer para detener los golpes.

Ayudó al escudero a hacer frente a los enemigos hasta que la llegada de la milicia de Madrid les concedió unos segundos. El escudero le pasó su lanza y se situó a su espalda.

Cada vez menos caballeros batallaban en primera línea y los civiles llenaban los espacios con gran arrojo. Las huestes de Santiago y Calatrava habían ido encontrándose y avanzaban hombro con hombro por la empinada pendiente. Alonso dejó que lo envolvieran las milicias concejiles y se aplicó unas hierbas a la herida, con la esperanza que detuviera la hemorragia.

Bebió un sorbo de agua y miró alrededor.

Estaban ganando pero muchos enemigos les aguardaban aún, frescos y esperando en posiciones ventajosas, en lo alto de la colina. Precisamente la caballería pesada del Califa no había entrado aún en acción y un contingente de soldados aguerridos, con pesadas armaduras, miraban impertérritos la matanza de sus hermanos de religión.

Alonso calculó que quedaban aún tantos soldados sarracenos como fuerzas contaba el ejército cruzado. La batalla no estaba ni mucho menos decidida. Contaban las crónicas que en Alarcos se había empezado ganando, pero al intervenir las fuerzas de reserva musulmana, el ejército castellano se deshizo, como semillas de diente de león que el viento dispersa.

Bien podía pasar allí algo parecido. En ese momento ganaban pero la victoria volaba en las batallas de un lado a otro y mucho podía torcerse lo que creía vencido.

El castigo de la hueste almohade, acosada por los flancos parecía, no obstante, notable. Tanto que en palenque musulmán resonaron las trompetas del califa y, los que podían, dirigieron la vista a la cima de la colina. Una orquesta de tubas y clarines lanzaba una nota previamente asignada, de suerte que una parte importante de las fuerzas de reserva de al-Nassir se puso en movimiento.

Los cristianos debían tener en el campo a unos cinco mil hombres, entre combatientes y heridos y otros tres mil aguardaban junto a los reyes. Los sarracenos luchaban ahora con diez mil y cerca de otros diez mil más aguardaban la señal para atacar. De los de la reserva unos siete mil se lanzaron, como una horda de lobos, colina abajo, entre gritos y entrechocar de escudos al oír las trompetas. Pronto un alud con el blasón verde del Islam enterraría a todo el ejército cruzado, que luchaba en desventaja por el terreno empinado. Iban a sufrir la embestida de una hueste que les triplicaba en número.

Bajaban a la carrera, gritando invocaciones a Dios. No se trataba ahora de pastores o rústicos sin formación de armas, sino de lo más granado entre las tropas del ejército del califa. En formación y levantando un muro de lanzas, se precipitó el resto de la infantería y una parte de su caballería pesada cargó colina abajo, con fuerza y velocidad.

Los cristianos se agruparon para hacerles frente pero el ímpetu de los almohades barrió a los cruzados como si fueran figuras de barro.

Alonso cayó al suelo. Había clavado la lanza en el pecho de un jinete, y éste a su vez golpeó su escudo, desequilibrándolo. Los almohades aprovecharon ese instante de indefensión para atacar el caballo y apuñalarlo con saña. Cayó al suelo, esquivando el peso muerto del cadáver de su montura. A su alrededor sólo distinguía las enseñas de los sarracenos: quedó aislado y cercado por un mar de enemigos.

Muy dura había sido la carga y el ánimo de los que resistían a los cristianos se fortaleció. Alonso se puso en pie de un salto, blandiendo su espada de izquierda a derecha, contra todo lo que se movía. Notó la hoja de un puñal resbalar por los anillos de su cota, como un hurón que busca entrar en la guarida de un conejo. Se revolvió con ira y empujó al soldado que pugnaba por apuñalarlo en medio del furor de la batalla.

Los musulmanes dirigían su atención a la resistencia de su escudero. Pero eran cinco contra uno y el cristiano cayó atravesado por heridas horribles de sus espadas. Alonso se arrojó contra los asesinos con un grito de rabia y les maldijo en árabe. El estupor que les causó la violencia y la confusión le dio la ventaja suficiente para matarlos con golpes rápidos y secos, ayudado por los milicianos, que los embistieron por otros flancos. Y sin tiempo de llorar al hermano, los insultos y gritos de una voz conocida llamaron su atención. Alonso vislumbró a su Maestre luchando en solitario con dos jinetes musulmanes. Sostenía el estandarte de los caballeros de Calatrava con la mano que no blandía el acero. A sus pies el Portaestandarte de la Orden se desangraba por múltiples heridas.

Ruiz Díaz bramaba convocando a sus caballeros, que maniobraban entre la tempestad de combatientes para acercarse y socorrer a su Maestre. Alonso se abrió paso a mandobles.

Toda la atención se centraba en la lucha que tenía lugar entorno a Ruiz Díaz, que seguía empuñando la bandera de su Orden y bramaba a cada golpe que descargaba. Montaba un caballo de guerra colosal que luchaba por su cuenta, pero el Maestre no podría sostenerse solo por mucho tiempo. La ayuda venía en camino pero la carga musulmana lo había dejado aislado y un mar de enemigos lo cercaba, batiendo a su alrededor una andanada tras otra. Alonso vio caer al freyre y una multitud de sarracenos descargó sus espadas sobre el cuerpo. Un grito de espanto escapó de sus labios.

Muy cerca de allí la hueste templaria a espada mataba y moría también. El Maestre Gómez Ramírez caía también rodeado de soldados almohades. Pagaba muy cara la estrategia de acudir con escasas tropas.

En la tropa Calatrava Alonso fue de los primeros en llegar junto a Ruiz Díaz, irreconocible por las múltiples heridas sangrantes y despachó a sus atacantes.

Otros caballeros se unieron a él, llegando con arrojo desde el lado cristiano. Alonso sintió fortalecido su ánimo y luchando con bravura consiguieron llevar el frente de la lucha unos metros hacia el lado musulmán. De suerte que pudieron atender al Maestre, sin riesgo de ser atacados.

Alonso se acercó al caído. Ruiz Díaz pareció mirarlo sin reconocerlo, pero le pasó el

estandarte que aún sostenía con fuerza entre las manos. La bandera de Calatrava, como los restos de su Orden, ya no tenía ese lustre esplendoroso de sus primeros días. Al igual que los caballeros que seguían ese estandarte la guerra los había diezmado y la batalla ensangrentado. Parecía un retazo de su antigua gloria, mermada de fuerza y rasgada por la lucha.

El Maestre cerró los ojos. Sus miembros se pusieron flácidos y el aspecto de sus heridas asustó a Alonso. Ruiz Díaz lanzó un postrero grito, quizás de rabia, quizás de triunfo y quedó como dormido. Sus fuerzas lo abandonaron y Alonso temió que nunca más volvería a verle con vida. El grueso del contingente de la Orden llegó hasta su posición y quedaron acongojados, como si hubieran perdido la fe. Mientras, a su alrededor, el asalto musulmán se redoblaba.

Alonso se dio cuenta de que todos lo miraban a él. Sostenía aún la enseña de la Orden entre las manos y si no había muerto era porque unos caballeros contenían el frente a fuerza de echarle arrestos, puesto que batallaban contra muchos.

Levantó la bandera y gritó.

—¡Al ataque, vengamos a nuestro Maestre! ¡Que se lleve a la tumba la vida de todos los infieles!

Los que lo escucharon prorrumpieron en gritos y bramidos, agitando las espadas y aporreando los escudos. El furor se extendió a los que no veían la escena, contagiados por la emoción, al oír las invocaciones.

Y como un solo hombre, dispuestos a vender muy cara su vida, los cristianos cargaron contra los almohades, como un viento de tormenta que arrasa lo que encuentra en su camino.

Alonso sentía el asta de la bandera de Calatrava y se veía en el centro de una cuña compacta de acero, formada por sus hermanos de Orden.

Subió aquella colina paso a paso, descargando un mandoble tras otro. Quedó ronco al poco y más de una herida amenazó con privarle del sentido. Pero, a pesar del caos y las flechas, a pesar del calor y el cansancio, siguieron avanzando.

No sabía lo que ocurría a su alrededor. Veía como sus hermanos iban cayendo uno tras otro y cómo sus cuerpos se arrastraban a la retaguardia para poder ser atendidos. Las milicias luchaban como leones, imbuidos de bravura y espíritu de cruzada: tan arrojado resultaba su ímpetu que los almohades no podían sino retroceder o morir.

Los lobos negros de Haro y las marmitas negras del blasón del Conde de Lara aglutinaban a los castellanos y los empujaban hacia arriba resistiendo y ascendiendo. Paso a paso. Muerte a

muerte.

Muchos cristianos cayeron aquel día pero el ejército del Califa recibía una lección que ya nunca más iba a olvidar. Pese a que luchaban en terreno ventajoso y tenían superioridad numérica, el ejército cristiano resistía su arrojo y les devolvía todos los golpes.

Ya estaban a media colina cuando el Visir echó el resto y ordenó la carga de todas las fuerzas musulmanas. Retronaron los campos cuando la totalidad del ejército sarraceno se sumó a la lucha, iniciando una nueva embestida. Al coger ímpetu por la bajada, la carga se antojó a los cruzados irresistible.

Nadie abandonó su puesto, más bien al contrario, plantaron los pies en el suelo con firmeza y empuñaron con más fuerza las lanzas.

Alonso miró a su alrededor. Cada vez aguantaban menos hombres y los sarracenos parecían haberse multiplicado. Debían resistir, aunque fuera lo último que hicieran.

La entrada en batalla de todas las fuerzas de reserva era lo que habían estado esperando los tres reyes. Ahora todas las fuerzas del Califa estaban dispuestas y no había lugar a nuevas sorpresas. De manera que todo iba a decidirse en aquella colina y los cristianos no debían temer ya maniobras de flanqueo, saqueo de su campamento o sorpresivas cabalgadas para atacarlos por la espalda. Así pues, los reyes ya podían entrar en la lucha, con toda su reserva, puesto que ya todos los soldados batallaban.

Ordenaron que los músicos lanzaran una fanfarria.

El Rey Alfonso VIII se dio la vuelta para encarar al Arzobispo de Toledo, que observaba la batalla mesándose la barba y tirando de los mechones grises, al tiempo que miraba la matanza con ojos dilatados.

—Arzobispo, muramos todos aquí —dijo el Rey de Castilla, calándose el yelmo.

El caballo piafó, contagiado por la emoción del jinete. El Rey no iba a repetir el desastre de Alarcos, prefería morir en batalla que volver a pasar por la vergüenza de la derrota.

El clérigo lo sabía. No era el momento de pensar en la muerte, sino de tener fe. Sólo había una manera de ganar la batalla: luchar en ella.

—No vamos a morir —le prometió enseñándole la Biblia que siempre lo acompañaba—, sino a conquistar la gloria.

El Rey asintió. Quizás recordara en ese instante la sangre del Cid que corría por sus venas. Quizás atisbara un reino fuerte, bajo la corona de uno de sus descendientes. En cualquier caso puso su caballo al paso, colina abajo y empuñó con fuerza la lanza de caballería.

A su alrededor la guardia se puso en marcha. Y con ella la línea central del último haz del ejército. Y como una ola, unida, se precipitaron colina abajo. Entraron al trote y pasaron al galope con la lanza en ristre. Las milicias concejiles les abrieron paso y los siguieron a la carrera.

Cinta de Tortosa se puso en marcha con el resto del ejército, al oír las notas de trompeta que ordenaban la carga total.

Los tres haces de la retaguardia, cada uno comandado por uno de los reyes, bajaron la colina al trote y empezaron a galopar no bien ganaron el llano.

Los tambores musulmanes parecieron enmudecer, ante los bramidos y el retronar de los cascos herrados.

Alfonso VIII gritó “Castilla” con todas sus fuerzas cuando estrelló la lanza contra un caballero sarraceno. El arma se astilló y se partió, quebrada por la fuerza del impacto que atravesó la armadura, descabalgando al enemigo y arrojándolo contra la campiña cubierta de sangre y cadáveres. A su alrededor el impacto de la carga dejó sin efectivos a la vanguardia musulmana, incapaz de resistir la fuerza de la caballería pesada.

Alonso se sentía desfallecido y cansado, pero seguía levantando el pendón por completo ensangrentado y lanzaba proclamas para enardecer a los Caballeros de Calatrava. Era, sin duda, un blanco fácil por llamar demasiado la atención.

Los cristianos notaron como, a su espalda, la carga de los reyes venía a aliviar la presión que sentían las líneas cristianas.

Juntaron sus líneas y clavaron las lanzas en tierra. Las milicias, temblando, se sumaron a la refriega y la última carga musulmana fue rechazada, aunque a un alto coste de vidas.

Pere II, Rey de la corona Catalanoaragonesa, galopó hacia la colina izquierda, tal y como estaba pactado. Debía cubrir la zona del río para evitar que los enemigos les atacaran, flanqueándolos, acosándolos por el costado.

Los enemigos huían a su paso. Aquellos que no acertaban a apartarse de su camino, se veían atrapados en un muro de lanzas, que empujaban los más de quinientos quilos de acero y músculo de semental y caballero.

—Los andalusíes huyen —informó al monarca un almogávar, al que había destacado para explorar el extremo izquierdo del campo de batalla—. El camino al campamento está expédito.

El Rey sonrió como un zorro. Era el momento de la gloria. El primero que entrase en el palenque sarraceno quedaría registrado en las crónicas, y a ojos del Papa, ganaría la influencia necesaria para solucionar el nudo cátaru en las tierras de la Occitania.

Había destacado un contingente adelantado aprovechando la oscuridad de la noche y el conocimiento del terreno de algunos pastores, como el de la senda de las cabezas de vaca.

—Ahora, dad la señal —ordenó el Rey dirigiéndose al que comandaba los trompeteros.

Sonaron unas trompetas en la sección izquierda aragonesa y un contingente catalán se destacó, cargando desde un costado. Habían esperado ese momento para sumarse al ataque, ocultos tras las estribaciones de los ríos. Así, en el momento más delicado, golpearon la defensa almohade en el punto más vulnerable: El campamento desde el que al-Nassir contemplaba la batalla.

Pero Pere II no se lanzó a conquistar la gloria. Las colinas se iban despejando, pero en el centro la batalla era tan dura que los cristianos perdían ímpetu por la desproporción de fuerzas a favor de los sarracenos y lo escarpado del terreno, desfavorable a los castellanos.

—Corneta —ordenó el Rey—, orden de cargar. Vamos. El Rey de Castilla necesita nuestra ayuda.

Pere II bajó desde la colina izquierda a la zona central para precipitarse como un torrente impetuoso contra las filas almohades.

El Rey de Navarra, Sancho VII, subió a la colina derecha y despejó las tierras del río. Miró alrededor y juntó a los suyos, mandando a los que comandaba cerrar filas. Dio órdenes de seguir avanzando.

El camino al campamento del Califa y su tienda carmesí se veía despejado. Ahora que los andalucíes huían del campo de batalla Sancho VII picó espuelas y las trompetas del flanco derecho resonaron en la barahunda de la lucha.

Cuando el haz del Rey de Castilla llegó hasta la lucha, arrasó la resistencia musulmana. Luchaban los almohades cansados y acalorados, agobiados por todos los frentes. Y el refuerzo de Alfonso VIII embistiendo de frente, con los mejores de sus caballeros y el flanqueo de Pere II, empitonándolos por el costado, los dejó heridos de muerte. Un vendaval venía a derribar el árbol desequilibrado. Pero no sólo caía un árbol, sino que uno tras otro se derrumbaban a su paso (irresistible como la acometida de Santiago Matamoros) todo el bosque.

La carga de los tres Reyes les barrió como si fueran espantapájaros de paja y zozobraron, dirigiendo la vista al palenque del califa.

También allí se luchaba. Los caballeros navarros y los catalanes cargaban contra la Guardia Negra, encadenados y enterrados pero letales.

Y entonces, cuando las filas musulmanas temblaban por la acometida de los Reyes cristianos, al-Nassir se derrumbó. Y a pesar de que muchos miles de sarracenos combatían aún, el corazón del califa se llenó de espanto al ver como catalanes y navarros lo acosaban en su propio campamento.

—Califa, tomad mi yegua y salvad la vida —le dijeron.

Y el poderoso al-Nassir dejando a un lado el Corán y envainando la espada del fundador de su dinastía, no se hizo de rogar. Dejando atrás su tienda y su ejército, montó una yegua y, con unos pocos, abandonó a los suyos a su suerte. Desentendiéndose de la batalla se dirigió a todo galope a Úbeda, la ciudad amurallada más cercana.

Los sarracenos, al ver aquello, se llenaron de pavor, pensando que si el Califa huía, era porque la batalla estaba perdida.

Allí se acabó la guerra. Y empezó la matanza. El Visir intentó retener los restos del

ejército y hacerse fuerte en lo alto de la colina, pero fue en vano. Los que se encontraban frente a los cristianos arrojaban las armas y huían. Los que venían detrás, se contagiaron al instante y los imitaron. Pronto, lo que había sido el ejército más temido del mundo, se convirtió en un rebaño en estampida que ya ni siquiera devolvía los golpes.

La formación se deshizo como cenizas que el viento dispersa y un clamor de victoria surgió de las enronquecidas gargantas cristianas. Veían como, ante sus ojos, lo que había sido una muralla se derrumbaba, como si hubieran resonado las trompetas de Jericó.

La carga de Alfonso VIII y Pere II los llevó a lo alto de la colina en apenas unos minutos. Sancho VII ya luchaba contra los negros encadenados y la hueste catalana los hostigaba desde el otro flanco.

Los que podían hacerlo huían como el califa y sólo los que estaban atados presentaban aún resistencia.

Muchos caballeros iban a engalanar sus escudos con la cadena del califa y todos juraron ser los primeros en romper el cerco de los imesebelen, la guardia negra. Lo cierto es que el asalto final al palenque se produjo por varios puntos y tanto navarros, castellanos, como catalanes se disputaron ese honor durante años.

La guardia negra presentó poca resistencia y el resto de los sarracenos, preocupados ya sólo en escapar, nada hicieron para impedir su desastre. El mediodía había pasado y el calor de finales de julio seguía siendo tórrido, de forma que los infantes cristianos pararon la lucha para empezar el saqueo.

Sólo los jinetes y los caballeros cruzados pudieron seguir luchando, en lo que se denominaba el alcance de la batalla, persiguiendo a los que huían para matarlos allí donde los encontraban, en venganza por los muchos muertos de su bando.

Durante más de veinte kilómetros les dieron caza, matando a más de los que murieron durante la batalla, lanceando incluso a los refugiados en los copas de los árboles. Sólo acabó el degüello cuando las luces fueron remitiendo por la cercanía del ocaso y volvieron grupas para festejar con los suyos la gloria que había traído la tarde.

En el mismo campo de batalla, los obispos y clérigos entonaron el gloriae, dando gracias a Dios. Todos sentían que habían vivido un día por el que podrían brindar el resto de su vida. Y en verdad la reconquista contra el sarraceno ya jamás sería la misma. El Desastre, como lo llamaron, obligó a los andalusíes a abandonar la rapiña y el ataque para encerrarse en ciudades y fortalezas y así resistir el ímpetu cristiano que, cinco siglos más tarde, iba a girar las tornas de la guerra y devolverles, una a una, todas las afrentas.

Algo intuían de todo esto los cruzados, cuando entre sollozos y abrazos, dieron gracias por seguir vivos y poder admirar el ocaso, quizás el más maravilloso que sus ojos contemplaran jamás, del mismo carmesí encendido que la sangre con la que habían pagado su libertad.

X. LAS NAVAS DE TOLOSA

Mediados de Julio de 1212.

Cinta de Tortosa se apartó el cabello, apelmazado por el sudor, que le impedía la visión. Al hacerlo se miró las manos y se preguntó por qué estaban cubiertas de sangre. De hecho, se cuestionó dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Los últimos recuerdos que conservaba se remontaban al campo de batalla, cuando abandonó la lucha para unirse al grupo que socorría a los heridos.

Sabía que no llegaría hasta Alonso y pese a la angustia fue incapaz de seguir cabalgando. El campo estaba cubierto de muertos y heridos, estos últimos suplicaban auxilio con heridas espantosas

que se cobrarían su vida si no se intervenía. No podía dejarlos atrás sabiendo que iban a morir si no los asistía y que esas muertes pesarían en su conciencia. Escogió curar antes de matar y fue atendiendo a los cristianos allí donde los encontraba.

Miró alrededor y poco a poco fue haciéndose consciente del ambiente y los sonidos que la rodeaban. Se encontraba en el llano que separaba las colinas de los dos campamentos. Habían despejado el terreno de cadáveres y encendido hogueras que delimitaban uno de los muchos hospitales de campaña.

Los heridos habían ido acudiendo allí, normalmente transportados por otros combatientes y el concierto de gemidos, chillidos, gritos, lamentos y sollozos, producía la sensación de que la batalla aún no hubiera acabado.

Cinta escrutaba sus rostros esperando encontrarse a Alonso. Pero el calatravo no estaba allí.

Habían tumbado a los heridos en lienzos y mantas y los atendían cómo podían, utilizando hierbas y emplastes como única medicina. El suelo estaba cubierto de sangre y el atuendo, las manos, y hasta la cara de la Dama aparecían también embadurnados de la sangre de los muertos y heridos del hospital.

Era noche cerrada y se sentía agotada. Había perdido la noción del tiempo hasta tal punto que no sabía si llevaba horas o minutos en el hospital de campaña.

En el campo el ambiente era de euforia desatada. En cambio, en el hospital, se mascaba el desánimo de los heridos, de manera que un pinchazo le oprimía el pecho. Acababa de ayudar a uno de los galenos del ejército de Castilla, un doctor judío, a estabilizar a un herido, al que tuvieron que amputarle la pierna a la altura de la rodilla y la zozobra la conmocionaba. A pesar de estar al aire libre, notaba que se ahogaba en ese ambiente opresivo de humores humanos.

El flujo de heridos había descendido en los últimos minutos y algunas monjas llegaron a ayudar, tras acabar las misas para conmemorar la victoria en la batalla. De manera que se sintió con fuerzas de abandonar el hospital y dirigirse al bullicio con que los cruzados celebraban el triunfo.

Las celebraciones se habían trasladado al campamento enemigo y los sirvientes habían abierto un sendero en el campo de muertos para llevar alcohol y objetos personales de las tiendas cristianas al palenque sarraceno.

La Dama oteó las estrellas, apartando la vista del espectáculo dantesco de miles de cadáveres allí donde mirase. Hacía un buen rato que habían dejado atrás la medianoche y, tras salir del estupor, descubrió que la necesidad de encontrar a Alonso era tan fuerte que le impedía pensar en nada más. Se sentía pesimista respecto al caballero tanto que, pese a no haber comido nada en todo

el día, ni siquiera tenía apetito. Se encaminó hacia donde el grueso de los cristianos celebraban, en el bosque de tiendas de los musulmanes, la gloria y la dicha que sentían.

Cinta avanzó, intentando no pisar a los muertos, con lentitud, puesto que todo el paisaje estaba cubierto de cadáveres, de uno y otro bando. Pese a que intentaba no mirarlos a la cara no podía evitar, con desasosiego, preguntarse si no sería el de Alonso el siguiente cuerpo. Imaginó la historia que quedaba atrás de cada uno de los muertos ¿Sería también el fin de la suya? Se mordía los labios creyendo que jamás volvería a ver al calatravo con vida.

Mientras su corazón sangraba de pena la alegría poseía a los supervivientes. El viento le traía el rumor de las celebraciones. Mañana empezarían a enterrar a los suyos, pero aquella noche sólo había lugar para los festejos.

Subiendo la colina, con cautela, observó a muchos grupos de civiles revolviendo entre los caídos para saquearlos. No tenía nada que reprocharles, se batieron con bravura y era privilegio del vencedor quedarse con los bienes del vencido.

Bajo la luz de las estrellas, guiada por el resplandor de las numerosas hogueras del campamento musulmán, ascendió hasta los miles de cadáveres de la Guardia Negra, que seguían atados con cadenas allí donde habían caído. Los Reyes habían instalado su real, en la tienda roja de al-Nassir y parecía la única zona donde aún se mantenía un atisbo de cordura y decoro, tanto por la presencia del clero como de los monarcas. Cinta subió hasta la tienda de seda y se refrescó en unas fuentes que, para solaz del Califa, habían dispuesto los sarracenos alrededor de sus dependencias.

No sabía dónde encontrar a Alonso. Temía el momento en que vislumbrara su cadáver en el mar de cuerpos caídos. La tristeza sería tan grande que quizás no quisiera levantarse. Así que, temiendo lo peor, y demorando la más que probable mala noticia dejó que sus pasos la llevaran a internarse en el que había sido el campamento musulmán antes de la batalla.

Reinaba el caos en las tiendas sarracenas. Ninguna orden podía acabar con la indisciplina y el desorden de la apoteosis cruzada al celebrar la victoria. Había miles de tiendas y la mayoría las habían saqueado sin piedad, desechando ricas telas y ornamentadas vasijas para buscar el oro y las gemas. Entre las tiendas ardían miles de hogueras, alimentadas con jabalinas y astas de flechas sarracenas. El que tenía hambre, echaba mano a las cuantiosas reservas que en el ejército califal se encontraron. Al que le faltaba una pieza de la armadura, pudo ceñirse una cota de malla completa de las armerías enemigas.

Los cruzados, ebrios de felicidad, con todo arramblaban y malbarataban, sin importarles el hecho de destruir piezas valiosas o bellamente labradas. Habían cautivado a los sirvientes que hallaron en las tiendas y como esclavos los trataban, en el papel de sus nuevos señores.

Muchas y bellas mujeres encontraron también. A todas hicieron prisioneras y de ellas gozaron en el frenesí irracional de la conquista.

Mientras Cinta paseaba por el campamento como un alma en pena se entristecía aún más. Nada distinguía la conducta de los ultramontanos de los españoles. Todos, en nombre de la religión, confundían la alegría de la victoria con la locura del conquistador. Sintió náuseas ante lo que veían sus ojos y deseó encontrarse a cientos de kilómetros de allí, en su casa del delta del Ebro.

Unos castellanos la confundieron con una cautiva y con los ojos chispeantes la encararon. Cinta vestía con cota de malla y su sobrevesta hubiera mostrado su condición de cruzada, de no estar tan manchada con la sangre de los heridos, que prácticamente no se reconocía. Pero algo vieron en ella los cristianos que cuando ya se disponían a raptarla, desistieron. Quizás fuera el grito de “tu turno”, que los hizo volver hacia la tienda de la que habían salido. De su interior escapaba un fuerte estrépito de platos rotos que apenas ocultaba los chillidos de una mujer.

La Dama volvió a la zona del palenque carmesí, decidida a no derramar más sangre aquella jornada. Sabía que si seguía andando por el campamento se vería envuelta en alguna trifulca.

Al volver al real de los Reyes, se fijó en los blasones de las tiendas circundantes y, vislumbrando la cruz roja templaria, pidió ser admitida en sus dependencias, esperando tener nuevas de Alonso a través de Roger.

Toda la alegría de los cruzados que saqueaban el campamento musulmán contrastaba con el silencio acongojado del interior. Ya en la antesala de la tienda templaria habían instalado la capilla ardiente del Maestre, Gómez Ramírez, de cuerpo presente y muerto por múltiples heridas, que desfiguraban su rostro y su cuerpo. Algunos caballeros rezaban a su alrededor, muchos de ellos heridos.

Cinta salió de la tienda con un nudo en la garganta. Preguntó a un escudero por Jaime de Miravet y lo localizó desconsolado en un rincón.

—¿Dónde está Roger? —le preguntó.

El joven la miró a los ojos y rompió a llorar.

—No ha vuelto de la batalla. Temo por él.

Cinta notó un pinchazo en su pecho. También Roger había muerto entonces. Viendo al joven escudero desconsolado sacó fuerzas de flaqueza para acercarse y le dio una palmada en la espalda.

—No te preocupes, frey Roger es gato viejo en esto de la guerra. Debe estar saqueando el campamento, como todos los demás.

Pero ambos sabían que si en algún lugar podían encontrar al templario no sería en el desenfreno de los otros cruzados.

—Él me salvó —continuó Jaime—. El Maestre lo destinó a primera fila y me ordenó quedarme atrás. Quizás hubiera compartido su destino.

Cinta lo agarró por los hombros.

—¿A primera fila? ¿Sabes en que sección?

El muchacho asintió.

—Corre el rumor de que luchó en el ala izquierda.

—Entonces mañana búscalo en el campo entre los caídos. Si no lo encuentras habrá lugar para la esperanza.

El escudero sorbió la nariz y se limpió las lágrimas.

—Así lo haré.

—¿Dónde están las tiendas de la Orden de Calatrava?

—Al este de aquí.

Cinta se despidió de él, con el corazón en un puño, temiendo que Alonso hubiera corrido la misma suerte. No podía demorarlo más. Debía enfrentarse con la realidad y buscar al caballero entre los suyos. Si había sobrevivido allí podría encontrarlo. Si no lo hallaba entonces podía dar por ciertos sus más negros presagios. Sentía pánico. Le costaba respirar. Sabía que los de la primera fila eran los que tenían menos posibilidades de sobrevivir, como había constatado con Roger.

Se apresuró a las tiendas sarracenas que ocuparan los de la Orden de Calatrava.

Al entrar notó la misma atmósfera de desánimo y tristeza del sector templario. Se temió lo peor y siguió a los freyres hasta la estancia del fondo. Todos guardaban silencio ante un caballero que yacía en el centro vestido con sencilla túnica de lino.

Era el Maestre Ruíz Díaz y tenía el rostro ceniciento y los ojos cerrados. Le habían amputado el brazo derecho hasta el codo. Cinta no pudo evitar recordar al freyre en las duras jornadas del asedio de Salvatierra. Siempre había tenido una palabra de consuelo cuando la desesperación del sitio minaba su ánimo.

Se acercó hasta él para presentarle sus respetos y tomó su mano izquierda. Estaba caliente. El Maestre abrió los ojos y, al reconocerla, le sonrió. La Dama no pudo evitar unas lágrimas, había visto demasiados muertos en las últimas horas y ver que Ruíz Díaz seguía con vida, le alegró el corazón.

—Ganamos... —le susurró éste muy débil—, vencimos al Califa y la frontera ha cruzado Sierra Morena.

La Dama le estrechó la mano con fuerza.

—Descanse, frey. Ahora todo está bien, no podemos permitirnos más bajas.

El Maestre cerró los ojos y Cinta estudió sus heridas. Tenían mal color y peor aspecto. Olían a podredumbre. El freyre sonrió de nuevo y se quedó dormido por el cansancio.

Cinta se apartó de él y buscó a Alonso con la mirada. No lo veía por ninguna parte. Había pocos caballeros, la mayoría heridos. Todos parecían sumidos en una agri dulce sensación de tristeza, por los muchos caídos, pero también con dicha, por haber sobrevivido y presenciado la mayor victoria de la reconquista.

Preguntó por Alonso y las miradas y los gestos, tristes y apagados, la condujeron hasta el hospital de la Orden, en una tienda anexa. Allí los galenos atendían a los heridos y se custodiaban a los muertos. Entró en la tienda nerviosa, murmurando que si algo le había ocurrido a Alonso no sabría que iba a hacer con su vida.

El interior del hospital de campaña recordaba a una iglesia, por el incienso y los salmos que leía en voz alta un joven en un rincón. La mayoría de los que allí reposaban lo hacían atendidos por el equipo médico de la orden y curaban las heridas de la batalla. Cinta recorrió las camas, ansiosa, hasta que localizó el cuerpo de Alonso al fondo. Se acercó rezando para encontrarlo con vida. Notaba como la sangre se agolpaba en su rostro mientras retenía el aliento. No podía soportar perderlo. Se imaginó el resto de su vida sin él y el dolor de su pecho estalló en sollozos, que escaparon de sus ojos como ideas que se olvidan para siempre.

El caballero tenía los ojos cerrados y el rostro tranquilo, del que está sumido en un sueño. La Dama estudió la armadura del caballero y se horrorizó de su estado maltrecho. Muchos anillos aparecían partidos y con restos de sangre, costaría más repararla que conseguir una nueva.

Cinta tomó sus manos y lo estudió con ansia, contando los miembros y examinando las heridas, preguntándose por la gravedad de las mismas. Varios vendajes le cubrían el brazo, el costado, el pecho, el abdomen y las piernas. Las manos estaban calientes y la respiración de Alonso acompasada.

—Gracias Dios mío. Gracias, gracias. Gracias.

Estaba llorando mientras le besaba las manos cubiertas con rastros de sangre seca.

Cinta tomó asiento a su lado y sin soltarle suspiró hondo. Ahora sí que podía alegrarse por el resultado de la contienda. Al menos los dos habían sobrevivido.

Dejó a Alonso dormir.

El freyre tenía un sueño agitado. Cabalgaba aún por las Navas de Tolosa, en una batalla que parecía no tener fin. A su alrededor reinaba la oscuridad y él se abría paso con una lanza que parecía hecha de luz. Un océano de enemigos lo sitiaba por los cuatro costados y morían gritando, quedando atrapados en su memoria, en el momento de la última mirada de horror, aquella en la que comprendían que su vida en ese instante acababa. Alonso estaba solo y las tinieblas lo cercaban.

De repente una luz cayó del cielo y los enemigos retrocedieron, deteniéndose en las sombras sin atreverse a penetrar en el haz dorado. Ganó unos segundos para recuperar el aliento y miró hacia arriba ¿Un ángel? Entonces la vio.

Mucho tiempo recordaría aquel sueño que adquiriría significado aquel mismo día.

Cuando Alonso abrió los ojos parpadeó en la penumbra del hospital de campaña. Se sentía cansado y sediento.

—Agua —pidió, en un susurro de ronco agotamiento. Notaba un agudo dolor en la mayor parte de su cuerpo.

Había alguien más sentado a los pies de su cama. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, advirtió las facciones de Cinta y el suave aroma de la joven le evocó los placeres de la víspera.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella acercándole un odre con agua.

Alonso bebió con avidez. Ahora todo estaba bien. Sonrió y se quedó dormido de nuevo, vencido por el cansancio y la pérdida de sangre.

Su sueño se regularizó y su respiración se acompasó a los latidos de su corazón. La Dama observó, tranquila, como las facciones del freyre se suavizaban y una sonrisa asomaba en sus labios.

Dejó que durmiera ignorando que, en ese momento, Alonso pensaba en ella y anhelaba volver a disfrutar de su compañía. Cinta apenas durmió el resto de la noche velando el sueño del caballero.

En el exterior la algarabía creció cuando las reservas de vino alcanzaron el nuevo campamento. Encontraron todo tipo de bienes y en abundancia en las tiendas sarracenas, excepto el que consideraron más necesario: alcohol. Fue la única mercancía que se mandó traer de la Mesa del Rey. Cuando llegaron las primeras cargas los cruzados se agruparon alrededor, disputándose las jarras que se iban repartiendo. El río de vino enloqueció a los cristianos que continuaron con el saqueo, el fornicio y la destrucción sin mesura.

Tras la larga noche salió de nuevo el sol. Y la brisa de la mañana borró en parte los rastros del despilfarro, puesto que a la luz del día revivieron las conciencias y la vergüenza de los muchos actos perpetrados al amparo de la noche.

Alonso durmió hasta bien entrada la mañana y despertó con Cinta a los pies de su cama. La sonrisa de la Dama se clavó en su memoria como si fuera esculpida a cincel y martillo y ya siempre la recordó. El caballero trató de incorporarse pero le dolía todo el cuerpo. No obstante, seguía entero y ninguna herida parecía seria.

—Debes descansar —le aconsejó Cinta—, recupera las fuerzas y saldremos a buscar a Roger.

Alonso intentó levantarse de la cama.

—¿Dónde está?

Cinta le arregló la cama, intentando no mirarle a los ojos.

—Su escudero se separó de él y no lo encuentra.

El caballero tomó su mano y la obligó a mirarle.

—Ayúdame a levantarme.

La Dama negó con la cabeza.

—Se te van a abrir las heridas. Deja que cicatricen unas horas más y yo misma te acompañaré a su tienda. Ahora, descansa.

La Dama salió a buscarle algo de comida y recompuso su rostro, demudado por la pena y el dolor. No le costó demasiado encontrar raciones y ayudó al freyre a comer, observando con satisfacción como iba recuperando el color.

—Ya me encuentro bien —manifestó Alonso—, llama al galeno que nos vamos.

La Dama sabía que el caballero aún no estaba recuperado, pero intuía que sólo haría caso a un médico de manera que buscó a uno de los que atendía a los heridos.

El físico lo examinó con atención y le aconsejó que descansara.

—Alonso, no seas impaciente. Date tiempo para recuperarte.

Pero el caballero no quería saber nada de todo eso y con gran esfuerzo se sentó en la cama.

—Todo mi comroi ha muerto —lamentó—, sólo quedas tú, Cinta. Jamás podré olvidarlos. Ven, ayúdame a buscar a Roger. Siento que está débil en algún rincón del campo de batalla y debemos socorrerle.

Pero la Dama negaba con la cabeza.

—No te preocupes, Alonso, su escudero lo habrá encontrado y ahora debe reposar en las tiendas templarias. Descansa, iré a ver si lo puedo traer.

Y diciendo esto, forzó a Alonso a acostarse de nuevo y le cerró los ojos. El caballero quedó nuevamente dormido, con la cara cenicienta por la pérdida de sangre y el dolor de las últimas noticias.

Cinta se dirigió al sector templario. Los escuderos le indicaron que Jaime aún no había regresado. Volvió a la tienda del hospital calatravo y esperó a que el caballero despertara de nuevo, asistiendo a los otros heridos.

Se obligó a comer de las raciones que servían, puesto que apenas había probado bocado desde el día anterior. Se sintió restaurada y meditó sobre qué quería hacer con su vida. Cuántas más vueltas daba a sus pensamientos más se convencía que quería volver a casa. En el delta del Ebro tenía una hacienda, entre los campos de cultivo y la fauna salvaje, perdida en la espesura. La caza y la pesca darían sustento sin grandes esfuerzos, puesto que se trataba de territorios escasamente

poblados y muy ricos en recursos. Se imaginó allí viviendo con los hijos que daría a Alonso y una dicha como nunca antes había experimentado invadió todo su ser.

Alonso despertó unas horas más tarde, con fuerza suficiente para abandonar el hospital. No admitió una negativa y nadie pudo convencerlo de lo contrario. Se vistió con la túnica de seda y botas nuevas de buena calidad que Cinta le trajo y se apoyó en los hombros de la Dama para salir al exterior. Ciñendo su espada al cinto, recorrieron juntos el campamento, pasando de la incredulidad al desprecio y de éste al asco ante lo que veían sus ojos. No se trataba sólo de la lícita aprensión de los bienes abandonados por los vencidos, sino más bien de una expoliación de todo cuánto estaba a la vista.

Vislumbraron a varios caballeros de Castilla llenando las alforjas con ricas sedas y alhajas; Civiles de las ciudades pillando cuánto de valor encontraban, errando entre tienda y tienda con las manos llenas. Dos cruzados disputaban de una cautiva, tirando de ella uno por cada brazo con fuerza y, ante la oposición, desenvainaron las espadas y se acometieron con violencia. Un párroco borracho que la escena observaba, los bendecía arrojándoles vino como si fuera agua bendita. De otra tienda salía un caballero aragonés con un saco tan lleno que tenía que arrastrarlo por el suelo. Se quedó mirando la lucha, apostando con otro cruzado quién mataría a quién.

Pasaba por allí uno dando palos a una mula que, de tan cargada, no podía ni avanzar. El estrépito de una vajilla rompiéndose les llegaba desde una tienda cercana, junto con los gritos de un joven al que sin duda torturaban y los chillidos de una mujer que sufría el abuso de los cruzados. Uno de los que disputaba mató al otro y, al ir a por la mujer, descubrió que ésta se había fugado. Varios cruzados discutían de viva voz por el precio de un odre de vino, cuya tarifa era tan estratosférica que sólo con alhajas podía adquirirla el comprador.

—Ya he visto bastante —dijo Alonso—, me repugna todo este desmadre. No fue por esto que luche en las Navas.

Cinta notaba que la ira la recorría por dentro. Se sorprendía de no cargar, cuchillo en mano, al interior de la tienda. Pero algo había aprendido de todo aquel año de batallas y sacrificios y era mayor el desánimo y el hastío que la rabia.

—La causa de Cristo la pervierten los hombres —comentó—. Más vale que no entremos más, en el interior del campamento la anarquía es la dueña. Vayamos a ver si encontramos a Roger de Troyes.

Se acercaron a lo que había sido el campo de batalla, sembrado de millares de cadáveres.

—Dios mío —masculló Alonso, santiguándose ante la visión.

El hedor de los cuerpos les obligó a cubrirse la nariz y la boca. Fueron avanzando con lentitud, buscando entre los caídos con vestimenta de la orden templaria.

—Su escudero me dijo que fue destinado a la primera línea del flanco izquierdo.

El caballero señaló hasta la colina donde éstos habían luchado con los andalusíes.

—Entonces vayamos para allí.

Se acercaron lentamente hasta la cima de la colina izquierda del campo de batalla, observando a su alrededor la multitud de cuerpos sin vida. El desánimo y la tristeza los invadió sin remedio.

—Allí, mira —exclamó Cinta, señalando a un joven—. Ese es Jaime de Miravet, vayamos.

Se acercaron al templario tan rápido como se lo permitía el paso reposado de las heridas de Alonso.

El escudero removía algo del suelo, por la distancia y la perspectiva no alcanzaron a distinguirlo hasta que se encontraron a la altura del escudero.

Entonces lo vieron.

Allí reposaba un templario, caído en forzada posición antinatural. Su cota aparecía abierta por muchas heridas y más de siete flechas asomaban de la armadura. Una herida terrible abría su cabeza y otras aparecían en la zona del muslo y el pecho. No obstante su rostro contradecía la violencia de los daños del cuerpo, puesto que una sonrisa iluminaba su semblante, como si hubiera regresado al hogar después de una larga ausencia.

Alonso cayó de rodillas a los pies del templario.

—Roger... —masculló con un hilo de voz, tomando el rostro ensangrentado del amigo entre las manos—. Roger, al fin te alcanzó el destino.

El caballero le cerró los ojos y las lágrimas tomaron su rostro. Cinta se abrazó a él y el escudero gimoteó.

—Lo encontré hace un rato. No sé qué hacer.

La Dama le acarició el cabello.

—Recordarlo —le dijo—. Eso es lo mejor que puedes hacer por él, porque al fin alcanzó la paz y ahora nos mira, sonriente, desde el Cielo. Lo enterraremos cristianamente y lo recordaremos.

Pero Alonso negaba con la cabeza.

—No tenía que morir aquí —manifestó con rabia—. Era un héroe de la batalla de Hattim, se había ganado un puesto de honor y no un destino en primera línea de combate.

El escudero lloraba ahora a lágrima viva.

—Yo tendría que haber caído aquí con él. Pero decidió salvarme. Cinta volvió a consolarlo.

—¿Qué pasó? Nos contó que iban a destinarlo a un convento. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Por qué capricho del destino nos lo encontramos caído hoy?

Los tres se abrazaron sin poder reprimir la pena.

—Se dice que el Maestro, en paz descanse, se negó a concederle la dispensa.

El caballero de Calatrava no creía lo que oía.

—Es injusto —proclamó Alonso-, Roger sólo quería retirarse, hacía años que había ganado el descanso. ¿Por qué?

Pero pensaba que ya sabía la respuesta. La Iglesia siempre necesitaba de uno, nunca tenía suficiente. ¿Qué podía hacer? Toda su vida la había consagrado a la causa de Cristo. Sin ella se sentía perdido. Dios tenía razones que no entendía. Confiaba en su criterio superior puesto que sólo Dios tenía una visión de conjunto.

Pero hasta él llegaban los gritos de alegría del desenfreno del campamento y lo llenaban de rabia. Se preguntaba si no contemplaba su destino de forma anticipada. Si la senda de la iglesia sólo tenía un final: el martirio y el sacrificio. Las imágenes del sueño adquirieron significado en esa encrucijada en la que se encontraba. El cadáver del que había sido su amigo parecía gritarle que había otros caminos que podía recorrer.

Alonso se incorporó. Probó sus fuerzas y se sintió más seguro.

—Ayúdame, Jaime, vamos a enterrar el cuerpo de tu caballero.

Y entre los tres cavaron, con la ayuda de unos escudos que encontraron en el campo, y consiguieron inhumar al templario allí donde había caído. Rezaron por su alma, clavando su espada en tierra de manera que la cruz de la empuñadura indicara su tumba.

Iban a regresar al campamento de la Mesa del Rey, pero ya no existía. Una caravana de pertrechos dismantelaba las tiendas de la colina, para trasladarlo todo al palenque musulmán. El escudero Jaime se despidió de ellos y al rato los dos dirigieron sus pasos al nuevo campamento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Cinta al caballero.

Alonso respiró hondo. Se sentía débil por el esfuerzo del entierro, y triste. No recordaba un momento más penoso en su vida. Aún así le mintió. No quería que ella se preocupara en exceso.

—Estoy bien ¿Y tú?

Cinta se arrojó en sus brazos.

—Estoy muy mal —reconoció ella—, no es sólo la podredumbre de los miles de cadáveres al sol, ni el cansancio o la falta de sueño o alimento. Es por todo. Ven, acompáñame al campamento y verás por qué lo digo. No puedo más. Me vuelvo a casa —hizo una pausa y lo miró a los ojos unos segundos. Su respiración se aceleró cuando le dijo—. Nada en el mundo me haría más feliz que me acompañaras. Ven conmigo, Alonso.

Alonso quedó pensativo. Iba a añadir algo pero decidió callar. Se acercó y le dio un beso en la frente, inocente y casto como haría el cura de su pueblo.

—Tengo que ir a ver a mi Maestre.

Cinta se sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría y notara las gotas resbalarle por su piel, calándola de pura tristeza y decepción ¿Qué más podía esperar? Alonso era un monje guerrero, había hecho votos consagrando su vida a Dios. Para él no debía ser más que una molesta tentación que más valía apartar de su lado para evitar caer otra vez en ella.

Avanzaron en silencio hasta la cima de la colina donde habían plantado el campamento sarraceno.

Cuando llegaron al palenque descubrieron una multitud formada por los nobles y clérigos de la cruzada.

—...Y al arzobispo de Toledo le lego —decía Alfonso VIII—, aquello que más desea: una catedral. Rodrigo, por tu inspiración y buen hacer, el reino costeara la iglesia que mereces...

Una yegua pasó trotando con las riendas sueltas y la silla preparada. Rápida de reflejos Cinta la capturó con un movimiento ágil. La calmó con susurros y caricias. Y después le dijo a Alonso, con un hilo de voz:

—Ya nada puedo hacer aquí, vuelvo a mi casa. Desearía pedirte que me ayudaras una última vez. Ven, haz el favor, acompáñame a hablar con el Obispo de Tortosa.

Alonso la miró a los ojos, y nada dijo.

Tomando a la montura de la rienda, acomodó en ella al freyre, que aún se resentía del cansancio y de las muchas heridas.

Se dirigieron al palenque carmesí, que había contenido el puesto de mando del Califa y allí Cinta buscó con la mirada la efigie del Obispo de Tortosa. Acudieron a él y llamaron su atención para llevarlo aparte.

La Dama se encaró con el clérigo. La tristeza le impedía encontrar las palabras. Tenía un nudo en la garganta pero se obligó a desenredarlo.

—Más de un año ha que me encomendasteis a los Caballeros de Calatrava —le dijo en voz muy baja, tanto que apenas era audible—. La misión ha sido difícil, pero sobreviví al asedio de Salvatierra y a la batalla de las Navas. Devolvedme mis tierras y mi título.

El Obispo, que mucho sudaba por las fofas carnes y el elevado calor, llevó un pañuelo a la frente empapada.

—Vaya cambio, Cinta del Hacha, no os reconocía con esta guisa aguerrida ¿Qué pedís, la indulgencia? No la habéis ganado — sentenció—. El párroco nunca volvió. Se dice que frecuenta las tabernas de puertos y ciudades francas, así que no pueden comprobarse tus palabras.

La Dama enrojeció de ira. Toda su pena se mutó en rabia. Largos habían sido los días y sacrificios, temía una respuesta como aquella del obispo rechoncho. Se obligó a respirar hondo dos veces antes de replicarle.

—Os presento a frey Alonso de las Merindades, caballero de Calatrava. Él puede atestiguar que consta a su Orden mi encomienda en la defensa de Salvatierra primero, en Zorita después y

en cruzada desde Toledo hasta la batalla final.

El Obispo observó al caballero con disgusto, y le habló en latín. Alonso le replicó en la misma lengua.

—Si sois freyre entenderéis mis palabras. Y, cómo clérigo, me haréis el favor de llevaros lejos a esta dama.

—Cinta ha dicho la verdad. Doy fe del cumplimiento de su encomienda y de su valor.

La Dama observaba el diálogo con los labios fruncidos, puesto que no entendía nada de los que estaban hablando. El obispo pareció contrariado y volvió a la lengua romance.

—Está bien, Cinta, te libero de tu compromiso y te restituyo los títulos y las tierras que guardaba en prenda.

La Dama lo saludó con rigidez y se alejó con pasos rápidos, antes de que el clérigo pudiera rectificar sus palabras.

Alonso la siguió, poniendo al caballo al paso a su lado. Cinta volvió a tomar la rienda.

—Y ahora sólo me queda presentar los respetos a tu Maestre y ya podré irme ¿Me acompañas?

Alonso asintió en silencio.

Sin saberlo los pasos de Cinta fueron haciéndose más lentos, temía el instante de la partida por lo mucho que dejaría atrás. El caballero la reconfortaba hasta el punto que, por él, había permanecido a su lado y enfrentado el horror de la batalla. Lo prudente hubiera sido poner tierra de por medio, y evitar el peligro que durante muchas jornadas la había perseguido.

Alonso caminaba también con lentitud a su lado.

—Y ahora... cuando te vayas ¿Qué harás?

Ella lo miró con tristeza, con la mirada humedecida por las lágrimas de pena que pugnaban por escapar de sus ojos. Parpadeó varias veces para que no se le notara.

—La vida es muy sencilla en las tierras del delta. Me levanto con el sol, me baño en el río, cazo en las márgenes y languidezco el resto del día junto al Ebro. Allí no hay mucho que

hacer, pero la tierra es generosa y rica en caza y pesca, de manera que se puede vivir holgadamente, sin grandes esfuerzos, viendo la vida transcurrir con lentitud, como los muchos meandros que llevan al río a morir en el mar.

Alonso nada decía pero mucho pensaba.

Llegaron a las tiendas de la Orden de Calatrava y Cinta ató la yegua en la entrada y, ayudando a Alonso a desmontar, se encaminaron hacia el Maestre. Ruiz Díaz departía con el Comendador cuando se acercaron.

—Te ordeno que ocupes mi puesto —manifestaba con firmeza el superior a Rodrigo Garcés, enseñándole el muñón amputado de su brazo—. No puedo ejercer las labores de Maestre y la Orden necesita un líder fuerte.

El Comendador negaba con la cabeza.

—Frey Ruíz Díaz es el Maestre de Calatrava y lo será hasta que muera —afirmó, empecinado.

El Maestre advirtió la cercanía de Cinta y Alonso y les hizo un gesto para que se acercaran.

—A ver si me ayudáis a convencer a este tozudo —pidió señalando al Comendador—, estoy imposibilitado para ejercer de Maestre, él debe tomar las riendas.

Pero el Comendador seguía negando.

—Está conmocionado por la batalla —reflexionó—. Mejor descansad unos días. Si seguís pensando lo mismo dentro de una luna, hablaremos.

Ahora el que negó con la cabeza fue el Maestre.

—Eres un cabezón, Comendador. Buen Maestre vas a ser. Pero bueno —preguntó encarándose a Cinta y a Alonso— ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

La Dama dio un paso al frente y volvió a tomar a Ruiz Díaz de su mano sana.

—Maestre, he venido a por la venia para retirarme. A finales de junio cumplió el año de mi encomienda. Aún así continué al lado de la Orden por ser tiempos oscuros, que la batalla ha despejado, como una galerna que aleja las nubes de tormenta. Hora es ya de volver a casa.

La última frase la había simultaneado con una reverencia tan graciosa que despertó una sonrisa en el Maestro.

—Parte con la bendición de la Orden de Calatrava, Cinta de Tortosa, te has ganado nuestro aprecio por los muchos servicios. Al final aprendiste templanza.

Una sonrisa pareció asomar de sus labios un instante. Pero tal era la pena que la embargaba que fue incapaz de expresarla.

Alonso se adelantó y se puso a su lado.

—Maestre, me alegra veros con vida. Allá en la batalla recogí el estandarte de vuestras manos y mucho temí no volver a veros en el lado de los vivos.

Ruiz Díaz asintió.

—Mucho y bueno me han contado de tus hazañas en las Navas — comentó—, por ello, en recuerdo de tus valiosos servicios, te nombro Alférez de la Orden y te destinaré como gobernante en una de los castillos que hemos conquistado en esta campaña.

El Maestro sonreía, y Cinta se sintió aún más desgraciada. Alonso recibía un ascenso, quizás el mayor que en su vida esperaba. Le parecía inevitable, ahora sí, hacer sola todo el camino de vuelta.

Pero Alonso bajó la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el superior, extrañado—. ¿No es eso lo que deseas? Pide, pues ¿Qué gracia solicitas?

Alonso miró al techo de la tienda, pensando qué palabras iba a utilizar que expresaran lo que sentía.

—Maestre, ya que me lo permitís, os pediré que me otorguéis la dispensa. Siento que mi tiempo en la Orden ha acabado y que Dios me llama para cumplir otro ministerio.

El Maestro y el Comendador miraron al freyre como si éste hubiera perdido la razón. Cinta no podía creer lo que oía.

—¿Qué decís, Alonso? ¿Alguna herida ha abierto vuestra cabeza y desvariáis?

Pero el caballero se mantuvo firme.

—Diez años ha que sirvo a la causa. Mucho he sacrificado y, tras la batalla y los desmanes cruzados, ya no me siento con el deber y el honor de antaño. Mi amigo Roger ha muerto. Dios me ha hablado en sueños y quiero servirlo de otra forma.

El Maestre lo miró a los ojos unos instantes.

—¡Traedme mi espada! —gritó.

Cinta quedó atónita temiendo que Ruiz Díaz amenazara a su vasallo. Pero no había ira en los ojos del Maestre, sino serenidad. Un familiar le acercó el acero. Ruiz Díaz desenvainó la espada, se incorporó con dificultad y tocó con la hoja la cabeza de Alonso.

—Te concedo la dispensa de tus votos, Don Alonso de las Merindades. Parte pues y quiera Dios guiar tus pasos dondequiera que estos te lleven. La Orden de Calatrava te recordará como a uno de los suyos que en las Navas derramó su sangre y aquí tendrás siempre un lugar junto al fuego. Te concedo el privilegio de conservar las armas y el título de freyre.

Alonso se incorporó, con lágrimas en los ojos y tomó la mano de Cinta.

—Dios os guarde a todos.

Poseído por una intensa emoción que ahogaba las palabras de agradecimiento que sentía, salió de la tienda con la Dama.

Ya en el exterior tomó una profunda bocanada de aire y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Miró a Cinta a los ojos, que también lloraba emocionada y la besó largo tiempo.

Al separarse le sonrió y ella le devolvió la sonrisa y pareció que el sol asomara entre las nubes.

—Vámonos, Cinta. Es hora de que me muestres el delta del Ebro.

EPÍLOGO

Carta de Rodrigo Jiménez de Rada, Toledo 1247

¡No hubo maldición! Debo elevar mi más enérgica protesta ante tal calumnia de los agarenos, seguidores de Mahoma. Sabedlo, yo estuve allí y recuerdo aquellos días con más intensidad que los hechos de la semana pasada. Quizás la edad me ha tornado más despistado, pero cómo olvidar aquellos días de gloria.

Muchos romances se cantaron y muchas falsedades y pullas inventaron los perdedores en la batalla, la guerra y la historia, entre ellas quizás la más ignominiosa sea, sin duda, la de la maldición.

Para desbaratarla debemos volver atrás la mirada, a los recuerdos de aquellos años.

Cierto es que el éxito vuelve indolentes a los hombres. Así, tras el esfuerzo y el perdón, muchos se apresuraron a celebrarlo: un cuantioso botín, más allá de toda medida, habría de colmar los sueños de todos, nobles y plebeyos y, durante días, lo celebramos.

El rey Alfonso —desde entonces conocido como “el de las Navas”—, nos urgió a tomar posesión de la región. Los castillos y fortalezas cercanas se hallaban repletas de refugiados agarenos y (por aquello de no dejar enemigo armado a la espalda) había que quitarles la plaza para seguir avanzando.

Los caballeros de Calatrava volvieron al paso de la Losa y capturaron el castillo de Castro Ferral. La fortaleza de Tolosa cayó al día siguiente y la misma suerte siguieron las fortificaciones de Vilches y Baños. El frenesí de la victoria llevó a los nuestros a pasar a cuchillo a todos los infieles. Teníamos tantos prisioneros, tantos esclavos, concubinas y sirvientas que no sabíamos qué hacer con ellos. Todos tomaron cuanto quisieron y aún así sobró botín para repartir.

El hedor de los miles de cadáveres agarenos sin enterrar aconsejó mover el campo, de manera que, sepultados cristianamente los nuestros, ahítos de botín, saciados y descansados nos dirigimos a Baeza. La noticia de nuestra llegada se había extendido como fuego de julio, vaciando los caseríos y las haciendas. Los agarenos huían en desbandada temerosos de la ira de Dios y el puño cruzado. Los que podían correr ayudaban a los que sólo caminaban y solamente los impedidos y los ancianos quedaban atrás. Llegamos a Baeza y la sitiamos el día diecinueve.

El veinte la asaltamos y recorrimos las calles fantasmales, abandonadas con lo que sus habitantes no se pudieron llevar. Unos buenos cristianos descubrieron a un grupo de refugiados en la mezquita, ancianos en su mayoría. Quemamos el templo, purificando con las llamas aquel lugar de pecado, con todos los que en el interior se encontraban.

Entregada la ciudad a las llamas nos retiramos bajo la luz de su incendio rumbo a Úbeda, la capital de la región, con ánimos renovados. Algunos prisioneros, que hallamos en el camino, informaban de una multitud, refugiada en las recias murallas de la ciudad, muchos de ellos combatientes huidos de la batalla. El califa se había retirado a Sevilla y debía cabalgar al galope tendido hacia Marrakech.

Los reyes decidieron sitiar Úbeda, esperando con ello debilitar el poder musulmán en toda la comarca. La caballería se adelantó y pusimos sitio a la ciudad el sábado veintiuno de julio.

Recuerdo aquella noche, en el real de los reyes, imbuidos con espíritu de cruzada, percibiendo el pavor que despertábamos en los infieles. La bandera de parlamento ondeaba en vano ante las puertas de Úbeda, mientras estudiábamos las murallas para emular al Señor en Jericó. Los prelados convencieron a los reyes de que, si se observaba el descanso dominical, Dios habría de asistirlos, extendiendo su Gracia para que recogieran los frutos de las Navas.

Así se hizo y el veintitrés de julio, una semana después de la batalla, empezó el asalto a la ciudad, bien pertrechada y abastecida por el Miramamolín. Los nuestros se lanzaron contra las murallas como lobos, compitiendo entre sí por ver quién iba a ganar la gloria del día.

Como viene siendo costumbre desde tiempos de los romanos los reyes ofrecían una recompensa de fortuna y gloria al esforzado valiente que ganara el primero los muros. Aquel día quiso el destino que un bravo escudero de Lope Fernández de Luna —ignorando la lluvia de piedras y flechas de los defensores— escalara la muralla y agitara el estandarte de su señorío: la media luna sobre campo de plata, con tal gallardía que no pudo sino tomarse como una señal del cielo.

Fue como si un arcángel planeara sobre el cielo sangriento del atardecer y los miles que allí combatían contuvieran el aliento. Al escudero lo seguía su señor y toda su mesnada aragonesa ganó las murallas con tal ímpetu que el corazón de los agarenos se llenó de espanto. Se retiraron arrojando las armas, corriendo sin volver la vista atrás, como un rebaño de ovejas que huye en desbandada. Los asaltos y las escalas con los que se acometían los otros puntos de la ciudad no encontraron ya resistencia y, en apenas unos minutos, las puertas de Úbeda pasaron a ser cristianas.

Los agarenos se refugiaron en la ciudadela, una fortaleza dentro de la plaza que contaba con sus propias murallas y constituía un punto de fuerza desde el que sostener la acometida cruzada. A grandes gritos pidieron la gracia del rey y éste, imbuido de misericordia, se avino a escuchar sus súplicas. Los agarenos se rendían y entregaban la plaza, hecho que fue recibido con gran alegría por rústicos, concejiles y demás soldada sin cultura.

Ante el silencio de los tres reyes los agarenos ofrecieron, además, todos los tesoros que resguardaban en la ciudad alta: carros cargados de oro, plata y ricas telas por astronómico valor de un millón de maravedís áureos.

Gran fortuna, a fe, sino palideciera ante el botín que, en las alforjas y los sacos, atesoraban los cruzados. El oro corrompe a los hombres y quiso el Señor que, en esa hora de necesidad, estuvieran presentes los Arzobispos de Toledo y Narbona que, con sabias palabras, quitaron la venda de la codicia de los ojos de los fieles.

Se leyó de viva voz la bula del Papa, para recordar que no podía tenerse ningún trato con los infieles. No se puede pactar con el Demonio, sólo combatirlo con las armas de Dios. Mucho se discutió aquel día, hasta que las autoridades pontificas llevaron a los cristianos al acuerdo de acabar lo empezado.

Se lanzó el asalto definitivo y se tomó la ciudadela, a sangre y fuego. Úbeda ardió hasta sus cimientos, como si el ángel exterminador mostrara en ella su faz. De los miles de infieles que allí se hallaron sólo se preservaron aquellos pocos cuyo valor como esclavos desaconsejaba el malgasto.

Ese fue también el fin de la cruzada. La autoridad ya no existía y el colapso era tal que la soldadesca no podía cargar con la recua de mulas del tesoro ni la caravana de cautivos. Los días de Úbeda fueron días oscuros: robos entre cristianos, delitos de sangre entre los hermanos de batalla, fiebres, peste de disentería, golpes de calor infernal, agotamiento, suciedad y muerte.

Llegamos al punto en que no se podía avanzar más y se volvió a Toledo a disfrutar de lo ganado, dejando para más adelante recoger los frutos que se oteaban en la vega del Guadalquivir.

Ya sabéis lo que vino después, recuperamos Salvatierra pero Dios nos castigó con una hambruna tan espantosa que ni los más sabios podían explicar. Los rebaños y las bestias devinieron estériles, la peste asoló los reinos de España y los reyes fueron cayendo uno detrás de otro.

Al año siguiente murió el rey de Aragón, en la tierra de los cátaros. Y al siguiente el rey Alfonso. Era tan negro el paisaje que muchos dieron por ciertas las prédicas agarenas de que una maldición había caído sobre la Cristiandad.

Sabed, pero, que quiero escribir estas líneas para que quede testimonio escrito (acaso el único) de uno de los que allí lucharon. No hubo tal maldición, la prueba es que años más tarde, una a una, cayeron todas las ciudades de los andalusíes. Y las que resisten aún correrán la misma suerte.

Mientras escribo el santo rey Fernando de Castilla y León sitia Sevilla. La ciudad va a caer y el buen rey devolverá a Santiago las campanas del apóstol que Almanzor nos robara de Compostela.

Se habrá cerrado un capítulo de la historia de España y se abrirá otro, acaso de mayor gloria, que se apoyará en los huesos de los que durante quinientos años lucharon para reconquistar el antiguo reino godo, contra toda esperanza y resistiendo con tesón por muy negras que parecieran las nubes de tormenta.

sobre el autor

Albert Calduch Estrem (Reus, 1973) es licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Barcelona y abogado en activo desde 1998. Actualmente ejerce la abogacía por cuenta propia en varias de sus ramas, destacando en la relativa al medio ambiente. Empezó a escribir a los trece años, edad desde la que ha escrito seis novelas de género fantástico y ciencia ficción. Puedes contactar con él en albert@liber111.com.